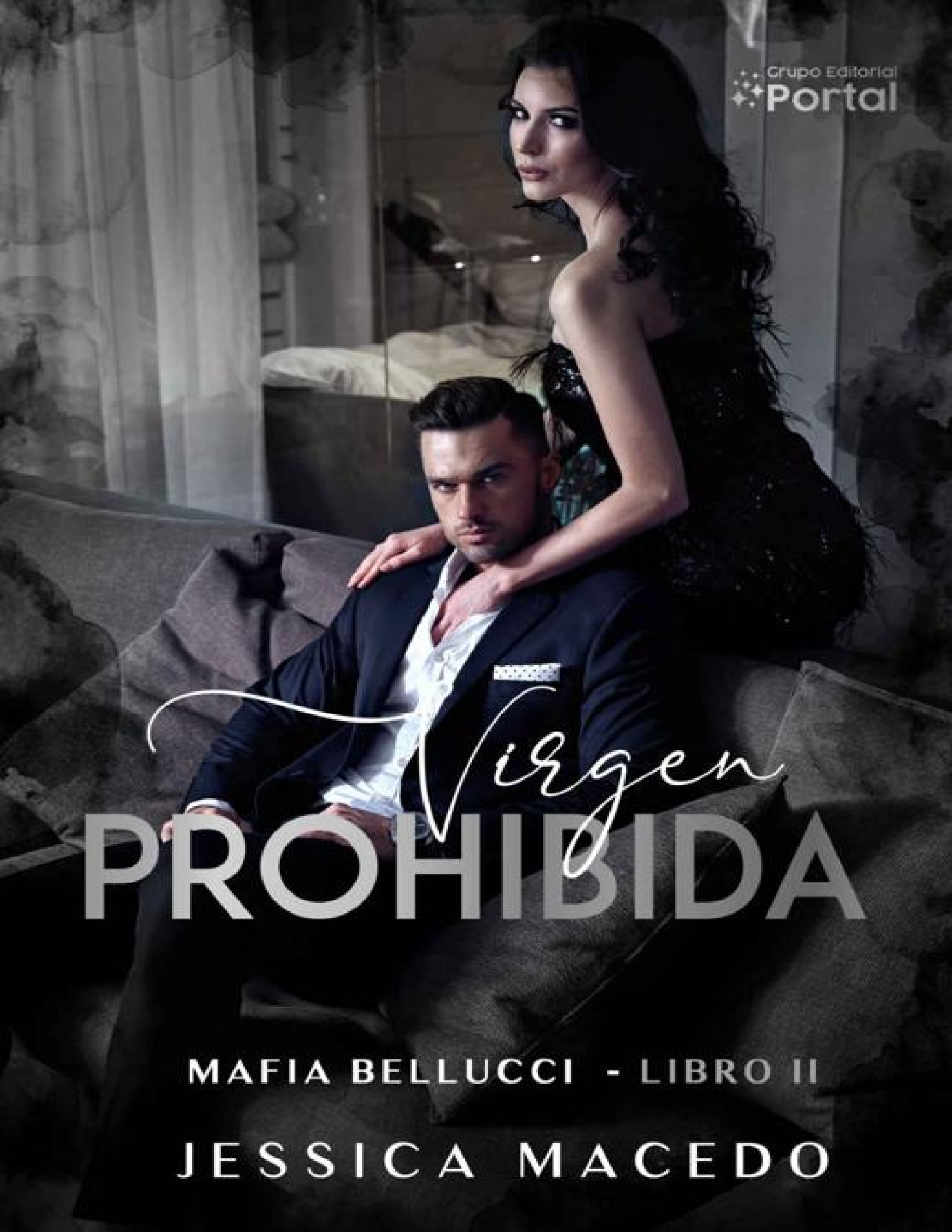

Grupo Editorial
Portal
Virgen
PROHIBIDA
MAFIA BELLUCCI - LIBRO II
JESSICA MACEDO

Virgen PROHIBIDA

MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2024 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra — física o electrónica — sin autorización previa del autor. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y castigado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada e interior

Jéssica Macedo

Consulte

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumem

Sinopsis
Prólogo
Capítulo un
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis

Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Epílogo

Sinopsis

Theo, *consigliere* de la mafia italiana, es la mano derecha del jefe y conocido como el más implacable de los tres hermanos Bellucci. Apasionado por la adrenalina, a menudo se pone al límite para que su sangre fluya más rápido. Tras el asesinato de su padre, tiene un compromiso por encima de todos los demás: encontrar al responsable de la emboscada y hacérselo pagar.

La sangre debe pagarse con sangre, pero los muertos siempre acaban dejando corazones rotos. El mundo de Tatiane se vino abajo cuando recibió la noticia del asesinato de su hermano, que la había cuidado y protegido desde que era pequeña. No podía aceptar que nadie hiciera nada contra la todopoderosa familia Bellucci en Italia.

Para colmo de males, en Palermo estalla una lucha por el poder en ausencia de su hermano. Para cerrar un trato y asegurarse de que su cuñada pudiera dirigir la mafia de la ciudad hasta la mayoría de edad de su sobrino, Tatiane fue ofrecida a los Bellucci y obligada a casarse con Theo, el asesino de su hermano.

No será fácil para ambos construir una relación en medio del odio, el resentimiento y el miedo, sin saber que el verdadero peligro sigue acechando.

ADVERTENCIA: Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Contiene desencadenantes, lenguaje vulgar y comportamientos inapropiados de los personajes.

En este libro no se expresan las opiniones políticas ni religiosas de la autora.

La autora no apoya ni está de acuerdo con el dudoso comportamiento de los personajes.

Esta es una obra de ficción y no retrata la realidad de la mafia italiana.

A pesar de la mafia de fondo, no se trata de un Dark Romance, así que si esperas escenas de abusos sexuales, este libro no estará a la altura de tus expectativas.

A mi lectora Tatiane, del grupo de WhatsApp "Lectores de Jéssica",

y a mi querida Rosimeire, madre de mi corazón y madre de mis mafiosos.

¡Suscríbase a mi lista de correo!

Haga clic aquí para recibir noticias.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

THEO

Prólogo

Mi corazón iba a toda velocidad. Podía sentir la sangre fluyendo por mis venas a la misma velocidad que las ruedas del coche giraban en el asfalto. Comprobé mi bolsillo para ver si las balas estaban allí y poder recargar mi arma en caso necesario.

Llevaba diez años en la cacería y por fin había encontrado al verdadero culpable de la muerte de mi padre. Una serie de pistas falsas y un montón de gente asustada solo podían significar que se trataba de alguien poderoso.

Los testimonios, la extorsión y la tortura me llevaron a Sicilia, una isla italiana que fue cuna de la mafia en el país y contaba con familias muy influyentes.

El sonido de los neumáticos frenando me despertó de mis pensamientos y me hizo darme cuenta de que habíamos llegado a mi destino, un barrio pobre de uno de los distritos del norte de Palermo.

— ¿Señor? — El hombre sentado en el asiento del conductor, Rómulo, uno de mis soldados más fieles, se volvió hacia mí para esperar mis órdenes.

Desenfundé mi pistola y apunté hacia arriba.

— Rodeen el edificio. — Abrí la puerta trasera del coche y en el mismo momento otros hombres bajaron de la furgoneta que me escoltaba.

Hice un gesto con la mano y se alejaron, formando un semicírculo hasta abarcar las posibles entradas y salidas del edificio.

Ten cuidado, Theo. Casi podía oír la voz de mi madre en mi cabeza. Había esperado mucho tiempo este momento y no podía desaprovechar la oportunidad.

Dos de mis soldados pasaron por delante de mí y pusieron el pie en la puerta principal. Cuando la madera cedió por el impacto, mi corazón se aceleró aún más. Tenía la adrenalina por las nubes y notaba la sangre en los ojos mientras esperaba cumplir la misión que me habían encomendado en el funeral de mi padre: vengarme.

El edificio parecía un hotel abandonado. Debió de ser utilizado como centro de operaciones de la mafia local hace mucho tiempo. Había algunas mujeres en la entrada, que salieron corriendo cuando nos vieron, y los hombres que estaban con ellas fueron inmovilizados por mis hombres antes de que tuvieran tiempo de pensar en una respuesta.

Me acerqué al hombre del mostrador y le apunté a la cabeza, apretando los dientes.

— ¿Dónde está?

El tipo tragó saliva y se puso pálido.

— No me hagas pedírtelo otra vez. — Acerqué la pistola a su sien y el aire se hizo más pesado.

No estaba acostumbrado a ser como los americanos, disparar primero y preguntar después, pero todo se me podía ir de las manos muy rápidamente cuando se trataba de un tema tan delicado como lo era éste para mí.

— Arriba, en el laboratorio.

Le disparé en medio de la frente, dejándolo inconsciente en una silla detrás de él.

Mis hombres esperaron mis instrucciones y subieron las escaleras laterales que conducían al piso superior. Les seguí en medio, protegido por delante y por detrás para no ser alcanzado por sorpresa.

Recorrimos el pasillo, derribando las puertas, encontrando algunas vacías, otras ocupadas por soldados y prostitutas. De hecho, no estaban preparados para mi visita y les pillamos con los pantalones bajos.

En la última puerta del pasillo, cuando cayó la madera, vi a un hombre de pie con una pistola apuntando en mi dirección. El maldito fantasma que había estado persiguiendo durante una década.

El hombre del traje, de pelo castaño y ojos marrones, de unos cuarenta años, era Tiago Mancini, el *capo* mafioso de Palermo, que se suponía que era uno de nuestros leales subordinados, pero no era más que un cabrón traidor, como Donatella Rossi.

— No deberías entrar aquí así, Bellucci. Mi familia tiene acuerdos con la tuya desde hace

muchos años. ¿Qué crees que pensarán los demás cuando se enteren de esta actitud de la familia principal?

— Saben que hay malas hierbas que hay que arrancar antes de que compliquen la cosecha, y tú has dejado crecer esas malas hierbas demasiado.

— Todo en nombre de la familia, ¿no? — Se rió mientras me miraba fijamente, como si hubiera predicho que este momento se produciría tarde o temprano.

— Te escondiste bien, bastardo.

— Tengo buenos aliados.

Miré a los hombres que estaban con él, así como a los químicos que manipulaban la droga pura.

— Veamos lo buenos que son. — Miré a mis soldados y di un paso atrás, volviendo al pasillo.

Había cuatro de los míos fuera y cinco de los suyos dentro, más los tres químicos.

Oí un disparo y dio en la pared del otro lado. Tiago tendría que mejorar mucho para poder darme. Sin embargo, también encontraron una manera de protegerse dentro de la habitación, detrás de los muebles.

Uno de mis hombres se dispuso a disparar antes de volver a esconderse detrás de la pared. Su disparo provocó un estallido, probablemente uno de los frascos utilizados para manipular las drogas había sido alcanzado.

Vi que una de las puertas abiertas daba a una habitación que contenía un espejo de pie. Hice un gesto con los dedos e indiqué a uno de mis hombres que fuera a buscarlo. Con el objeto colocado en un ángulo determinado, conseguí ver a uno de los tipos que estaban dentro de la habitación y le disparé en el cuello, haciéndolo caer hacia atrás.

Dispararon contra el espejo. El cristal se rompió en miles de pedazos, volando en todas direcciones. Pero aún quedaban algunos trozos, suficientes para que yo pudiera ver el movimiento dentro de la habitación. Modestia aparte, entre mis dos hermanos y yo, el mejor tirador era yo. Mi entrenamiento con francotiradores estadounidenses cuando era joven me había

resultado muy útil.

Derribé a otros dos antes de que mis hombres pudieran entrar por la fuerza. Uno de mis soldados recibió un disparo en el pecho y cayó de espaldas, pero afortunadamente todos llevaban chaleco antibalas.

Disparé a la mano de Tiago y se vio obligado a soltar el arma porque la bala le había atravesado los dedos. Resolló, pero se mantuvo firme. Como yo, aquel hombre estaba bien acostumbrado al mundo en que vivíamos.

Le golpeé en la frente con la empuñadura de la pistola y cayó mareado, de rodillas, pero no quedó inconsciente.

— Sabes que fui yo, viniste a matarme. Así que hazlo de una vez. — Apretó los dientes, provocándome, como si yo no tuviera control sobre la situación. O era algo muy valiente o era algo completamente estúpido de su parte.

— ¿Crees que se te va a ser tan fácil, desgraciado?

— Matar a ese viejo ridículo fue bastante fácil. ¿Qué jefe idiota va a una librería todos los viernes con un pequeño número de soldados?

Gruñí y él se rió. Sabía que la muerte se acercaba y no temía enfrentarse a ella.

— Los tuyos tampoco sirvieron de mucho. — Miré los cuerpos de sus hombres abatidos a nuestro alrededor.

— Tardaron diez años en descubrir que era yo. No parece que haya fallado tanto. — Se rió, burlándose de mí.

La adrenalina seguía siendo muy intensa en mi cuerpo. Era difícil mantener el equilibrio entre la ira y la frialdad que exigía el momento. Estaba cara a cara con el bastardo que había matado a mi padre y sólo quería saber una cosa:

— ¿Por qué? — Le disparé en la pierna y le hice caer, pero ni siquiera el dolor fue suficiente para borrarle la sonrisa de la cara. Se jactaba de su hazaña. Y si su intención era alcanzar el umbral de mi equilibrio, casi lo había conseguido.

— Estaba débil. — Escupió en mis zapatos de cuero y le disparé en la otra pierna.

Tiago puso ambas manos en el suelo y un charco de sangre empezó a formarse bajo él. Si no hacía nada más, se marchitaría lentamente hasta que ya no quedara sangre en su cuerpo y sus órganos se colapsaran.

— Mi padre nunca fue débil. — Le di una patada en la cara y le hice caer hacia atrás. Estaba visiblemente mareado, pero su sonrisa no se borró.

— Si eso fuera cierto, yo no le habría tendido una emboscada tan fácilmente.

Apreté con fuerza el arma, sintiendo que la sangre me hervía aún más en las venas. Podía ser fría en muchos temas, pero cuando se trataba de mi familia, la situación cambiaba muy rápidamente.

— Marco tampoco parece ser un jefe mucho mejor, ya que no es él quien está aquí.

— Mi hermano tiene asuntos mucho más importantes de los que ocuparse que alimañas como tú. — Disparé a su mano sana, haciéndola sangrar como la otra. — Creo que deberías empezar a rogar por tu vida.

— ¿Te imaginas que hubiera perdonado la vida a tu padre si me lo hubiera suplicado? — Se echó a reír a carcajadas, pero antes de que su risa resonara por toda la sala, fue silenciada por un disparo que le alcanzó entre los ojos.

— Maldito bastardo. — Rugí mientras el cuerpo caía hacia delante, completamente sin vida.

No era la primera ni la última alma que enviaría al infierno, pero sería la muerte de la que me sentiría más orgulloso.

Tras diez años buscando al responsable de la emboscada a mi padre en la librería, por fin lo había vengado.

En cuanto mi respiración, se normalizó. Tomé el móvil y marqué el número de mi hermano mayor.

— Espero que sea demasiado importante como para haberme interrumpido. — Su voz sonó desde el otro lado, llena de mal humor.

— Descubrí quién mató a nuestro padre.

— ¿Dónde está? — Su tono cambió y me di cuenta de que había captado su atención.

— Muerto. — Pateé la mierda del suelo.

Con el cadáver del *capo* traidor a mis pies, me emocioné al cumplir por fin la promesa que había hecho sobre la tumba de mi padre. Estaba resuelto, al menos eso creía yo.

La verdad es que la sangre siempre atrae más sangre.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

TATIANE

Capítulo un

Grité desconsoladamente cuando la imagen del ataúd redujo mi corazón en mil fragmentos. Había sentido dolor antes, sobre todo cuando murió mi madre y yo era sólo una niña, pero nada de eso podía igualarse a aquel momento. Era como si el planeta entero me oprimiera el pecho.

Me incliné hacia delante e intenté acostarme encima del ataúd, pero uno de los hombres me sujetó y me volvió a poner junto a mi cuñada, que lloraba más tranquila. No podía hacerme la idea de que la persona que más quería en el mundo estaba dentro de aquella caja de madera con la tapa cerrada.

Mi cuñada se había encargado de los detalles del entierro, y lo había elegido así para que nadie viera el hombre poderoso que había sido mi hermano, con la cara desfigurada y un tiro entre los ojos.

De pie a mi lado, impecablemente vestida de negro, ella parecía un ancla que lo mantenía todo y a todos firmes, mientras yo me entregaba a la tristeza en su forma más profunda.

Miré a mi alrededor, observando los demás rostros. Todos mostraban respeto por mi hermano, pero nadie tenía el valor de demostrar cuánto lo echaban de menos, como yo. O tal vez yo era la única a la que realmente le importaba la persona que era Tiago.

Recibir la noticia de que había muerto fue la misma sensación que cuando alguien te mete la mano en el pecho y te arranca el corazón aún palpitando. Más que un hermano mayor, había sido un padre, la persona que me cuidó y me protegió cuando nadie más lo hacía. Yo era una bastarda, la hija de Gilhermo Mancini con una prostituta. Y probablemente habría corrido la misma suerte que mi madre si Tiago no me hubiera acogido. En secreto, me mantuvo en una casa al cuidado de niñeras, me alimentó, me educó, me defendió y, cuando nuestro padre murió, me llevó a vivir con él, su mujer y su madre a una mansión en la costa de la ciudad.

Lo quería más que a nada en el mundo. Mi hermano era la persona más importante de mi vida y saber que no volvería a verle, que después de aquel día se pudriría bajo dos metros de

tierra, era demasiado para soportarlo.

— ¿Cómo puedes soportarlo? — Me volví hacia Angela, la viuda.

— Respira hondo, Tati.

— Apenas puedo respirar. — Me froto los ojos mientras veo cómo el personal del cementerio baja el ataúd con la bandera italiana.

— Ahora tenemos que ser fuertes. — Puso su mano en mi hombro y lo acarició suavemente. — Eso es lo que tu hermano esperaría de nosotros.

— ¿Cómo pudieron hacerlo? ¿Por qué lo mataron así? — La abracé, mojando el hombro de su vestido con mis lágrimas.

Tiago me protegía de muchas cosas, pero eso no significaba que no supiera de sus negocios ilegales. Como jefe de la mafia de Palermo, era el *capo* que controlaba todo en la región, lícito o ilícito. Esto significaba que su imagen llamaba mucho la atención, pero yo era lo bastante tonta como para creer que era como un superhéroe, alguien inalcanzable. Pasara lo que pasara, siempre estaría conmigo.

¿Qué sería de mí sin mi hermano?

Los soldados me dejaron acercarme de nuevo al ataúd cuando mi cuñada me entregó unas rosas blancas para que las arrojara sobre la tumba. Mis sobrinos, que estaban detrás de nosotros, hicieron lo mismo. Si a mí ya me resultaba difícil sobrellevar tanto dolor, me pregunté cómo sería para ellos dos. Con catorce y diez años, eran demasiado jóvenes para estar sin su padre.

Mientras miraba el fondo de la zanja, cubierto de rosas, me froté los ojos y recordé el primer recuerdo que tuvimos juntos.

Estaba en una habitación grande con una ventana enorme que iluminaba muy bien la estancia. No reconocía el entorno, pero nunca había estado en un lugar tan bonito y limpio. La mujer que estaba conmigo también era una desconocida, pero tenía una sonrisa amable y me había dado de comer, lo que me hizo confiar en ella.

Distraída observando la habitación, llamó mi atención la puerta al abrirse y me volví

hacia la entrada a tiempo para ver pasar a un hombre. Me resultaba vagamente familiar y al mismo tiempo un completo desconocido. Llevaba un enorme paquete de papel de colores con un gran lazo rosa que me ofreció.

— ¿Qué es eso? — Me froté los ojos.

— Un regalo para ti.

— ¿Dónde estoy, dónde está mi madre? — Miré a mi alrededor, esperando que saliera de alguna habitación, pero no lo hizo.

— Este será tu hogar por el momento y Alexandra cuidará de ti.

— Mamá... — Empecé a llorar, y luego me sorprendí cuando me abrazó, acogiéndome con sus brazos, envolviéndome en un calor que nunca antes había recibido de nadie.

— Tu madre ya no está aquí, pero yo cuidaré de ti, hermanita. — Me dio un beso en la coronilla y, a partir de ese momento, Tiago me enseñó lo que era el amor fraternal y el sentimiento de estar siempre protegida.

El ataúd significaba un dolor sin precedentes y el fin de mi sensación de que, pasara lo que pasara, mi hermano siempre estaría ahí para protegerme.

Quería venganza, aunque no conociera las consecuencias de eso y fuera demasiado ingenua para entenderlo.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

THEO

Capítulo dos

— El *capi* debería llegar para reunirse con nosotros en unas horas. Debemos dirigirnos al galpón de Ostia. — Marco se alejó de la ventana y se acercó a donde estábamos nuestro hermano pequeño y yo, cerca de la puerta de su despacho.

— Toda Italia está aquí. ¡Increíble! — Mateo vibraba de emoción, como si no se hubiera dado cuenta de las complicaciones que habían ocurrido en los últimos días. — Sólo celebramos una reunión de esta magnitud después de la muerte de papá.

— No deberías estar tan emocionado, hermano. — le reprochó Marco, manteniendo su mirada seria, que abandonó al menor y vino directa a mí. — Theo mató al *capo de Palermo* y eso podría traer complicaciones e incluso inestabilidad. Tratar con los sicilianos nunca ha sido fácil, y nuestro bisabuelo construyó una línea muy fina de dominio sobre ellos que no se puede romper.

— Yo sólo vengué a nuestro padre. — Resoplé, molesto de que Marco me mirara así, como si hubiera hecho algo malo y no hubiera cumplido una misión que nos correspondía a todos.

— La mafia es una organización, no una anarquía. Nos reuniremos con ellos y justificaremos nuestras acciones, como hicimos ante la muerte de Donatella.

Me limité a asentir, pero me mantuve de brazos cruzados. Sin embargo, por muy racional que fuera, no esperaba que el primer movimiento de mi hermano mayor en respuesta a la noticia fuera convocar una reunión con los líderes de todo el país.

— Theo, me alegro mucho de que el responsable de la muerte de nuestro padre haya muerto de una buena vez, y me alegro aún más de que no te haya arrastrado a la tumba con él. Puede que no lo haya dicho, pero imagino que la muerte de nuestro padre fue un intento de debilitarnos y tratar de hacerse de nuevo con el poder. Sin embargo, creo que ahora el mensaje ha sido dado. Los Bellucci son el poder en Italia y seguirán siéndolo.

Marco tenía razón y no dije nada más. Nuestra fuerza se forjaba en una fina línea entre el

miedo y la sensación de seguridad. Teníamos que dar pasos cautelosos, porque nuestras acciones podían costarnos todo.

Ante la muerte de Tiago Mancini, me invadió una extraña sensación de alivio, como si mi mayor misión se hubiera cumplido y, al mismo tiempo, ya no tuviera grandes objetivos en la vida. Habían pasado diez años persiguiendo pruebas que me llevaran hasta aquel hombre, pero, una vez terminados, seguía existiendo una extraña sensación que no me dejaba relajarme. Imaginaba que podría ser el encuentro con el *capi* y el final definitivo de la historia.

— ¿Estás ahí? — la voz de mi madre sonó al otro lado de la puerta después de llamar.

Los tres nos miramos hasta que Marco tiró de la manivela y la miró con una expresión severa.

— No es un buen momento.

— ¿Está bien Theo? He oído a los soldados comentar lo sucedido.

— ¡Mamá! — Marco mantuvo su postura firme.

— Era tu padre, pero también era mi marido. Merezco saber lo que pasó.

— Fue vengado — resumí todo en esa simple respuesta, porque me era suficiente decirlo así.

Mi madre terminó de abrir la puerta de un empujón y entró en el despacho, abrazándome. Me sorprendí, pero no la aparté, sobre todo porque, en parte, sabía que mi madre se culpaba de lo que había pasado, porque la rutina de mi padre de ir siempre a las librerías de Roma era para comprarle algo a ella.

— Me alegro de que estés bien. — Me apretó aún más fuerte.

— Hola. — Me agaché y la besé en la frente. — Ahora tenemos que irnos. — Agarré los brazos de mi madre y fui el primero en salir al pasillo.

Bajamos al salón y vi a mi hermano intercambiando miradas con su mujer, sentada en el sofá leyendo un libro sobre maternidad, mientras su barriga parecía cada vez más grande. Marco no era de comentar mucho con el resto de nosotros, pero dadas las circunstancias de su matrimonio con Laís, parecía feliz, al menos la niña había sobrevivido a Donatella y daría a luz

al próximo heredero de la mafia.

Nos dirigimos al garaje y cada uno de nosotros se metió en coches separados con soldados. Una furgoneta nos escoltó hasta un cobertizo del barrio costero de Ostia. Cuando aparcamos en el lugar habitual, ya había otros coches y motos que indicaban la presencia del *capi*.

Yo fui el primero en salir del vehículo, seguido de Mateo y Marco, que salieron últimos. Algunos de los hombres nos acompañaron, pero los de la furgoneta se quedaron fuera con otros soldados. Los *capis* estaban reunidos en círculo, charlando, pero dejaron de hablar en cuanto nos vieron. Abrieron un espacio para que pudiéramos pasar y llegar al centro.

— Por fin han llegado. — dijo uno, pero luego se calló cuando la mirada del jefe se dirigió en su dirección.

— Imagino que sabes por qué estás aquí y has estado atento a las noticias de los últimos días. — empezó Marco.

De pie a su derecha, observé las caras de todos y las expresiones que lanzaban en mi dirección. Algunos parecían confusos, mientras que otros me dedicaban diferentes emociones, que iban desde la alegría hasta el recelo.

— Tiago Mancini fue asesinado el jueves pasado. — Continuó el jefe de la mafia.

— Nos enteramos en uno de sus centros de distribución — dijo Flavio, un *capo local* al que veía bastante a menudo, aunque no era uno de mis favoritos. — Asaltaron el lugar y lo mataron, eso es lo que dicen.

— Entré y lo maté — dije, atrayendo de inmediato todas las miradas hacia mí, sus rasgos se tornaron de ira y asombro.

— Llevábamos diez años buscando al responsable de la muerte de nuestro padre y, por fin, Theo encontró pruebas que le condujeron hasta él. — Marco dio un paso adelante y recondujo la conversación antes de que empezaran a acusarme de cualquier cosa.

Respiré hondo antes de que mi hermano me contestara.

— Durante los últimos diez años, he rastreado cada rincón de Italia en busca de la verdad

de lo que le ocurrió a mi padre. Las pistas falsas me hicieron perder mucho tiempo, pero finalmente un testigo me condujo a las grabaciones de una cámara instalada dos esquinas antes de la librería donde fue asesinado nuestro jefe, que probaban la presencia del siciliano allí. Él mismo me lo confesó todo cuando lo enfrenté.

— ¿Y dónde están esas imágenes? — preguntó Armando Savoia, *capo de la* ciudad de Agrigento, también en Sicilia.

Era de esperar que hombres como él fueran los primeros en preguntarse qué había pasado. Con la cabeza despejada, podía entender muy bien los temores de mi hermano mayor.

— Todas las pistas y pruebas que he recopilado en los últimos diez años se enviarán a quienes muestren interés.

— Nos basamos en la lealtad. Si alguien actúa contra eso, pone en peligro a toda nuestra organización y debe ser castigado en consecuencia.

— Con la vida — añadió Mateo.

— ¿Qué piensa hacer con el territorio? — Armando Savoia se pasó una mano por el pelo, mirándonos con una mezcla de miedo y reflexión ante una posible oportunidad. — Dado que los hijos de Tiago aún son jóvenes y no pueden hacerse cargo de la familia en este momento.

— Giulio Mancini es primo de Tiago y debe asumir el cargo si nos toma juramento, de lo contrario habrá una reestructuración del poder en Palermo. — Marco no dudó en responder.

— Insisto en que ha sido un hecho aislado que les recordará que no deben enfrentarse a nosotros, pero no debe verse como un ataque a Sicilia ni a sus dirigentes. Tenemos una buena relación y es mejor para todos que continúe así — completé la frase de mi hermano.

— Así lo mantendremos. — Armando me saludó con la cabeza y los demás dirigentes sicilianos, que habían asistido a la reunión convocada por Marco, hicieron lo mismo.

— Eso es todo. — Mi hermano los despidió con la mano y los tres volvimos a nuestros coches.

Esperaba que, como en el caso de Donatella, comprendieran que la muerte de Tiago fue en nombre de la familia, y que cualquiera que intentara acercarse a ella sería castigado de la

misma manera.



MÁFIA BELLUCCI - LIVRO II

TATIANE

Capítulo tres

No pude dormir la noche siguiente al funeral de mi hermano. Daba vueltas en la cama y no había nada que me hiciera cerrar los ojos. Necesitaba saber qué había pasado, pero sobre todo, necesitaba hacer algo. ¿Cómo podían matar a mi hermano y que nadie hiciera nada al respecto?

Aún en camisón, decidí dar una vuelta por la casa. Caminé por el pasillo, me acerqué a una de las ventanas y me quedé un rato mirando la luna. Paseé de un lado a otro antes de volver a mi habitación. Volví a meterme en la cama, pero no podía dormir. Pasé así toda la noche, inquieta, hasta que amaneció. El sol entró por mi ventana como cada día, llenando mi corazón de una vaga esperanza de que todo volvería a ser como antes.

Me lavé los dientes, me recogí el pelo negro en un moño y me puse ropa presentable y limpia antes de salir de la habitación. Seguí el pasillo lateral que conducía a la parte trasera, formada por una zona de esparcimiento con piscina y la vista más hermosa de la ciudad, con el mar asomando a lo lejos. La casa estaba construida sobre una colina y había una pequeña escalera lateral que conducía a la playa, donde a mis sobrinos les encantaba jugar.

¿Cuántas veces había estado allí, contemplando aquella vista y escuchando los consejos de mi hermano? Tiago era serio, pero al mismo tiempo muy divertido.

No había conocido a nuestro padre, no se preocupó por mí cuando nací, ni cuando murió mi madre. No me gustaba pensar en lo que podría haber sido de mi vida si Tiago no me hubiera rescatado. Mi hermano no me debía nada, pero me lo dio todo. Cada vez sentía con más fuerza que tenía que hacer algo, en lugar de olvidarme de él, como parecían hacer todos los demás en la casa.

— ¿Sigues aquí? — oí resonar una voz detrás de mí que me recordó que no todo mi tiempo en esa estancia había sido feliz.

Me di la vuelta en la barandilla donde estaba apoyada, mirando el mar, y vi a Edna. La madre de Tiago y la persona que más me había despreciado desde mi llegada.

— ¿Por qué no iba a estar aquí? — Crucé los brazos e hinché el pecho.

— Pensé que ya te habían devuelto al agujero del que nunca debiste salir. — Su tono de voz era áspero y vomitó todo el veneno que me tenía destinado desde que había llegado a aquella casa.

Edna no podía verme más que como el símbolo de una de las muchas traiciones de su marido. Mirarme le recordaba a mi madre y la hacía odiarme aún más. Yo había intentado cambiar esto cuando era más joven, pero mi cercanía sólo hacía que ella sintiera más repulsión; era como si estuviéramos en polos opuestos de un imán.

— A Tiago yo le caía muy bien.

— Ya no está aquí para protegerte. — Por muy ofensivas que fueran sus palabras, tenía razón. Ya no tenía a mi hermano, y mucho menos la seguridad que me había ofrecido todos estos años.

— Ángela...

— Ángela no podrá hacer nada. — Se rió. — Al igual que yo no pude hacer nada. Mi hijo te metió en una burbuja dorada y aún eres demasiado tonta para darte cuenta de que en este mundo mandan los hombres. Sin Tiago, estás sola.

— ¡Eso es mentira! — tragué saliva. No tenía derecho a decir eso, pero tenía que gritar para que la vieja no se limitara a oprimirme.

— A ver cuánto tiempo te quedas aquí. — Se echó a reír y salí corriendo porque no podía seguir mirando su expresión burlona. Entré en la casa y me dirigí al comedor, donde mi cuñada estaba sentada con mis sobrinos desayunando. A pesar de sus ojos hinchados, que indicaban que había estado llorando, mantenía una postura firme y actuaba con los niños como si no hubiera pasado nada, manteniendo una atmósfera de normalidad.

— Tenemos que hacer algo — Anuncié.

— ¿Algo? — Levantó una ceja morena y me miró sorprendida.

— Sobre la muerte de Tiago. ¡Tenemos que ir a la policía! Quien mató a mi hermano debe pagar.

— Tati, siéntate aquí. — Apartó la silla que tenía al lado, indicándome el asiento que

debía ocupar.

Asentí y me acomodé.

— Tienes veinticinco años. Eres una mujer, pero Tiago siempre te ha tratado como a una niña. Eres la hija que no tuvimos, pero entiéndelo, no hay nada que podamos hacer para traerlo de vuelta, por mucho que duela.

— Sé que no va a volver. — Me froté los ojos, intentando alejar las lágrimas que insistían en caer cada vez que recordaba aquel hecho. — Pero creo que la persona que hizo esto tiene que pagar por lo que pasó.

— Nadie puede hacer nada contra los Bellucci.

— ¿Bellucci?

— Ellos dictan las normas y deciden todo en Italia.

— ¿Ellos mataron a Tiago?

— Sí.

— ¿Por qué?

— Escucha, Tatiane, tu hermano tomó la decisión de alejarte de los asuntos de la mafia y creo que era lo mejor que podía hacer por ti. Tiago ha trabajado duro para darte una buena vida, no destruyas eso con ninguna actitud impulsiva.

— ¿Entonces nos quedamos aquí sin hacer nada?

— Sí.

— Pensé que lo amabas.

— Con todo mi corazón. — Se le escapó una lágrima y mi cuñada apartó su rostro para que ni yo ni mis sobrinos pudiéramos verla llorar.

— ¿Estás bien mamá? — Mario, de diez años, tocó la mano de su madre sobre la mesa.

— Sí, mi amor. — Ángela le sonrió. — Concéntrate en comer, ¿vale?

— Creo que la tía tiene razón. Tenemos que hacer algo con la muerte de papá. — El hijo

mayor se cruzó de brazos.

— ¡Luca, no! — Ángela me dirigió una mirada severa a mí y luego a su hijo. — Tu principal preocupación ahora debería ser crecer sano y salvo. Deja que los adultos se ocupen de la situación.

— Soy el heredero. — Luca insistió.

— Sí, pero eres demasiado joven para eso, tienes que madurar un poco más antes de hacerte cargo del negocio de tu padre. Hasta entonces, no te preocupes, yo me ocuparé de todo — Dijo mi cuñada, con tal convicción que confié en ella.

Ángela tenía sus preocupaciones. La casa, los hijos que criar y posiblemente todas las responsabilidades que recaían sobre ella. Era viuda en un mundo en el que constantemente me decían que los hombres mandaban.

Desayuné con la mente a mil por hora. Por un lado, mi cuñada me decía que todo iba a salir bien, por otro, la madre de Tiago me decía que yo no era nadie sin mi hermano, lo cual puede ser cierto, pero yo seguía sintiendo el impulso de hacer algo.

Bellucci...

Ya había oído ese apellido una vez, pero no escuché los fragmentos de las muchas conversaciones de mi hermano con los hombres que trabajaban con él.

Después de desayunar, salí de la sala y entré en la cocina, donde una vieja cocinera estaba siempre ocupada. Yo sentía un gran afecto por Francesca, desde aquel recuerdo de mi infancia en el que llegué asustada a esa casa y ella me regaló un buen trozo de pastel de chocolate.

— Hola. — Me incliné sobre la encimera de granito, llamando su atención.

— Hola, señorita. — Se secó las manos en el delantal, que sujetaba las curvas salientes de su cuerpo, antes de acercarse a mí.

— Francesca, llevas mucho tiempo trabajando en esta casa, ¿verdad?

— Desde que era una niña.

— ¿Has visto y oído muchas cosas?

— ¿Adónde quieres llegar? — Retrocedió al darse cuenta por dónde iban mis intenciones.

— Supongo que lo sabes todo, al menos mucho más que yo, ya que Tiago prefirió no dejarme ver ni oír nada.

— Yo también nací en la mafia, y tuve la suerte de convertirme en esposa y no en una de las putas del club. Si a eso se le puede llamar suerte. — Se rió amargamente. — Mi marido y mi hijo son soldados, un destino del que no pudieron escapar.

— Lo siento.

— Con el tiempo te acostumbras, y yo soy feliz cuando estoy aquí en casa, cocinando para la familia.

— ¿Sabes quiénes son los Bellucci? — susurré, como pidiéndole que me contara un secreto.

— ¿Y quién no?

Fruncí el ceño y ella se rió.

— La familia que dirige toda la mafia italiana. Su hermano era un hombre muy poderoso, pero los Bellucci estaban por encima de él. Por encima de cualquiera.

— Ángela cree que fueron responsables de la muerte de mi hermano. Quiero saber por qué.

— Si Marco Bellucci, el gran jefe de la mafia, mandó matar a uno de sus aliados, debió de tener un muy buen motivo, pero tú deberías mantenerte bien alejada de él.

— ¿Por qué?

— El negocio de la mafia no es para mujeres como tú, jovencita. Tu lugar está con un hombre que te proteja y al que le des hijos.

— Mi hermano nunca me obligó a casarme, sólo me dijo que debía mantener mi virginidad hasta entonces.

— Así son ellos, se acuestan con todas las prostitutas que pueden, pero a la hora de

casarse quieren vírgenes.

— ¿Dónde están esos Bellucci?

— Suelen quedarse en Roma.

— Gracias. — Le di un beso en la mejilla y salí de la cocina.

— ¡Ah, señorita! — La oí gritar mientras me alejaba. — Por favor, no...

Estaba demasiado lejos para oír el resto de la frase.

Los Bellucci habían matado a mi hermano e iba a averiguar por qué.

Me fui a mi habitación, abrí el ordenador, busqué toda la información que pude sobre ellos en internet, aunque no había encontrado nada muy relevante. Eran personas involucradas en negocios ilícitos y no iba a estar publicada información al respecto en internet.

Preparé una pequeña maleta con algo de ropa y revisé mi cartera en busca de dinero y tarjetas de crédito. Tras comprobar que tenía todo lo necesario para pasar unos días en otra ciudad, escondí el equipaje debajo de la cama.

Seguí con mi rutina normal durante el resto del día. Almorcé con mi cuñada y mis sobrinos, y volví al ordenador para seguir investigando, hasta que encontré una foto de uno de los hijos de los Bellucci, el hermano mediano, Theo. Estaba en un evento con el dueño de un club nocturno, la noticia decía que eran amigos, y este podría ser uno de los lugares donde podría empezar a buscar respuestas.

Después de cenar, esperé que todos se fueran a dormir para salir de la habitación. Llevaba una sudadera negra, con la que esperaba camuflarme, y un par de zapatillas cómodas, pues no sabía cuánto tiempo tendría que caminar.

Seguí el oscuro pasillo por el que estaba acostumbrada a caminar, pero me pegué a la pared cuando oí un ruido. Siempre había hombres de guardia en todos los rincones de la casa. Eso no había cambiado desde la muerte de mi hermano.

Con el corazón acelerado, agarré mi mochila y esperé a que el sonido de los pasos se calmara antes de dirigirme a las escaleras y bajar a la sala de estar.

Pasó otro hombre en su ronda y me escondí a la sombra de una columna de apoyo mientras esperaba que se fuera.

Sabía que había muchos más en la entrada a la casa, así que decidí ir a la cocina. La luz de la habitación estaba siempre encendida. Lo había descubierto durante las muchas veces que había bajado a beber agua en mitad de la noche. Lo que no esperaba, sin embargo, era ver allí a Edna.

Lo primero que pensé fue en gritar del susto, pero me contuve, porque lo único que iba a hacer era despertar a mi cuñada y a todos los demás en la casa.

Iba a decir algo cuando la vi mirarme, fijarse en la mochila a la que me aferraba como si me fuera la vida en ello y sonreír.

— Se está haciendo tarde.

¿De verdad pensaba que me iba para siempre? No tenía tiempo para discutirlo en ese momento. Mientras no alertara a mi cuñada ni a los demás hombres de la casa, podía pensar lo que quisiera.

Pasé junto a ella hacia la puerta de la cocina. La mujer no dijo ni una palabra más. Me alegré de ello. Sin embargo, eso no significaba que pudiera irme sin más, ya que había dos hombres patrullando en la parte trasera de la casa.

Me escondí en la sombra mientras pensaba. Necesitaría al menos cinco minutos para correr hasta las escaleras que bajaban a la playa, además de esperar que la puerta exterior no estuviera cerrada.

Cogí un puñado de piedras del suelo y las lancé lo más lejos que pude contra el tejado. Al oír el ruido, los hombres se dieron la vuelta y fueron a ver qué había pasado. Estaban allí para impedir que nadie entrara, e imaginé que no se les había pasado por la cabeza que alguien pudiera estar intentando salir.

Aproveché la oportunidad y corrí hacia las escaleras. Bajé los escalones lo más rápido que pude, pero en cuanto llegué a la puerta que daba acceso a la playa, la encontré cerrada. Me quedé mirándola unos segundos hasta que decidí trepar por ella. Nunca lo había hecho, pero no tenía otra opción, ya que no era lo bastante delgada ni pequeña para pasar por los huecos de la

barandilla.

Recogí mi mochila y la arrojé por encima de la puerta, haciéndola caer sobre la arena blanda del otro lado para poder moverme con más ligereza. Me agarré a una de las barras metálicas, utilizando un adorno para apoyar el pie e impulsar el cuerpo. Con cuidado, hice todo lo posible por subir. No fue fácil, el pie me resbalaba, no tenía apoyo y estuve a punto de caerme varias veces. Cuando llegué arriba, mi sudadera se enganchó en una de las puntas de lanza de la cima y cuando tiré con fuerza para liberarme, perdí el equilibrio y caí sobre mi mochila, boca abajo en la arena.

Afortunadamente, no me hice mucho daño, sólo me raspé la mano. Me levanté escupiendo arena y con las manos me quité lo que también se me había pegado a la cara y al pelo, antes de tomar mi mochila y salir corriendo. Tenía que alejarme de allí antes de que se dieran cuenta de que me había escapado.

Caminé a lo largo de la playa durante mucho, mucho tiempo, hasta que encontré una salida al paseo marítimo en una parte más turística de la ciudad. Como era de madrugada, apenas había gente por las calles. Mi recorrido fue solitario, hasta que divisé algunos bares y restaurantes cerrados y una parada de taxis, donde un hombre miraba distraído su teléfono móvil bajo la luz tenue de un poste.

Me acerqué a él y me detuve frente a él.

— ¡Hola!

— ¿Puedo hacer algo por usted, señorita?

— Quiero ir a Roma y creo que la forma más rápida de llegar es en avión.

— Sí.

— ¿Puedes llevarme al aeropuerto?

Asintió, abriendo la puerta trasera del coche para que entrara.

Sin mi hermano, lo único que quedaba en mí era la determinación de saber qué le había sucedido, e iba a Roma a intentar averiguarlo. Tiago lo había hecho todo por mí desde el momento en que me había puesto bajo su tutela, y lo menos que podía hacer por él era tener

respuestas.

Esperaba encontrar esas respuestas en Roma.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

THEO

Capítulo cuatro

La música resonaba en mi cabeza mientras veía algunas mujeres bailar a mi alrededor y a otras en un pequeño escenario. Las luces de la discoteca serpenteaban a nuestro alrededor, revelando a algunas personas o dejándolas momentáneamente a oscuras. No muy lejos de mí, pude ver a algunos de los clientes habituales inhalando líneas de polvo blanco que se vendían en el club, mientras que las mujeres disponibles se frotaban sobre ellos.

Era uno de nuestros muchos clubes, donde se podía comprar de todo por el precio justo, desde mujeres hasta drogas y armas.

No era apropiado para alguien como yo frecuentar ambientes así, pero sentía que necesitaba un poco de distracción después de todo. Luego de diez años, finalizar la búsqueda parecía haberme dejado aún más huérfano.

Sacudí la cabeza, despejando mis pensamientos, cuando una de las mujeres me puso las manos en las rodillas y se inclinó hacia mí, mostrando su provocativo escote a la altura de mis ojos.

No ser el primer hijo de la mafia tenía sus ventajas. Aunque tenía responsabilidades como heredero directo de la dinastía, el peso de la corona no recaía sobre mí. Mientras Marco se comprometió con su pareja muy pronto, el matrimonio estaba lejos de ser una de mis preocupaciones. No tenía responsabilidades familiares, ni la obligación de entregar un heredero o de tener una reina a mi lado para los eventos. Como segundo hijo, me bastaba con ser la mano derecha de mi hermano, su cimiento, pero podía tener tantas mujeres como quisiera sin involucrarme realmente con ninguna de ellas.

Cuando el volumen de la música subió y las mujeres del escenario se revolcaron con más intensidad, agarré los pechos que me rozaban la cara, los acerqué hacia mí, mordisqueé uno de los pezones, mientras le bajaba el escote y hacía que sus tetas se liberaran de su encierro, asomándose hacia mí.

Jugué con sus pechos antes de agarrar su pelo rubio y hacer que se arrodillara frente a mí,

colocándola entre mis piernas. Me bajé la cremallera del pantalón y la dejé a mi merced para que me la chupara. Sin pensarlo, se llevó mi pene a su boca y movió la cabeza como yo le ordenaba, sujetándola por el pelo. La hice mover los labios cada vez más rápido hasta que eyaculé en la punta de su lengua.

Le levanté la cabeza y la moví hacia un lado antes de volver a meterme mi miembro en los pantalones.

— Señor, ¿no cree que es mejor que nos vayamos a casa, su hermano… — empezó uno de mis soldados más fieles, Rómulo, pero le detuve antes de que continuara.

— Mi hermano sabe ser un grano en el culo cuando quiere.

No debería estar en un club, mis hombres lo sabían y yo también, pero aun así era el tipo de diversión que me permitía de vez en cuando. Aunque sabía cuál iba a ser la reacción de Marco. Tiago Mancini se estaba pudriendo en una zanja y yo tenía motivos para festejarlo, no podía celebrar una fiesta sin parecer desagradable o grosero delante de los demás miembros de la mafia, o incluso de mi propia familia. Mi madre diría que el derramamiento de sangre no traería de vuelta a mi padre, pero era demasiado blanda de corazón para este mundo...

Mis pensamientos se interrumpieron cuando vi a una mujer morena con un vestido verde corto. Era hermosa y nunca la había visto allí, porque seguramente la recordaría.

Miraba a un lado y a otro y parecía buscar a alguien, hasta que nuestros ojos se encontraron y pude verla mejor. Estábamos a varios metros de distancia, la luz era tenue, pero me fijé en ella como si estuviéramos codo con codo bajo el sol. Su pelo oscuro era ondulado, su piel pálida y sus labios tan rojos que me recordaban las descripciones de Blancanieves cuando mi madre nos contaba el cuento antes de dormir.

Una de las prostitutas tiró de mi cara y la giró hacia ella. La aparté de inmediato. La hice retroceder hasta el otro extremo del sofá y me puse de pie. Lo que quería era la atención de mi Blancanieves.

Volví los ojos en dirección a donde estaba, pero no volví a verla. Caminé hacia el local, mirando a un lado y a otro. Había mucha gente rozándose y bailando al ritmo de la música. Con las luces yendo y viniendo, era difícil tener una visión clara del entorno.

Tuve la impresión de verla dirigirse hacia los baños, así que me fui por el pasillo. Abrí la puerta del baño de damas y las dos mujeres que se estaban retocando el maquillaje gritaron al verme.

— ¿Han visto a una mujer con un vestido verde?

Se limitaron a mover la cabeza negativamente y yo cerré la puerta, enfadado.

Volví a mirar a mi alrededor, vi a mucha gente, pero ni rastro de ella. Era como si hubiera delirado.

Había pasado por muchas cosas en mi vida, pero ver a una mujer imaginaria era la primera vez.

Antes de que me decidiera a echar un último vistazo, Rómulo se me acercó y me entregó su teléfono móvil.

— Señor, el jefe.

Puse los ojos en blanco antes de descolgar el auricular y hablar.

— Marco.

— ¿Dónde diablos estás?

— Estoy de camino a casa -respondí sin demora, colgando la llamada. Ni siquiera sabía si Marco me había oído bien, por encima del volumen de la música, pero me daba igual.

Quizá el humo del DJ y las drogas habían alterado mis sentidos y me habían hecho imaginar.

— Vamos a la mansión. — Pasé junto a Rómulo, que hizo señas a los demás para que nos siguieran fuera del club.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

TATIANE

Capítulo cinco

Nunca había estado en un club así. A pesar de mis ganas de ir, mi hermano siempre decía que esos ambientes no eran para mujeres como yo. Sin embargo, con un vestido inapropiado, que había comprado en una tienda al llegar a Roma por la mañana, fue bastante fácil entrar; sólo bastó con sonreír al portero.

La música a todo volumen resonaba en mi cabeza y los ritmos vibraban, como si alguien estuviera tocando un tambor en mi cerebro. Realmente no estaba acostumbrada, pero intenté ignorar la incomodidad y centrarme en mi misión. Había viajado tanto para encontrar a uno de los Bellucci, al menos esperaba que estuviera allí.

— Lo siento. — Esquivé a una mujer borracha que casi me atropella.

— ¿Dónde están los modales de la gente? — Se fue quejándose, pero siguió adelante.

Me sorprendieron las tres mujeres que bailaban provocativamente en un pequeño escenario. Llevaban vestidos diminutos y juraría que no tenían nada debajo. Mi momento de asombro finalizó pronto cuando lo vi sentado al otro lado del club. Al menos eso creí, ya que todo lo que tenía de él eran menos de media docena de fotos. En Internet, no era más que otro de los muchos *playboys* de familia adinerada. En los barrios italianos, sin embargo, todos sabían que era el *consigliere* de la mafia.

Debería haberme estremecido cuando sus ojos se posaron en mí, pero mi curiosidad y mi búsqueda de justicia por lo que le había ocurrido a mi hermano superaron por completo mi miedo. No sé cuánto tiempo permanecimos así, mirándonos fijamente, porque era como si todo a nuestro alrededor se hubiera congelado. Era un hombre de unos treinta años, con el pelo corto y oscuro. Estaba lejos y la escasa luz me impedía estar segura del color de sus ojos, aunque me miraban fijamente.

Una mujer que estaba de pie frente a él le agarró la cara y le hizo volverse hacia ella, justo cuando alguien me agarró del brazo.

— ¡Suéltame!

— Señorita Mancini, necesito que venga conmigo. — Reconocí la voz de Giovanini antes de verlo. Era uno de los hombres de confianza de mi hermano.

No protesté, simplemente dejé que me arrastrara fuera del club. Podría haber gritado y chillado, pero si él estaba allí para recogerme, me habría resultado casi imposible hacerle cambiar de opinión y, además, me parecía completamente innecesario llamar la atención de todo el mundo sobre mí.

Giovanni me llevó a una calle lateral y abrió la puerta trasera de un coche negro, empujándome dentro, antes de sentarse él en el asiento de copiloto.

— No pensé que pudieras ser tan idiota.

Me volví y vi a mi cuñada sentada al otro lado del asiento. Me miró con expresión dura y me preparé para una reprimenda.

— ¿Qué pasaba por tu cabeza cuando viniste a Roma detrás de los Bellucci? ¿Te das cuenta del peligro que corres?

Tragué saliva, pero no contesté.

— Este lugar está lleno de prostitutas y hombres de la peor calaña. Podrían haberte violado ahí dentro o haberte hecho algo aún peor.

— Yo... Yo... — Volví a tragar saliva mientras Ángela me miraba fijamente. — Sólo quiero saber por qué.

— ¿Ibas a pararte delante de Bellucci y preguntarle? ¿Creías que tendría la amabilidad de invitarte a tomar un café mientras describías cómo su familia mató a Tiago?

— Fue una estupidez. — Lo admití cuando sus palabras fueron como una bofetada.

— Me alegro de que lo reconozcas.

— Lo siento. Pensé que era lo correcto para Tiago. Lo que él hubiera querido.

— Lo que Tiago siempre quiso fue que estuvieras a salvo. Arriesgó demasiado por eso. Avergüenzas la memoria de tu hermano actuando como una niña mimada.

— ¿Qué arriesgó?

Ángela retrocedió un poco y me miró fijamente hasta que por fin contestó.

— Todo. Incluso la relación con tus padres. Edna nunca te aceptó en esa casa y Tiago tuvo que imponerse mucho para que tuvieras la vida que tienes. No lo eches todo a perder.

Asentí y me recosté en el asiento. Si hubiera sido posible entrar en ese asiento y esconderme, lo habría hecho. Por un momento tuve la impresión de que Ángela sabía más de lo que me estaba contando, pero no dije nada, ya había abusado demasiado de su confianza por un día.

— ¿Cómo me has encontrado? — pregunté, muchos minutos después, mientras me desbordaba la curiosidad.

— Dejaste un rastro en la factura de tu tarjeta de crédito. El billete de avión a Roma, el restaurante donde comiste, la tienda donde compraste ese vestidito e incluso la entrada a la discoteca. Eres muy mala para escapar, Tati. — Ella movió la cabeza negativamente y yo volví a callarme.

Pronto me di cuenta de que nos dirigíamos al aeropuerto.

Ángela había venido a buscarme utilizando el avión privado que pertenecía a mi hermano y que era el mismo que utilizábamos para regresar a Palermo.

Lo que Tiago siempre quiso fue que estuvieras a salvo... Su voz resonó en mi mente mientras asomaba la cabeza por la ventanilla del avión.

¿Acaso mi seguridad era más importante que lo que le había ocurrido a él? No me parecía correcto, pero tenía que admitir que no sabía nada de la mafia y mi cuñada parecía entender ese oscuro mundo mucho mejor que yo.

El hecho de que Ángela me hubiera recogido en Roma me demostró que no estaba tan sola y, a pesar de la muerte de mi hermano, mi cuñada aún parecía dispuesta a cuidar de mí.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

THEO

Capítulo seis

Bajé del coche en el garaje de la mansión a la una de la madrugada. Los hombres me saludaron con una inclinación de cabeza y se dispersaron. Entré en la casa y todo estaba oscuro. Me dirigía a las escaleras cuando vi una luz encendida en el pasillo, era el despacho de mi hermano y estaba seguro de que me estaba esperando.

Me acerqué. Me detuve junto a la puerta, me apoyé en el marco con los brazos cruzados y le miré fijamente, esperando a que Marco levantara la cabeza y se fijara en mí.

— Otra vez en un club — Dijo, apretando los dientes y entrecerrando los ojos.

Normalmente era yo quien daba consejos, mi padre me había enseñado bien, pero odiaba que Marco fuera quien me reprendiera.

— Conoces los mandamientos, Theo.

— Las reglas que un anciano escribió mucho antes de que naciéramos. Soy consciente.

Recité mentalmente los mandamientos mientras mi hermano me miraba fijamente.

1) No puedes presentarte sólo a un asociado de la familia, debe hacerlo un tercero;

2) No debemos mirar a las mujeres de nuestros amigos;

3) No te involucres en enfrentamientos con la policía;

4) No debes ir a bares ni discotecas;

5) Debes estar disponible en cualquier momento, incluso si una mujer está a punto de dar a luz;

6) Los compromisos deben respetarse;

7) Tienes que respetar a tu mujer;

8) Cuando te pidan que aclares algo, debes decir la verdad;

9) No puedes apropiarte de dinero que pertenezca a otros parientes u otras familias;

10) No pueden formar parte de la mafia quienes tengan parientes en la policía, quienes hayan sido traicionados sentimentalmente en el seno de la familia y quienes no respeten los valores del grupo.[1]

— Entonces, ¿por qué sigues rompiendo la cuarta? — Chasqueó los dedos y siguió mirándome con severidad.

— Estaba celebrando la muerte de ese bastardo. Sé que dirás que era uno de nuestros *cabos* más importantes, pero el poder allí pronto se estabilizará de nuevo, y es mucho mejor tener un nuevo juramento que mantener en el poder a alguien que mató a nuestro padre.

— Estoy tan feliz como tú por esta venganza, Theo, pero precisamente por eso, debemos evitar cualquier exposición innecesaria. Sabes que lo que más temía en tu búsqueda era que acabaras en una zanja antes de atrapar al culpable de la muerte de nuestro padre. Afortunadamente eso no ocurrió, pero ahora es el momento de sentar la cabeza, hermano.

— Sólo te falta decirme que lo mejor es casarme. — Me burlé, dándome cuenta de lo mucho que le había afectado a mi hermano la llegada de Laís a la casa.

— Me hizo bien.

— La estaba pasando muy bien con las prostitutas antes de que llamaras a Rómulo. Bien podrías estar teniendo sexo con tu mujer, en vez de estar aquí mirándome con esa cara. Al principio del matrimonio tenían relaciones como si fueran conejos, háganlo otra vez.

— Laís está en los últimos meses de su embarazo, así que tenemos que tener más cuidado, pero no estoy aquí para hablar de mi matrimonio, estoy aquí para hablar de ti.

— No tengo intención de casarme.

— Sólo mantente alejado de los clubes. No quiero a mi mano derecha muerta o en la cárcel.

— Muy bien, jefe. — Descrucé los brazos.

— Hay una cosa más.

— ¿Cómo?

— Leonel Bellucci ha vuelto.

— ¿Qué hace aquí nuestro tío? — Fruncí el ceño.

— Dijo que vino a vernos. Nos echaba de menos.

— A nuestra madre no le gusta.

— No está contenta y me imagino que pronto lo echará, pero mientras tanto, lo vigilaremos. Lleva demasiado tiempo con los americanos como para que simplemente confiemos en él.

— Es un milagro que no le hayan metido una bala en la cabeza. Siempre ha sido un grano en el culo.

Marco se rió.

— Me voy a la cama, mañana tendremos un día ajetreado.

Salí de la oficina y me dirigí a mi habitación.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

TATIANE

Capítulo siete

Desde que volví de Roma, estaba encerrada en mi habitación y no podía dejar de pensar en todo lo que había visto y hecho. Pensé que podría ponerle fin después de la conversación con mi cuñada, pero no fue tan fácil. Cada vez que cerraba los ojos, mi mente se llenaba de imágenes de mi hermano.

Ángela había dicho que prefería que estuviera a salvo, pero si alguien como él había recibido un disparo, ¿cómo podíamos estar los demás tan seguros de que no pasaría nada?

Cuando los primeros rayos de la mañana golpearon mi ventana, ya estaba levantada. Me recogí el pelo en una coleta, me puse ropa de entrenamiento y me dirigí al gimnasio de la primera planta de la casa. Abrí las ventanas para que entrara la brisa marina y puse música en los auriculares. Cogí la cuerda de uno de los armarios y empecé a saltar. Conté hasta cien y me detuve para tomar aire. Luego volví a saltar.

Después de pasar más de una hora en el gimnasio, volví a mi habitación, me di una ducha y me dirigí al comedor, donde nos reunimos todos para desayunar.

Edna fue la primera persona a la que vi y frunció el ceño cuando sus ojos se cruzaron con los míos.

— Pensé que te habías ido.

— Acabo de dar un paseo por Roma. — Sonreí mientras acercaba una silla y me sentaba a su lado.

— Sin Tiago aquí... — empezó a amenazarme, como había hecho todos estos años, pero ya ni me molesté.

— Puede que se haya ido, pero no creo que vayas a ser tú quien empiece a mandar aquí. — Justo cuando terminaba la frase, entró mi cuñada con mis sobrinos.

— Buenos días.

— Ángela, ahora que Tiago se ha ido, ¿ya están hablando de quién se hará cargo de su

negocio?

— Dicen que Giulio debería llegar hoy.

— Ese bastardo mimado. — La vieja bruja resopló y me alegré de que sólo con la presencia de alguien se sintiera incómoda.

— Debería hacerme cargo del negocio de mi padre. — Luca se llevó la mano al pecho con convicción. Puede que no fuera más que un crío, pero estaba seguro de que entendía mucho más que yo sobre el mundo de la mafia.

A diferencia de mí, que había sido educada para ser la muñequita de alguien, como debían ser la mayoría de las mujeres de familias adineradas de la mafia, mi sobrino de catorce años había sido preparado para seguir los pasos de su padre, ya sabía disparar y había acompañado a Tiago a unas cuantas reuniones de la mafia.

— Lo sé, cariño, pero aún eres muy joven. — Ángela acarició el hombro de su hijo.

— Puedo arreglármelas, mamá.

— Todavía no, Luca.

— ¿Y qué piensas hacer? — regañó Edna a su nuera. — ¿Agachar la cabeza y dejar que Giulio robe el legado de mi hijo?

— ¿Tienes una idea mejor? — preguntó Ángela.

La anciana dio un paso atrás, sin saber qué decir.

Me encantaba cuando mi cuñada la hacía callar. Mejor que nadie, durante sus diecisiete años de matrimonio con mi hermano, Ángela había aprendido muy bien a tratar con su suegra y a hacerla retroceder cuando era necesario.

— Debería haber ganado más tiempo. —Murmuró Ángela en voz baja.

— ¿Quién? — pregunté.

— Nada. — Sacudió la cabeza. — Coman niños, por favor. — Mi cuñada se volvió hacia sus hijos.

Ángela estaba claramente disgustada. A pesar de la respuesta que le había dado a su suegra, la conocía lo suficiente como para saber que no se rendiría sin luchar. Desde el momento en que Tiago me había llevado a vivir con ellos a aquella casa, aquella mujer había sido mi mayor ejemplo. Al mismo tiempo que parecía una esposa frágil más, se mostraba como una leona. A diferencia de Edna, que sólo sabía ladrar y ofender, Ángela era quien mejor aconsejaba a mi hermano y le ayudaba cuando lo necesitaba.

Después de desayunar, volví a mi habitación y abrí los viejos folletos del curso a distancia que mi cuñada me había motivado a hacer.

No es seguro que salgamos, pero eso no tiene por qué impedirte estudiar. Recordé cuando ella me había animado. Hice muchos cursos así. No es que fuera a trabajar, porque Tiago me lo daba todo, pero me hacía sentir útil y me mantenía ocupada.

En ese momento, definitivamente necesitaba mantener la concentración para no enloquecer. Después de mi día en Roma, de palpar con mis propias manos la libertad y de mi breve visión de quien podía darme respuestas, no podía estar menos inquieta.

Me tumbé en la cama con el libro del curso de periodismo sobre el pecho y me quedé mirando el techo de yeso.

— ¿Por qué te fuiste tan pronto, Tiago? — Mi hermano sólo tenía cuarenta años.

Aunque Ángela no me lo había explicado, entendí lo que quería decir con lo de ganar más tiempo. A los dieciocho años, Luca podría haber ocupado el lugar de su padre sin ser cuestionado.

— Han llegado, Sra. Mancini. — Oí que alguien habló abajo y me levanté para bajar las escaleras y seguir la corriente hasta la entrada de la casa.

Estaba detrás de mi cuñada cuando vi un coche negro entrar en la entrada. Se bajaron de él varios hombres y vi aparecer la ira en el rostro de mi cuñada.

— Pensé que al menos esperarías al periodo de luto antes de venir. — Comentó Ángela.

Un hombre vestido con un traje gris, que debía pesar al menos cien kilos, con escaso pelo y una barba rasurada, se acercó a mi cuñada y le tendió la mano, esperando la suya, pero Ángela

no la tomó.

— Tan malhumorada como lo recordaba. — Intentó tocar la cara de Ángela, pero ella rehuyó. — Aunque sigues siendo tan hermosa como la última vez que te vi. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Cinco años creo, ¿cuántos tienes ahora?

— Treinta y seis.

— Eres demasiado joven para haber enviudado.

— En eso tengo que darte la razón.

El hombre pasó junto a ella y se acercó a mí, deteniéndose frente a mí.

— Ah, todavía estás aquí. Pensé que tu hermano ya te habría casado con alguien a estas alturas. Pronto serás demasiado vieja para dar hijos a un marido, pero lo solucionaremos. — Me tocó la cara. Sentí que sus manos estaban aceitosas y se me revolvió el estómago.

— ¡Quítale tus sucias manos de encima! — gruñó Ángela, y el hombre se dio la vuelta, sonriendo.

— Eres muy valiente, ¿verdad? Puede que mi primo no tuviera las riendas adecuadas, pero yo he llegado y voy a encargarme de todo por aquí.

— Quizás tengas derecho al negocio de mi marido, pero esta casa pertenece a mis hijos.

— Pero tiene unas vistas preciosas y quiero quedarme aquí. Creo que lo menos que puedes hacer por mí es recibirme como huésped, mientras yo y los hombres que trabajaban para tu marido nos ocupamos de los verdaderos negocios.

Ángela estaba a punto de atacarlo, pero Edna la agarró del brazo y contuvo a su nuera. No solía gustarme el comportamiento de aquella mujer, pero en aquel momento me pareció correcta. Ya había perdido a mi hermano y no quería que me ocurriera lo mismo con mi cuñada.

— Pronto será la hora de comer. — Giulio se subió la manga del traje y miró la hora en un gran reloj de oro antes de pasar junto a nosotros y entrar en la casa, como si tuviera derecho literalmente a todo lo que pertenecía a mi hermano.

Ángela no era la única descontenta con la presencia del hombre allí.

Le seguimos mientras evaluaba con su mirada cada rincón de la casa. Aunque las mujeres habíamos avanzado mucho en la sociedad en cuanto a derechos de herencia, en la mafia era como si aún viviéramos siglos atrás.

— Siempre pensé que ese cuadro era de muy mal gusto. — Señaló uno de los cuadros del salón.

— Fui yo quien lo eligió. — comentó Ángela.

— Por supuesto, ni siquiera las mujeres como tú son perfectas.

Me gustaba ese cuadro a pesar de entender poco de arte, pero comprendía lo suficiente de la situación como para saber que el hombre sólo estaba haciendo provocaciones innecesarias para irritar aún más a mi cuñada.

— Edna, ve a comprobar en la cocina que la comida está lista para ser servida y llévate a Tatiane contigo.

— ¿Por qué no va ella sola?

— Las dos. — Ángela fue firme.

Edna me cogió del brazo, arrastrándome en dirección contraria a donde Giulio miraba. No me hacía ninguna gracia dejar a mi cuñada a solas con aquel hombre, pero intenté confiar en ella, porque Ángela siempre sabía lo que hacía.

— Siempre te han protegido demasiado. — Edna resopló mientras caminábamos codo con codo hacia la cocina. — Deberías haberte casado y haberte ido de esta casa hace mucho tiempo.

— ¿Crees que ya debería haberme casado porque es lo que hay que hacer, o eres tú el que está deseando deshacerse de mí?

— Nunca debiste salir del mismo callejón donde murió tu madre.

— Pero me fui y estoy aquí contigo. — Hinché el pecho.

Me había armado de valor para ir a Roma y enfrentarme a la familia más peligrosa de Italia, no me dejaría avasallar por una vieja gruñona.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

THEO

Capítulo ocho

Me di la vuelta en la cama y abrí los ojos. Mi mente seguía yendo y viniendo a imágenes del club. Si realmente había delirado al ver a aquella mujer en medio de la pista de baile, ¿por qué tenía imágenes tan vívidas de ella en la mente?

Su pelo negro moviéndose lentamente y su cuerpo escultural moldeado por aquel vestido verde.

Si no era una visión en mi cabeza, debía de ser una chica nueva del club, porque no recordaba haberla visto antes. Alguien tan hermosa no sería olvidada.

Me levanté de la cama enfadado por no poder ir al club e intentar encontrarla, sin correr el riesgo de oír a mi hermano decir lo mismo sobre la importancia de no exponernos a nuestros enemigos. Tenía razón, pero eso no disminuyó mis ganas de volver a verla.

Me vestí y agarré la pistola, que estaba en la mesilla de noche, colocándomela en una funda en la cintura.

Esperaba que mis actividades del día fueran suficientes para alejar de mi mente las imágenes de la misteriosa mujer antes de tomar la irresponsable decisión de volver al club.

Salí del dormitorio y me dirigí al salón. Me detuve en las escaleras y me volví hacia los sofás.

— Ha pasado mucho tiempo, tío. — Le dije cuando lo vi sentado en el salón, hablando con mi hermano pequeño.

Sin duda, Mateo era el que más le agradaba al hermano menor de nuestro padre. Quizá porque eran más jóvenes, o porque no había estado tan cerca de nosotros durante la transición del poder de mi padre a Marco. Todos esperaban que nuestro tío se convirtiera en el *consigliere* de mi hermano. Era mayor y tenía más experiencia que cualquiera de nosotros, pero Marco no se llevaba bien con él, y acabó eligiéndome a mí.

Tras darse cuenta de que no había sitio para él en el gobierno de mi hermano, nuestro tío dejó Italia y se fue a Estados Unidos para dirigir los negocios italoamericanos que teníamos allí.

— Todos parecen adultos.

— Más viejos sí, crecido de tamaño no mucho, ya que cuando te fuiste de Italia, Mateo era el más joven de nosotros y ya tenía más de veinte años.

— ¿Siempre ha estado en contra de ese tipo de bromas? — Se volvió hacia mi hermano pequeño.

— A veces puede ser más divertido que Marco, pero ninguno de los dos puede compararse conmigo.

— No puedo creer que haya tanto espacio para las bromas en el mundo en que vivimos. — Marco se detiene a mi lado con los brazos cruzados e intercambiamos miradas antes de volver a mirar fijamente a nuestro tío.

— ¿Dónde está tu bella esposa? — preguntó Leonel a mi hermano mayor. — Aún no he tenido el placer de conocerla. Los rumores sobre ella que han llegado a América es que tiene una belleza digna de la musa de Miguel Ángel.

— Está un poco indispuesta debido a su embarazo y probablemente debería quedarse hoy en su habitación.

— ¿Va todo bien con Laís? — le susurré a mi hermano en un momento en que sólo él podía oírme.

— Sí. Es que no quiero que baje — Contestó Marco en el mismo tono.

No era el único que sospechaba de la presencia de nuestro tío, aunque mi sexto sentido siempre fue más agudo que el de mis hermanos.

— Es una pena, espero poder verla antes de irme. — Dijo mi tío con una sonrisa que mantuvo a raya mi sensación de inseguridad.

— Sobre el cargamento que llega hoy a Ostia. Quiero recogerlo. — Le dije a Marco.

— ¿Seguro?

Moví la cabeza afirmativamente y mi hermano se dio cuenta, sin que yo dijera una palabra, de que tenía un plan.

— ¿Por qué no vienes conmigo, tío?

— ¿Ir a dónde? — Levantó una de sus canosas cejas.

— Viene un cargamento de heroína por el Mediterráneo y vamos a recogerlo en un pesquero en uno de nuestros puertos.

— No me va bien esto de las mulas.

— Siempre hay algo de diversión.

Nos miró a mí y a mi hermano antes de asentir.

— Ten cuidado. — Marco me puso la mano en el hombro y me apretó con los dedos, lo que me hizo sonreír un poco.

— Siempre lo hago.

— Sabes que no puedes convencer a nadie con eso.

— Soy bueno en lo que hago.

Marco no lo cuestionó, porque sabía que era cierto.

— ¿Listo, tío? — Toqué mi pistola, sintiendo que se me calentaba la sangre ante la posibilidad de un poco de adrenalina.

— ¿No vamos a desayunar primero?

— Será mejor que vayas con el estómago vacío. Nadie quiere que vomites en la tapicería del coche.

— ¿Dónde crees que he estado todos estos años, sobrino, en un manicomio? — Me di cuenta de que estaba irritado por mi provocación.

— Eso es lo que vamos a averiguar.

Asentí y me siguió. Caminamos en silencio hasta el garaje, donde estaban reunidos unos cuantos hombres dispuestos a acompañarme. Elegí un Porsche negro y deportivo y otros cinco

hombres fueron en un todoterreno del mismo color.

Encendí la radio y vi cómo mi tío ponía los ojos en blanco mientras la música empezaba a resonar en el interior del coche. Tomé el volante mientras esperaba a que dijera algo. Habían pasado ocho o quizá nueve años desde la última vez que lo vimos, pero lo que yo recordaba de él era que era bastante hablador.

— Si no estabas en un manicomio, ¿qué has estado haciendo en los últimos años? — Fui yo quien acabó entablando conversación, con la esperanza de poder sacarle algo antes de recurrir a algún tipo de tortura.

— Yo dirigía un casino. Hay otras formas de ganar dinero que el tráfico de drogas.

— ¿Me vas a decir que allí no había drogas? — Me reí.

— Yo no era responsable.

— Es una forma diferente de decir que estabas en una residencia de ancianos. — Agarré el volante y pisé con más fuerza el acelerador cuando entramos en una avenida recta sin muchos semáforos. — Dime, tío, ¿por qué has vuelto a Roma?

— Pensé que podrías necesitarme.

— No te hemos necesitado en los últimos años, ¿por qué íbamos a necesitarte ahora?

— Somos familia, Theo.

— En efecto. — Dejé de insistir cuando me di cuenta de que estaba esquivando mis preguntas. Necesitaría más tiempo o más fuerzas para sacarle la verdad, pero podía dejarlo para cuando hubiéramos terminado la misión.

Detuvimos el coche a pocos metros del lugar donde habíamos acordado anclar el barco que transportaba la mercancía. Contrario a lo que todos pensaban, nuestras operaciones no solo ocurrían de madrugada, en plena oscuridad. La vigilancia solía ser mucho menor si actuábamos a la luz del día, ya que no solían creer en nuestra valentía para arriesgarnos tanto.

En cuanto subí al puente de madera, acompañado por mi tío y mis hombres, vi a unos tipos bajar del barco que se suponía que contenía nuestra heroína. Eran cinco y llevaban tres grandes maletas negras. No sabía quiénes eran, pero por sus peinados y algunas joyas, supuse

que eran gitanos. Como siempre, una piedra constante en nuestros zapatos.

Por mucha hegemonía que tuviéramos en toda Italia, todavía había algunos lo bastante valientes o estúpidos como para intentar robarnos.

Los gitanos siempre se metían en nuestros asuntos. Estaban mal vistos, eran rechazados y esa era probablemente la razón principal por la que se involucraban en negocios ilícitos. De vez en cuando causaban problemas y eran aplastados, pero acababan resurgiendo como cucarachas.

Hice un gesto a mis hombres mientras me escondía detrás de una farola. Mi tío se colocó detrás de mí mientras yo sacaba mi pistola y disparaba en dirección a uno de ellos. Cuando uno fue alcanzado y cayó al puente sobre la maleta con la heroína, los demás se dispersaron para ponerse a cubierto.

Mi atención se centró en los otros dos que llevaban las otras maletas. Encontré a uno de ellos detrás de uno de los botes, mientras que el otro estaba detrás de una farola similar a la que yo utilizaba como escudo.

Miré a Rómulo, que estaba al otro lado, y señalé a los dos objetivos. Él asintió con la cabeza rapada. Durante diez años aquel hombre había sido mi soldado más leal y me comprendía bien.

Uno de los gitanos se asomó a su cobertura para intentar dispararme y su tiro dio en el poste donde me protegía. Sin embargo, yo tuve más suerte que él, ya que aproveché el momento en que se expuso para moverme rápidamente y dispararle justo en medio de la cabeza.

Dos menos, quedan tres.

— Dime, tío, ¿sientes esta emoción en el casino? — bromeé, pero sin bajar la guardia ni dejar de mirar a mis objetivos.

Éramos más en número, pero todo indicaba que no sería rápido, y un tiroteo en pleno día atraería mucha más atención de la que cualquiera de nosotros desearía.

Pensé un rato antes de decidir qué hacer. Disparé al casco de la barca en la que se escondía uno de ellos e hice que me respondieran con disparos. Rómulo y Paolo, el soldado que iba con él, aprovecharon para disparar a los que se habían expuesto. Consiguieron acertar a uno,

pero fue suficiente para que los otros dos se volvieran más precavidos.

La adrenalina de los disparos y la sensación de peligro se hicieron más intensas. Ya me habían disparado varias veces y sabía lo que se sentía, pero no quería que volviera a ocurrir. Más aún por esos malditos ladrones.

— Tío, por qué no vas detrás de Rómulo, te cubriremos.

— ¿Te has vuelto loco?

— ¿Vas a decir que no extrañabas la acción?

— Sólo quieres usarme como cebo.

— Alguien tiene que ser el chivo expiatorio. ¡Ya estás viejo!

— Eres... — Apenas tuvo tiempo de insultarme antes de que lo empujara del poste. Los hombres se prepararon para dispararle y las balas volaron por todas partes, golpeando el suelo, los postes y rozando a mi tío hasta que se acobardó detrás de Rómulo y Paolo. Mientras me agachaba para disparar a los gitanos que se exponían a apuntar a mi tío, me reía pensando que no podía ser más divertido verle correr así. Estaba aterrorizado.

Mi madre decía que exageraba, pero le habría gustado mi pequeño toque de crueldad.

— ¿Todos muertos? — pregunté a Rómulo.

— Creo que sí.

— ¿Por qué no vas y lo compruebas, tío?

Me gruñó, pero no dijo nada.

— Traeré la mercancía, señor. — Rómulo y Paolo se adelantaron apuntando con sus armas.

Oí un disparo que afortunadamente no alcanzó a ninguno de ellos, pero Paolo se cargó al gitano que quedaba antes de que pudiera causar más problemas.

En cuanto mis hombres me mostraron que era seguro, me acerqué al tipo que estaba tirado en medio de la carretera, le di una patada a un lado y su cuerpo rodó por la maleta negra.

Me arrodillé para abrirla y comprobé que la mercancía que había venido a buscar estaba dentro.

Recogí la maleta y Rómulo y Paolo vinieron con las otras dos.

— Yo iré con esta maleta y tú vuelves con las otras dos.

— Sí, señor.

Volvimos a donde estaban aparcados los coches justo cuando oímos el sonido de las sirenas. El tiroteo debería haber atraído la atención de la policía.

— ¡Maldita sea! — refunfuñé.

— ¿La policía?

— ¡Sube al coche! — empujé a mi tío después de abrir el maletero y meter la droga dentro.

Di la vuelta al coche y lo puse en marcha, alejándome a toda velocidad antes de que se acercaran las patrullas. Doblé la esquina y Rómulo vino detrás de mí con los otros hombres en el otro coche, pero en cuanto vimos que se acercaban los coches de policía, fuimos en direcciones distintas, separándonos para que fuera más difícil que nos agarraran.

— Están cerca. — Mi tío miró hacia atrás y me di cuenta de que se estaba sujetando el brazo; probablemente le había alcanzado una bala.

— Tranquilo, viejo. — Me reí mientras aceleraba más, pasando un viaducto, zigzagueando en medio de los demás vehículos.

Dos coches de policía me seguían, iniciando una persecución. El tráfico era lento, pero yo avanzaba cada vez más rápido porque no respetaba los semáforos ni otras señales.

Doblé una esquina y aceleré aún más por la calle vacía, esquivando los coches que se interponían en mi camino. Me di cuenta de que mi tío iba agarrado al cinturón de seguridad, aún más asustado por lo que pudiera pasar. Tenía que admitir que me divertía mucho e hice un montón de maniobras arriesgadas sólo para provocarle.

Entramos en una calle comercial y la gente empezó a correr al oír el rugido de mi motor seguido de la sirena de la policía. Giré por un callejón que terminaba en una escalera.

— ¿Estás loco? — gritó mi tío cuando me vio acercarme a ella a toda velocidad, ignorando por completo el cartel de callejón sin salida.

El coche bajaba rebotando por las escaleras y, con cada impacto, nos sacudíamos en el interior del vehículo. En cierto modo, me gustaba mucho ser el segundo hijo, porque Marco necesitaba protección y a mí me correspondía algo de irresponsabilidad.

Cuando por fin llegamos a la calle, al pie de la escalera, y mi tío frunció los labios, tuve la impresión de que se le ponía la cara verde.

— Por eso te dije que no desayunaras.

— El coche podría haberse averiado.

— Pero no se rompió. — Volví a pisar el acelerador y el coche empezó a moverse de nuevo justo antes de que me diera cuenta de que uno de los coches de policía tenía la osadía de seguirnos escaleras abajo.

Aceleró detrás de mí y yo giré el volante rápidamente, doblando en una esquina, pero la suerte quiso que el semáforo estuviera cerrado y no hubiera espacio entre los coches para pasar. Así que me subí a la acera, derribando las mesas de un restaurante y haciendo volar sillas por todas partes. La gente que estaba allí se apartó para no ser atropellada.

En la siguiente calle, volví al asfalto, siguiendo la recta. Miré por el retrovisor y me di cuenta de que el maldito coche de policía seguía detrás de mí.

— Insistente, ese.

— Acabaremos detenidos.

— Deberías confiar un poco más en mí, tío. — Cruzamos otro viaducto y encendí la radio, dejando que el rap italiano se adueñara del coche.

Giramos, esquivamos, aceleramos y estábamos a punto de cruzar media Roma, pero el coche de policía no se movió. Quienquiera que estuviera al volante de ese coche era casi tan bueno como yo.

Entramos en una avenida, bordeamos una de las muchas *fuentes* de la ciudad y continuamos unos minutos más hasta que nos detuvimos frente a una vía férrea.

La alarma estaba encendida y la barrera baja, señal de que el tren estaba a punto de pasar. Aceleré aún más cuando mi tío gritó mi nombre y atravesé la barrera con el parachoques del coche, pasando justo por encima de la vía férrea. Vi que la locomotora se acercaba por mi izquierda y, unos segundos después de haber llegado al otro lado de la vía, el tren pasó por donde estábamos nosotros, separandonos de la policía.

— Podríamos haber muerto. — Mi tío se pasó la mano por la frente, que brillaba de sudor frío.

— Todos los días puede suceder eso, tío. — Seguía conduciendo por la calle porque no podía esperar a que pasara el tren y nos alcanzara la policía. — A menos que prefieras ser arrestado. Si es así, puedes abrir la puerta y quedarte aquí.

No contestó y pensé que al viejo le bastaba con eso por un día. Confieso que quizá tuviera buenas intenciones cuando regresó de Estados Unidos, pero tendría que ganarse nuestra confianza.

Seguí conduciendo a la misma velocidad que antes, con el objetivo de alejarme lo antes posible. Condujimos por las calles de Roma durante otros veinte minutos más o menos, hasta que me detuve en un taller mecánico y metí el coche en el galpón.

En cuanto aparqué, seis hombres rodearon el coche.

— Desármalo. — Saqué la llave del contacto y se la tiré a uno de ellos. — La policía vio el coche y ha sido marcado.

— Sí, señor. — Asintió uno, y los demás se limitaron a afirmar con la cabeza.

Fui a la parte trasera del coche y abrí el maletero, sacando la maleta con la droga. Uno de los hombres se me acercó y me entregó otra llave, de un deportivo verde, bastante diferente del que yo conducía y que estaba aparcado a pocos metros.

— Vamos, tío. — Le hice señas al viejo para que subiera al otro coche mientras yo guardaba las drogas.

— ¿Cuántos de estos hay por la ciudad? — Se quedó mirando el taller, que parecía un negocio legítimo como cualquier otro, mientras yo sacaba el coche.

— Suficiente para lidiar con problemas como este. Nadie quiere que la policía nos siga la pista por un coche que vio y asoció con la mafia.

— Entendido.

Con calma, conduje hasta el lugar donde debía entregar la droga. Era una casa en un barrio de las afueras de la ciudad. Parecía pobre, con algo de ropa tendida en la fachada y niños correteando por la calle, la imagen perfecta para no levantar sospechas.

En cuanto aparqué, Rómulo tardó menos de diez minutos en aparecer con los otros hombres y el resto de la droga. También iban en otro vehículo.

— ¿Ha ido todo bien? — Saqué las manos de los bolsillos y me crucé de brazos.

— Sí. Perdimos a la policía y nos deshicimos del coche, como siempre. Las drogas están en el maletero.

— Se las daremos a los químicos.

— Sí, señor.

Una vez que teníamos la droga, íbamos a la parte trasera de la casa, donde había un laboratorio equipado para manipular la materia prima antes de distribuirla a los consumidores finales en las calles.

— Llegas tarde. — El hombre que llevaba el local recogió las bolsas.

— Teníamos algo que hacer, pero ahora estamos aquí. — Le sonreí.

— Está bien.

Comprobó que la mercancía era la esperada antes de asentir y darme la mano.

— Aquí nos ocuparemos de todo.

— De acuerdo. — Sacudí la cabeza en señal de confianza. — Vámonos a casa, tío. — Le di una palmada en el hombro antes de volver a la calle donde había aparcado el coche.

Nos acomodamos y no dijo ni una palabra hasta que volví a dirigirme a él. Me pregunté si habría asustado al viejo o si su expresión era pura irritación.

— ¿Quieres que te lleve al médico?

— No. — Se levantó la manga y se dio cuenta de que el pequeño corte causado por la pistola no había sido profundo. — Eres demasiado irresponsable para ser el *consigliere* de Marco.

— La droga llegó donde tenía que llegar.

— Casi me matas.

— ¿Acaso no fue divertido? — Reí y su expresión se volvió aún más seria. — Siempre sé cómo actuar, conseguimos lo que queremos, aunque nuestros métodos no sean los más ortodoxos. Llevamos diez años en el poder, tío. No somos aficionados.

— Cuando tu padre y yo...

— Es bueno que el gobierno se renueve, ¿no? — Le interrumpí antes de que empezara con su letanía de viejos tiempos.

Se calló y yo encendí la radio, subiendo el volumen hasta que la música llenó el coche. Mi tío miraba hacia otro lado mientras yo golpeteaba suavemente el volante, imitando los ritmos con los dedos. Podría haber pensado que yo era una simple irresponsable, pero estaba probando sus límites y quería saber hasta dónde era capaz de llegar, porque habíamos pasado demasiado tiempo separados como para saber si podíamos confiar en él o no.

Minutos después, llegamos a la mansión.

— Creo que será mejor que te des una ducha y comas algo. — Le di una palmada en el hombro y mi tío apretó los dientes. — Bienvenido de nuevo a Roma, Leonel.

Salí del garaje sin preocuparme de si me seguiría o no y entré en casa. Saludé a mi madre y a mi cuñada, que estaban en el salón, y subí las escaleras en busca de mi hermano, que estaba en el estudio hablando por teléfono con uno de los *capis*.

Llamé a la puerta para llamar su atención y Marco colgó la llamada antes de volverse hacia mí.

— La mercancía ya está en su destino.

— ¡Genial! ¿Ha ido todo bien?

— Sí. Algunos disparos y la policía. Nada fuera de lo común.

— Theo...

Cerré la puerta y saqué una silla para sentarme frente a mi hermano mayor.

— Cuando llegamos, los gitanos intentaron robarnos el cargamento. Eran cinco y nos encargamos de ellos fácilmente, aunque nuestro tío no disfrutó tanto de la experiencia.

— ¿Qué has hecho?

— Lo usé como distracción.

Marco movió la cabeza negativamente, pero se rió.

— No es de fiar. —Me reafirmé en mis suposiciones.

— Lo sé, lo sé.

— Tenemos que vigilarlo. Hay una razón por la que este hombre ha vuelto a nosotros después de tanto tiempo.

— Sí, estoy de acuerdo contigo, hermano. Tu intuición nunca te ha fallado, aunque a veces te haya puesto en situaciones delicadas.

— Le echaré un ojo a ver qué puedo averiguar. ¿Qué piensa Mateo de todo esto?

— Siempre ha estado deslumbrado por su tío. Creo que lo mejor para ambos es mantenerlo alejado de nuestras sospechas por el momento, hasta que tengamos algo sustancial.

— De acuerdo. ¿Cómo van las negociaciones para el jubileo? — Cambié de tema.

— Todo va según lo previsto. El alcalde y el cardenal Odilo Scherer se encargarán de que nuestras empresas ganen todas las licitaciones.

— Estupendo.

— Las obras de la ONG que dirigirá Laís están casi terminadas. Vamos a acoger a inmigrantes y a personas en condiciones precarias, por lo que contaremos con una inversión estatal de veinticinco euros por persona y por día, además de poder blanquear el dinero a través

de donaciones anónimas.

— Parece que tu mujer le ha agarrado el gusto al negocio... — Me reí al pensar en la niña asustada que había llegado a aquella casa y en cómo había cambiado, sobre todo después de la muerte de Donatella.

— La mantendrá ocupada y nos ayudará en el negocio.

— Pronto tendrá un hijo. Creo que tendrá mucho trabajo.

— Eso si nuestra madre no compite con ella por cuidar de nuestro bebé.

— Me abstengo en esa disputa territorial. — Hice una mueca y Marco se rió.

— Estoy ansioso por verlo. — Admitió, y vi cómo se le iluminaban los ojos. Sin duda, aquel niño estaba removiendo el corazón de mi hermano.

— Imagino que sí, aunque no tengo ni idea de lo que se siente.

— Tú también necesitas casarte, Theo. Te hará bien.

— Ese bicho que te picó no me afectará. — Me reí mientras me cruzaba de brazos, dejando claro que no estaba tan receptivo a este tema.

— No importa, siempre y cuando dejes de ir a clubes.

— ¿Crees que habrá una mujer que me haga quedarme en casa todas las noches que no esté trabajando para la mafia?

— Creo que sí.

Me levanté de la silla y me lo ví con una sonrisa burlona en los labios.

— Me conoces mucho menos de lo que crees, hermano. — Di un golpe en la mesa antes de darle la espalda y salir del despacho.

Bajé a comer y luego volví a mi habitación para darme una ducha.

Cerré la puerta, me desnudé y me metí en la bañera. Giré la compuerta y el agua caliente se derramó sobre mi cabeza, recorriendo mi cuerpo y alrededor de los músculos que había cultivado con mucho ejercicio y práctica de lucha.

Cerré los ojos y recordé el subidón de adrenalina que había sentido antes al huir de los policías. Aún podía oír las sirenas y los gritos de la gente que corría para apartarse. La energía era vibrante y me hacía sentir más vivo que nunca. Sin embargo, pronto las imágenes de mi aventura fueron sustituidas por la visión del club nocturno, la gente bailando, las prostitutas encima de mí, luego...

El espejismo. La mujer imaginaria que sólo había visto durante unos segundos hasta que desapareció como si estuviera hecha de humo. No estaba bajo los efectos de las drogas y, sin embargo, parecía delirar.

¿Quién eres tú?

Apreté los párpados, dejando que mi mente se sumergiera aún más en aquel simple recuerdo. Si era producto de mi imaginación, debería tener más detalles sobre ella, sus rasgos, sus curvas, su sonrisa y, sobre todo, qué aspecto tendría sin ropa.

Antes de darme cuenta, mi mano derecha se había deslizado hacia abajo y envolvía mi miembro. El vestido verde, las luces que serpenteaban por su cara, su pelo negro como la noche más profunda. *Hermosa...*

Sus labios parecían carnosos. ¿Tenía cierta experiencia o era nueva en el club? Aunque no había indicios de que la mujer fuera real, la imaginé arrodillándose frente a mí mientras se rodeaba las manos con su pelo negro y sus labios rojos se acercaban con naturalidad a mi pene. Casi tengo un orgasmo sólo de pensarlo. Me dejé llevar por la fantasía mientras movía la mano a lo largo de mi pene, aumentando la presión y la velocidad, pensando en los movimientos que su boca podría estar haciendo sobre mí.

Apoyé la mano libre en la pared mientras llegaba al clímax de placer, jadeando.

— Ah, que mujer... — Me senté en la cabina de la ducha mientras esperaba a recuperarme.

Necesitaba quitarme esa imagen de la cabeza antes de que acabara perdiendo la razón.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

TATIANE

Capítulo nueve

La presencia de Edna no era lo que más me molestaba aquel día. La idea de que mi cuñada estuviera a solas con aquel hombre no me alegraba en absoluto. Ángela era fuerte, pero era una mujer sin muchos recursos, como cualquiera de nosotras.

— ¿Está listo el almuerzo? — Apareció en la cocina con una sonrisa amable.

— Casi, señora. — Respondió Francesca.

— ¿Está todo bien? — Me acerqué a ella y le puse la mano en el hombro en un gesto de afecto.

— Sí.

— ¿Dónde está Giulio? — preguntó Edna.

— Fue a atender una llamada.

— Ese hombre no puede quedarse en esa casa. Si mi hijo aún viviera, nunca permitiría que algo así sucediera.

— Pero no está aquí. — Ángela se quedó mirando a su suegra.

— ¿Qué será de nosotros y de nuestros hijos sin él?

— Sobreviviremos. — Le aseguró Ángela con mirada decidida. — Tatiane, por favor, ¿puedes buscar a Giulio y llevarlo al comedor?

— Sí, lo haré.

— Muchas gracias. Me quedaré aquí y me aseguraré de que el almuerzo se sirva pronto. Edna, quiero que lleves a los niños a almorzar a la piscina hoy, ¿está bien? Les encanta cuando pueden comer afuera.

— ¿No quieres que ambos estén allí con Giulio? Después de todo, estamos hablando de su herencia.

— Haz lo que te he pedido al menos una vez, por favor. — Ángela trató de mantener una postura suave, pero se notaba que estaba usando todo su autocontrol para mantenerse firme. Sinceramente, ni siquiera sabía cómo se las estaba arreglando después de perder a su marido de forma tan cruel.

— De acuerdo. — Edna asintió.

— Tati, por favor. — Señaló el pasillo.

— Sí.

— Sé amable y mantenlo ocupado hasta que se sirva la comida.

Moví la cabeza afirmativamente y recorrí la casa hasta que encontré al hombre en el jardín hablando por teléfono, rodeado de secuaces como los que mi hermano tenía protegiendo la casa.

— Hola, Giulio. — Le sonreí, tratando de hacer valer mi amabilidad y buen humor, aunque sólo con mirar a aquel hombre se me revolvía el estómago. No era sólo su aspecto lo que me molestaba, sino sobre todo su olor, una extraña mezcla de perfumes que acababa resultándome empalagosa.

— Cariño. — Me sonrió. — ¿Adónde fue tu cuñada?

— Fue a asegurarse de que el almuerzo se sirviera pronto.

— Pensé que habías ido a hacer eso.

— Sólo Ángela puede mantener todo funcionando en esta casa.

— Imagino que sí. Voy a necesitar mucho de ella en esta transición, ya me entiendes. — Me guiñó un ojo.

Yo era muy ingenua en muchas cosas, incluidas las relaciones entre hombres y mujeres. Sin embargo, entendía lo suficiente para que se me pasaran pensamientos horribles por la cabeza cuando Giulio se refirió así a mi cuñada.

— Tu hermano no te prometió a nadie, ¿verdad? — Se acercó a mí y me tocó la cara.

Respiré hondo, conteniendo el asco para no voltear la cara. Sus dedos deslizándose por

mi mejilla me revolvieron aún más el estómago.

— ¿Eh? — insistió en que respondiera.

Me limité a mover la cabeza negativamente.

— Todavía eres virgen, como debe ser, eso espero...

— Así es. — Tragué saliva, cada vez más aterrorizada por el rumbo que estaba tomando la conversación.

— Eres un diamante precioso, y estoy seguro de que alguien estaría dispuesto a pagar generosamente por tener una esposa tan hermosa como tú. O tal vez yo mismo te tome para mí, ya que aún no estoy casado.

Abrí mucho los ojos, pero me contuve para que no saliera ningún sonido de mi boca. Estaba segura de que tenía que contener toda mi desesperación para que el hombre no se diera cuenta de lo desesperada que me hacían sentir sus palabras.

Esposa o prostituta. Era muy consciente de que esos eran los dos únicos caminos para una mujer en la mafia. Estábamos en la cuna del catolicismo y, a pesar de vivir en una versión distorsionada de la ley divina, no había lugar para el divorcio. Ese pecado nunca sería aceptado.

Aunque Tiago me cuidó y me enseñó a convertirme en la esposa de alguien, nunca me prometió a ningún hombre y me dejó crear la ilusión de que siempre tendría un lugar en aquella casa, bajo su cuidado. Pero tras su muerte, ya no estaba allí para protegerme.

— Hija de Guilhermo Mancini. Casarme contigo puede traerme muchos beneficios. No sólo en los negocios, sino en legitimarme como el nuevo *capo de* Palermo.

Contuve la respiración mientras me observaba de pies a cabeza, como si fuera capaz de desnudarme con la mirada, y la sensación que me produjo no fue nada buena.

— Po… por... ¿Por qué no comemos? La comida ya debería estar lista. — Le hice un gesto para que me siguiera, pero en cuanto hube dado unos pasos, Giulio me agarró por la cintura y me apretó contra la pared exterior de la casa.

Había algunos hombres observándonos y los miré, pero dudaba mucho que fueran a hacer algo contra su jefe, por mucho que intentara hacerme.

— Tienes una buena plenitud. — Me pasó los dedos por el pelo mientras me olfateaba la nuca.

No puedo decir lo mismo de ti. Apreté los labios para no vomitar cuando sentí que el jugo gástrico me corroía el esófago.

— ¡Te he encontrado! — Ángela apareció en mi visión y respiré aliviado al ver que la presencia de mi cuñada había hecho que aquel asqueroso se apartara de mí. — Vamos, Giulio. El almuerzo ya está servido y no querrás que se enfríe la comida.

— Seguiremos más tarde, cariño. — Me habló con la boca en la oreja antes de apartarse de mí y seguir a mi cuñada.

Me quedé atrás y acabé vomitando en una maceta. Me limpié la boca con el dorso de la mano y me recompuse antes de seguirlos al comedor. Llegué a la puerta a tiempo de ver cómo Ángela retiraba la silla de la cabecera de la mesa que antes había ocupado mi hermano y esperaba a que Giulio se acomodara en ella. Me pregunté qué podría haber ocurrido durante el tiempo que pasaron a solas para que mi cuñada se volviera de repente tan buena con él. ¿La habría amenazado o maltratado? Me entraron ganas de vomitar otra vez sólo de pensarlo.

Me senté en la misma silla de siempre y esperé a que Ángela se acomodara en la suya.

— Hablaba con Tatiane de las ventajas de nuestro matrimonio. — Giulio me sonrió antes de volverse hacia mi cuñada. — Por supuesto, pensamos en lo mejor para el negocio y siempre tendrás un lugar a mi lado. — Cogió la mano de mi cuñada por encima de la mesa. — En cuanto a los chicos, podemos enviarlos a Estados Unidos. Allí aprenderán algo nuevo sobre la vida.

Ángela seguía sonriendo y yo quería gritar. No podía dejar que enviara a Luca y Mario tan lejos de nosotros. O tal vez era incluso mejor que los hijos de mi hermano no se quedaran cerca de ese cerdo.

— ¿Por qué no comemos? — Cogió el tenedor y lo clavó en una patata.

— Primero un brindis. — El hombre levantó su copa con la sonrisa de quien ha ganado el mundo. De hecho, estaba ganando el mío.

Ángela levantó su copa y me hizo un gesto para que yo hiciera lo mismo. Yo no estaba de

acuerdo, pero me vi obligada a celebrar la presencia de aquel hombre en nuestras vidas mientras seguía llorando la muerte de mi hermano.

Me llevé la copa de vino blanco a los labios y bebí un sorbo antes de devolverla a la mesa. Tomé los cubiertos y empecé a comer. Mi cuñada hizo lo mismo y Giulio apartó las manos de ella, pero no la mirada.

— Me encantaría que vinieras conmigo a la reunión de mañana con los hombres. Imagino que conoces los negocios de tu marido, aparte de su pene.

— Por favor, no seas grosero delante de Tatiane.

— Pronto aprenderá cómo funciona el mundo de los adultos. — Me guiñó un ojo y yo forcé una media sonrisa.

Echaba aún más de menos a Tiago. Conocía bien su relación con su mujer y sabía que nunca permitiría que nadie le faltara al respeto.

Giulio por fin prestó atención a su comida y se llevó unos cuantos bocados a la boca.

— ¿No está delicioso? — le preguntó Ángela con una sonrisa más amplia.

— Sí. — Comió un poco más. — Quedémonos con la cocinera.

— Que bueno. — Ángela tomó unos bocados de su propia comida.

No podía comer bien, sólo los miraba a los dos. Ojalá me resultara tan fácil fingir la más mínima satisfacción ante toda la situación.

De repente, Giulio dejó caer el tenedor y se llevó la mano al cuello, poniéndose todo rojo.

— ¿Qué has hecho, puta de mierda? — gruñó en dirección a mi cuñada, pero ella se limitó a levantarse y retroceder unos pasos.

Giulio cayó al suelo y empezó a salivar mientras sus ojos se llenaban de puro terror.

— No vas a llevarte lo que pertenece a mis hijos, y mucho menos a imponerte en esta casa. — Dijo Ángela mientras se volvía para mirarle con la misma furia que había mostrado cuando llegó el hombre.

— ¿Está muerto? — Me fijé en el hombre tendido en el suelo con los ojos muy abiertos y la boca babeante.

— Sí. — Mi cuñada lo pateó para asegurarse. — Envenené su comida.

— Podría no haber comido.

— Contaba con que me subestimaría por ser mujer.

— ¿Por eso pediste que los niños no estuvieran aquí? — deduje, sorprendida por todo lo que había articulado mi cuñada.

— Luca aprenderá a lidiar con la muerte a su debido tiempo, Mario aún es demasiado joven para todo eso.

— Si el hombre que iba a ocupar el lugar de Tiago ha muerto, ¿qué pasará ahora?

— ¿No querías enfrentarte a los Bellucci? Entonces prepárate para la llegada de ellos.

Tragué saliva al recordar que eran la familia responsable de la muerte de mi hermano, y un escalofrío me recorrió al recordar al hombre que había visto en el club.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

THEO

Capítulo diez

Bajé del avión privado en el aeropuerto *Falconi Borsellino* con el aire marino apoderándose de la brisa primaveral. Eché un vistazo a la pista antes de terminar el descenso por la escalera y dirigirme a uno de los coches que nos esperaban a pocos metros, junto con algunos soldados que habían venido con nosotros desde Roma.

Yo me metí en un coche y mi hermano en otro. Mantenernos separados dificultaba las cosas a cualquiera que intentara golpearnos, y no podíamos evitar considerar a Palermo como un territorio hostil. No había vuelto a esa ciudad desde que maté a su *capo* y sabía que podríamos encontrar oposición, a pesar de la evidencia de que Tiago Mancini había matado a mi padre hacía poco más de diez años.

Confieso que a Marco y a mí no nos hacía mucha gracia dejar Roma, sobre todo con la llegada de nuestro tío. No nos fiábamos de él, y Laís y mamá no podían quedarse sin vigilancia, sin embargo el viejo aceptó venir con nosotros sin dudarlo. Lo que me sorprendió después de que casi consiguiera que le dispararan. Él siguió en el coche con mi hermano, lo que me permitió unos minutos de silencio para dedicarme a mis pensamientos.

Cuando nos enteramos de que la mujer de Tiago había matado a Giulio Mancini, supimos que no teníamos más remedio que ir nosotros. Necesitábamos poner fin a la lucha de poder antes de perder el control de la ciudad. Si Giulio estaba muerto, probablemente tendríamos que dar el poder a una familia subordinada que nos jurara lealtad.

Nos dirigíamos a la casa que solía pertenecer a Tiago para confrontar a la viuda sobre lo ocurrido, y probablemente tendríamos que castigar a la mujer nosotros mismos. No era nuestro estilo atacar a mujeres y niños, pero la situación cambió cuando nuestra hegemonía se vio amenazada.

Estaba observando la costa, admirando la preciosa playa rodeada de veraneantes que habían venido a disfrutar de la belleza natural y de las ruinas que adornaban la isla. Estaba tan distraído que no sé cuánto tardamos en aparcar frente a una enorme mansión.

Nuestros soldados descendieron del auto primero, antes de que uno de ellos me abriera la puerta. Me arreglé las gafas de sol y me abroché la chaqueta. Fui caminando detrás de mi hermano, siguiendo a la comitiva hasta el interior de la casa, fuertemente custodiada. Era muy luminosa, llena de grandes ventanales y con el clima suave de las playas. Una familia normal podría vivir bastante feliz en un lugar así.

La primera persona que vi era una mujer de unos treinta y tantos años, tal vez treinta y seis. Tenía el pelo oscuro y los ojos marrones y llevaba las manos sobre los hombros de un chico de apenas quince años. Su postura era altiva, como la de alguien que no nos tiene miedo, a pesar de ser la más precavida.

Entonces giré la cabeza y la vi. No era una alucinación, o no debería haberlo sido. Era ella, la chica del club en carne y hueso, con ropa mucho más modesta que aquel vestido verde, pero no me cabía la menor duda. Los mismos rasgos faciales, el pelo y los ojos oscuros y la piel...

— Blancanieves. — Murmuré, perplejo.

— ¿Qué? — Marco frunció el ceño, confuso. No le había contado a mi hermano ni a nadie lo de la mujer que me había estado robando el pensamiento los últimos días, porque no quería que pensaran que estaba loco.

Actué por impulso, la cogí de la mano y la llevé a un rincón apartado de la sala. Era imposible no atraer la atención de todo el mundo, pero era toda la intimidad que podíamos conseguir en ese momento.

— ¿Qué haces aquí?

— ¿Qué? ¿Qué quieres decir? — Levantó las cejas oscuras, confundida por mi pregunta. — ¿A qué te refieres? Yo vivo aquí.

— Te vi en Roma, en un club. Hace una semana o algo así. ¿O no eras tú?

La chica tragó saliva y eso bastó para asegurarme de que estaba hablando con la mujer adecuada.

— ¿Qué hacías allí? Seguramente no eres una prostituta.

— No, no lo soy.

— Entonces te exijo que me respondas.

— No puedes exigirme nada. — Gruñó como un cachorro enfadado. Era hermosa, pero no era nada intimidante.

— Sí que puedo.

— ¿Cómo llegan aquí imponiéndose después de lo que han hecho? — Se zafó de mi agarre y se alejó unos pasos.

— ¿Qué hemos hecho? — Era mi turno de expresar confusión.

— Sé que fue Marco quien mató a mi hermano. Fui por ti a ese club porque quería saber por qué. — Dijo, llena de convicción. Era demasiado valiente para alguien que no era más que una mujer indefensa. O tal vez era estúpida y no tenía ni idea de con quién estaba hablando.

— No fue Marco.

— Sólo te falta decirme que no tienes nada que ver.

— No fue Marco quien mató a tu hermano. — Repetí. — Fui yo.

Se alejó más y el miedo se apoderó por completo de su expresión angelical. Sorpresa, conmoción y finalmente... miedo. Estaba acostumbrado a provocar esa sensación en la gente, pero extrañamente no quería que huyera a la primera oportunidad.

— ¿Por qué?

— Porque el bastardo mató a mi padre. — Respondí con firmeza. — Y la sangre se lava con sangre.

Nos miramos fijamente durante unos minutos y ella no se atrevió a decir ni una palabra más, ni yo tampoco.

— ¿Puedo preguntar qué pasa? — Marco me miró fijamente.

— Nada. — Me alejé de la chica, aunque no era mi deseo. Necesitaba pensar en lo que estaba pasando y ella también.

— ¿Se conocen? — me preguntó cuando me detuve a su lado.

— Sólo la vi una vez, pero no fue importante.

— Ustedes...

— No, no. Solo nos cruzamos. — Fui tajante antes de que mi hermano pudiera decir nada.

— Sabía que vendrían. — La viuda llamó la atención sobre la conversación, pero por el rabillo del ojo seguía observando a la otra mujer.

Me he estado masturbando con la hermana del hombre que mató a mi padre. Es lo último que me faltaba...

— Me alegro de que se dé cuenta de las consecuencias de sus actos, aunque no lo pensara bien cuando mató al *capo de* Palermo.

— Todo lo que he hecho no refleja en absoluto mi lealtad hacia ti. Mi marido era el *capo de* Palermo y ese es el derecho de mi hijo. Me deshice de Giulio sólo para garantizar eso.

— Tu hijo no es más que un niño. — Marco se metió las manos en los bolsillos, molesto. — ¿Crees que un niño será capaz de hacer todo lo necesario?

— Todavía no. — Ella lo admitió y esto sólo provocó aún más la furia de mi hermano.

— ¿Tienes idea de los problemas que nos has causado al matar a Giulio? — Marco tocó la pistola en su funda, pero no apuntó a la mujer, tal vez por respeto al chico y a la otra dama de la sala.

— Mi hijo aún no tiene edad para hacerse cargo, lo sé. — La mujer hinchó el pecho. Incluso delante del jefe de la mafia, no tenía miedo, y eso me causó curiosidad. No todo el mundo tenía ese coraje. — Voy a ocuparme de todo, como una regente, hasta que mi hijo sea adulto. Cuando tenga la edad adecuada, me haré a un lado, pero hasta entonces me aseguraré de que los negocios en Palermo sigan como siempre. Conozco todos los establecimientos, todos los distribuidores, conozco todas las rutas de entrada y salida. Y los hombres me respetan.

— ¿Me estás tomando el pelo? — Marco se echó a reír.

— Donatella Rossi se convirtió en *capo*.

— Era la hija del anterior *capo* y, en el fondo, no era más que una loca que nos causó muchos problemas. No tenemos motivos para confiar en ti. Puedes volver a casarte, poner a cualquiera al mando. No estamos jugando.

— Lo sé y comprendo todos tus miedos, pero mataste al hombre que amaba y aun así te doy mi palabra de que te seguiremos siendo leales. Por eso merezco un voto de confianza. Juro no volver a casarme hasta que el poder sea entregado a mi hijo, Luca, el heredero de Tiago.

— ¿Quién nos garantiza que no quiera vengarse de lo ocurrido? — le pregunté, entrometiéndome en la conversación.

— Yo. — De hecho, su firmeza era admirable.

— Tu palabra no vale nada. — resopló Marco.

— Tienes que elegir. Elegir a otra familia para que gobierne Palermo en tu nombre, lo que podría causar una gran inestabilidad y desconfianza, o dejar que aquel al que todos esperan asuma el poder algún día.

Teníamos un callejón sin salida y Ángela Mancini sabía cómo plantearlo muy bien. Sin duda era astuta, pero ¿tendría la misma destreza cuando se tratara de asuntos de la mafia? Sería difícil saberlo, y Marco no parecía dispuesto a arriesgarse. En cualquier caso, aquella mujer seguía siendo la esposa del hombre al que había matado.

— Tatiana es la hija de Guilhermo. Tiene tanto derecho a dirigir Palermo como Donatella Rossi tenía en Milán. — Todo el mundo se volvió en dirección a una anciana que yo apenas había notado en la sala.

— ¿Quién eres tú? — Marco dio un paso hacia ella y todos los soldados se movieron, vigilando que no le pasara nada a su jefe.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

TATIANE

Capítulo once

No sé por qué dijo eso la vieja, sobre todo porque siempre negó que yo fuera hija de su difunto marido. La traición siempre fue inaceptable. Sin embargo, mi breve momento de shock no duró mucho, ya que pronto mostró sus garras.

— ...pero ella es demasiado joven e ingenua para ser una *capo.* — Continuó.

— ¿Qué quieres decir, Edna? — Le enseñé los dientes.

— Podrías ser la garantía que necesitan. Virgen, delicada, hermosa, podrías ser la esposa perfecta. — Edna se volvió hacia los hombres de nuestra sala. — Fue criada para esto.

La anciana abrió una amplia sonrisa y sentí el peso de los ojos azules del jefe sobre mí. Me analizó durante interminables segundos hasta que abrió la boca y me sentenció. — Theo necesita una esposa y la alianza entre las familias garantizará que si no cumples el acuerdo, nos haremos cargo, — le dijo a Ángela.

— No voy a casarme con el hombre que mató a mi hermano. — Moví la cabeza negativamente.

— No tenemos mucho tiempo para resolver esto. Nos vamos al Hotel *Cittá*, frente a la *Fontana Pretoria*. Te esperamos dentro de dos horas con una decisión positiva, de lo contrario los Mancini dejarán de ser la familia que controla Palermo — decretó el jefe antes de dar la espalda y salir de la casa.

Mis ojos se encontraron con los verdes del verdugo de mi hermano y nos enfrentamos fijamente durante un tiempo que no tenía noción del espacio. Puede que sólo fueran unos segundos, pero fue como si hubiera pasado toda una vida. Sentí un escalofrío, que partió de la base de mi columna vertebral y recorrió todo mi cuerpo, haciéndome girar en redondo. Luego se fue, dejando sólo una atmósfera extraña y pesada.

¿Cómo podían esperar que me casara con él?

— ¿Qué has hecho? — Le rugí a Edna cuando los Bellucci y sus hombres salieron de

nuestra habitación.

— Di la solución para mantener el legado de mi hijo.

— ¿Haciéndome casar con su asesino? — Quería lanzarme a su cuello y despellejarla, pero el shock era tan grande que ni siquiera podía moverme.

— Vas a formar parte de la familia más importante de Italia. Deberías alegrarte.

— ¿Ángela? — Ni siquiera me molesté en contestar a Edna y me dirigí directamente a mi cuñada, que era la responsable de montar todo este circo.

— Tienes que hacerlo, tía. — La respuesta vino de Luca, lo que me sorprendió aún más. — Soy yo quien tiene que hacerse cargo del negocio de papá, no otra persona.

— Pero... — Fruncí los labios en un intento de contener las lágrimas, pero no pude. Así que salí corriendo, subí las escaleras hasta mi habitación y cerré la puerta con un portazo. Si hubiera tenido más fuerza, la habría arrancado de las bisagras.

Me senté en la cama y me abracé las rodillas en posición fetal. Los ojos verdes de aquel monstruo se apoderaron de mi mente al recordar que él era el culpable de que mi hermano ya no estuviera con nosotros. Encima aún tenía el descaro de entrar en mi casa e imponer su voluntad a todos y a todo.

¿Tiago? La intensidad de mi llanto aumentó cuando llamé a mi hermano pensativo y no me contestó.

Había hecho mucho por mí y desde luego no estaría de acuerdo en que me casara con Theo Bellucci.

Oí que llamaban a la puerta, pero no me moví hasta que una voz llegó del otro lado.

— Tati, déjame entrar.

— Quiero estar sola, Ángela.

— Por favor...

De mala gana, me levanté y abrí la puerta, dejando entrar a mi cuñada. Se sentó frente a mí en la cama, acariciándome el pelo como hacía cuando yo era pequeña.

— Tu hermano hizo lo que pudo y mucho más de lo que debía para protegerte.

— Ya lo sé.

— Ahora ya no está aquí.

— Ángela, no... — Sabía lo que iba a preguntarme y aparté la cara llorando antes de que mi cuñada realmente lo dijera.

Me acarició la mejilla y me secó una lágrima que había corrido por ella. Podía sentir todo el afecto que me había otorgado a lo largo de los años, pero eso no facilitaba lo que iba a decir a continuación.

— Si los Bellucci no me aceptan como una *capo*, el legado de tu hermano, de tu padre y de todos los otros Mancini antes que ellos morirá aquí, pero ese ni siquiera es el mayor problema. Todo en esta casa, desde nuestra seguridad hasta nuestros lujos, es mantenido por la mafia y sin ellos estaríamos solas. Cuando la nueva familia tome el poder, probablemente intentarán matarnos para que Luca o Mario nunca puedan hacer nada para recuperar el poder. Nosotras dos, la serpiente de Edna y los niños no duraremos absolutamente nada.

Tragué saliva, incapaz de respirar porque era como si el mundo entero se me metiera en la garganta, y no pude decir nada.

— Hay momentos en los que todos tenemos que sacrificarnos en nombre de la familia. Por desgracia, ha llegado el tuyo. Cásate con Bellucci, conviértete en una de las mujeres más poderosas de Italia y garantiza el futuro de tus sobrinos.

— Ángela, me dijo hace unos minutos que mató a Tiago.

— Exacto.

— ¿Cómo puedes decir que te preocupas por mí y quieres a este asesino a mi lado?

— Vengó a su padre. — Suspiró como si liberara una pesada masa de su pecho, tras mucho reflexionar.

— ¿Por qué Tiago mató a un Bellucci?

— Hay cosas que no necesitas saber.

— ¿Lo sabes? — le pregunté.

— ¿Hacemos las maletas? Se nos acaba el tiempo. — Se levantó de la cama con la mayor sonrisa del mundo, como si yo fuera a irme de vacaciones y no fuera a ser entregada a un asesino como ofrenda que sellaría el futuro de todos.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

THEO

Capítulo doce

Entramos en el hotel, uno de los muchos que poseíamos por toda Italia, y nos dirigimos a la suite principal. Dejamos a nuestro tío en el salón con los demás hombres y arrastré a mi hermano al dormitorio conmigo, cerrando la puerta tras nosotros.

— ¿Por qué coño me elegiste a mí y no a Mateo?

— Yo ya estoy casado y Mateo es el más joven de nosotros.

— ¿No deberías al menos consultarme antes de arrojarme así al fuego? — Tuve que controlarme para no levantar demasiado la voz y que los hombres se dieran cuenta de que estaba discutiendo con el gran jefe.

— Es la garantía sobre uno de los principales territorios de Sicilia, y su lealtad es crucial para nosotros. Quítate los clubes nocturnos de la cabeza y empieza a pensar racionalmente.

— No quiero casarme. — Resoplé.

— Dime que me equivoco sobre la atracción que vi entre ustedes y se la daré a Mateo. — Marco me miró provocativamente y supe que era mi responsabilidad con él y con la mafia decir siempre la verdad.

— La vi la última vez que estuve en el club. Es la mujer más guapa en la que he puesto los ojos, pero duró menos de un minuto antes de desaparecer. Pensé que todo estaba en mi cabeza. Imagina mi sorpresa cuando la vi en esa casa. La hermana de Tiago Mancini...

— ¿Qué hacía en el club? — Marco se acercó a la ventana y descorrió la cortina, dejando entrar la luz en la habitación, antes de volverse de nuevo hacia mí.

— Dijo que vino por mí. Quería saber qué le había pasado a su hermano, pero pensaba que habías sido tú quien lo había matado.

— Podría haber sido alguien lo suficientemente perspicaz como para ponerte una bala en la cabeza. No lo habría pensado.

— Entiendo. Ya no voy a ir a las putas discotecas. — Bajé los hombros, molesto.

— Entonces, ¿llamo ahora a Mateo y le digo que se casa? — Marco se saca el móvil del bolsillo.

— No — respondí demasiado rápido para darme cuenta de lo que acababa de decir. — Ni siquiera sabemos si va a venir. No parecía entusiasmada con la idea.

— Pero, ¿y si lo hace?

— La quiero.

No debería haber estado pensando con la cabeza gacha, pero por primera vez ella quería lo mismo que el resto de la familia. Necesitábamos consolidar nuestra influencia sobre Palermo y yo seguiría teniendo a la mujer que se había adueñado de mis pensamientos durante los últimos días. El gran problema era que apenas la conocía y estaría atado a ella el resto de mi vida, porque en la mafia el matrimonio era para siempre.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

TATIANE

Capítulo trece

Fontana della Vergogna era el sobrenombre de uno de los monumentos más bellos de la ciudad. Fue vergonzoso cuando lo compraron, considerando la miseria a la que se enfrentaba la población. Irónicamente, no había mejor lugar para que me entregaran al responsable de la muerte de la persona más importante para mí.

Bajé del coche frente al hotel y contemplé la fuente con sus numerosas y hermosas estatuas de mármol, entre ellas veinticuatro deidades y un ángel. Eché un último vistazo a un monumento en el centro que parecía un candelabro, antes de acompañar a mi cuñada. Tres soldados nos acompañaron hasta el hotel, tan lujoso como el monumento de afuera.

— Acompáñenme, por favor. — Uno de los hombres, que estaba sentado en uno de los sofás de la recepción, se nos acercó antes de que subiéramos al mostrador.

Ángela asintió y las dos le seguimos hasta el ascensor que conducía a la última planta del hotel. El ambiente era sofisticado y mezclaba muy bien la antigüedad y la modernidad, mezclando elementos tecnológicos con el aire de ciudad antigua.

Sentí que se me revolvía el estómago y la sensación fue como si me estuviera dirigiendo a la horca. Me pregunté si era mejor casarme con aquel hombre que con Giulio, pero nunca lo sabría. Uno me asqueaba y el otro provocaba mi ira.

Las puertas del ascensor se abrieron. Oí el sonido de cada chirrido metálico y luego los pasos de nosotras y los hombres sobre el suelo de mármol. Atravesamos un arco adornado con tallas doradas y entramos en una sala llena de hombres que se volvieron hacia nosotras. Ángela me puso la mano en el hombro y su gesto me dio un poco más de valor para sobrevivir al momento.

Busqué en la sala al hombre al que me condenaban, pero no lo vi; sólo soldados y un anciano canoso que me miraban fijamente.

— Estamos aquí -dijo Ángela justo cuando los hermanos Bellucci salieron de otra habitación y caminaron hacia nosotros, deteniéndose a unos centímetros.

Aunque era más guapo y más joven que Giulio, estos elementos distaban mucho de ser suficientes para hacerme olvidar el asesinato.

— Imagino que tomó la mejor decisión. — El jefe me miró bien.

— ¿Qué otra opción tenía? — Sonreí amargamente, pero me encogí cuando mi cuñada me dio un codazo.

— ¿Vas a dejarla aquí hasta que se celebre la boda? — le preguntó Ángela.

— No. Se va a Roma con nosotros. — Theo respondió. — La boda se celebrará allí y están invitados, por supuesto.

— ¿Cuándo? — Ángela estaba extrañamente segura de para quién estaba negociando mi futuro.

— El tiempo justo para los preparativos. Una semana o dos.

— ¿Pero ya? — Me puse pálida.

— Cuanto antes se produzca este matrimonio, mayor será tu garantía de seguridad. Al fin y al cabo, te vas a convertir en una Bellucci.

Miré a Ángela y ella movió la cabeza afirmativamente. Estaba muerta de miedo, aunque sabía que estaba tomando la decisión que eximiría a mis sobrinos de perder todo lo que su padre había conseguido.

— ¿Sus cosas siguen en la mansión? — Theo apartó la vista de mí y volvió a mirar a mi cuñada.

Tenía que ser muy frío para estar tan relajado con todo. En pocas horas, pasamos de ser completos desconocidos a novios.

— Traje lo que necesitaba en el coche.

— Bien hecho, Ángela, quizá sepas actuar más como una *capo de* lo que pensaba. Vayan a buscar esas cosas. — Theo hizo un gesto con el dedo a dos hombres sentados en un sofá del salón y ellos se levantaron, siguiendo a uno de los antiguos soldados de mi hermano, que ahora respondía ante Ángela.

— Se queda con nosotros. — Marco me agarró del hombro y me quedé helada de terror. Quería gritar, pero mi boca no se movía. — Puedes volver a casa como *capo* de Palermo hasta que tu hijo mayor tenga edad suficiente para llevar el negocio, pero espero que lo entrenes bien hasta entonces.

— Lo haré. — Aseguró mi cuñada.

— Te veremos en la boda, pero no creas que no te estamos vigilando. Si algo sale mal, que sepas que tú y tu familia lo pagarán.

— No se arrepentirá de haber confiado en mí, jefe. Siempre tendrás mi lealtad y la de mis hijos. Ya se ha derramado mucha sangre y no necesitamos más conflictos.

— ¿Puedo abrazarla? — Extendí los brazos hacia Ángela con la sensación de que tal vez sería la última vez que tendría la oportunidad de hacerlo.

Marco asintió y rodeé el cuello de mi cuñada con los brazos, esperando a que ella correspondiera a mi muestra de afecto.

— Compórtate, no hagas demasiadas preguntas y sobrevive. Eso es lo que Tiago querría de ti. Eres un Mancini, eres fuerte y obtendrás el mejor resultado posible.

— Gracias. — La apreté más fuerte.

— Ten mucho cuidado con Leonel Bellucci. — me susurró antes de alejarse, y ni siquiera tuve tiempo de preguntar por qué.

— ¿Ángela?

— Llámame cuando llegues a Roma, ¿de acuerdo? — Me acarició la mejilla con una amplia sonrisa. — Puede que Tiago se haya ido, pero yo sigo estando aquí para ti.

— Gracias.

— Estarás bien. — Me dijo, aunque no estaba segura de ello. Sin embargo, intenté confiar en sus palabras, porque no tenía elección. — Nos vemos en la boda.

Asentí con la cabeza.

— Ángela. — Le agarré las manos antes de que se apartara.

— ¿Sí?

— Lleva a los niños para que pueda verlos por última vez.

— Sí, los llevaré.

Pronto volvieron los hombres con mis cosas y Ángela me acarició una vez más antes de salir de la habitación seguida de nuestros soldados. En cuanto desapareció por completo de mi vista, la realidad se abatió sobre mí y me encontré a solas con los dueños de Italia y los responsables de la muerte de mi hermano. Me alejé unos pasos de ellos y me crucé de brazos, encogiéndome lo más defensivamente que pude.

— ¿Qué harás conmigo ahora? — Me volví hacia Theo Bellucci, mirándole fijamente a los ojos. Estaba preparada para lo que me iban a sentenciar, quizá iba a conocer a mi hermano mucho antes de lo que había previsto.

— Llévenla a casa. — Respondió el asesino con una serenidad que me sorprendió. Por un momento, vi un destello de persona normal, pero incluso los monstruos podían confundirse con seres humanos en algún momento.

— Preparen los coches, nos vamos al aeropuerto. — Ordenó Marco a los otros hombres que nos acompañaban.

Algunos soldados salieron de la sala y yo me quedé callado, como había aprendido a comportarme cuando mi hermano se reunía con los dirigentes de las regiones de Palermo. Aunque estaba acostumbrada a fingir que no veía ni oía nada, esta situación era muy diferente.

Pasaron unos minutos hasta que dos hombres regresaron e hicieron un gesto. El resto de los que estaban en la habitación se movieron y siguieron a Marco, el que llevaba mis cosas también se fue al pasillo, pero yo me quedé allí, mirando, sin reaccionar.

— ¿Vamos? — Theo me ofreció la mano y yo negué con la cabeza.

No insistió, caminó delante de mí y esperó a que le siguiera. Tomamos el ascensor hasta el garaje del hotel, donde había varios coches. Marco se metió en uno en compañía del más viejo de ellos y Theo abrió la puerta de otro, esperando a que me acomodara antes de sentarse a mi lado.

Un escalofrío me recorrió cuando nuestros cuerpos estuvieron a milímetros el uno del otro, una extraña mezcla de adrenalina y miedo que me hizo sudar frío en las manos. Retrocedí hacia la puerta y me alejé de él todo lo posible.

Theo me miraba fijamente y el peso de su mirada era como una densa niebla que me sofocaba. Si aquel hombre había matado a mi hermano, que era fuerte e intrépido, ¿qué podía hacer conmigo?

Bellucci no dijo nada y yo tampoco, así que se dio la vuelta y se quedó mirando la ciudad a través de la ventanilla oscura del coche. Por un momento me pregunté qué estaría pasando por la cabeza de aquel hombre y qué planes tendría para mí, pero pronto me asusté de las posibilidades y aparté de mi mente las espantosas imágenes.

Llegamos al aeropuerto y nos dirigimos a la misma zona para vuelos privados donde estaba el avión de mi hermano. Salimos del coche y seguí la corriente hasta el pequeño avión con espacio para unas treinta personas.

Theo me indicó una silla y me senté. No tenía motivos para enfadarme en ese momento, mi comportamiento hacia ellos definiría la vida del resto de mi familia. Ángela y mis sobrinos contaban con mi ayuda.

Todo el mundo se acomodó y pronto despegó el avión.

Me quedé mirando hasta que mi futuro marido se levantó y abrió una pequeña nevera que había en la parte delantera del avión. Volvió con una botella de agua y un paquete de galletas.

— También hay zumo, refrescos y otras cosas para comer si quieres. Cenaremos cuando lleguemos a casa.

— ¿Por qué me das de comer? — le pregunté, confuso.

— ¿Crees que voy a meterte en una celda y esperar a que te mueras de hambre?

Contuve la respiración, pero no tuve valor para contestar.

Me miró fijamente, pero cuando se dio cuenta de que no iba a salir ninguna palabra de mi boca, volvió a su silla.

Los hermanos hablaban entre ellos y con los soldados, pero yo no les presté atención. Era

prudente no entrometerme, al menos eso decía mi miedo.

Cuando llegamos al aeropuerto de Roma, había otros coches esperándonos. Durante todo el trayecto, estuve en silencio y Theo también. Él miraba hacia fuera y a veces sentía que me miraba a mí. Se me estrujó el corazón cuando pasamos las puertas de una enorme mansión y nos dirigimos al garaje.

— Vamos. — Me hizo un gesto para que le siguiera, y esta vez no se molestó en pedirme la mano.

Yo estaba acostumbrada a los grandes espacios, al fin y al cabo mi hermano tenía una casa preciosa, pero aunque era mucho más grande que la nuestra, no fue eso lo que me sorprendió, sino el hecho de que, a pesar de ser el hogar de la familia más poderosa de la mafia italiana, era un ambiente alegre, con mucho color y luz.

Me condujeron a una sala espaciosa con sofás luminosos y cojines vibrantes. Me pregunté dónde me dejarían, si tendría una habitación o me meterían en una especie de sótano. Sin embargo, en lugar de seguir caminando, Marco se detuvo y llamó a alguien.

— ¡Rosimeire Bellucci!

No pasó mucho tiempo antes de que una mujer apareciera en lo alto de las escaleras. Era una señora probablemente de la edad de Edna. Supuse que era su madre por sus rasgos similares.

— Ya han llegado. — Había alivio en su rostro cuando bajó las escaleras y se detuvo frente a su hijo mayor.

— Resolvimos rápidamente lo de Palermo.

— ¿Quién es la chica? — Esquivó a sus hijos para ponerse delante de mí y ver mejor.

— Tatiane Mancini. Y en pocos días, Tatiane Bellucci. — Theo me puso la mano en el hombro y yo la esquivé por reflejo, dejándola caer.

— ¿Bellucci? — La señora se sorprendió.

— Es la prometida de Theo. Es la hermana pequeña de Tiago Mancini y se convertirá en una de nosotros para garantizar la fidelidad de su familia. — Explica Marco.

— Ya veo, otra alianza mafiosa. — La sonrisa de su cara disminuyó un poco, pero mantuvo su aire cortés. — Me ocuparé de ella.

— Contamos con ello. — Marco me puso la mano en el centro de la espalda y me empujó hacia su madre.

— Encontraremos una habitación para que te instales. — Rosimeire me cogió suavemente de la mano y me llevó escaleras arriba. Seguimos un largo pasillo hasta que abrió una puerta y miró a su alrededor antes de volverse hacia mí. — Laís se alojó aquí los días previos a la boda, tú también lo harás. Es cómoda y además tiene unas vistas preciosas al jardín.

— Gracias, señora.

— Supongo que tus cosas están con los hombres.

Moví la cabeza afirmativamente, aunque era más una afirmación que una pregunta.

— Haré que las traigan aquí. Pareces cansada. Hace tanto tiempo que no voy a Sicilia que ni me acuerdo del viaje.

— Está a sólo unas horas.

— ¡Entra! Siéntate un rato en la cama. Traeré tus cosas para que puedas ducharte y descansar.

— ¿Por qué eres tan amable conmigo?

Levantó una ceja, sorprendida por mi actitud.

— ¿Por qué no iba a serlo?

— Soy una extraña. Y la hermana del hombre que mató a tu marido.

— Yo también he estado en tu pellejo. Una desconocida, perdida, a punto de casarse con un desconocido por culpa de la mafia. En cuanto a que tu hermano matara a mi marido, no creo que seas culpable de nada. Los hombres toman decisiones todo el tiempo sin consultarnos, y por la razón que sea tu hermano lo hizo, tú no podrías haberlo evitado.

— No sé por qué lo hizo. — Confesé.

— Supongo que no. — Me abrazó y me dedicó una sonrisa muy amable, una bienvenida muy distinta de la que había imaginado. — No sé qué te impulsó a comprometerte con mi Theo, pero estoy encantada de tener otra hija. Ahora, intenta descansar un poco. Traeré tus cosas y tendremos mucho tiempo para hablar.

— Gracias, señora.

Me dejó sola en la habitación, así que me acerqué a la ventana. Había un jardín muy bonito que se extendía hasta el horizonte. Me pregunté si la hierba amortiguaría mi caída. Me agarré al alféizar y me incliné hacia delante.

— Yo en tu lugar no lo haría. — Oí una voz que venía de la puerta y me sorprendió ver a una mujer joven.

Debía de tener unos años menos que yo, pelo castaño y ojos marrones. Era delgada, pero tenía la enorme barriga de alguien que iba a dar a luz en cualquier momento.

— Yo... No iba a hacer nada.

— Probablemente sepas mucho más del mundo que yo cuando me casé con Marco, pero debes saber que huí y no fue fácil. Al final, acabé aquí y murió gente por mi comportamiento.

— No voy a huir. Mis sobrinos y mi cuñada dependen de que cumpla mi parte del trato.

— No sabía que Theo estaba comprometido.

— No lo estaba hasta el comienzo de este día. — Me rasqué la cabeza con una sonrisa amargada.

— ¿Puedo pasar?

— Sí.

Entró en la habitación y cerró la puerta. Extrañamente, su presencia no me disgustó. Tal vez porque nos parecíamos. Estaba casada con Marco y era la persona que mejor entendería lo que me pasaría en los próximos días o años.

— ¿Puedes contarme lo que pasó o prefieres no hacerlo?

— Sí que puedo. — Asentí mientras me sentaba a su lado en la cama.

Les conté todo lo que sabía, desde la muerte de Tiago hasta la presencia de los Bellucci en mi casa, pasando por la terrible idea de Edna de ofrecerme como garantía para el trato.

— Es mucho para un solo día. — Inhaló y soltó un fuerte suspiro.

Me limité a afirmar con la cabeza.

— ¿Cómo puedes sobrevivir estando casada con un asesino?

— Rosimeire me dio unos consejos preciosos que me hicieron ver a Marco con otros ojos. Con el tiempo, todo volvió a su cauce y hoy puedo decir con certeza que lo quiero, y creo que también podría funcionar contigo y con Theo, si lo intentas.

— Pero no mató a tu hermano.

Laís negó con la cabeza.

— Sé que es mucho y, créeme, yo también quería volverme loca. Sin embargo, solo tenemos dos opciones: volvernos locas o permitirnos ver lo mejor de ellos, aunque parezca que no existe.

— No puedo olvidar lo que hizo.

— Aún así, tendrás que casarte con él.

— He traído tus cosas. — Rosimeire llamó a la puerta antes de entrar, seguida por el soldado que llevaba mis maletas, que las colocó en un rincón de la habitación.

— Genial, mis hijas ya se conocen.

— Sí. — Laís puso su mano sobre la mía y no me inmuté. — Después la llevaré a conocer la biblioteca.

— ¿Biblioteca? — arqueé una ceja.

— Rosimeire tiene una biblioteca que te encantará visitar.

— Me gustan los libros.

— Estupendo. Así tendrás mucho con qué distraerte en los ratos muertos, cuando los hombres se ocupan de sus *asuntos.* Pronto tendré también una ONG de ayuda humanitaria, y

quién sabe, quizás puedas trabajar allí conmigo.

— Vamos a darle un respiro. — Rosimeire puso la mano en el hombro de su nuera y la hizo levantarse.

— Podemos hablar otro día. — Laís me dio un abrazo antes de darse la vuelta y salir de la habitación.

— Date una ducha, descansa un poco y luego baja a cenar con nosotras. — Me dijo Rosimeire antes de seguir a la otra mujer y dejarme sola de nuevo.

Laís tenía razón, no tenía elección. Tenía que aceptar mi condena sin huir de ella para que no hubiera consecuencias para la gente a la que quería proteger.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

THEO

Capítulo catorce

Cuando Mateo apareció en el salón, los tres fuimos al despacho de Marco para hablar de todo lo que había pasado.

— ¿Te vas a casar? — El menor se echó a reír y no era el mejor momento para ello, sobre todo porque mi futura esposa apenas tenía valor para mirarme a la cara.

— Podría haber sido contigo. — Dije enfadado.

— No. Ser el más joven tiene que tener una ventaja una vez en la vida, y en este caso, ser el último en la fila para casarse. Marco, tú y luego yo.

— ¡Ojalá sea así!

— Al menos es guapa, podría ser peor.

— ¿Peor que ser la hermana del hombre que mató a nuestro padre? — Me metí las manos en los bolsillos. Pensé que, como segundo hijo, no tendría las mismas obligaciones que Marco, pero ahí estaba yo.

— ¿Por qué Theo tiene que casarse con ella? — Mateo se dirigió a nuestro hermano mayor, que se lo explicó todo.

— Hija de Guilhermo Mancini y siciliana, Tatiane asegurará nuestro poder e influencia sobre la isla. Usted sabe que la mafia no es sólo tiroteo y sangre, sino también política.

— ¿No puede una mujer en el poder causar problemas con los otros *capi*? Todos sabían que Donatella era su amante, pero la siciliana...

Marco rodeó la mesa y se acomodó en su silla de cuero. Chasqueó los dedos antes de apoyarse en la madera.

— Hay presidentas, primeras ministras y figuras de poder en todo el mundo. Además, es sólo por unos años. Los hombres intentarán dominarla, pero ella sabe defenderse.

— A ver cuánto dura. — Se burló Mateo.

— ¿Tienes que recoger a alguien hoy? — Cambié de tema. — ¿Culos que patear?

— Quédate en casa, Theo. Hazte a la idea de que serás un hombre casado en unos días.

— ¿Así que ya no me necesitarás?

— Nuestro mayor problema se ha resuelto por el momento y nuestra madre debería estar esperándonos para cenar.

— Estupendo. — Le di la espalda y salí del despacho sin decir ni una palabra más.

Tras salir de la casa, recorrí el edificio hasta encontrar a mis hombres de confianza reunidos en un rincón charlando, pero se dispersaron cuando me acerqué, pues sabían que debían estar patrullando los alrededores. Después de que Donatella había invadido la mansión con la ayuda de los Costas, debíamos ser demasiado cuidadosos. Rómulo se acercó a mí.

— ¿Va a salir, señor?

— No. Quiero que vengas conmigo.

En la mafia, vivíamos de alimentar las adicciones de la gente y yo acabé alimentando la mía de adrenalina. No me importaba arriesgarme, por eso había llegado tan lejos en la búsqueda de las pruebas que me condujeron al culpable de la muerte de mi padre. Me creía capaz de afrontar cualquier reto, pero el matrimonio no estaba en mi lista.

Tatiane era hermosa. Sólo verla una vez me dejó su imagen en la mente y me llenó de lujuria durante días, pero eso no bastaría para que el matrimonio funcionara, sobre todo porque ella ni siquiera podía mirarme.

Con la mente acelerada, me dirigí al viejo cobertizo donde los hombres y yo solíamos ir a practicar tiro y me crují el cuello al abrir la puerta de un tirón, haciendo crujir el metal al correr sobre su carril.

— ¿Qué quiere aquí, señor? — Rómulo se paró en la puerta.

Me quité la chaqueta, la funda de la pistola, la camisa de vestir y el chaleco antibalas, dejándome sólo los zapatos y los pantalones.

— Quiero hacer ejercicio. — Empecé a saltar en un semicírculo.

— ¿No crees que sería mejor ponernos los guantes primero?

— ¿Quién necesita guantes? — Chasqueé los dedos mientras le miraba con odio.

— Usted sabrá. — Inclinó la cabeza hacia un lado, estirando los músculos, antes de caminar hacia mí.

Rómulo lanzó un derechazo que cortó el aire y yo lo esquivé con facilidad, girando hacia el otro lado. El cross que lanzó justo después fue directo a mis costillas, pero utilicé el antebrazo para defenderme y amortiguar el impacto.

Salté hacia atrás, haciendo movimientos respiratorios, y el soldado, mucho más alto que yo, se abalanzó sobre mí. No tuvo piedad, aunque yo era el jefe y no quería que la tuviera. No era la primera vez, ni sería la última, que utilizaba la lucha con uno de ellos para liberar la energía que fluía dentro de mí, y mantenerme activo y entrenado para enfrentarme a amenazas reales.

El siguiente golpe de Rómulo fue un *jab* seguido de un derechazo. Lo esquivé doblando el cuerpo hacia abajo. Rápidamente doblé las rodillas protegiéndome la cara y lancé un *uppercut* al plexo solar de Rómulo. Se tambaleó hacia atrás y mi golpe fue suficiente para dejarle alerta y con sangre en los ojos para golpearme. Esta era una de las pocas oportunidades en las que podía vengarme de lo que yo le había hecho en algún momento.

Se abalanzó sobre mí con una retahíla de golpes y yo los esquivé todos, contraatacando con la misma fuerza.

Me estaba riendo, lleno de desenfreno, cuando Rómulo me tiró al suelo. Apenas tuve tiempo de sentir el impacto en la espalda antes de rodar hacia un lado para escapar de otro golpe del pie del soldado.

— ¿Dejamos el boxeo de lado? — Me levanté de un rápido giro.

— Los hombres de ahí fuera no van a respetar las reglas.

— En eso tienes razón. — Me puse encima de él y lancé una patada giratoria que golpeó la cintura de Rómulo, pero ni siquiera se movió y tuve que sacar la pierna rápidamente antes de que me la agarrara y me tirara al suelo otra vez.

Un golpe seguía a otro, él esquivaba y se defendía, y yo hacía lo mismo. Intentó tirarme

al suelo varias veces, pero fui más listo y no dejé que volviera a ocurrir. En un pequeño momento de distracción, Rómulo me golpeó de lleno en la cara y retrocedí unos pasos, ya que el movimiento me había mareado.

Cuando vio que me había dado, se abalanzó sobre mí con todas sus fuerzas y yo lo esquivé, girando a la izquierda y volviendo inmediatamente con un *uppercut* que le dio de lleno en la mandíbula. Sentí que me dolían los dedos cuando se hundieron en la mandíbula del soldado, que también perdió el equilibrio durante unos minutos. Intenté golpearle en la cara con un cross, pero se protegió con el brazo, dejando el camino libre para su plexo solar, que golpeé directamente, se quedó sin fuerzas y mi siguiente puñetazo lo tiró al suelo, pero no fue suficiente para dejarlo inconsciente.

Antes de que pudiera volver a atacarle, Rómulo dio tres palmadas en el suelo en señal de rendición.

— Creo que es suficiente por hoy.

— Débil. — Me burlé, pero no pareció importarle.

— Necesito estar entero para trabajar.

— Te haré un descuento sólo por eso. — Le tendí la mano para que se levantara.

Cuando mi mejor soldado se rindió, me fui a entrenar al saco de boxeo. Perdí la noción del tiempo y del espacio mientras daba puñetazos y patadas. Al menos dejé de pensar y no me preocupé por mi inminente boda.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

TATIANE

Capítulo quince

Me duché y pasé un rato sacando mis cosas de la maleta y guardándolas en el armario de la habitación. Era mi excusa para quedarme en la habitación el mayor tiempo posible antes de tener que volver a enfrentarme a ellos.

Llamé a Ángela sólo para decirle que había llegado bien, aunque ella no podía hacer nada si hubiera ocurrido lo contrario. Por suerte no me quitaron el móvil, el único resquicio de libertad que me quedaba.

En un momento dado me empezó a doler el estómago, recordándome que tenía hambre. Tenía la opción de quedarme a dormir o bajar a comer con ellos. Me acordé de la breve conversación con Laís y de ella hablando de las decisiones que había tomado. Podía enfrentarme a ellos o morirme de hambre, y la única que sufriría sería yo misma, así que decidí armarme de valor y bajar.

Estaba cerca de las escaleras cuando me encontré con un hombre. Era viejo, debía de tener al menos 65 años, con canas y arrugas. Estaba con el resto de la familia Bellucci cuando fueron a conocer a mi cuñada, pero hasta entonces no me había fijado tanto en él.

— Estás aún más hermosa que la última vez que te vi.

Me quedé pálida y congelada en el pasillo cuando me dijo eso.

— ¿Nos hemos visto antes? — Por fin conseguí abrir la boca después de interminables minutos.

— Hace muchos años.

— No te recuerdo.

— Yo era más joven y tú también. Ahora te has convertido en una hermosa mujer e imagino que Theo está deseando disfrutarte. Yo lo estaría.

— ¿Quién es usted? — pregunté, ignorando por completo las insinuaciones que había hecho sobre mi futuro marido.

— Leonel Bellucci. — Mientras respondía, su nombre resonó en mi cabeza y me recordó la advertencia de Ángela.

¿Por qué, de todos los hombres de la casa, mi cuñada quería que tuviera cuidado con aquel? ¿Qué podía tener de peligroso un simple anciano?

— ¡Tatiane! — El grito de Rosimeire ahuyentó las preguntas de mi mente antes de detenerse a mi lado, tomándome del brazo.

— Pensé que no vendrías a cenar.

— Lo siento mucho. Ya iba.

— Le pedí al cocinero que hiciera pizza en tu honor. ¿A quién no le gusta la pizza?

— Gracias. — Sonreí ante su esfuerzo por asegurarse de que estaba bien en aquella casa.

Dejé que Rosimeire me arrastrara hasta el comedor, donde estaban todos reunidos, excepto Theo. No me molesté en preguntar dónde podría estar o qué estaba haciendo; ellos tampoco hablaron de él. Durante toda la cena, Marco y el otro hermano permanecieron en silencio, Leonel me miraba todo el rato, lo que me hacía sentir aún más incómoda con su presencia, mientras Rosimeire y Laís intentaban entablar conversación conmigo, haciéndome sentir mínimamente cómoda hablando con ellas y de mí misma. Me preguntaron cuántos años tenía, mis comidas favoritas y otras cosas que me gustaban. Finalmente, hablaron de la boda y de cómo quería que fuera la ceremonia. Yo podía decidir todos los detalles, desde el vestido hasta las flores, con la excepción de mi prometido.

Por cierto, no se presentó a la cena y nadie cuestionó su ausencia. ¿Será que yo no era la única que no estaba contenta con esa unión?

Después de cenar, volví a la que sería mi habitación hasta la boda. Me apoyé en la puerta y jugueteé con el móvil, buscando algo que ver que me distrajera de lo que me estaba pasando.

Rebuscando en el dispositivo, encontré varias fotos había tomado con mi hermano en el viaje que hicimos con él, Ángela y los niños a Inglaterra el año pasado. Fue muy divertido, incluso con varios guardias de seguridad vigilándonos todo el tiempo.

A pesar de haber sido rechazado por nuestro padre y de haber perdido a mi madre a una

edad temprana, mi hermano nunca me hizo sentir que no tenía familia, pero en ese momento me sentí más sola que nunca, a pesar de estar la casa llena.

Oí un ruido en el pasillo y me sobresalté. Debería haberme callado y mantenido la puerta cerrada, pero la curiosidad pudo conmigo y la abrí para ver qué había pasado. En ese momento, a través de la pequeña rendija, mis ojos se encontraron con los suyos, verdes, fríos y completamente penetrantes. Mi mayor sorpresa no fue esa, sino el hecho de que estaba semidesnudo, sólo con los pantalones puestos, sosteniendo en sus manos los zapatos, la camisa y la chaqueta. Estaba sudoroso y tenía un pequeño corte encima de la ceja izquierda. Era difícil no mirar su cuerpo por donde goteaban las gotas. *¿Cómo podía alguien tener unos músculos tan perfectos?*

— ¿Pasó algo? — Se volvió hacia mí con tono neutro y dejé de analizarle.

— No... Sólo oí un ruido.

— La pistola se me cayó de la funda.

Abrí los ojos con sorpresa y él se echó a reír.

— Tranquila, estaba trabada y ya la recogí . — Se pasó la mano libre por el pelo corto, completamente mojado de sudor. — Necesito una ducha.

— Me voy a dormir.

— No hay problema.

Estaba a punto de volver al dormitorio y cerrar la puerta cuando oí un ruido que me puso en alerta. Cada vez era más fuerte y repetitivo.

— ¿Qué es eso? — Tenía miedo de preguntar, pero lo hice de todos modos.

— Marco está manteniendo despierta a Laís.

— ¿Cómo puede? — pregunté, llena de ira.

— Es su marido. — Respondió Theo con total desprecio.

— Hay que ser muy cruel para torturar a una mujer embarazada. — Me dolía el corazón de lástima por lo que podía estar ocurriendo en aquella habitación, y el miedo al destino que me

esperaba se hizo aún mayor.

— ¿Torturándola? ¿Crees que la está torturando? — Theo se echó a reír. Se rió a carcajadas y yo me quedé aún más confusa.

— ¿Por qué si no iba a gemir así?

— Están gimiendo de placer. Están teniendo sexo.

— ¿Sexo? — Me tapé la boca con la mano en cuanto se me escapó la palabra prohibida. — Siempre me dijeron que era exclusivamente para tener hijos y ella ya está embarazada. El sacerdote...

— Olvídate de las tonterías del Vaticano. — Dio un paso hacia mí y yo di otro hacia la habitación. — ¿Ya te han besado?

Moví la cabeza negativamente.

— ¿Te han tocado? — Se acercó y mi corazón se aceleró, pero esta vez no me inmuté.

— Los hombres de mi hermano no dejaban que nadie se me acercara. Tuve que...

— Permanecer pura hasta el matrimonio. — Dijo con su cuerpo a milímetros del mío. Podía oler su aroma corporal y su sudor, y muchas sensaciones se apoderaron de mí, desde miedo hasta curiosidad, pero no asco.

Moví la cabeza afirmativamente y cuando me di cuenta su cara estaba aún más cerca.

— Cuando lo pruebes, entenderás por qué Laís gime tanto. — Puso la mano en la puerta y sentí su aliento mezclarse con el mío.

Se me aceleró el corazón. Nunca había visto la boca de un hombre tan cerca de la mía. Sentía que mis hormonas querían experimentar lo que ocurriría a continuación, pero mi cabeza gritaba otra cosa.

— Mataste a mi hermano. — Lo esquivé y entré en el dormitorio.

— Sí, y él mató a mi padre, eso ya lo sabemos. — Resopló.

— Eres un monstruo asesino.

— Buenas noches, Tatiane. — Cerró la puerta.

Seguí el sonido de sus pasos hasta que dejé de oírlos y estuve segura de que Theo ya no estaba en el pasillo.

Me senté en la cama y me abracé las piernas. ¿Qué eran esas sensaciones? ¿Por qué el hombre al que se suponía que odiaba me causó esos efectos?

Giulio me hizo vomitar al apretarme contra la pared, pero Theo me hizo querer sentir su piel. ¿Por qué uno me daba ganas de salir corriendo y el otro no? Tenía miedo de que la verdad sobre esto me asustara aún más.

Me acerqué a la puerta y la cerré. Aunque una simple cerradura no me daba ninguna garantía, al menos aumentaba mi sensación de seguridad para poder dormir.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

THEO

Capítulo dieciséis

Caliente...

No podía negar que esta mujer me ponía extremadamente excitado. Esta sensación aumentó aún más cuando pude complementar el vistazo en el club con imágenes reales y cercanas de ella. Debería ser fácil casarse con una mujer que me atraía tanto, pero yo parecía tener el efecto contrario en ella.

Después de nuestro encuentro en el pasillo, intenté dormir y no pude. ¿Cómo iba a casarme con una mujer que no me quería cerca? El acuerdo matrimonial podría haber funcionado para Marco, pero no para mí. Además, odiaba querer a una mujer que tenía la misma sangre que el bastardo responsable de la muerte de mi padre.

Tatiane estaba prohibida, era la hermana del hombre al que había perseguido durante diez años, y no debía involucrarme con ella; sin embargo, estaba a unas puertas de mi habitación y se uniría a mi cama.

No funcionaría...

Con ese pensamiento, me levanté a la mañana siguiente. Quería hablar con Marco, pero mi hermano no iba a echarse atrás. No quería que me impusiera su autoridad de jefe. Tendría que solucionar ese problema yo solo.

Salí de la habitación vestido para un nuevo día. Pasé por delante de su puerta y vi que seguía cerrada. No me molesté en llamar porque sabía que no querría hablar conmigo.

Me dirigí al comedor, donde estaba reunida el resto de la familia.

— Buenos días, cariño. — Mi madre me sonrió con una alegría que sólo le cabía a ella. — ¿Has dormido bien?

— Dormí. — Era mentira, pero ella no necesitaba saber por qué. Como cualquier buena madre italiana, era demasiado lista.

Acerqué una silla y me acomodé frente a la mesa antes de tomar una rebanada de pan y

queso y ponérmelos en el plato.

— Theo, esta noche tenemos la fiesta del gobernador, ¿por qué no te llevas a Tatiane? Laís está indispuesta y no irá, pero será un buen programa social para tu prometida.

— Claro que no se siente bien. Después de que casi rompieron la cama ayer.

— ¡Theo! — me regañó mi madre y Laís se tapó la cara con una servilleta.

— ¿Vas a decir que no oíste los gemidos? — Me volví hacia mi madre, que estaba aún más avergonzada.

— Yo también lo oí. — Mi tío se echó una uva a la boca después del comentario.

— No tienes que exponer las intimidades de tu hermano. — Me dio un codazo, pero no me importó.

— Tienen sexo como conejos desde que se casaron. — Mateo se rió y se unió. Estaba claro que el bromista no se iba a quedar atrás.

— ¿Sabes qué es lo más gracioso? — Me volví hacia él.

— ¿Qué?

— Tatiane oyó los gemidos y pensó que él estaba torturando a nuestra encantadora cuñada embarazada. Ella tendría que haber visto la situación.

— Torturándola con su pene dentro de ella. — Mateo continuó riendo.

— ¡Cállense los dos! — Marco dio una fuerte palmada en la mesa, haciendo temblar todo el mueble.

Mateo me miró y siguió riéndose, pero no dijo nada más sobre la intimidad de mi hermano con su mujer que pudiera enfadarle.

— ¿He llegado en mal momento? — Tatiane apareció en la puerta y todos se volvieron hacia ella.

— No, cariño, siéntate, por favor. — Mi madre se levantó a buscarla y la acompañó a una de las sillas. — ¿Qué tal la noche?

— Tranquila.

Mateo empezó a reírse, pero pronto se detuvo cuando la mirada severa de Marco le hizo estremecerse.

Más serio ante su presencia, me concentré en beberme el café antes de levantarme y dirigirme a mi futura esposa.

— Prepárate para salir después de comer. Tenemos una fiesta importante por la noche y te llevaré a comprar un vestido y un anillo de compromiso.

— ¿No deberías elegir tú el anillo, Theo? — me preguntó mi madre.

— A las mujeres les gusta más elegir sus propias joyas.

Siguió mirándome, pero no dije nada más al respecto.

— He quedado con los Esposito en Monte Sacro para recoger el dinero del último envío que les entregamos. No tengo intención de tardar mucho.

— Yo puedo hacerlo por ti, hermano. — Dijo Mateo cuando se dio cuenta de que mi mirada se había posado en Tatiane.

— No, quiero ir.

Recoger la recaudación en Roma era algo que me gustaba hacer, a pesar de ser una tarea que me había asignado mi padre desde niño. Ese día, más que ningún otro, necesitaba estar en la calle y ocuparme directamente de lo que me hacia sentir bien antes de lo que me esperaba con Tatiane. Como parte de la mafia, siempre supe hacer mi trabajo, se me daba bien, pero con ella, no tenía ni idea de cómo proceder.

— Volveré para comer. — Giré la cabeza para encontrar al hombre sentado al otro lado de la mesa. — ¿Por qué no vienes conmigo, tío? — Le dediqué una sonrisa burlona.

— Voy a quedarme aquí hoy, creo que Marco podría necesitarme más.

— No me importa que vayas. — Animó mi hermano.

— Creo que todavía se está cagando en los pantalones de la última vez que salió con Theo. — Mateo se rió.

— Theo es un loco, podría habernos matado a los dos.

— Estamos aquí, ¿verdad, tío? — dijo con sarcasmo en la voz.

— Por el amor de Dios, hijo mío, ten cuidado.

— Estaré bien, doña Rosi. — Me metí las manos en los bolsillos antes de salir del comedor y dirigirme hacia donde estaban reunidos mis hombres.

En cuanto Rómulo y los demás me vieron, supieron que me iba y me acompañaron al garaje.

— Monte Sacro — Advertí al hombre que iba a conducir antes de subir a la parte trasera del coche.

Durante el viaje, alternaba mi mirada entre la ciudad y la pantalla de mi teléfono móvil.

Irme de casa me vendría bien, al menos me daría la oportunidad de asentar mi cabeza. Marco se casó con una mujer que no pudo elegir, pero a diferencia de mí, mi hermano mayor tuvo diez años para acostumbrarse a esa idea, mientras que en mi caso sólo quedaban un puñado de días. Por muy guapa que fuera Tatiane, no sabíamos casi nada el uno del otro y aún así se empeñaba en recordarme a cada minuto que yo había matado a su hermano, como si fuera un pobre inocente sin culpa en su historial. En la mafia, matabas o morías, y esperaba que ella lo aprendiera pronto.

Sentí que el coche se detenía y miré hacia fuera. Estábamos frente a un viejo cine. Lugares como aquel, donde la ocupación podía manipularse con facilidad, eran perfectos para blanquear el dinero de la calle, que entraba como compra de entradas en taquilla y se convertía fácilmente en moneda de curso legal.

Ingresé por una entrada lateral detrás de Rómulo y algunos de mis hombres. La estrecha puerta conducía a la parte trasera del establecimiento, a una pequeña habitación donde estaba sentado Gabriele Esposito, el hijo del antiguo jefe, fallecido hacía meses. Junto a él había soldados y algunos primos que se ocupaban de los negocios con él.

— Sr. Bellucci. — Me miró con una amplia sonrisa. — Buenos días, Sr. Bellucci. ¿Por qué no toma asiento?

— Prefiero quedarme de pie. — Le fulminé con la mirada, cruzándome de brazos. Era mejor que no me provocara ese día, ya que mi humor no era el mejor.

— Está bien. — Su sonrisa disminuyó un poco, pero continuó con su postura.

— ¿Dónde está el dinero de la mercancía que te entregamos a principios de mes?

— Toma. — Abrió una maleta y la puso sobre la mesa.

Hice un gesto a uno de mis hombres para que trajera una contadora de billetes que siempre llevaba en el maletero del coche para reuniones como ésta. Rómulo y el otro soldado pasaron todos los billetes por la contadora antes de devolverlos a la maleta. Miré la cantidad registrada y luego al muchacho, que debía de tener apenas veinticinco años, una edad cercana a la que yo tenía cuando murió mi padre.

— Faltan trece mil euros.

— Es que hemos tenido algunos imprevistos, la policía, nuestros vendedores...

— No me importan tus imprevistos. — Saqué mi pistola de la funda y disparé, alcanzando en la cabeza a uno de los hombres que tenía detrás. Los movimientos fueron tan rápidos que ni siquiera sudé.

Todos los que estaban con Esposito se quedaron boquiabiertos y me miraron con la boca abierta mientras el hombre al que habían disparado caía al suelo.

— Señor... — Empezó a tartamudear, pero pronto se rindió bajo el peso de mi mirada.

— Escucha, muchacho, porque sólo lo voy a decir una vez. Tienes hasta mañana para conseguir el dinero o mataré al resto de ustedes y pondré a otra familia a cargo del negocio en Monte Sacro. No serán más que abono. Nuestra familia lleva mucho tiempo haciendo negocios con la tuya, pero tienes que entender toda la estructura en juego. Si cometes un error, te castigaremos. Así es como ha funcionado durante siglos. ¿Nos entendemos? — Tomé la pistola y le apunté a la cabeza.

El joven Esposito asintió mientras tragaba antes de que yo volviera a guardar la pistola en la funda.

— Conseguiremos el resto del dinero. — Dijo temblando.

Estaba claro que aún era demasiado nuevo en el negocio y que necesitaría algún tiempo para aprender cómo funcionaba todo. De él dependía tener la suerte suficiente para conseguir el resto del dinero, si es que no estaba intentando jugar conmigo. Los Gallos querían ese territorio desde hacía mucho tiempo y me parecía bien cedérselo, siempre que respetaran los acuerdos y cumplieran lo pactado.

Hice un gesto a Rómulo para que cogiera la bolsa con el dinero y un par de hombres se adelantaron antes de que el resto los siguiéramos, de vuelta a los coches aparcados en la calle.

Llevaba la mafia en la sangre, había nacido para ella. Sin embargo, lo que me esperaba el resto del día sería un reto mucho mayor.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

TATIANE

Capítulo diecisiete

Cuando me dijo que íbamos a salir, me preocupé un poco. Ir a cualquier sitio sola con ese hombre me revolvía el estómago, pero no tenía elección. Tenía que consentir y no causar problemas a mi cuñada y a mis sobrinos.

Aquella mañana, después de que Theo y sus hermanos se marcharan a ocuparse de sus *asuntos*, Laís y Rosi me hicieron compañía durante la visita de la diseñadora que realizaría mi vestido y lo confeccionaría en tiempo récord para la boda de dentro de unos días.

No puedo decir que había soñado con ese momento, a pesar de ver una buena relación entre mi cuñada y mi hermano. La causa de ello era el terror constante de Edna. Como ella solía decir, mis días de cuento de hadas se acababan cuando un mafioso ponía los ojos en mí y me elegía como esposa. Lo peor de todo era que, ante mi posible futuro, ella parecía más segura que nunca.

Laís trató de entusiasmarme mientras elegía telas y estilos. Las perlas del catálogo eran preciosas, al igual que los brillantes con los que se podía confeccionar el vestido. Todo el lujo posible para el día que iba a ser el más importante de mi vida.

— No pude elegir mi vestido. — Dijo mi futura cuñada con una sonrisa en la cara. — Tienes más suerte que yo, porque antes de la boda vivía en un convento y siempre decidían todo por mí.

— ¡Qué horror! — me estremecí.

— Era mejor que casarme a los once cuando mi padre me prometió a Marco.

— ¡Qué terrible!

Me quedé estupefacta por su historia y aún más sorprendida por cómo habían manejado todo. Ella y Marco parecían estar bien, al igual que mi cuñada y mi hermano. ¿De verdad podía surgir el amor entre personas que apenas se conocían antes de la boda?

El amor...

Para mí no fue sólo casarme con un desconocido, sino con el asesino de mi hermano. Él fue totalmente responsable de ponerme en aquella situación, porque si aún hubiera tenido a Tiago, nunca habría acabado en aquel callejón sin salida.

Estábamos las tres en el salón, mirando revistas de decoración con un ceremonialista, cuando le vi llegar.

Theo pasó junto a nosotros, me miró durante una fracción de segundo antes de subir al piso del dormitorio de la mansión. Sin embargo, los pocos segundos que nuestros ojos estuvieron fijos el uno en el otro fueron suficientes para que un escalofrío me recorriera. ¿Miedo? Probablemente sí.

— Tatiane, ¿qué te parece el dorado y el blanco para la decoración de la mesa? — Rosimeire me estaba hablando, pero tardé en darme cuenta; mi cabeza seguía girada en dirección a la escalera, aunque él ya no estaba allí. — ¿Tatiane?

Parpadeé un par de veces antes de sonreír a la amable mujer que se convertiría en mi suegra. Al menos se esforzaba para que el ambiente fuera lo mejor posible para mí. La relación era muy diferente de la que Ángela tenía con Edna.

— La decoración de las mesas...

— Blanco y dorado me parece perfecto.

— ¿Y las flores? — preguntó el ceremonialista.

— Rosas — respondí a lo primero que me vino a la mente. No te puedes equivocar con las rosas. — Blancas y quizá amarillas a juego con la decoración de la mesa.

— Perfecto. — La mujer anotó la información en un ordenador.

— Va a ser una boda preciosa. — Rosimeire estaba ciertamente mucho más emocionada que yo por mi unión con su hijo.

No había escapatoria. En aquel mundo no existía el divorcio, y en pocos días estaría unida al asesino de mi hermano para el resto de mi vida.

— Creo que ya hemos resuelto todos los detalles. — La mujer que se encargaría de la fiesta y la ceremonia se levantó.

— ¿La recepción será también en la *Fontana di Trevi*? — le preguntó Laís antes de partir.

— Sí, Sra. Bellucci. Es uno de los más bellos lugares para bodas en Roma y es una tradición familiar.

— Ya verás qué increíble. — Laís me acarició el hombro, tratando de animarme.

— ¿Cómo lo haces? — Miré fijamente sus profundos ojos marrones.

— ¿Hacer qué? — Frunció el ceño.

— ¿Duermes a su lado, sabiendo toda la gente que ha matado y matará? ¿No temes que te haga algo por la noche?

— De hecho, es la persona que me hace sentir segura.

— Tati, cariño, ¿podemos dar un paseo? — Rosimeire me ofreció la mano.

Me lo pensé durante más de un minuto antes de aceptar la invitación y caminar con ella hacia el jardín, dejando a Laís en el salón.

Permanecimos en silencio una junto a la otra y observé muchos parterres y arbustos bien cuidados antes de que mi futura suegra dijera algo.

— Tu hermano era el *capo de* Palermo, ¿es así?

— Sí, desde que murió mi padre.

— ¿Y confiaste en él?

— Con todo mi corazón.

— Creo que como *capo* hizo muchas cosas en nombre de la mafia, las mismas que mi hijo. Incluyendo matar a mi marido.

Contuve la respiración cuando se sinceró por primera vez delante de mí.

— Lo siento.

— Yo también lo siento, todos los días, pero no puedo hacer nada para que Lorenzo vuelva conmigo, ni odiar a la familia responsable de lo ocurrido. Lo mejor que puedo hacer es

darle la bienvenida para que mis hijos no tengan problemas con los sicilianos. Theo hizo y hace cosas terribles, pero eso es de puertas para afuera, igual que mis otros dos hijos. Pero cuando vienen aquí, son maridos e hijos como cualquier otro hombre. Lo que él será contigo no le corresponde decidir a nadie más que a ustedes dos. Marco y Laís son felices juntos y eso es lo que espero que ocurra también contigo y con Theo.

— Él no mató a el hermano de ella.

— Ni el hermano de ella mató a mi marido. — Rosimeire cerró los ojos, haciéndome tragar saliva. — Parece que sólo puedes ver lo difícil que es para ti casarte con el hombre que mató a tu hermano, pero ¿se te ha ocurrido alguna vez lo difícil que es para él verse obligado a casarse con la hermana del hombre que mató a su padre, la persona más importante de nuestras vidas?

Permanecí en silencio porque no podía responder. Rosimeire tenía razón.

— Nos esforzamos por darte la bienvenida. Esperamos que hagas lo mismo.

— No sé si podré.

— Es mucho más fácil de lo que crees. Depende de cuánto estés dispuesta a ceder para ver lo mejor de él.

Incluso ante sus palabras, no parecía nada fácil olvidar la culpa de la muerte de mi hermano y seguir adelante con un futuro, como si no me importara. Tiago era la persona más importante del mundo para mí y ya no estaba allí por culpa de mi futuro marido.

— Ahora vamos dentro. Tienes que comer y vestirte para que pueda llevarte de compras. Por favor, pon una sonrisa en esa cara. ¿A quién no le gusta ir de compras?

— No salía mucho.

— Tampoco lo harás aquí. Es peligroso. Sin embargo, es precisamente por eso es que se debe aprovechar al máximo el tiempo que se tiene.

Asentí y volvimos juntos al interior de la casa. Después de comer, con toda la familia reunida, me fui a mi habitación y me cambié para salir con mi futuro marido. A pesar de la conversación con mi suegra, seguía con los nervios de punta.

En cuanto salí del dormitorio y entré en el salón, lo encontré sentado en el sofá con la mirada perdida, como si no mirara a ninguna parte, pero fijó sus ojos en mí cuando entré en su campo de visión.

— ¿Estás lista para salir?

— Sí.

— Te has puesto zapatos cómodos. — Miró mis zapatillas. — Eso está bien.

— No sé cuánto tiempo vamos a caminar y tan solo unos minutos con tacones hacen que me duelan los pies.

— Muy inteligente por tu parte.

Theo se detuvo frente a mí. Me di cuenta de que su mano se movía, quizá estaba pensando en tendérmela, pero desistió.

— ¿Vamos? — Le hizo un gesto para que le siguiera.

En silencio, le seguí hasta el garaje. Había un hombre junto a un coche negro, que abrió la puerta para que pudiéramos sentarnos en el asiento trasero. Luego cogió el volante y otro hombre se sentó en el asiento trasero.

— ¿Adónde vamos? — me armé de valor para preguntar.

— Una galería en Roma.

— No pareces entusiasmado.

— No me gustan estas cosas.

— Entonces, ¿por qué lo haces?

— Intento complacerte. — Su frase me golpeó de lleno, dejándome completamente desconcertada. De las muchas respuestas que podría haberme dado, ésta era la menos probable y la más desconcertante.

Tras la confusión, no dije más. No podía decir que me gustara ir de tiendas y de compras, pero en cierto modo, el esfuerzo era relevante. Durante todo el viaje, no dejé de mirar los

edificios y la gente de la ciudad. Como en Palermo, Roma tenía muchos edificios antiguos que hacían que la ciudad pareciera un auténtico museo al aire libre. Theo no dijo ni una palabra más hasta que abrió la puerta del coche y esperó a que saliera.

Entramos en un centro comercial muy lujoso y nuestra primera parada fue una joyería. La vendedora se nos acercó con una enorme sonrisa, que se hizo aún más grande, si cabe, cuando sus ojos encontraron a Theo.

— ¡Sr. Bellucci!

¿Se conocían? De repente, la falta de información me dejó perplejo e irritado, no podía asegurarlo.

— Vine a comprar un anillo.

— ¿Es para una mujer en concreto? ¿Tu madre quizás?

— Quiero un anillo para mi prometida. — Me puso la mano en el centro de la espalda y tiró de mí hacia delante, haciéndome visible, lo que me provocó un escalofrío, y me costó contenerme para no retorcerme y dejar que todo el mundo notara los efectos que Theo Bellucci estaba provocando en mí.

— Ah, sí. — Tenía la impresión de que la vendedora estaba desconcertada. — Tengo algunos modelos de anillos de compromiso que podrían convenirle.

— Que los vea todos y elija uno. No importa el precio.

— Como desee, señor. — La mujer fue al fondo de la tienda y volvió con una vitrina que contenía muchos anillos con una gran variedad de piedras preciosas. — ¿Qué le parece éste? — Señaló uno con un diamante solitario en forma de corazón.

— No me gusta.

— ¿Y este?

— Tampoco.

— Tu prometida es muy exigente.

— Que elija ella. — Theo se encogió de hombros y se metió las manos en los bolsillos

como si no importara.

— Este. — Saqué uno con una esmeralda con pequeños diamantes.

Verde, el color de sus ojos... No sé por qué hice esa asociación e intenté no preocuparme por ello en ese momento, sólo por lo bonito que era el anillo.

— Es precioso. — Dijo la dependienta.

— Me quedo con este.

— ¿Me permites? — Theo cogió el anillo y extendió la mano, esperando a que yo pusiera la mía sobre la suya.

Todo el mundo nos miraba, desde los soldados hasta la gente de la tienda. Incluso podría echarme atrás, pero causaría problemas que no serían buenos para ninguno de los dos. Le di la mano y Theo deslizó lentamente el anillo en mi dedo y besó mis falanges. Se suponía que era romántico, pero sólo demostraba que me poseía.

— Quedó perfecto. — La vendedora parecía mucho más deslumbrada que yo.

— También quiero un collar de diamantes y un par de pendientes. Esta noche vamos a un evento y tiene que estar espléndida.

— Conseguiré el mejor juego de la tienda.

— Perfecto.

La vendedora volvió a marcharse y cuando regresó traía una caja de terciopelo, que abrió ante los ojos de Theo. El conjunto de collares y pendientes era muy hermoso y delicado, con numerosos diamantes pequeños que brillaban como si hubieran quedado atrapados en la luz del sol.

— ¿Te ha gustado, Tatiane? — Se volvió hacia mí.

— Sí.

— Nos quedamos con él.

— Lo pondré en una bolsa para ustedes.

— Gracias.

Theo pagó el regalo en efectivo y me lo entregó. Mi hermano me había regalado muchas cosas, pero esta vez era diferente.

— Ahora necesitas un vestido. — Me sacó de la tienda y nos siguieron sus hombres, que nos escoltaron de cerca.

— Creo que también necesitaré zapatos adecuados. No he traído tacones e imagino que una fiesta así los requiere.

— Entiendes cómo funciona todo.

— Puedo... No... Yo... — Busqué a tientas las palabras y no pude obligarme a decirlas después de la forma en que me miró.

— Compremos los zapatos, Tatiane. Vas a ser la esposa de un Bellucci, te mereces nada menos que todo lo que el dinero puede comprar.

Sus palabras resonaron en mi cabeza y sonaron extrañas. Me habían entregado a él en un trato para asegurar el poder de mi cuñada, no había razón para que me ofreciera todo, ¿verdad? Empezaba a confundirme y eso no era bueno.

Fuimos a una tienda de vestidos de fiesta y me probé muchos vestidos hasta que encontré uno que a Theo le pareció perfecto. Era precioso, se amoldaba bien a las curvas de mi cuerpo, pero no tenía un escote provocativo que me enseñara demasiado.

— Vamos a quedarnos con éste. — Sonrió mientras se levantaba del sofá frente al probador.

— Me gustaba el negro.

— Tus pechos no son algo que me guste que la gente mire.

Estaba paralizada.

— ¿Quieres ver más vestidos?

Moví la cabeza negativamente.

— Entonces tomaremos este.

— Gracias. — Volví al probador para quitarme el vestido.

Después de hacer la compra, Theo me llevó a una zapatería y me fui con un buen par de tacones para esa noche. Solo esperaba que en la fiesta hubiera algún sitio donde pudiera sentarme la mayor parte del tiempo, ya que no estaba acostumbrada a estar mucho tiempo de pie sobre ellos.

Después de ir de compras, volvimos a la mansión Bellucci en completo silencio en el coche. No sabía si era porque respetaba el hecho de que yo no quisiera estar cerca de él o por alguna otra razón.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

THEO

Capítulo dieciocho

Me abroché los gemelos de la camisa de vestir antes de ponerme la chaqueta negra de *mi smoking*. En cuanto alargué la mano para tomar la pajarita, me sorprendió la mano de mi madre, agarrándola para ponérmela en mi cuello.

— Estás muy guapo, hijo mío. — Me ajustó la corbata.

— Gracias.

— Echo de menos los tiempos en que iba a esas fiestas glamorosas con tu padre.

— Aún puedes ir. — Giré sobre mis talones para encararla mejor.

Mi madre llevaba un camisón blanco largo y zapatillas, lo que indicaba que se iba a dormir, aunque ni siquiera eran las ocho de la noche.

— Ya tengo energía para esas cosas, y sin tu padre, todo es muy diferente.

— Lo vengué.

— Sí. — Respiró hondo y puso sus manos en mi pecho. — Se acabó, cariño. Tienes que dejar esto en el pasado y preocuparte por tu futuro y por la esposa que tendrás en unos días.

— Casarme con ella será una mala idea.

— Sabes que si fuera una mala idea, no estaría aquí. Sé poco de negocios y me conformo con eso, pero imagino lo importante que es mantener la influencia sobre los sicilianos. Después de todo, la mafia nació allí y aún creen que pueden recuperar el control de Italia.

— No lo harán. — Dije con convicción.

— Depende de ti y de tu matrimonio con Tatiane.

— Va a ser mucho más difícil de lo que fue para Marco.

— Ahí es donde te equivocas. Tu hermano ha hecho muchos sacrificios toda su vida en nombre de este matrimonio, pero los tuyos apenas comienzan ahora. Lo que me hace feliz es saber que puede funcionar, como el de tu hermano.

— Ni siquiera deberían de gustarte. — Bromeé, absorbiendo un poco el tono juguetón de Mateo.

— ¿Por qué no? Los amo. Esta casa era terriblemente solitaria antes de que ellas estuvieran aquí. Ahora tengo a alguien con quien compartir mi tiempo, alguien a quien cuidar y por quien preocuparme. Estoy deseando que nazca el hijo de Marco. Hijas y nietos son los mejores regalos que me pueden hacer.

— Sólo a ti te gustan esos regalos. — Me encogí de hombros, riendo.

Tomó un peine de la cómoda y me echó el pelo hacia atrás antes de marcharse.

— Ahora tienes que irte antes de que lleguen tarde. El gobernador es una figura muy importante.

— No más que yo.

Se rió.

— Envíale un abrazo a la Condesa de mi parte.

— No hay problema.

Pasé junto a mi madre y seguí por el pasillo hasta llegar a la puerta de la habitación de Tatiane. Llamé una vez y esperé a que abriera. Nada. Estaba a punto de volver a hacerlo, incluso pensaba en girar el picaporte, cuando por fin se dejó ver en la luz amarillenta del pasillo.

— Estaba terminando de aplicarme el maquillaje que me había prestado Laís.

— Ningún problema. — Mis ojos recorrieron su rostro impecable y luego el modesto y casto escote de su vestido.

Mientras ella se probaba ropa en la tienda, yo no podía dejar de pensar en la visión que había tenido de ella, la imagen que aparecía vestido tras vestido, que le hacía probarse entre distintas opciones hasta encontrar uno menos provocativo. De ninguna manera quería que otro hombre soñara con ella día y noche como yo.

— ¿No vas a ponerte el collar? — En medio de mi inspección me di cuenta de que su cuello estaba desnudo.

— No podía ponérmelo. Iba a pedirle a tu madre que me ayudara.

— ¿Me permites? — Le tendí la mano.

Me miró durante unos minutos hasta que decidió ir al dormitorio a sacar el collar de la caja de terciopelo y me lo entregó.

— Dame la espalda. — Le pasé el dedo por el brazo y el hombro, notando cómo se le erizaba el vello al subir la mano.

Su miedo era evidente en sus ojos antes de darse la vuelta.

Sujeté el collar con una mano y tiré de su pelo ondulado con la otra, rizándolo y poniéndolo sobre mi hombro. Acerqué mi nariz a su nuca e inhalé el suave aroma que emanaba de ella. Mi miembro me palpitaba dentro del pantalón y las ganas de levantar aquel vestido y tomarla eran casi incontrolables.

Era impensable que una mujer a la que había deseado durante tanto tiempo estuviera tan cerca de mí y a la vez tan lejos, porque apenas podía tocarla sin ver la repulsión en sus ojos. Bajé un poco la cara y estaba a punto de besarla en la nuca cuando Tatiane se estremeció ante la proximidad de mi aliento, que la hizo estremecerse. Entonces, antes de que pudiera huir, di un paso atrás, acomodando el collar alrededor de su cuello.

— Eso es. — Dije mientras abrochaba la cremallera.

— Gracias. — Tatiane estaba desconcertada, pero no era la única. De todas las mujeres disponibles en Italia, ¿por qué tenía que desearla tanto a ella?

— Vámonos o acabaremos llegando tarde.

Ella asintió.

Una vez más, intenté acercarme a ella, tendiéndole el brazo para que me agarrara. Sin embargo, Tatiane me miró unos instantes y retrocedió. Me di por vencido y avancé, esperando a que viniera conmigo.

Mis hombres me esperaban en una limusina frente a la casa y subí antes de que mi prometida pudiera acercarse a mí. Como el espacio era mucho mayor que el de los coches tradicionales, salté al asiento delantero y la dejé sola en el otro, pero no sé si fue la mejor

alternativa, ya que estábamos frente a frente.

— Necesito pedirte algo, algo crucial para los dos, y espero que lo cumplas.

— ¿Qué cosa?

— Durante esta fiesta es esencial que no digas que maté a tu hermano. No estaremos entre mafiosos. Son políticos y otras personalidades influyentes de Italia, que no tienen por qué conocer nuestras particularidades, y eso se refleja muy negativamente en todos nosotros.

— ¿Quieres que haga como si no hubiera pasado?

— Por esta noche, sí. Si no puedes hacer eso, será mejor que salgas de este coche ahora y vuelvas a la casa, voy a la fiesta por mi cuenta.

Me miró fijamente y tardó un rato en contestar. Estaba a punto de abrir la puerta y hacerla volver cuando me dijo:

— De acuerdo, puedo hacerlo.

— Recuerda que me lo aseguraste.

— Lo recordaré.

Di unos golpecitos con la mano en el lateral del coche y uno de los hombres subió a mi lado para viajar con nosotros, mientras otro seguía con el conductor. Algunos más iban en otro coche que nos escoltaba. Después de la muerte de mi padre y la invasión de Donatella en la mansión, no podíamos ser demasiado precavidos.

— ¿Debería decir algo a la gente? — Tatiane se arriesgó a preguntarme y me alegró su mínimo interés. — Es la primera vez que vengo a una fiesta así y no sé cómo debo comportarme.

— Sonríe, saluda y sé bonita. Eso es todo lo que espero de ti, así que deja que yo responda a las preguntas. Si insisten demasiado, te limitas a responder lo mínimo e indispensable. En eventos como este, no somos los jefes de la mafia, sino una familia adinerada como cualquier otra que posee un montón de negocios legítimos. Tenemos hoteles, restaurantes, viñedos y muchos otros negocios inconcebibles, que sirven de bonita fachada ante las autoridades.

— Si me preguntan cómo nos conocimos...

— En un viaje de negocios que hice a Palermo. Eres lista y podrás inventar una buena excusa y esquivar un interrogatorio más invasivo.

Ella asintió y yo me sentí agradecido por haber conseguido sacar lo mejor de nuestra relación, al menos por aquel momento. Si podíamos sobrevivir a aquella noche, quizá pudiéramos hacer lo mismo con nuestro matrimonio.

Llegamos a la enorme mansión del gobernador y Rómulo nos abrió la puerta para que bajáramos de la limusina. Me tomé la libertad de tomarla de la mano y tirar de Tatiane hacia mí mientras entrábamos en el lugar siguiendo el flujo de invitados. Todos iban muy bien vestidos, tan prolijos como siempre y era fácil pasar desapercibido.

Vi a muchas personalidades de la ciudad, desde empresarios a personajes públicos, pasando por muchos políticos.

— Theo. — Una mujer me llamó por mi nombre y me di la vuelta para ver de dónde venía la voz femenina. Tatiane siguió el movimiento de mi cuerpo y nos encontramos con Celina Matias, una actriz con la que había tenido una aventura poco después de conocerla. El sexo había sido fuerte e intenso, y confieso que era todo lo que más necesitaba en aquel momento.

— Hola. — Le sonreí.

— ¿Qué tal?

— Estupendo.

— ¿La que está contigo es...? No recuerdo haberla visto antes.

— Tatiane Mancini — se presenta.

— Mi prometida. — Añadí, aunque aquella información ponía fin a cualquier posibilidad de que yo tuviera un final feliz aquella noche.

— No sabía que te ibas a casar. — La sonrisa de Celina se desvaneció.

— No ando exhibiendo a mi prometida por allí. — Agarré la cintura de Tatiane, esperando que no se echara atrás, y la besé en la parte superior de la cabeza. Estaba utilizando lo

mejor de mi faceta de actor para mantener la situación.

— Ella es hermosa. Tenía que ser muy guapa para ganarse tu corazón. — Se agachó y se acercó a Tati. — Ni siquiera sabía que tuviera novia. Te deseo toda la suerte del mundo, cariño.

— Gracias. — Tatiane mantuvo su postura y yo estaba agradecido por eso.

— Tengo que irme. Que tengas una gran fiesta. — Celina se apartó para salir de nuestro camino lo más rápido que pudo.

— ¿Tienes algo con ella? — preguntó Tatiane, dándose cuenta de lo obvio.

— Tenía. Está en el pasado.

— ¿Lo sabe ella?

— ¿Que soy un mafioso?

Mi prometida movió la cabeza afirmativamente.

Sacudí la cabeza, utilizando la música y el bullicio de la gente como excusa, y acerqué mi boca a su oído.

— Eso excita a algunas mujeres.

Tatiane dio un paso a un lado, esquivándome. La atraje hacia mí, conduciéndola hacia lo que realmente importaba, la mesa del gobernador y sus colaboradores. Cuando me acerqué a ellos, estaban hablando de las obras que se realizarían en todo el Estado durante el año siguiente. No había mejor momento para acercarme a ellos.

— Su Excelencia.

— Sr. Bellucci. — Me miró fijamente. — Confieso que esperaba ver a su hermano.

— Tenía otros asuntos que atender, pero estoy seguro de que podrá arreglárselas con mi presencia.

— Sí. — Señaló las dos sillas vacías de la mesa. — ¿Quién es la encantadora dama?

— Mi prometida. Tatiane Mancini.

— Una siciliana. — Mostró una leve sorpresa que pronto desapareció de sus ojos azules.

— Los negocios por encima de todo. — Dije despreocupadamente, antes de acercar una silla a mi futura esposa para que se sentara.

— Eres muy bueno en lo que haces.

— Igual que tú.

— Sí.

— Imagino que las licitaciones para las obras empezarán pronto.

— Eso es exactamente de lo que estábamos hablando. Tenemos la revitalización de algunas carreteras que deben comenzar lo antes posible.

— Estoy seguro de que mis empresas estarán en la competencia.

— Por supuesto. No hay nadie mejor para hacer el trabajo, siempre que mis colegas y yo nos quedemos con el diez por ciento del contrato.

— Eso dependerá de cuánto podamos sobrevalorar los contratos y de la relación con los otros competidores. Si llegamos a un buen acuerdo, todos podemos salir ganando y tú puedes ganar millones.

— Envía la documentación. Asegúrate de que las empresas son lo bastante reputadas como para no levantar sospechas en la policía, y yo me encargaré del resto.

— Me gusta cuando los negocios se arreglan así, con una buena charla. — Tomé una copa de champán cuando se acercó un camarero.

— Así es la política, querido amigo.

Asentí y levanté la copa antes de beber un sorbo.

— ¿Quieres un poco, cariño? — Se lo ofrecí a Tatiane.

— No, gracias.

— Es tan delgada que apuesto a que la haces pasar hambre. — Bromeó el gobernador.

— Mi madre se asegura de que todos en casa estén bien alimentados.

— Como una buena madre italiana.

— Va a ser una gran abuela.

— ¿Están pensando ya en tener hijos?

— Cuando ocurra, serán bienvenidos. — Miré a Tatiane y ella no apartó la mirada. Por un momento pareció que no había un abismo enorme entre nosotros.

— Los niños son una bendición. — El gobernador miró a su mujer, que estaba sentada a la mesa con nosotros.

— Seguro que sí. Pronto nacerá mi sobrino para alegrar la casa.

— Le deseo toda la felicidad a Marco.

— Gracias, señor.

Pasábamos horas sentados en esa mesa. Hablábamos de trivialidades y de asuntos importantes. En las narices de todos estaban siempre las mejores oportunidades, porque nunca pensarían que éramos tan audaces.

Era tarde cuando me despedí. Le tendí la mano a Tatiane, casi automáticamente, pero mi sorpresa fue cuando la aceptó. La llevé de vuelta a la limusina que nos esperaba fuera y no le pregunté nada, pues imaginé que se estaba tomando en serio la sugerencia de comportarse y ser una buena novia durante el acto social.

— ¿Es eso lo que hace la mafia? — me preguntó mientras nos acomodábamos en el coche.

— ¿Venir a fiestas? Sólo a veces.

— Corrupción.

— Es sólo uno de los tantos canales. Donde hay dinero, allí estamos.

— ¿En todo?

— Lo que puedas imaginar.

— ¿La policía no hace nada?

— La mayoría están en nuestra nómina. Los que se creen muy honrados acaban cediendo

en algún momento, pero no es algo de lo que debas preocuparte. Hoy te has portado muy bien.

— Gracias.

Abrí el bar de la limusina y cogí una bebida más fuerte. Me tomé un buen trago de coñac mientras dejaba vagar mis pensamientos. La verdad es que me gustaban las fiestas así, aunque no tuvieran la misma acción que las fugas y los tiroteos. Era un hecho que en la mafia se trataba mucho más de política que de adrenalina. En mi posición, a menudo tenía que representar a mi hermano en eventos como aquel. Cuanto mayor era nuestra red de influencia sobre todos en el país, mejores eran nuestros resultados y beneficios.

Cuando llegamos a la mansión, el lugar estaba extrañamente silencioso, y eso me sorprendió. Imaginé que habrían salido o se habrían ido a dormir, pero la hora de mi reloj de pulsera indicaba que ya había amanecido y ni siquiera me había dado cuenta.

Caminé detrás de Tatiane y me detuve por reflejo cuando llegamos a la puerta de su dormitorio.

— Será mejor que te acostumbres a acontecimientos como éste.

— ¿Haremos muchos?

— Algunos.

— Creo que puedo soportarlo. — Se encogió de hombros y me acerqué.

Durante la velada, dejó a un lado nuestros problemas e interpretó muy bien el papel de la novia, lo que me impactó de una forma de la que no me había dado cuenta hasta ese momento.

Hermosa...

Allí, a la tenue luz del pasillo, alimentada únicamente por las farolas del exterior de la casa, Tatiane se parecía a la primera imagen que tenía de ella, aunque su vestido era mucho más modesto. Alargué la mano y toqué el collar que llevaba al cuello, recorriendo con los dedos las piedras hasta tocar directamente su piel.

— Te queda perfecto.

— El collar es precioso. Creo que le quedaría perfecto a cualquiera.

— Pero combina perfectamente con tu cuello. — Pasé mis dedos por la línea hasta su oreja.

Se estremeció ante mi contacto y sus labios se entreabrieron para dejar escapar un sutil sonido. No pude resistirme e hice lo que había querido hacer desde el primer momento en que la vi. Tiré de Tatiane por la nuca y acerqué su rostro al mío. Cuando nuestros labios se encontraron, la sujeté con más fuerza por la cintura y la apreté contra la puerta.

— Abre la boca. — Susurré, apretando la lengua contra la delicada apertura.

Tatiane puso las manos en mi pecho, presionándolo, pero acabó cediendo, dejando que mi lengua se sumergiera en su boca y se encontrara con la suya. Enredé los dedos en su suave cabello e intensifiqué aún más el beso. Con la otra mano, apreté el costado de su cuerpo, ansioso por sentir sus contornos, y empecé a subirle el vestido. Estaba hambriento de aquella mujer y cuanto más aspiraba su perfume, más me embriagaba. Era como una droga potente y muy adictiva.

Apreté mi erección contra ella para que pudiera sentir mi bulto. Dejé caer la mano de su espalda para apretarle el trasero. Sin embargo, antes de que pudiera hacer algo más, Tatiane me dio una palmada en los hombros y la solté. Me apartó tan pronto como pudo y se fue al dormitorio, cerrándome la puerta en las narices sin decir una palabra.

Resoplando y dando pisotones, me dirigí por el pasillo a mi habitación. Cerré la puerta con llave y fui directamente al cuarto de baño. Levanté la tapa del inodoro y me bajé los pantalones. Definitivamente no era la forma en que esperaba terminar la noche, pero no era la primera vez que lo hacía pensando en ella, y me temía que no sería la última.

Estaba caliente por una mujer que me odiaba y no quería casarse conmigo. Para colmo, era la hermana del cabrón que mató a mi padre. Nunca he estado muy cerca de Dios, a veces ni siquiera sabía si Él miraba a la gente como yo, pero esa noche supe con certeza que Él estaba tratando de hacerme pagar por mis pecados.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

TATIANE

Capítulo diecinueve

Con el corazón tan acelerado, temí que se me saliera por la boca, mientras me deslizaba por la puerta para sentarme en el suelo del dormitorio. Todo mi cuerpo pareció combustionar después de que Theo me sujetara y me besara.

No estaba preparada para que me perturbaran tanto, ni me daba cuenta de que el tacto incisivo de un hombre podía provocar todas esas reacciones en cadena hasta el punto de hacerme perder la noción de todo lo demás, incluso de mis pensamientos racionales.

Tenía la piel caliente, la respiración agitada y las piernas completamente desequilibradas. Ni siquiera había experimentado esa dosis de hormonas los días que había hecho mucho ejercicio.

Seguía sintiendo la palpitación entre mis piernas provocada por su roce con ellas y me frotaba una contra otra, intentando aliviarla, lo que no ayudaba en absoluto. Lo peor de todo es que quería más, quería que continuara para descubrir hasta dónde podían llevarme aquellas sensaciones y caricias.

No podía...

Quería demasiado a mi hermano. ¿Cómo podía involucrarme con la persona responsable de su muerte y seguir honrándolo?

Me quité el vestido y las joyas, cambiando mi ropa elegante por un viejo pijama, y me tumbé en la cama abrazada a una almohada, con la esperanza de que mi corazón siguiera en su sitio.

Me acordé de mi hermano, de todo lo que había hecho por mí, de que probablemente me habría muerto de hambre o habría tenido un destino mucho peor si él no me hubiera cuidado como lo hizo.

Lloré porque no podía hacer nada para vengarle, lloré porque echaba de menos nuestros momentos juntos, y lloré aún más porque había dejado que su asesino me besara y porque había pasado demasiado tiempo saboreando su sabor antes de simplemente apartarlo.

¿Qué sería de mí en aquella casa con todo mi dolor por mi hermano? No creía que fuera fácil superarlo.

Entre sollozos y gritos de culpabilidad, me dormí y sólo desperté cuando la luz de la mañana inundó la habitación a través de la ventana, cuya cortina había dejado abierta.

Mientras me lavaba los dientes y me miraba los ojos hundidos en el espejo, me pregunté si debía bajar a desayunar con ellos después de lo de la noche anterior. No sabía cómo reaccionaría Theo ante lo ocurrido y tenía miedo.

Salí del cuarto de baño y tomé el móvil de la mesilla de noche para llamar a mi cuñada. Sonó, sonó, pero no contestó. Unos minutos después, recibí un mensaje suyo diciendo que estaba ocupada y que me llamaría más tarde.

Me acerqué a la ventana y miré hacia el jardín. Vi a Theo abajo, hablando con un hombre, pero él no me vio. Mantuvieron un breve diálogo, que no pude oír debido a la distancia, y luego se unieron a otros, desapareciendo de mi campo de visión.

Imaginé que se habían marchado y me armé de valor para bajar las escaleras, mientras el estómago revuelto me recordaba el hambre que tenía.

Sólo encontré a Laís y Rosimeire comiendo tranquilamente. Esta última me sonrió alegremente al verme. ¿Sabía lo que había pasado la noche anterior?

— Hola, cariño. — Me indicó la silla donde esperaba que me sentara. — ¿Qué tal estás?

— Bien.

— ¿Disfrutaste de la fiesta anoche?

— Creo que puedo decir que fue informativa.

Rosimeire enarcó una ceja, confundida por mi afirmación.

— No sabía que su actuación llegara tan lejos.

— Dirigimos el mundo entero, niña. — Me sorprendió oír la voz del anciano.

Entró en el salón y se sentó con nosotros, sacó un plato y empezó a comer tranquilamente.

— ¿Sigues aquí? — Rosimeire tenía una expresión hosca, y era la primera vez que no la veía feliz y contenta con todo el mundo.

— Esta también es mi casa.

— No. Esta casa pertenece a mis hijos y tú no deberías estar aquí.

— Deja de hablar así, hace que parezca que no soy bienvenido.

— Y no lo eres.

— Rosimeire, sé que hemos tenido nuestros momentos, pero el pasado está en el pasado, ¿no?

Mi futura suegra se encogió de hombros y no dijo ni una palabra más. Terminamos de comer y sentí curiosidad por lo que había oído, pero no dije nada.

Después del desayuno, tuvimos otra reunión sobre los preparativos de la boda. No puedo decir que fuera desagradable, porque ¿a quién no le gusta probar pasteles? También probamos dulces y salados, que me hacían engordar con sólo mirarlos. La boda se estaba organizando en un puñado de días, pero no se estaban olvidando de ningún detalle.

Cuando la organizadora de bodas se marchó, Rosimeire me llevó a la biblioteca y pasamos un rato juntas en su parte favorita de la casa. Acabó por confiarme que la había construido su marido y que él siempre había alimentado ese capricho, permitiéndole viajar a muchos lugares sin salir de aquella habitación.

— Puedes venir aquí siempre que quieras, leer cualquier libro y distraerte cuando el día te parezca demasiado monótono.

— ¡¡¡Rosi!!! — Oímos gritar a Laís y nos miramos.

— ¿Qué ocurrió? — pregunté, pero ella ni siquiera se molestó en responderme antes de salir de la habitación y seguir la fuente del grito.

Le seguí y entramos en la habitación del hermano de Theo. Su mujer estaba apoyada en la pared y tenía el vestido mojado, como si se hubiera meado.

— Rompió bolsa. — La mujer mayor pareció sorprendida.

— El bebé no nacería hasta dentro de unas semanas. — Se acarició el enorme vientre, pero su expresión era de dolor.

— Vamos, túmbate en la cama. — Rosimeire la sujetó y la guió hasta el colchón, haciendo que se sentara sobre las almohadas. — ¿Dónde está tu móvil?, tenemos que llamar al médico.

— Allí. — Laís estiró la mano hacia la mesilla de noche.

Rosimeire tomó el teléfono y llamó a alguien mientras yo permanecía junto a la cama, sin saber qué podía hacer para ayudar.

— Tati, ve con las criadas y diles que te den sábanas limpias.

Asentí y, siguiendo la orden de Rosimeire, me apresuré a salir de la habitación y encontré a una mujer lavando uno de los baños en el primer piso de la casa.

— ¿Qué puedo hacer por usted, señorita? — Se secó las manos en el delantal y me miró.

— Necesito sábanas limpias.

— Los cambié todos esta mañana...

La interrumpió un grito procedente del piso de arriba.

— Creo que Laís está dando a luz y Rosi me pidió que las recogiera.

— Yo te las traigo. — Salió a toda prisa del cuarto de baño y se dirigió a la parte trasera de la casa. La seguí y la vi entrar en una habitación cercana al lavadero donde se guardaba la ropa de cama limpia. Me dio un montón de sábanas e hice equilibrio para no dejarlas caer.

— ¿Necesitas algo más?

— No lo sé. Creo que esperaremos a que llegue el médico. — La dejé allí y subí.

Laís iba de la mano de su suegra y respiraba con dificultad, jadeante y a intervalos más cortos. El sudor le corría por la cara y goteaba, como si estuviera en una sauna.

— ¿No es mejor llevarla al hospital?

— La doctora y su equipo ya están en camino. También he avisado a Marco, que no

debería tardar en llegar. El bebé no va a nacer pronto y es mejor que esté aquí que en la parte de atrás de un coche.

— ¿Tuviste aquí a tus hijos? — Sabía que no era el momento adecuado para preguntar, pero no pude contener mi curiosidad.

— Sí, en esta misma habitación, hace más de treinta años.

— ¿No te desesperaste?

— Hemos nacido para este momento, cariño. — Acarició la frente sudorosa de Laís. — Respira, todo irá bien para ti y para el bebé. — Le dijo a su nuera.

— Estoy respirando... — Su discurso fue interrumpido por un grito.

Pasó un tiempo angustioso hasta que vi a Marco entrar en la habitación acompañado de dos mujeres vestidas de blanco, que imaginé que estaban allí para asistir en el parto de Laís.

— Por favor, márchense. Sólo el papá se quedará en la habitación. — Dijo uno de ellos.

Marco tomó la mano de su mujer, que antes había estado entre los dedos de Rosimeire, y se sentó en la cama, acercándose lo más posible a ella. Mamá se acercó a mí y me sujetó por los hombros, guiándome fuera de la habitación.

Cerraron la puerta y nos quedamos fuera.

— ¿Va a ir todo bien con ella? — Mi preocupación era sincera.

— Sí, tranquila. — Rosi sonrió con convicción y yo deseé ser tan optimista como la matriarca de los Bellucci. — Esperaremos abajo, si nos necesitan, llamarán.

Dejé que me guiara y bajamos al salón, donde estaban Theo, su hermano y su tío, que me miraban con extrañeza cada vez que me acercaba, provocándome terribles escalofríos.

— ¿Así que es hoy cuando Marco gana a su querido heredero? — preguntó Mateo a su madre.

— Por favor, no molestes a tu hermano.

Mateo se rió y Theo se encogió de hombros.

— Pronto tendrán sus propios hijos y sabrán lo que se siente al tener una familia.

— O no, ¿verdad, tío? — Mateo buscó la aprobación del mayor.

— Nunca tuve mujer ni hijos y me las arreglé muy bien.

— No que tú sepas. — Intervino Theo. — Puede que no se casara, pero dudo que llevara una vida de celibato, ya que ni siquiera los curas pueden cumplir esa promesa.

— Serás el próximo en unirte a tu hermano. — Leonel dejó de mirar a su sobrino y sus ojos se dirigieron directamente a mí, provocándome otro escalofrío.

— Sí. — Murmuró Theo sin un ápice de emoción, y no me miró como lo había hecho su tío.

Oímos otros gritos y me acerqué a Rosimeire. Me abrazó por los hombros y me gustó su cariño. Al menos con ella parecía que encontraría una relación muy diferente a la que tenía con Edna.

Fuimos a la cocina y la criada nos sirvió limonada para calmar los nervios. Por mucho que Rosi siempre intentara sonreír, estaba claro que ella también estaba nerviosa.

Luego volvimos a esperar en el salón hasta que oímos un llanto. Sonreí al pensar que el bebé había nacido. Poco después de que cesaran los sonidos, Marco apareció en lo alto de la escalera con un montón de sábanas.

— Nació mi hijo. — Tenía la sonrisa más grande del mundo. Levantó al bebé con orgullo y nos dejó ver su cara brevemente.

— ¿De verdad es un niño? — se burló Mateo, que recibió una mirada severa de su madre.

— Sí. — Marco no se inmutó por la provocación. — Dante Bellucci.

— ¡Qué alegría! — suspiró Rosi antes de que su hijo volviera con el bebé a su habitación y a la compañía de la madre.

— Te toca hacer uno. — Mateo dio un codazo a Theo.

— Parece que sí — Se sacó el móvil del bolsillo y ni siquiera me miró.

Cuando me di cuenta de que todo iba bien, volví a mi habitación y me quedé allí. Cogí el móvil y vi que no había ni rastro de Ángela. Mi cuñada debía de estar ocupada ocupándose de sus propios asuntos.

Me tumbé en la cama y levanté la mano, viendo el precioso y pesado anillo de compromiso que había allí. No pasó mucho tiempo antes de que yo también me convirtiera en una Bellucci. Al igual que Laís, perpetuaría la sangre de aquella familia, y sólo de pensarlo me hacía sentir cucarachas en el estómago.

Estaba a punto de levantarme e ir a la biblioteca cuando vibró mi móvil y lo saqué para contestar. Sonreí al oír la voz de mi cuñada.

— Tati, ¿cómo estás?

— Bien.

— ¿Estás segura? ¿Te hicieron algo, te lastimaron?

— Estoy bien. Llevo todo el día en casa, pero no me han hecho nada, así que no tienes que preocuparte.

— No sabes cuánto me tranquiliza eso. — La oí suspirar. — Me preguntaba qué podrían hacerte.

— Yo también, pero no me han lastimado. No tienes que preocuparte por eso. Rosimeire sigue siendo muy amable conmigo.

— Al menos tendrás mejor suegra que yo. — Se echó a reír.

— Sí, supongo que sí. ¿Cómo estás tú y los chicos? — Cambié de tema, porque no me sentía preparado para contarle lo que había pasado la noche anterior y, sobre todo, las sensaciones que me había provocado el beso.

— Estamos bien.

— ¿Estás logrando manejar todo como lo preveías?

— Los hombres ya confiaban en mí y, con el apoyo de los Bellucci, me respetan.

— Me alegro.

— Lo que hiciste por nosotros fue muy importante, Tatiane. No lo olvidaré.

— Sí... — murmuré para mis adentros.

— Estarás bien, ¿verdad?

— Me voy. — No tenía sentido lamentarme por mi situación, no tenía elección y tendría que enfrentarme a mi destino. — Gracias por llamar, Ángela.

— Nos veremos pronto.

— Sí, la boda se acerca.

— Vas a ser una novia preciosa.

— Gracias.

— Necesito cortar ahora. Hablaremos más tarde.

— Envía a los chicos un beso de mi parte.

— Está bien. Adiós, Tatiane. — Desconectó la llamada y me quedé con el teléfono en silencio entre las manos.

Me acerqué a la ventana del dormitorio y me quedé mirando el jardín, hasta que mis ojos volvieron a posarse en mi anillo de compromiso.

Tatiane Bellucci...

Ese futuro era inevitable.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

THEO

Capítulo veinte

Aparqué el coche delante del viejo cine. Estaba allí para cobrar una deuda o matar a quien se atreviera a faltarme al respeto, aunque la primera opción era la mejor para el negocio. La segunda, sin embargo, parecía mejor en vista de la noche de mierda que había pasado.

Desde que nací, nunca me dijeron que tenía que hacer todo por la mafia, incluidas las cosas que cruzaban la línea de la moral y la ética. Sin embargo, casarme con la hermana del asesino de mi padre iba más allá de todo eso.

Lorenzo Bellucci había sido un jefe poderoso, pero sobre todo mi padre. Aunque yo era el segundo hijo y no esperaba que asumiera las mismas responsabilidades que Marco, no me descuidó. Me regaló mi primera pistola, me enseñó a disparar y estuvo a mi lado cuando me ensucié las manos por primera vez. Quería a mi padre y no podría descansar hasta vengar su muerte.

Pensé que me libraría del peso y de los fantasmas una vez que el culpable estuviera bajo tierra, pero quedaba el embrujo en forma de mujer con el que tenía que quedarme atrapado el resto de mi vida.

Abrí la puerta y bajé las escaleras, siguiendo a Rómulo y a todos mis hombres por la misma entrada lateral del día anterior.

Miré al chico Esposito, que estaba sentado detrás del escritorio, e hizo una mueca de dolor.

Me arreglé la ropa y toqué la pistola en su funda antes de decir nada.

— Espero por tu bien que tengas el resto del dinero o empezaré por matarte hoy mismo. Luego al resto de tus hombres, para darle a Monte Sacro un nuevo jefe. En cualquier caso, estoy seguro de que tu padre se está revolviendo en su tumba de decepción.

— Casi tenemos todo... Sólo... Sólo necesitamos un poco más de tiempo.

— ¿Qué crees que somos? Esto no es una broma, muchacho.

— Por favor, espere hasta.... — Su discurso fue interrumpido por el sonido hueco del disparo y su cabeza cayó hacia delante, goteando sangre por donde había pasado la bala.

Sus hombres intentaron levantar sus armas para dispararnos, pero antes de que pudieran, Rómulo y los demás los abatieron a casi todos, a excepción de uno, que en cuanto se dio cuenta de que no le quedaba más remedio que morir, se retiró por la otra puerta de la habitación y salió corriendo.

Rómulo dio un paso adelante, con la intención de ir tras el fugitivo, pero le tendí la mano y le hice un gesto para que se quedara quieto.

— ¿Va a dejar que se escape, señor?

— No. Iré yo tras él. — Me crují el cuello antes de atravesar la misma puerta y encontrar un pasillo que llevaba a la parte trasera del edificio.

Continué hasta una salida que daba a la calle de atrás, en la que había unos cuantos contenedores de basura. A lo lejos, vi al tipo corriendo y le seguí. Aceleré el paso y usé todo mi aliento para alcanzar la mayor velocidad posible.

Dobló una esquina y lo perseguí. Necesitaba un subidón de adrenalina y no me importaría jugar al gato y al ratón por un momento. El tipo sacó su pistola y empezó a dispararme. Me escondí detrás de postes, árboles y coches para evitar que las balas me alcanzaran. Estaba aterrorizado y su puntería era terrible, lo que facilitó mucho la persecución.

Nos detuvimos en una calle sin salida y corrió hasta la puerta de una casa, empezó a trepar por ella, pero se asustó cuando salió un perro y ladró. Acabó soltando la puerta y cayendo a la calle. Antes de que pudiera levantarse e ir más lejos, le sorprendió mi pistola apuntándole a la cabeza.

— Tu huida fue ridícula.

— Por favor, no me mates. — Suplicó con los ojos llenos de lágrimas, el pavor de cualquier civil. Hombres así desde luego no estaban preparados para lidiar con el peso de los negocios de la mafia.

— ¿No ves lo patético que es suplicar?

— Por favor...

Me acerqué y se quedó en silencio. Le miré a los ojos antes de apretar el gatillo y el alma abandonó su cuerpo, casi al mismo tiempo que su sangre empapaba el suelo.

Me agaché y lo tomé por el cuello. Lo arrastré todo el camino de vuelta y lo arrojé al suelo de la sala donde estaban mis hombres y los cadáveres de los que gobernaban Monte Sacro.

— Encuentra lo que queda de nuestro dinero, aunque sea en polvo, y luego préndele fuego a todo. — Ordené a Rómulo y a mis otros hombres.

Me miré la mano ensangrentada. Me la limpié en la camisa. Atrás, observé cómo los soldados lo registraban todo. Mis hombres encontraron dinero escondido, lo que me llevó a creer que Esposito realmente intentaba engañarnos. Muchacho tonto.

Volví al coche unos minutos antes de ver el incendio a través de la ventana. Las llamas habían consumido el edificio y todo el cine se había convertido rápidamente en una gigantesca hoguera.

— ¿Adónde vamos ahora, señor? — Rómulo apareció por la ventanilla del coche y me volví hacia él.

— De vuelta a casa.

Asintió e hizo una señal a los demás hombres, que volvieron a sus asientos en los vehículos.

Unas manzanas más tarde, aún podía ver el fuego. Pronto llegarían la policía y los bomberos, pero sería demasiado tarde para recuperar algo. La única información que tendrían sería un rastro de sangre del lugar donde había matado al fugitivo y un enorme montón de cenizas.

Poco después llegamos a mi casa. Salí del garaje y fui directamente a buscar a mi hermano. Tenía que informarle de que los Esposito ya no estaban a cargo del distrito de Roma y que tendríamos que nombrar a una nueva familia. No era la primera vez que ocurría algo así, ni sería la última. Todo el tiempo teníamos que demostrar que no era prudente desafiarnos o provocarnos, y finales como éste, mantenían en vilo a las demás familias. Si actuábamos con

amabilidad o paciencia, sentaríamos el precedente de que nos desafiarían todo el tiempo, y eso no era lo que queríamos.

En cuanto entré en la sala, seguido por Rómulo y otros dos hombres, vi a Tatiane y a mi madre hablando con la mujer que se encargaba de la ceremonia de nuestra boda. Vi que sus ojos me escudriñaban, notando la sangre en mi ropa, pero no me preguntó nada, y tampoco creí que debiera explicarle.

Aparté la mirada y me dirigí a las escaleras. Podía lidiar con traidores, asesinos y tramposos que creían que podían ganar más que el resto de nosotros, pero aquella mujer parecía estar sobrepasando mis límites.

Llamé a la puerta del despacho de Marco y Laís tardó unos minutos en abrir. La miré y vi una sonrisa radiante en un rostro sonrojado. Tenía muy buen aspecto para alguien que acababa de dar a luz. Imaginé que estaban teniendo sexo en pleno día, pero descarté rápidamente esa posibilidad cuando vi a mi hermano de pie junto a la ventana con el bebé en brazos.

— Es precioso, ¿verdad, hermano? — Lo giró hacia mí.

— Tiene la misma cara que los demás bebés.

Marco se rió y yo me quedé serio.

Dejó de sonreír al heredero cuando me miró más de cerca y vio que estaba acompañado.

— Laís, llévalo a su habitación. Necesito ocuparme de los negocios ahora.

Mi cuñada cogió al bebé en brazos y pasó junto a mí, por el pasillo, hasta desaparecer de mi vista en una de las puertas.

— Imagino que la situación con los Esposito se les fue de las manos. — Señaló la mancha de sangre de mi camisa y luego la silla que tenía delante.

— El mocoso pensó que podía robarnos, como si fuéramos estúpidos.

— Era un niño que aún tenía mucho que aprender sobre el funcionamiento de los negocios.

— Aprenderá en el infierno. — Me encogí de hombros.

Marco se rió secamente, antes de hacer un gesto a Rómulo y a mis otros hombres para que salieran del despacho y nos dejaran a solas.

— Te ha gustado derramar sangre estos días. — Dijo en cuanto se cerró la puerta, dejándonos a los dos solos dentro.

— Creo que tú te volviste débil después de casarte.

— Pronto te unirás a mí.

— Es muy improbable.

— ¿Tienen problemas?

— Es la hermana de Tiago Mancini. El hijo de puta que mató a nuestro padre. ¿Qué mayor problema que ese?

— Todos tenemos que hacer sacrificios por nuestros negocios, especialmente nuestras familias. Sabes que sin mi matrimonio con Laís sería mucho más difícil llevar el producto al otro lado del Atlántico.

— No lo discuto.

— ¿Cuál es el problema, hermano?

— Es difícil dejar de lado cualquier animosidad con ella echándome en cara todo el tiempo que maté a su hermano. Como si ese bastardo fuera un santo. Francamente...

— Confío en tu capacidad para arreglar la situación.

— Dame misiones. Ordéname matar a los sicilianos o incluso a los rusos, pero...

— Es sólo una mujer, puedes domarla.

Moví la cabeza negativamente, pero Marco tenía razón, tal vez sí que podía domar a Tatiane y simplemente no quería, porque cada vez que me lanzaba esa acusación a la cara, pisándome los talones, me enfurecía más.

— Pondremos a los Gallos en el puesto vacante.

— Es una alternativa. Siempre han querido ese territorio y dárselo podría ser una muestra

de nuestra generosidad, ya que son leales a nosotros y queremos que esa relación se mantenga y perdure.

— Estupendo.

— Pero deja que Mateo vaya y hable con ellos. Pasado mañana te casas y tienes que prepararte.

— Voy a decir una sarta de estupideces delante de un cura. Puedo manejar la situación.

— Sabes que hablo de otras cosas, así que no hagas como que no entiendes.

— Déjame trabajar, hermano. Todo lo que necesito ahora es mantener mi mente ocupada.

— De acuerdo. Depende de ti. Ve a reunirte con los Gallos y hazles garantizar que la mercancía circulará por las calles de Monte Sacro y que seguirán pagándonos como es debido.

Moví la cabeza afirmativamente antes de levantarme y salir del despacho. Me dirigí a mi habitación para cambiarme antes de salir con mis hombres. Quería concentrarme en los problemas que era capaz de resolver. Los demás, los dejaría para más tarde.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

TATIANE

Capítulo veintiuno

— Solo un poco más de iluminador. — Me dijo la maquilladora mientras me espolvoreaba la cara con polvos. — Perfecto.

— ¿Vas a ser o no la novia más guapa de Italia? — Me sorprendió la voz de Ángela cuando la vi entrar en la habitación acompañada por uno de los hombres de Theo.

— No pensé que vendrías hasta aquí. — Sonreí feliz y me levanté para abrazarla.

— ¡Cuidado, por favor! — La maquilladora levantó la mano, temerosa de que arruinara su obra de arte.

— Les pregunté amablemente y Marco me dejó entrar, pero tendré a este hombre vigilándome mientras mis hombres están fuera de la mansión.

— Es peligroso.

— Verte antes de la boda merece la pena. — Me sonrió de una manera afectuosa que me tranquilizó un poco. — ¿Cómo te encuentras?

— Aterrorizada. — Confesé, dejando caer los hombros.

— No te juzgues. El día de mi boda, yo también estaba aterrorizada y tardé unos días en olvidarme de todo ese miedo.

— Pensé que estarías muy emocionada, después de todo, tú y Tiago se eligieron el uno al otro, no fue una boda como la que yo espero.

— Tiago me eligió a mí, y ¿qué joven mujer no querría ser la esposa del apuesto hombre que dirigía Palermo? Pero no es como si hubiéramos salido y vivido juntos durante años antes de la ceremonia. Siempre es una sorpresa, y teníamos que aprender a adaptarnos cada día.

— Espero conseguirlo.

— Lo harás. Estoy seguro de que lo harás. — Tomó mis manos entre las suyas y apretó con firmeza. — Tienes la sangre de tu hermano, pero sin el lado malo de Edna que se interponga.

Nos reímos juntas.

— Eres una novia preciosa.

— Gracias, Ángela.

— Es hora de ir a la iglesia. — Mateo Bellucci apareció en la puerta de mi habitación con un traje impecable y el pelo pulcramente peinado. — Mis hombres y yo te llevaremos.

— Buena suerte. — Ángela volvió a abrazarme antes de hacerme un gesto para que siguiera al hermano de mi futuro marido.

Los días transcurridos hasta ese momento pasaron con una rapidez pasmosa y, al mismo tiempo, me pareció que había vivido toda una vida en aquella mansión. Con un pesado vestido de novia digno de una princesa, di pasos lentos por el pasillo, miré las puertas cerradas de los dormitorios y bajé las escaleras. Se suponía que iba a ser el día más feliz de mi vida, pero no podía dejar de sentir miedo. *¿Qué sería de mí después de aquel día?* En la mafia no existía el divorcio, y sólo se podía dejar un matrimonio si alguno moría, pero no sabía si necesitaba ese extremo, por mucho que temiera averiguarlo pronto.

Mateo me acompañó a una limusina y se sentó en la parte de atrás conmigo, junto con otros dos hombres de seguridad. No entendí para qué estaban allí, pero supuse que para evitar que hiciera algo impulsivo, como huir.

No dije una palabra en todo el camino. Ni ellos tampoco. Era como si todos allí tuvieran una misión que cumplir y nadie pudiera perder la concentración.

La Basílica de San Clemente iba a ser el lugar de la ceremonia. Una de las iglesias más antiguas y tradicionales de Roma, había acogido otras bodas mafiosas, como la del capo y ahora la de su hermano.

Mateo me ayudó a salir de la limusina y la mujer encargada de la organización se acercó a mí, me alisó el velo sobre la cara y me entregó un precioso ramo de rosas blancas y lavanda. El aroma era dulce y relajante en aquel momento.

Desde fuera oía el ruido de la gente que charlaba dentro, pero el murmullo cesó cuando se abrieron las puertas dobles y comenzó la marcha nupcial. Di el primer paso sobre la alfombra

roja y levanté la cabeza, viendo al hombre que me esperaba en el altar frente al sacerdote y una gran cruz.

Había imaginado mi matrimonio varias veces, como cualquier otra mujer a lo largo de su vida. Sin embargo, todas mis suposiciones eran muy distintas a partir de ese momento. Imaginaba que ese día entraría en la iglesia del brazo de mi hermano y él me entregaría a cualquier hombre que no fuera su asesino.

Mis pasos eran lentos, pero a medida que miraba a la gente, encontraba muchas caras completamente desconocidas y otras familiares, como Ángela, los niños y Edna, mi corazón se aceleraba cada vez más. Temía desmayarme en cualquier momento, pero no tuve tanta suerte y, en un momento inevitable, me detuve frente a Theo.

Me cogió la mano y me besó el dorso. Su contacto me provocó un escalofrío que comenzó en el lugar donde sus labios tocaban y se extendió por todo mi cuerpo. Apoyé los pies en el suelo para no retorcerme. Luego se apartó y ambos giramos hacia el sacerdote encargado de la ceremonia.

— Nos hemos reunido hoy aquí para celebrar el matrimonio de Theo y Tatiane y su compromiso con esta iglesia y especialmente con Dios... — El celebrante comenzó la ceremonia y mi mente viajó mientras pronunciaba muchas palabras y hablaba de la unión del hombre y la mujer, así como de los compromisos de marido y mujer.

Lo oí todo, pero no presté atención hasta que entró una niña llevando un cojín con un par de alianzas. Theo las tomó y se las entregó al cura. Los bendijo antes de indicarnos qué hacer a continuación.

Theo me agarró la mano, me quitó el guante y me miró profundamente. El peso de sus ojos verdes era intenso, como un enorme agujero negro que lo atrajera todo hacia sí.

— Yo, Theo, te tomo a ti, Tatiane, como legítima esposa y prometo amarte y respetarte en la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de mi vida, hasta que la muerte nos separe. — Deslizó el anillo en mi dedo.

Me quedé completamente paralizada, observando lo que ocurría hasta que el cura me llamó la atención, esperando que yo hiciera lo mismo.

Sujetando el anillo que me quedaba, le cogí la mano. Sus dedos estaban calientes y su piel extremadamente suave para alguien que debería haber apretado el gatillo miles de veces.

— Yo, Tatiane, te acepto a ti, Theo, como legítimo esposo y prometo amarte y respetarte en la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de mi vida, hasta que la muerte nos separe. — Se suponía que eran palabras de amor, pero todo lo que podía sentir era que estaban sellando mi futuro para siempre.

— Puedes besar a la novia. — Dijo el sacerdote, tras otro breve discurso.

Theo dio un paso más hacia mí y yo no di otro, aunque fue mi primer instinto. Levantó el velo, revelando mi rostro, y acercó su cara a la mía. Mi corazón, frenético, latía con fuerza en mi pecho y casi se me sale por la boca. Primero sentí su aliento, luego el peso de sus labios sobre los míos. Estaban fríos y una vez más me afectaron. Imaginé que su lengua iba a entrar en mi boca, pero antes de que el beso fuera más profundo, Theo se separó de mí y todos aplaudieron, celebrando nuestra unión.

— Toma mi mano. — A pesar de la suavidad de su voz, me di cuenta de que la orden era clara cuando me tendió la mano.

Con la mano temblorosa, la puse sobre la suya y Theo entrelazó sus dedos con los míos. Tiró de mí por la alfombra roja y caminamos juntos hasta la salida de la iglesia, donde nos recibió una lluvia de arroz.

Subimos a la limusina y Theo se golpeó la chaqueta con la mano, irritado por el arroz acumulado. En ese momento le miré bien. Su belleza era innegable, aunque me daba escalofríos.

Durante el viaje, sentado a mi lado, no dijo ni una palabra y sus ojos verdes estaban distantes. Daba la impresión de que yo no era la única que pensaba mucho en lo que había pasado.

Pronto llegamos *al Palazzo Poli,* el hermoso palacio cuya fachada albergaba una de las fuentes más bellas y conocidas de Roma, *la Fontana di Trevi.* Había visto fotos de ella cuando Laís me había enseñado su álbum de boda. La mujer del jefe había presumido y suspirado de que el banquete de su boda se había celebrado allí. Efectivamente, era un lugar maravilloso y romántico.

Theo volvió a cogerme de la mano y me condujo a la sala donde iba a tener lugar la recepción, que tenía una hermosa vista de la fuente. Algunas personas ya estaban allí, esperándonos. La primera en saludarnos fue su madre. Abrazó a su hijo, me abrazó a mí y me tomó de la mano.

— Espero de todo corazón que puedan ser felices.

— Gracias, mamá. — Respondió sin demora.

Después de ella llegaron Marco y su mujer, Mateo, Ángela con mis sobrinos y, por último, Leonel Bellucci, su tío. Saludó a su sobrino y luego me abrazó, dándome un beso en la mejilla. Intenté mantener la sonrisa forzada, aunque me hacía sentir un poco incómoda. Esperaba que pronto me soltara, pero en lugar de eso acercó su boca a mi oído.

— Estás impresionante con ese vestido de novia. Imagino que lo estarías aún más sin él. Theo es un hombre afortunado de tenerte esta noche, pero después de la primera noche, todo es más fácil.

No supe qué decir ni cómo reaccionar ante aquella frase, que me desestabilizó por completo. Intenté negar que se refería a lo que debería haber sido, pero era difícil. Casi imposible.

Afortunadamente, se alejó y siguió la corriente. Mucha gente se acercó a felicitarme. No sabía quiénes eran ni conocía sus caras, pero supuse que todos formaban parte de la familia mafiosa y, en cierto modo, estaban allí por la Bellucci.

Bellucci... repetí en mi mente al recordar que ese sería mi apellido a partir de ese momento.

Después de saludar a todos los invitados, nos dirigieron a una mesa aparte. Nos sirvieron unos aperitivos para comer y lo agradecí, ya que no había comido nada desde que había empezado a prepararme.

— Llegó la hora del brindis. — El encargado de la ceremonia me entrega una copa a mí y otra a Theo.

Ambos nos pusimos de pie y, siguiendo instrucciones, cruzamos los brazos y sorbimos

nuestras bebidas mientras un fotógrafo tomaba montones de poses. Pronto tendría un álbum de boda tan bonito como el que Laís exhibía a los cuatro vientos.

Nos llevaron a hacernos fotos delante de la vista de la fuente, luego bailamos juntos y, aunque no intercambiamos muchas palabras, no puedo decir que hiciera nada que me molestara. Theo parecía una pluma al viento, dejándose llevar por lo que se esperaba de él. A mí me pasaba exactamente lo mismo. Sonreí y participé en toda la actuación en uno de los escenarios más bellos del mundo.

Luego la fiesta siguió, se cortó la tarta y se hicieron miles de fotos más. El corazón se me oprimió y la angustia se apoderó de él, con el miedo a lo que pasaría cuando nos fuéramos de la fiesta.

— Estás preciosa, tía. — Luca me saludó para llamar mi atención.

— Muchas gracias. — Sonreí a mi sobrino.

— Estoy segura de que mamá era una novia tan hermosa como tú.

— No tengo ninguna duda al respecto.

— ¿Quieres bailar conmigo?

— Por supuesto. — Tomé su mano y nos movimos al ritmo de la música hasta que terminó.

Me abrazó por la cintura antes de acercarse a su hermano. En aquel momento, parecía un chico como cualquier otro, no un niño que llevaba el peso de su familia a cuestas.

— Tenemos que irnos ya. — Theo se acercó a mí y me dijo en voz baja.

— ¿Irnos? — Tragué saliva.

— Sí. — Me agarró de la muñeca y tiró de mí hacia la puerta.

Oí a la gente aplaudir y desearnos una gran noche mientras nos alejábamos hasta perdernos de vista, en dirección a la limusina que nos esperaba.

Fue otro viaje silencioso de vuelta a la mansión Bellucci. De vez en cuando miraba por la ventanilla del coche y veía las calles ya cubiertas por la oscuridad de la noche, pero no tenía

valor para decir una sola palabra. Temblaba cada vez más al darme cuenta de que mi destino estaba cerca.

En cuanto el vehículo entró en el garaje de la casa, contuve la respiración con la esperanza de que fuera suficiente para evitar algo, pero era obvio que no.

Uno de los hombres abrió la puerta y Theo bajó primero, ofreciéndome su mano, que acepté sin vacilar. En cuanto entramos en la casa, una mujer se me acercó y me dirigió a mi habitación, mientras Theo se quedaba en el salón.

La sirvienta me ayudó a quitarme el vestido de novia y me quedé sólo en medias tres cuartos y un conjunto de bragas blancas y sujetador. Me dio una bata para esconderme.

— ¿Qué pasará ahora? — pregunté, temerosa de su respuesta pero demasiado curiosa para permanecer completamente callada.

— Vamos a la habitación del señor. — Me puso la mano en el centro de la espalda y me condujo por el pasillo hasta la puerta de la habitación de Theo.

Le vi sentado en la cama, mirándose las manos, incluso antes de que yo entrara. Cuando la criada me empujó dentro y cerró la puerta tras de mí, mi marido levantó la cabeza y me miró fijamente. Sus ojos se detuvieron en algunas partes y tuve la sensación de que me estaba desnudando mentalmente.

Se levantó de la cama y se acercó a mí. Su mano tocó mi cara y recorrió la línea que va desde mi mejilla hasta mi barbilla. Mis piernas flaquearon en el preciso instante en que sus ojos verdes se posaron en los míos.

— ¿Qué pasa ahora? — Abrí la boca después de esforzarme mucho por emitir un sonido audible. — ¿Vas a violarme?

En cuanto las palabras salieron de mi boca, Theo me soltó y dio un paso atrás, como si le hubieran dado una patada.

— Nunca he tenido que forzar a ninguna mujer y no voy a empezar contigo. — Me dio la espalda, se dirigió al vestuario y regresó unos minutos después con una sudadera en las manos, antes de entrar en el cuarto de baño.

Permanecí de pie en el mismo sitio durante todo ese tiempo hasta que él salió, dejó caer su traje sobre el diván y se tumbó a un lado de la cama con las manos cruzadas sobre el pecho. No dijo ni una palabra, se limitó a mirar al techo. No puedo decir si durmió, pero si lo hizo, fue sin cerrar los ojos.

Me quedé un rato largo en el mismo sitio, porque tampoco me dijo que podía tumbarme en la cama, pero acabé acomodándome a su lado cuando me empezaron a doler las piernas. Me quedé dormida y él no me tocó. Pasamos la noche cada uno en el extremo de la cama y a la mañana siguiente no me despertó.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

THEO

Capítulo veintidós

Estuve despierto toda la noche, porque sus palabras eran como una sutil tortura en mi mente.

¿Vas a violarme?

Yo era un monstruo en muchos sentidos, pero seguía las reglas y me consideraba un hombre de honor. Puede que la odiara hasta cierto punto por lo que su hermano le había hecho a mi padre, pero respetaba a las mujeres y a los niños.

No iba a forzarla, aunque estaba en mi derecho de tomarla, pero ya estaba al límite con esta situación. Si ella ya pensaba que yo era un demonio, no iba a empeorar la situación quitándole la virginidad a la fuerza. No había una erección que valiera mi cordura.

Salí de la cama en cuanto el sol tocó la cortina de la ventana. Ella se movió, abrió los ojos y me vio, pero no dijo nada. Fui a un cajón donde guardaba mis armas y saqué una pequeña navaja, que me había regalado mi padre cuando aún era un niño y no tenía edad para empuñar un arma. Giré la hoja y la levanté.

Los ojos de Tatiane se abrieron de par en par cuando me acerqué a la cama con el arma en la mano. Se incorporó y se apartó del cabecero. Su temor era aún mayor que el que había mostrado la noche anterior.

Levanté la mano izquierda y ella soltó un leve gemido de miedo, que fue sustituido por una mirada de confusión cuando me vio cortarme la mano. Unas gotas de mi sangre cayeron sobre la sábana, así que cerré la hoja y la volví a guardar en el cajón. Me cambié de ropa, cogí una pistola y algunas balas y salí de la habitación.

Era temprano, toda mi familia dormía y fui directamente al lugar donde entrenábamos tiro. Me encerré en esa habitación y saqué mi pistola, disparando unas cuantas veces al blanco situado a unos metros.

"Mantén el arma recta, muchacho. Te matarán antes de que puedas dispararla", oí resonar en mi cabeza la voz de mi padre, que parecía venir del más allá, pero sólo era producto de mi imaginación.

— ¿Dónde diablos me he metido, papá? — Pregunté al aire y no recibí respuesta a cambio.

Rugí mientras caía de rodillas. Estaba enfadado y frustrado.

Respiré hondo, apreté los dientes y cerré los ojos durante unos minutos. Recordé la cara de Tiago Mancini cuando le disparé. Parecía burlarse de mí justo antes de que le dispararan, como si supiera que su muerte podría traerme más tormento que cuando estaba vivo.

Volví a ponerme en pie y descargué las balas en las dianas esparcidas por el pequeño cobertizo, y disparo tras disparo intenté deshacerme de mi frustración, lo que parecía imposible.

Volví a cargar mi arma con la munición que tenía allí guardada. Disparé un rato más antes de volver al interior de la casa, esperando que Marco ya se hubiera despertado.

Miré al techo y sonreí nerviosamente.

— Maldito sádico, gracias por el destino de mierda. — Gruñí, antes de dirigirme al despacho de mi hermano mayor.

Abrí la puerta sin llamar y me lo encontré charlando con Mateo.

— Han aumentado la vigilancia policial en las calles de Roma, debe tener algo que ver con las festividades vaticanas que se avecinan.

— ¿De quién tengo que deshacerme? — Me agarré a la puerta y mis palabras atrajeron la atención de ambos en mi dirección.

— ¿Theo? — Marco levantó sus dos cejas negras. — ¿Ya te has levantado?

— Sí.

— Pensé que pasarías el día en el dormitorio con tu mujer. Acaban de casarse. — Esbozó una sonrisa maliciosa, que solo hizo que me enfadara más.

— Vamos, dime a quién hay que castigar, puede ser a un policía, a un político, a un gitano, a cualquiera, incluso a un puto cura. Estoy listo para ir al infierno.

— Mierda de noche has pasado para estar de este humor. — Mateo se rió mientras me acariciaba el brazo, pero retrocedió ante mi gruñido.

— Theo, puedes pasar el día con Tatiane. Mateo y yo nos ocuparemos de todo por aquí. Todo el mundo se merece unas vacaciones, incluido tú. — Dijo Marco con serenidad.

— No quiero vacaciones.

— ¿Va todo bien, hermano? — Por fin pareció darse cuenta de que yo estaba fuera de control.

— Mejor imposible. — Esbocé una sonrisa sombría. Puede que no fuera un gran mentiroso, pero sabía hacerlo cuando era necesario.

Puede que estuviera muy frustrado con mi relación con Tatiane, pero era demasiado orgulloso para admitir ante mis hermanos que mi mujer aún era virgen.

— Vamos, Marco, no es posible que no tengas una misión para mí.

— Tengo una.

— Estupendo.

— Los gitanos fueron ayer al norte de Roma y causaron un gran revuelo al entrar armados en una discoteca. Uno de los nuestros, que lleva el negocio allí, estuvo a punto de morir. Quiero que localices a los responsables y envíes un mensaje a los demás.

— Yo me encargo.

— Ten cuidado, hermano.

— Tendré cuidado. Gracias.

Salí del despacho y fui tras mis hombres. Ellos también pusieron cara de sorpresa cuando los llamé, pero no me interrogaron.

Fuimos al norte de la ciudad y visitamos la discoteca donde ocurrió. Hice algunas preguntas y pronto el personal señaló el campamento gitano que podría haber causado el problema.

En cuanto los coches se detuvieron y mis hombres bajaron, los niños que jugaban delante de las tiendas salieron corriendo y algunos hombres se acercaron a nosotros.

— ¿Qué hace usted aquí? — Un hombre alto con ropas muy coloridas se cruzó de brazos, mirándome con expresión seria.

— Me enteré de que ayer causaron problemas. — La mirada que le dirigí fue aún más firme.

— No queremos problemas con los Bellucci.

— Entonces no debes molestarnos. Lo sabes muy bien.

— El jefe del norte de Roma debe de ser un auténtico cobarde para enviar a uno de los grandes todopoderosos a resolver su problema de él...

Saqué mi pistola y le disparé en el pie, causándole suficiente dolor para que se callara.

— Eres una peste irritante que empieza a molestarme. ¿Cuándo te darás cuenta de que no hay sitio para ti en Roma ni en toda Italia?

— Llevamos aquí desde hace mucho tiempo.

— Sabes que eso no significa nada si continúan siendo débiles. — gruñí. — Quiero que me entregues al responsable de lo de ayer.

— No vamos a entregarles a nadie. — Empezó a decir uno de los hombres que estaban junto al que parecía el líder.

Le disparé y vibré con el sonido de la bala destrozando un cráneo humano. Podría haber sido más político y lo intenté, pero esta vez fui muy al estilo americano, dispara primero y pregunta después.

— ¿Realmente necesitamos empezar esta discusión? No me encuentran en un buen día y estoy dispuesto a matar a todos los presentes hasta encontrar al responsable. ¿Quién va a hablar?

Oí gritos y un hombre fue arrastrado hacia mí. Lo arrojaron a mis pies y su expresión era de pura súplica. Los hombres que le sujetaban no se atrevían a mirarme a los ojos y se limitaban a mirar al suelo.

— Misericordia...

— El Vaticano predica la misericordia, no yo. — Me crucé de brazos y mantuve una

expresión firme. — ¿Qué hacías en el club nocturno?

— Sólo estaba vendiendo parte de mi mercancía. No había razón para que Amadeo Romano te advirtiera.

— Estoy seguro de que eres mucho más que un traficante de mierda en el lugar equivocado.

— Eso es todo lo que pasó, lo juro.

— No hay sitio para ustedes en Roma.

— Es un gran error. — Dijo el hombre al que había disparado en el pie.

— ¿Desde cuándo puedes decidir eso?

Tragó saliva y dio un paso atrás.

— Permítanme explicarles algo por última vez. Somos nosotros quienes definimos quién vive, muere o trafica en Roma. Parece que son demasiado estúpidos para entenderlo.

— Sólo queremos nuestro propio territorio, como cualquier otra familia que te sirve. Podemos ser útiles.

— ¿Útiles? — Me reí a carcajadas y mi voz resonó por todo el campamento. — Lo primero que serían es un foco de atención para la policía por la forma nada discreta en que se visten.

— Cuando los sicilianos...

Disparé nuevamente contra uno de ellos que se atrevió a hacer insinuaciones que no debía.

— Los sicilianos no gobiernan Italia desde hace mucho tiempo y citarlos sólo demuestra lo desfasado que estás.

Los miré a todos y la furia se apoderó aún más de mí. Disparé al culpable del incidente de la discoteca y tuve que contenerme para no enviar a más de ellos al infierno.

En cuanto me vieron con la pistola apuntándoles, los otros gitanos que no habían sido

alcanzados retrocedieron unos pasos y siguieron mirándome.

— Espero que estos cadáveres sean suficientes para que entiendan que no deben causar problemas, o la próxima vez será todo el campamento.

No dijeron nada y volví a entrar en el coche. Me siguieron mis hombres y no dijeron ni una palabra.

El más estable, el más sereno, el más fiable, estos adjetivos que me describían a veces eran dejados de lado cuando tenía un problema o algo me molestaba. Si Tatiane pensaba que yo era un monstruo por lo que le había hecho a su hermano, no tenía ni idea de cuánta sangre estaba dispuesto a derramar sobre mis enemigos cuando me sentía frustrado.

— ¿Volvemos a la mansión, señor? — preguntó Rómulo.

— No, hoy quiero comer en otro sitio.

— ¿Recogemos a su mujer?

— Debe estar indispuesta. Dejémosla sola.

Los hombres rieron entre dientes. No me importaba lo que pasara por sus mentes, sólo necesitaba el resto del día en paz.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

TATIANE

Capítulo veintitrés

Miré la sangre en la sábana, sin entender muy bien por qué Theo había hecho eso, hacerse daño a propósito, y luego salir y dejarme sola en la habitación. Tengo que confesar que me había preparado para una noche completamente diferente a la que acababa de pasar, y sabía aún menos cómo actuar. Me deslicé hasta la habitación donde había estado durmiendo los últimos días y me quité la ropa de ofrenda antes de ponerme unos pantalones claros y una camiseta.

Mientras volvía a la habitación de Theo, preguntándome qué debía hacer a continuación, vi que Marco se acercaba y se volvió inmediatamente hacia mí cuando entré en su campo de visión.

— ¿Qué tal la velada de anoche con mi hermano?

— Fue... — Tomé aire. — Era... — No podía responder. Cómo decirle al jefe de la familia que su hermano ni siquiera me había puesto un dedo encima después de mi provocación de la noche anterior.

— Ya no eres virgen, dejaste de ser una niña y ahora eres una mujer casada. Debes honrar tus votos.

Tragué saliva y negué con la cabeza, sin saber cómo reaccionar. Pasó junto a mí y se alejó por el pasillo.

Entré en el dormitorio pensando en sus palabras. Me pregunté qué le habría dicho Theo a su hermano. Cuando empecé a reflexionar en Marco pensando que yo ya no era virgen, miré a la cama y vi de lejos las gotas de sangre en la sábana, y me sorprendí al darme cuenta de por qué Theo lo había hecho. Seguía siendo virgen, pero eso sólo lo sabíamos mi marido y yo.

Decidí volver a mi habitación y busqué mi teléfono móvil, llamando a Ángela en cuanto lo encontré. Esta vez mi cuñada no tardó en contestar.

— Hola Tatiane, ¿cómo estás? Pensé que estarías ocupada todo el día.

— Estoy teniendo un día tranquilo.

— ¿Va todo bien?

— Sí. Sólo quería saber si tú y los chicos siguen aquí en Roma.

— Sí, así es. Tengo una reunión con Marco en unos minutos para contarle cómo van las cosas con la mafia en Palermo.

— ¿Quieres decir que vienes aquí?

— Sí, después de comer. Primero tengo que llevar a los niños a dar una vuelta por la ciudad. Es su primera vez en Roma.

— Te lo pasarás muy bien.

— Eso es lo que espero.

— Te dejaré ir.

— Hasta luego, Tatiane.

— Hasta luego. — Me despedí de ella y colgué la llamada.

Pasé allí el resto del día y sólo me armé de valor para bajar cuando se acercaba la hora de comer. Todo el mundo estaba en el comedor menos mi marido. En silencio, acerqué una silla y me acomodé al otro lado de la mesa, frente a mi suegra y junto a Laís. Todos comían, pero Rosimeire dejó los cubiertos y me dedicó su atención, en el momento en que menos quería llamar la atención.

— ¿Dormiste bien?

Moví la cabeza afirmativamente y agarré mi plato para servirme.

— ¿Dónde está Theo? — preguntó mi suegra. — No puedo creer que mi hijo siga en la cama. Él también necesita comer.

— Theo se levantó temprano, mamá — contestó Mateo por mí. — Creo que su mujer le empujó de la cama, o no aguantó el ritmo y salió corriendo. — Se rió como si estuviera contando un chiste.

— ¿Dónde está ahora? — Rosimeire frunció el ceño, preocupada.

— Fue a recordarles a los gitanos cuál era su sitio. — Dijo Marco mientras se echaba un trozo de carne al plato y lo masticaba.

— ¿Justo hoy?

— No hay duda de que es el mejor de nosotros para cumplir el mandamiento número cinco. — Aún había sarcasmo en la voz de Mateo, y no sabía cuánto de él podría acabar salpicándome.

— Ay, Theo. — Rosimeire movió la cabeza negativamente. — Al menos podría calmarse hoy y darle un descanso a mi corazón.

— No te preocupes, mamá. — Aseguró Marco. — Theo sabe lo que hace. Pronto volverá a casa.

— Intenta hacerle entrar en razón, por favor. — Me miró suplicante.

Sacudí la cabeza en señal de acuerdo, pues me parecía que era lo mejor que podía hacer en ese momento.

Durante el resto de la comida, permanecí en completo silencio y agradecí que dejaran de hablar de Theo y de mí. Luego subí a la biblioteca de mi suegra, dispuesta a quedarme allí e intentar distraerme con algunos libros hasta que llegara mi cuñada.

Busqué en una estantería de clásicos y elegí una versión de Frankenstein de Mary Shelley. No estaba de humor para leer una de las muchas novelas románticas que se alineaban en el lugar. De hecho, sólo quería que mi mente se alejara y poder salir del lugar en el que me encontraba, aunque sólo fuera por unas palabras. Confieso que el hecho de que Theo no hubiera actuado como yo esperaba me dejó completamente desconcertada. Si era el monstruo asesino que imaginaba, ¿por qué no abusó de mí?

Tiago solía decirme que en la mafia había honor, reglas estrictas que había que seguir al pie de la letra si se quería mantener la institución secular. Yo, que no me metía en esos asuntos, creía que lo decía para tranquilizarme, pero viviendo con los Bellucci, parecía cierto.

— Sí, Marco, comprendo todas tus inseguridades, pero mis hombres y yo estamos haciendo todo lo posible por Palermo. — Oí la voz de mi cuñada y cerré el libro, recorriendo el

pasillo para verla salir del despacho del jefe.

— Espero que sigan respetándola. La inestabilidad en la ciudad no es buena para ninguno de nosotros.

— Somos fieles, así que no tienes que preocuparte por eso.

— Estupendo. Mantenme informado de todo.

— Te doy mi palabra. — Angela dio unos pasos por el pasillo y me vio en la puerta de la biblioteca.

— Hola. — Murmuré.

— Tatiane, ¿cómo estás?

— Bien.

— ¿Puedo hablar con ella? — Ángela miró a Marco en busca de aprobación.

— Sí, pero sólo durante unos minutos.

— Gracias. — Ángela se acercó a mí y me puso la mano en el brazo, pero no pude contenerme y la abracé con fuerza. — ¿Entramos?

Asentí y las dos nos dirigimos al interior de la biblioteca. Cerré la puerta tras nosotras y nos acomodamos en el sofá rojo.

— Qué lugar tan interesante. — Miró a su alrededor, probablemente sorprendida por el tamaño, al menos esa fue la reacción que tuve cuando entré en la habitación por primera vez.

— Es de Rosimeire, Lorenzo lo hizo para ella.

— Realmente encantador.

— Sí.

— Pero, ¿qué haces aquí?

— Lectura.

— ¿No deberías estar con tu marido?

— Se fue.

— ¿Hoy? — Ella abrió los ojos, sorprendida. — ¿El primer día de casados?

Me limité a mover la cabeza afirmativamente y me di cuenta de que la expresión de mi cuñada reflejaba su asombro.

— ¿Cómo fue la noche de boda, Tatiane? — Me di cuenta de que su tono se había vuelto un poco más áspero, como solía hacer mi hermano cuando estaba a punto de echarme una bronca.

— Fui a su habitación y dormimos.

— ¿No has tenido relaciones sexuales? ¿Todavía eres virgen?

Moví la cabeza afirmativamente.

— ¿Por qué?

— Le pregunté si iba a violarme y me dijo que no. Luego se tumbó en la cama y no me dijo ni una palabra más.

— No puedo creer que hayas dicho eso. — Se llevó la mano a la frente, moviendo la cabeza negativamente. — Eso explica por qué el hombre desapareció de la vista. Debe de estar frustrado, por no decir otra cosa.

— ¿Esperabas que me entregara al asesino de Tiago? — pregunté, asombrado.

— ¡Sí, es tu marido!

— Pero Ángela... — Me desplomé contra el otro extremo del sofá, completamente desestabilizado.

— Tatiane, aceptaste hacer esto por el bien de la familia y no puedes estar aquí sólo a medias. ¿Cómo esperas que él sea mínimamente amable, que no busque otras mujeres, si su mujer no le satisface?

— ¡Mató a Tiago, Ángela!

— ¡Y tu hermano mató a su padre por tu causa! — Alzó la voz, irritada. Parecía

desestabilizada y era la primera vez que la veía actuar así conmigo.

— ¿Mi causa? ¿Por qué Tiago mataría al jefe de la mafia por mí?

— Tu hermano me hizo prometer que no lo contaría.

— Ángela, por favor... — Tomé la mano de mi cuñada y tiré de ella hacia mí. — Lo que más quiero es entender lo que pasó. Todo el mundo piensa que mi hermano quería quitarles el poder a los romanos y devolvérselo a los sicilianos.

— No. — Movió la cabeza negativamente. — Esa no era su ambición.

— ¿Qué más ha pasado?

— Tiago te protegió a toda costa. Incluso cuando no debía.

— No lo entiendo.

— Ni deberías.

— Ángela, necesito saberlo.

— Tu hermano perdió a manos de la policía un cargamento muy importante que pertenecía a la familia Bellucci, a Leonel Bellucci, para ser más concretos.

— ¿El hermano de Lorenzo?

— Exacto. Cuando se enfrentó a él, Leonel le dio dos opciones: entregarte, aún no habías cumplido los quince años, o matar a Lorenzo. Tiago tomó la peor decisión para él, que casi nos cuesta la vida a todos, pero lo hizo para protegerte, porque sabía que Leonel no sería lo bastante honorable como para esperar a que crecieras. Tiago te crió en una burbuja, Tati, pero esa burbuja ha estallado y ahora tienes que asumir tus responsabilidades para con tu familia.

Me quedé mirando a la nada, completamente conmocionada, hasta que la primera lágrima corrió por mi mejilla. A esta le siguieron muchas más hasta que se me saltaron las lágrimas.

— Leonel quería a su hermano muerto para usurpar el poder, y utilizó a Tiago para conseguirlo. — Ángela me acarició el hombro.

— Está muerto por mi culpa. — Repetí mientras sentía un terrible dolor, como si una

espada me atravesara el pecho.

— Desgraciadamente, sí.

Me apoyé en el hombro de Ángela, llorando aún más fuerte. Nunca se me había pasado por la cabeza que yo pudiera ser la causa de la muerte de mi hermano.

— Escucha, Tatiane. — Me empujó para que me pusiera frente a ella. Mis ojos estaban empañados por las lágrimas. — Tu hermano te ha protegido durante demasiado tiempo. Es hora de que cuides de ti misma. Puede que Theo Bellucci no sea el marido de tus sueños, pero pertenece a la familia más poderosa de Italia y puede convertirte en princesa y darte un poder inimaginable. Sin embargo, para que eso ocurra tienes que empezar por ser una buena esposa. Por ahora está molesto, pero si el matrimonio sigue así, contigo evitándole, sólo será cuestión de tiempo que te devuelva a nosotros y me aparte del poder en Palermo.

— No puede divorciarse de mí.

— No hay divorcio, pero la Iglesia acepta la anulación. No hay matrimonio sin consumación.

— Theo es mi marido. — Asentí con la cabeza.

— Sí, lo es. ¿Crees que el amor entre tu hermano y yo surgió de la nada? No es un sentimiento instantáneo, como nos dicen las películas. Hay que ganárselo. Lo mejor para todos es que descubras cómo.

Tragué saliva. Me quedé sin habla, porque mi conversación con Ángela me había desestabilizado por completo.

— Sé que mató a Tiago. Créeme, a mí también me encantaría odiarle, y eso es lo que quiero hacer a veces, pero Tiago mató a su padre. No es fácil de ninguna manera, pero ambos están casados y necesitan hacer que funcione. Odiarlo y hacer que él te odie sólo hará que los dos sufran más. — Se inclinó y me besó la mejilla. — Ahora tengo que irme.

— Gracias — dije algo, porque no tenía otra opción. — ¿Tú y los chicos van a volver a Palermo?

— Sí, hay mucho que hacer allí. Tengo que demostrar a los Bellucci que puedo dirigir la

ciudad y que los jefes locales me respetan. Soy una mujer en la mafia y tengo que probarme a mí misma todo el tiempo. No es fácil para ninguno de nosotros.

— Buena suerte.

— Gracias, la necesitaré.

— Eres buena en esto, Ángela.

— Sólo lo intento. — Extendió la mano y volvió a acariciarme la mejilla. — Cuídate. Es hora de que dejes de ser una niña y te conviertas en una mujer. Pronto todo encajará y tendrás tus propios hijos a los que cuidar.

— ¿Sabe Theo lo de Leonel?

— No. Y te recomiendo que mantengas la boca cerrada. Sigue siendo un hombre poderoso y podría poner a tu marido en tu contra.

— Él es el verdadero culpable de la muerte de Lorenzo, no Tiago.

— Ambos lo sabemos, pero es un secreto que debe quedar entre nosotras. Tu presencia sigue siendo incómoda en esta casa y tu marido no confía en ti.

Volví a tragar saliva y asentí.

— Ten cuidado con Leonel y acércate a Theo. Es todo lo que necesitas ahora. — Me dio un beso en la cabeza y salió de la biblioteca, dejándome a solas con mis pensamientos.

Mi hermano, la persona más importante para mí, estaba muerto, y por mi culpa. La verdad me aplastó el pecho.

No sé cuánto tiempo permanecí en la biblioteca, pero decidí salir de la habitación cuando sentí hambre. Me dirigía a la cocina cuando Leonel apareció en el pasillo. Contuve la respiración cuando el peso de sus ojos cayeron sobre mí. Ya me sentía extraña en presencia de aquel hombre; saber la verdad de lo que había sucedido me desconcertó aún más.

— Hoy estás radiante, Tatiane. — Se acercó más a mí. — Theo es un chico tonto, yendo por ahí derramando sangre en lugar de pasar el día con su hermosa esposa. — Me tocó la cara y sentí que se me revolvía el estómago, una sensación muy parecida a la reacción que me había

provocado el contacto de Giulio.

Le aparté la mano y di unos pasos hacia un lado.

— Mi marido está ocupado cumpliendo sus compromisos con la mafia.

— Es una pena que no esté aquí cumpliendo su deber con nosotros.

— ¿Qué está insinuando?

— Nada. — Esbozó una sonrisa traviesa que me produjo escalofríos.

— Tengo que irme. — Pasé junto a él aturdida, ralentizando el paso hasta llegar a la cocina.

Me incliné sobre el mostrador de piedra y respiré hondo. Esperaba que aquel hombre se marchara pronto, o temía no poder mantener el control de la situación. Él era el culpable de todo lo que estaba ocurriendo, y yo estaba tan cerca, pero al mismo tiempo no podía hacer nada al respecto.

— ¿Va todo bien, señora? — preguntó una de las criadas, e imaginé que mi aspecto asustado debía de haberla alarmado.

— Sí, así es. — Me pasé la mano por el pelo en un intento de recomponerme. — Es que tengo hambre.

— Te daré un tentempié.

— Muchas gracias. — Acerqué una silla y me senté frente al banco de piedra.

La camarera me sirvió un plato con una tortita y algo de fruta. Comí despacio para permanecer el mayor tiempo posible en aquel ambiente. Al menos allí me sentía segura mientras pensaba qué hacer a continuación.

No es fácil para nadie, recordé lo que había dicho Ángela y, por primera vez, pensé en cómo sería para Theo.

La sangre debe pagarse con sangre... él mismo me lo había dicho durante nuestro encuentro en casa de mi hermano.

El destino parecía divertido. Si hacía más de diez años mi hermano había estado dispuesto a matar a alguien para que yo no fuera entregada a un hombre de aquella familia, ahora estaba allí, casada con uno de ellos.

Sin duda, Ángela tenía razón y necesitaba tomar las riendas de mi vida, pero parecía mucho más fácil decirlo que hacerlo.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

THEO

Capítulo veinticuatro

Cuando llegué a casa, ya había caído la noche. Pasé el mayor tiempo posible lejos de allí. Aunque no estaba en mi naturaleza huir de mis problemas, este en particular me estaba desestabilizando como nunca.

Reconozco que en algún momento quise visitar uno de los muchos clubes que frecuentaba en Roma, pero esta vez no sólo incumpliría el mandamiento de no hacerlo, sino también el de respetar a mi mujer, además de romper la promesa que le había hecho a mi hermano. La traición era inadmisible porque era la mayor prueba de deshonra. Si un hombre es capaz de traicionar a la mujer que confía en él hasta el punto de acostarse con otra mujer, ese hombre no es digno de la confianza de nadie. El problema era que Tatiane no confiaba en mí...

Entré en la casa solo, ya que Rómulo se había ido a quedarse con su familia y los demás hombres se habían refugiado en el alojamiento que estaba afuera.

— ¿Theo? — oí la voz de mi madre cuando me disponía a subir las escaleras. No quería hablar en ese momento, pero conocía a Rosimeire Bellucci lo suficiente como para estar seguro de que, cuando se trataba de su familia, era más implacable que los peores torturadores.

— ¿Qué pasa, mamá? — Giré sobre mis talones para mirarla.

— ¿Te encuentras bien?

— Estoy bien. ¿Por qué no iba a estarlo?

— Te casaste ayer, pero en vez de estar con tu mujer, te pasaste todo el día fuera.

— ¿Crees que hay algo malo en mí sólo porque no me pasé todo el día pegado a mi mujer, como hizo Marco con Laís? No somos la misma persona, mamá.

— Sé que para ti este matrimonio ha tenido un costo muy alto, y que no ha sido nada fácil. Para todos nosotros, recibirte aquí después de lo que ha pasado es un gran reto, pero...

La sujeté por los hombros y la obligué a mirarme.

— Estoy bien, mamá. Ve a preocuparte por el bebé de Marco, es el futuro de esta familia

y depende mucho más de ti que cualquiera de nosotros.

— Laís está con él ahora, pero ustedes son mis hijos.

— Somos adultos y podemos caminar solos. — Me agaché y le di un beso en la frente. — Estoy bien, no te preocupes. — Dije, y terminé de subir las escaleras hacia mi habitación. Esperaba que mis palabras llenas de convicción fueran suficientes para contentar a mi madre. No necesitaba enfadarme con ella.

Entré en mi habitación, me desnudé, dejé el traje sudado sobre la cama y me dirigí al baño. Abrí la ducha y dejé que el agua corriera por mi cuerpo, con la vana esperanza de que eliminara parte de mi frustración. Mi madre tenía razón en una cosa, no era fácil para mí, pero mi orgullo no me dejaba admitirlo ante nadie.

Oí un ruido y me volví. A través del cristal de la cabina de ducha, vi a Tatiane de pie en la puerta del cuarto de baño. Me estaba mirando, pero ¿por qué?

Salí mojado, dejando la ducha aún abierta, y me estiré para cerrar la puerta, dejándola afuera. Si ella no confiaba en mí para exponerme, yo sentía lo mismo por ella.

Casarme con esa chica siciliana fue probablemente la peor decisión que he tomado en años. Nada podría haber garantizado que ella no sería como su hermano. Traerla a casa podría habernos puesto a todos en peligro.

Cuando salí de la ducha, con una toalla blanca enrollada en la cintura, la vi sentada en la cama y sus mejillas se sonrojaron cuando mis ojos se cruzaron con los suyos. ¿Qué quería aquella mujer? ¿Volverme loco? Parecía que estaba muy cerca de conseguirlo. Al mismo tiempo que había un claro interés en su mirada, me apartaba como si yo fuera un verdadero monstruo.

— ¿Qué haces aquí?

— Ahora también es mi habitación, ¿no?

— No creí que querías eso.

— ¿Tengo elección?

— Últimamente has dejado muy claras tus elecciones. — Crucé los brazos en una postura ofensiva.

— ¿Le querías?

— ¿Qué clase de pregunta es ésa?

— ¿Querías a tu padre?

— ¿Por qué lo pones en duda? — Fruncí el ceño, confuso.

— Es una pregunta muy sencilla. Puedes responder sí o no.

— Era el jefe de la mafia italiana, un hombre respetado, un buen marido y la persona más importante de mi vida. Me enseñó todo lo que sé y todo lo que soy. No hubiera podido descansar hasta mandar al infierno al bastardo que me lo arrebató. ¿Responde eso a tu pregunta, esposa? — Dije la última palabra con un deje de sarcasmo, ya que se estaba comportando como una completa desconocida y no como la mujer en la que más debía confiar.

— Yo también le quería.

— No por formar parte de la mafia dejamos de tener gente importante. La propia institución es una familia formada por familias.

— Entiendo.

— Estupendo.

— Theo, lo siento.

— ¿Por qué dices eso? — Alcé una ceja, temerosa. Aquella no parecía la misma Tatiane que había dejado en el dormitorio por la mañana.

— Nada de esto habría pasado si mi hermano no hubiera matado a tu padre.

— Eso es verdad.

— Por eso lo siento.

— Eso está bien. — Dije secamente. Estaba tan acostumbrada a las palabras ácidas que me dirigía que mis defensas siempre estaban en alto junto a ella y no sabía cómo reaccionar de otro modo.

Nos miramos fijamente durante unos minutos. Me fijé en su pelo brillante, su delicado

rostro en forma de corazón y sus finos labios. Sus ojos marrones, extrañamente curiosos, y la forma diferente en que me miraban. Era terrible pensar que me había casado con una mujer tan hermosa y que ni siquiera podía tocarla.

— Voy a cambiarme. — Dije después de varios minutos.

— ¿Quieres que salga de la habitación?

— Puedes quedarte aquí. — Fui al armario, cogí ropa limpia y me quité la toalla, sin importarme si me veía desnudo o no.

Me puse calzoncillos, pantalones deportivos y una camisa antes de salir de la habitación y encontrarla en la misma posición, sentada en la cama, mirándome. Me pregunté qué podía haber pasado para que cambiara de repente, pero no expresé mi pregunta.

— ¿Te has duchado?

— Todavía no.

— Saldré de la habitación y podrás irte a duchar.

— Gracias.

Le di la espalda y me alejé por el pasillo. Tatiane no dijo ni una palabra más.

Confundido, intenté asimilar lo que acababa de ocurrir, aunque no significaba nada.

Ella no era la única que lamentaba que ambos estuviéramos en esa situación. Lo peor aún era todo ese callejón sin salida que no sabía cómo resolver.



MÁFIA BELLUCCI - LIVRO II

TATIANE

Capítulo veinticinco

Le vi marcharse y permanecí inmóvil un momento hasta que salí de mi trance. Era como si las imágenes de mi cabeza me hubieran atrapado en una extraña trampa. Era la primera vez que veía a un hombre desnudo, aunque sólo fuera durante una fracción de segundo.

Había entrado en la habitación y la curiosidad me había vencido, haciéndome ir al cuarto de baño abierto y verle en la ducha. El agua recorriendo sus músculos y juntándolos era un espectáculo desconcertante y, al mismo tiempo, completamente hipnótico.

Pensé que se iba a poner furioso conmigo cuando me cerró la puerta en las narices, pero quizá fue la conversación menos agresiva que hemos intercambiado desde que nos conocimos. Culpé a Theo de lo que le había ocurrido a Tiago, pero tras la revelación de Ángela, sentí que parte, sino toda, la carga por la muerte de mi hermano debía ser mía. Si él no me hubiera protegido hace más de una década, yo estaría en manos de otro Bellucci, pero Tiago estaría vivo.

En honor a lo que mi hermano había hecho por mí, tenía que proteger a sus hijos y su legado, incluido aquel matrimonio con Theo Bellucci. El problema era que seguía teniendo miedo y no iba a ser fácil sortearlo, además mi experiencia con los hombres era nula y no sabía cómo acercarme a él.

Fui al armario y tomé ropa limpia, ya que las criadas habían llevado todas mis cosas a su habitación. Me di una ducha rápida y salí de la habitación. Pensé en buscarlo, pero pronto desistí de la idea, no sabía qué decirle ni cómo actuar con él.

Me quedé en el pasillo hasta que oí el llanto de un bebé. Me acerqué a una puerta y estaba cerrada. Llamé, pero pronto me arrepentí.

¿Qué estaba buscando?

— Adelante. — Oí la suave voz de Laís al otro lado de la puerta.

— Gracias. — Giré de la manilla, pero me quedé en línea con el marco de la puerta, miré hacia dentro y la vi agarrar al bebé en sus brazos mientras se dirigía a un sillón.

— ¿Está todo bien con él?

— Oh, sí. — Dijo con una sonrisa. — Sólo tiene hambre. Si dependiera de este pequeño dragón, mamaría todo el día.

— Es tan pequeño. — Me armé de valor para acercarme y la vi bajarse la blusa y abrirse el sujetador para amamantar al bebé.

— Es un recién nacido, pero aún me atormenta pensar que salió de mí.

— Debe haber dolido mucho.

— Ni me lo digas. — Se rió. — Pero valió la pena.

— Seguro que sí. — Me agaché para ver mejor al bebé.

— Pronto tendrás el tuyo.

— Sí, tal vez... — Esbocé una sonrisa amarga.

— Ocurre cuando menos te lo esperas.

Puede que fuera virgen, pero sabía lo suficiente sobre cómo se hacían los bebés como para estar segura de que si Theo y yo seguíamos durmiendo en lados opuestos de la cama, no me quedaría embarazada.

— Te dejaré en paz.

— No me molesta tu compañía. Ya es bastante difícil salir al mundo fuera de estas paredes, es bueno tenernos la una a la otra.

— Sí.

— ¿Está todo bien, Tatiane?

— Sí, claro. Tengo un poco de hambre, iré a ver si han servido la cena.

— Ve. Iré dentro de un rato, en cuanto Dante termine de comer y se duerma.

— Sí, claro. Hasta luego.

Asintió y salí de la habitación.

Bajé al comedor sólo para encontrar a Rosimeire charlando con la camarera que servía la comida.

— Volveré más tarde. — Dije cuando me miraron.

— Ven, cariño. — Rosimeire me ha acercado una silla. — La cena ya está servida.

— Gracias. — Me acerqué a ella y me acomodé frente a la mesa. Tomé los cubiertos y empecé a servirme cuando la camarera se marchó y nos dejó solas.

— ¿Te encuentras bien?

— Sí.

— ¿Y mi hijo?

— También.

— Parecen extraños sabiendo que se acaban de casar.

— Ni siquiera nos conocíamos hace un mes. Creo que necesitamos un poco más de tiempo.

— ¿Es solo eso? — Entrecerró los ojos, mirándome con más severidad.

— Sí. No quiero causarles ningún problema.

— Me alegro de que tu discurso haya cambiado.

— Lo siento por Lorenzo.

— ¿Ah, sí? — Ella abrió los ojos sorprendida por lo que acababa de decir.

Moví la cabeza afirmativamente.

— Le querías y sé lo duro que es perder a un ser querido. Todavía me duele mucho pensar en Tiago.

— Sí, es difícil. Menos mal que tenemos a otras personas que nos animan a seguir viviendo.

— Es verdad. Mi cuñada y mis sobrinos siguen siendo como una parte de él.

— Eso está muy bien, pero también tendrás una familia con nosotros. — Me sonrió de forma más amable cuando se dio cuenta de que estaba cediendo.

Ángela había dicho que tenía que tomar las riendas de mi vida, pero tal vez era mucho más fácil que eso, dejar de nadar contra corriente y aceptar lo que se me ofrecía. Como la simpatía de una mujer que lo tenía todo para odiarme.

— Gracias por recibirme, a pesar de todo.

— Cuando tenía tu edad aprendí que las situaciones que no nos gustan suelen acabar ocurriendo y que enfadarse sólo empeora las cosas. Así que siempre intento sacar lo mejor de la situación. Eso me hace más feliz.

— Muy sabio de tu parte.

— Acepta algo de la sabiduría de esta anciana. Cuanto más repudies a mi hijo, más infelices serán los dos.

— Creo que estoy aprendiendo.

— Más vale tarde que nunca.

No tuve tiempo de decir nada más cuando los tres hermanos entraron en la habitación y se sentaron con nosotros.

— ¿Ya están aquí? — Theo me miró durante una fracción de segundo antes de volver a centrar su atención en su madre.

— Sí. — Respondió Rosimeire. — ¿Dónde está tu tío? No he visto a ese inservible en toda la tarde.

— Mamá, cuídate cuando hablas de tu cuñado. — Le reprochó Marco.

— Nunca sentí ninguna buena energía proveniente de ese hombre, y eso no ha cambiado con el tiempo.

— Debe de estar con alguna puta por ahí. — Se burló Theo.

Después de lo que Ángela me había revelado, pensé que sería mejor que aquel hombre estuviera lejos de mí y de los demás en la casa. No podía creer que alguien fuera tan cruel como

para tramar la muerte de su propio hermano. Miré a Theo y a los otros Bellucci en la mesa. Pensaban que era culpa de mi hermano que el patriarca ya no estuviera allí, pero Tiago sólo había sido un juguete.

Charlaron entre ellos y pronto apareció Laís para unirse a nosotros. Lo oí todo, pero no me dijeron gran cosa. Estaba claro que aún desconfiaban un poco de mí, y sabía que en gran parte era culpa mía.

Después de cenar, todos se fueron y yo subí con Theo, y entramos en su habitación. Nuestra habitación.

Me quedé junto a la puerta mientras él se dirigía al baño, quitándose la camisa a medio camino y dejándola sobre la cómoda.

Me quedé quieta mientras él usaba el baño, la puerta estaba cerrada, pero a través del sonido podía oír todo lo que pasaba dentro.

— ¿Te ha pasado algo? — preguntó al marcharse.

— No.

— ¿Quieres dormir en otra habitación?

— ¿Debería irme? — Crucé los brazos delante de mí, torpemente.

— Hay un abismo enorme entre lo que deberías hacer y lo que realmente haces.

— Lo siento.

— ¿Por qué te disculpas tanto hoy? — Dio un paso hacia mí y le miré fijamente a los ojos. Por primera vez pude ver más allá del asesino que yo le había pintado. Theo podía ser un hombre como cualquier otro.

— Ahora puedo ver lo que le pasó a mi hermano desde otra perspectiva.

— ¿Por qué?

— Tuve una charla con mi cuñada, que me aclaró algunas cosas.

— ¿Todavía me ves como un asesino?

— Bueno, no se puede ignorar el hecho de que tú apretaste el gatillo, pero mi hermano también lo hizo, y supongo que, en cierto modo, yo también.

— Es casi imposible formar parte de todo esto sin ensuciarse las manos — su voz era firme y serena al mismo tiempo.

— Crecí ajena a todo.

— Imagino que sí.

— Quiero saberlo.

— ¿Sobre qué cosa?

— De todo, de cómo funcionan las cosas.

— Laís puede ayudarte con eso. — Dio unos pasos más hacia mí y mi corazón se aceleró, pensando que iba a tocarme. Pero en lugar de eso, simplemente cerró la puerta del dormitorio y se fue a la cama. — Marco le cuenta muchas cosas, más de las que debería.

— Yo también quiero saberlo, pero quería oírlo de ti...

Se quedó sorprendido y me miró fijamente durante unos minutos.

— Muy bien, otro día lo haré. — Cogió la almohada y la mulló antes de tumbarse sobre ella y sacar el móvil.

A diferencia de la noche de nuestra boda, aquella noche ni siquiera intentó tocarme. Parecía dispuesto a ignorarme por completo y pensé en lo que había dicho Ángela sobre la posibilidad de anular el matrimonio.

Me senté en el borde de la cama y mi movimiento le hizo volverse hacia mí. La angustia me oprimió el pecho y tardé una eternidad en decir algo. Había vuelto a centrar su atención en el teléfono cuando por fin abrí la boca.

— ¿Tienes intención de anular nuestro matrimonio?

— ¿Qué? — Theo dejó caer el aparato sobre la mesilla y se levantó, sentándose en la cama y mirándome con los ojos muy abiertos. — ¿Por qué dices eso?

— Podrías, ya que nuestro matrimonio aún no se ha consumado.

— No estoy pensando en anular nuestro matrimonio. Tengo un compromiso con la familia que cumpliré hasta la tumba, por muy frustrado que esté con toda esta situación. Consumaría el matrimonio contigo en cualquier momento, si sólo dependiera de mi voluntad. Me has llenado de fantasías desde la noche en que te vi en el club, y probablemente habría ido demasiado lejos después de la fiesta del gobernador. Sin embargo, al contrario de lo que piensas, no soy un monstruo y no voy a forzarte.

— Lo siento por haber insinuado eso.

— Muy bien, ahora me voy a la cama. Me voy a dormir. — Volvió a recostarse.

— Theo...

— ¿Qué pasa, Tatiane?

— No quiero que me hagas daño.

Theo volvió a sentarse en la cama e inclinó su cuerpo hacia mí. Sus suaves dedos volvieron a tocarme la cara y cerré los ojos, dejándome envolver por la sensación cálida y extrañamente reconfortante de su piel. Cuando me tocaba, provocaba en mi cuerpo reacciones muy distintas a las de Giulio o Leonel. Su tacto era acogedor y parecía muy apacible.

— ¿Qué crees que te haría?

— No lo sé, pero me han dicho que es bastante doloroso.

De hecho, era Edna quien había dicho eso, y yo no sabía si era verdad o sólo una de las muchas cosas que esa vieja había dicho para asustarme.

— ¿Por qué no empezamos con un beso? — Me pasó el pulgar por los labios, apretándolos, y sentí que mi cuerpo se calentaba aún más. — ¿Recuerdas la sensación de besarme?

Moví la cabeza afirmativamente.

Inclinó la cabeza hacia la mía y sus labios rozaron los míos. Un escalofrío me recorrió como una ola y pronto se convirtió en una sensación de calor. Por impulso, me tomé la libertad

de levantar las manos y ponerlas sobre sus hombros. Sus músculos bien definidos los resaltaban.

Movió su boca sobre la mía mientras inclinaba la cabeza para acomodarla mejor y presionó con su lengua, pidiendo paso, que le concedí. Pronto encontró la mía y empezaron a bailar dentro de mi boca, y yo respondí, tratando de entender el ritmo. Mi cuerpo se calentaba cada vez más y sentía crecer la necesidad de responder al beso.

De repente, Theo me agarró por la cintura y me hizo sentar en su regazo, pero no dejó de besarme, y mis manos en sus hombros me sostuvieron. Sentí un bulto justo debajo de donde estaba sentada y la zona de mi feminidad palpitaba.

La boca de Theo descendió de la mía, recorriendo mi garganta, provocando extraños pero deliciosos espasmos. Cerré los ojos y sentí cómo un torrente de sensaciones invadía mi cuerpo. Eran tan buenas que pude dejar de pensar en todo lo que Theo representaba. Sus firmes manos me rodearon la cintura y Theo me bajó la camiseta. Tuve que soltarle los hombros para que me la quitara. La fresca brisa del aire acondicionado fue suficiente para provocarme escalofríos, pero no me encogí. Sus dedos se deslizaron por la línea de mi columna, provocando calor y frío hasta que encontraron el broche de mi sujetador. Lo abrió y lo deslizó por mis brazos, enviándolo al mismo destino que mi camisa: el suelo.

Eché la cabeza hacia atrás cuando me mordisqueó la base del cuello. Cerré los ojos mientras me engullía aquel vórtice de efectos. Era extrañamente maravilloso sentir lo que estaba experimentando y, de repente, mis miedos se desvanecieron, fundiéndose bajo el peso de sus manos y las caricias de sus labios, que descendieron hasta mis pechos. Theo rodeó con sus labios uno de mis pezones y lo chupó.

Un gemido escapó de mi boca y resonó por toda la habitación. Me sentí completamente avergonzada cuando recordé los sonidos que había oído en la habitación de Marco y Laís. Estaba haciendo los mismos ruidos que me habían hecho creer que estaban torturando a la pobre mujer. Si aquello era realmente una tortura, resultó ser la mejor de todas.

Volvió a agarrarme por la cintura y me hizo girar sobre la cama, recostándome sobre las almohadas y haciendo que me acomodara en el centro. Me bajó los pantalones y los tiró al suelo para llevarse el resto de mi ropa, dejándome solo en bragas.

Theo se acomodó encima de mí y sentí que el peso de su cuerpo me apretaba aún más

contra el colchón. Su boca regresó a mi cuello y, como un vampiro, me succionó. Se me pusieron los ojos en blanco mientras sus manos recorrían mi cintura, los costados de mi cuerpo y mis pechos, como si quisiera memorizar cada uno de mis rasgos.

Deslizó sus labios por mi piel exterior, hacia el valle entre mis pechos y mi vientre. Las caricias me sumergieron en una mágica mezcla de sensaciones que me envolvieron con facilidad. No se podía negar, era excelente.

Deslizó su boca hasta el principio de mis bragas y mordió el elástico, tirando de él hasta mi entrepierna. Su aliento tan cerca de mi intimidad me hizo retorcerme en la cama y hundir los dedos en la sábana.

Theo apartó la cara y sus manos se acercaron a mis bragas. Pensé que iba a quitármelas sin más, pero las agarró y las rasgó, haciendo que el encaje pareciera de papel ante su fuerza.

Volvió a besarme y sentí que su mano regresaba a mi zona íntima. Primero rodeó el montículo con los dedos y luego los deslizó hacia abajo, hasta encontrar el botón donde se acumulaba todo mi placer. Theo empezó a estimularlo con movimientos circulares y yo volví a agarrarme a sus hombros, mordiéndome el labio para no gritar en voz alta mientras las ganas se agolpaban en el fondo de mi garganta. Me sentí al borde de un enorme abismo antes de que deslizara el dedo hacia abajo y lo introdujera en mi raja. Sentí una sutil punzada de incomodidad y las paredes de mi sexo presionaron contra él, pero pronto cualquier molestia fue sustituida por una agradable sensación mientras su dedo entraba y salía de mí. Gemí con fuerza cuando un segundo dedo se unió a él. Theo me separó aún más el muslo mientras su dedo no me daba tregua. Con el pulgar volvió a tocarme el clítoris mientras sus otros dedos entraban y salían de mí. La tensión aumentó y pronto dio paso a una explosión de espasmos y a una sensación deliciosa e indescriptible que me hizo palpitar todo el cuerpo.

Aún me estaba recuperando de la mecha cuando Theo se desnudó, me cogió las manos y las sujetó contra la cama, inmovilizándome mientras se acomodaba entre mis piernas. Cuando llegó el dolor, volvió a pegar sus labios a los míos, amortiguando el sonido. Mi primer impulso fue intentar zafarme de él para que parara, pero no pude. Mientras se deslizaba dentro de mí, tuve la sensación de que me desgarraba, e imagino que algo parecido estaba ocurriendo mientras Theo me arrebataba la virginidad que se había ganado con el matrimonio.

Insistió en besarme y acabé correspondiéndole. Me di cuenta de que el dolor disminuía, aunque el hombre que tenía encima empujaba contra mis entrañas a mayor velocidad. Theo deslizó una de sus manos por mi muslo y la envolvió alrededor de su cintura cuando conseguí conectar con su ritmo. Aún me dolía, pero cuanto más abandonaba la idea de luchar, mejor me sentía.

Siguió dentro de mí hasta que sentí que se ponía rígido y un líquido caliente fluía hacia mi interior. Theo gimió suavemente, como si hubiera liberado algo en su interior, y luego se dejó caer a un lado.

Ambos jadeábamos y seguimos mirando al techo hasta que nuestra respiración se normalizó.

— ¿Cómo te encuentras? — Se volvió hacia mí y miró rápidamente a su alrededor.

— Dolida.

— El dolor cesa después de la primera vez.

— ¿Cómo puedes estar seguro?

— Puedes preguntar a mi madre o a Laís si no me crees.

Tragué saliva cuando sus palabras ácidas me golpearon.

— Confío en ti. — No estaba segura de las palabras que salieron de mi boca, pero pensé que era necesario decirlas en ese momento, para que no me apartara después de lo que acabábamos de hacer.

— Ven aquí. — Se acomodó en el centro de la cama y me indicó un espacio sobre su pecho para que me tumbara.

Me acerqué a él y Theo me rodeó con el brazo, acercándome aún más a su cuerpo. Nos quedamos en silencio y así, con el rítmico sonido de su corazón, me quedé dormida.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

THEO

Capítulo veintiséis

Me desperté con una pesadez en el pecho y tardé un rato en abrir los ojos y darme cuenta de que Tatiane estaba tumbada sobre mí.

Ella todavía estaba allí...

Confieso que fue una sorpresa, porque después de todas sus evasivas, empezaba a perder la esperanza de que fuera posible que tuviéramos una vida de marido y mujer como cualquier otra pareja. Había pensado día y noche en cómo sería tener a aquella mujer, pero sentirla de verdad era mucho mejor.

Deslicé la mano por el costado de su cuerpo y me detuve en su trasero, quedándome allí un momento, cuando ella abrió los ojos y me miró fijamente.

— Buenos días.

— Buenos días.

— ¿Cómo te sientes?

— Todavía estoy un poco dolorida.

— ¿Quieres un calmante?

Dijo que no.

— Imagino que recuerdas lo que pasó anoche.

— ¿Cómo no me voy a acordar?

— Este matrimonio no tiene que ser una carga para ninguno de los dos.

Sacudió la cabeza.

Me desplacé sobre la cama e hice que se tumbara en el centro, antes de volver a subirme encima de ella.

— ¿Qué estás haciendo?

— Algo para hacerte olvidar el dolor. — La besé en sus labios antes de que mi boca bajara hasta sus pechos, pasando unos minutos chupando los pezones, succionándolos, hasta que me deslicé por su vientre perfecto y sobre sus piernas, llegando a su sexo.

Mordisqueé y lamí el interior de sus muslos, bajando hasta su ingle, provocándola, sólo para oír sus suspiros. Agarré sus nalgas y mantuve su cintura inmóvil para tocar su vagina con mi aliento y luego con mis labios.

Jugué con mi lengua alrededor de ella, haciéndola gemir suavemente hasta que llegué a su clítoris. La estimulé, chupando, lamiendo y presionando hasta que sus gemidos histéricos cobraron fuerza y demostraron que había llegado a su punto álgido.

— ¿Mejor? — Levanté la cabeza en busca de sus ojos.

— Sí. — Su voz era defectuosa y su respiración agitada.

Sonreí al ver cómo sus pechos subían y bajaban a un ritmo frenético, debido a sus jadeos.

— Ahora entiendo por qué todo el mundo esperaba que nos quedáramos en la cama.

— Dicen que es una de las mejores partes del matrimonio.

— Creo que tengo que estar de acuerdo. — Escondió su cara en mi pecho y me gustó tenerla tan cerca.

— Tengo cosas que hacer. — Me levanté de la cama y me puse de pie.

— ¿Ahora? — Vi cierta decepción en sus ojos. ¿Había disfrutado la noche anterior tanto como yo?

— Sí.

— No pasa nada. — Giró sobre la cama y se tumbó de lado, probablemente por un impulso automático, abrazando la almohada sobre la que yo estaba tumbado.

Siguiendo sus movimientos con la mirada, vi la mancha de sangre en la cama, apenas unas gotas, nada muy significativo. Sin embargo, a diferencia de la noche anterior, no era mi sangre, sino la suya, su virginidad.

— Sal de la cama.

— ¿Por qué? — Ella abrió los ojos sorprendida por mi orden.

— Tengo que lavar la sábana.

— ¿No es ese el trabajo de las criadas? Tienes un montón de gente para ocuparse de eso.

— Sangraste. A todos los efectos, ya habías perdido tu virginidad. Nadie más que nosotros dos necesita saber que no consumamos nuestro matrimonio en nuestra noche de bodas.

— No pasa nada. — Se levantó, envolviéndose en la colcha, como si yo no lo hubiera visto ya todo, no sólo con mis ojos.

Retiré la sábana y la arrastré hasta el lavabo del baño. Mojé la zona manchada por la sangre y añadí un poco de jabón líquido, restregando hasta que la mancha desapareció.

Volví a ponerlo sobre la cama y me lo eché encima de todos modos. No era un problema que la cama estuviera desordenada durante la noche pasada.

— ¿Crees que las criadas no notarán por qué está mojado?

— Ah, muchas justificaciones para un poco de agua. Incluso podemos decir que derramamos un poco mientras bebíamos. — Señalé la pequeña jarra de agua que había en la mesilla de noche.

Se limitó a dedicarme una sonrisa forzada, pero no dijo nada más. Yo seguía desnudo y fui directamente al baño, me di una ducha rápida y me vestí para salir de la habitación. Tatiane entró poco después y la dejé allí antes de reunirme con mis hermanos.

— ¿Tienes hambre? — Preguntó Marco cuando nos encontramos en el pasillo.

— Bastante.

— Así que toma algo de comer para el camino, porque vamos a la empresa de Mateo. Parece que tiene algo importante que mostrarnos.

— ¿Ya se fue para allá? — pregunté, sorprendido.

— ¿Qué hora crees que es? — La mirada de Marco fue recriminatoria y me hizo sacar el móvil del bolsillo que había metido en mi bolsillo sin prestar atención a la pantalla.

Me sorprendió darme cuenta de que ya eran casi las diez de la mañana.

— Lo siento, he perdido el tiempo.

— Sé exactamente por qué. — Esbozó una sonrisa maliciosa y no pude estar en desacuerdo. La razón por la que había pasado demasiado tiempo en la cama era exactamente lo que pensaba mi hermano mayor, y no pude sino sentirme aliviado por ello.

Por fin era como si se derrumbaran las innumerables barreras que nos separaban a Tatiane y a mí. Me sentía angustiado solo de pensar en cómo sería mi vida si la relación con mi mujer fuera siempre la misma que la de nuestra primera noche juntos.

— Voy al comedor a buscar algo y nos encontramos en el garaje.

— Bien. Voy a pedir que avisen a Rómulo y sus hombres.

— Gracias.

Pasé junto a Marco y me dirigí al comedor. Todavía estaban sirviendo el desayuno, pero no había nadie más. Cogí un plátano, me metí en la boca una loncha de queso y unas fresas, y salí de allí con la taza de café en la mano.

— Theo. — Mi madre apareció delante de mí de camino al garaje. — ¿Vas a salir corriendo otra vez hoy?

— Tengo asuntos importantes que atender.

— ¿Y tu mujer?

— Está bien, Rosimeire. — Besé a mi madre en la mejilla antes de pasar junto a ella.

— ¡Theo! — gritó, pero no le presté atención y seguí caminando.

En el garaje, Rómulo ya estaba junto al coche y me abrió la puerta para que entrara en cuanto me vio.

— ¿Se ha ido Marco?

— Sí, señor.

— Así que vamos.

El hombre del asiento del conductor arrancó el coche y salió de la mansión. Recorrimos las calles atestadas de gente, en su mayoría turistas, hasta que llegamos en medio de un oasis tecnológico que destacaba entre tantos edificios antiguos con fachadas centenarias.

Me arreglé el traje y bajé a la entrada, seguido por Rómulo.

La recepción del edificio era enorme, con un conjunto de sofás para que la gente esperara y un mostrador con tres recepcionistas. La empresa tecnológica parecía tan legítima como cualquier otra, pero no era más que otro de los muchos negocios de la familia. Era el gran juguete de mi hermano pequeño, que se había interesado por ese sector desde niño.

Me acerqué a los carritos y puse el dedo en el lector biométrico, abriendo el acceso para mí y el hombre que me acompañaba. Los ascensores estaban a pocos metros, y cuando entramos en uno de ellos, pulsé la planta hasta el sótano, donde técnicamente estaban los servidores, pero también se escondía un equipo que se ocupaba directamente de los asuntos de la mafia.

Seguimos por el oscuro pasillo y llegamos a una de las muchas puertas cerradas que hay allí abajo. El programa leyó mi huella dactilar y mi retina antes de dejarnos entrar.

Dentro de la sala, estaban mis hermanos y una decena de programadores en máquinas de última generación. Yo podía hacer mucho daño con un arma, pero Mateo era imbatible cuando controlaba una de esas cosas.

— ¿Qué ha pasado?

— Me alegro mucho de que estés aquí, Theo. — Marco se volvió hacia mí.

— Por razones de seguridad. — Empezó el más joven. — Es habitual que utilice el sistema de reconocimiento facial de las cámaras de la ciudad, e incluso del país, para ver las posibles amenazas que nos acechan, al menos las que ya conocemos. El software está automatizado y hace este trabajo veinticuatro horas al día, todos los días.

— Ve directamente a la parte en la que empiezo a entender de qué estás hablando.

— Cuando encuentra a alguien sospechoso, envía una alerta. Ya sea un ruso, un japonés o alguien de otra mafia conocida que pueda causarnos problemas.

— ¿Y a quién vio?

Mateo cogió una tableta y jugueteó con la pantalla, reproduciendo una imagen de un hombre en la sala VIP del aeropuerto. Parecía un tipo cualquiera. Debía de tener unos cuarenta años, vestía traje y tenía el pelo canoso.

— Este es Jacob Faustos. Es uno de los *capos de* la mafia italoamericana. Nuestro padre hizo negocios con él hace más de una década y no hemos tenido contacto desde entonces.

— ¿Y qué crees que hacía en Roma? — Me crucé de brazos mientras miles de posibilidades vagaban por mi mente.

— Seguimos sin saberlo. — Mateo puso un vídeo y seguimos al hombre y sus secuaces en varias cámaras de la ciudad.

— ¿Quieres que vaya y me enfrente a él? — Me quedé mirando al hombre.

— Aún no hay muertos. — Marco se metió las manos en los bolsillos. — Mateo estará atento y nos mantendrá al corriente de cualquier información.

— ¿Crees que se presentará formalmente? — le pregunté.

— Eso espero, pero podría estar de vacaciones en Roma y no querer armar lío en vano.

— ¿Te lo puedes creer? — Casi me río.

— No, pero quiero que sea una posibilidad.

— Nuestro tío estaba con los americanos. ¿No crees que sería un buen momento para hablar con él? Él podría saber lo que este tipo está haciendo en Roma. — Mateo dejó su tableta sobre la mesa.

— Todavía no sabemos si es de fiar. — Añadí. Había algo dentro de mí que no me dejaba bajar las defensas ante mi tío, aunque no tuviera nada concreto contra él. Mi instinto ya me había ayudado mucho a lo largo de mi vida y no podía ignorarlo. — Sé que te cae bien, Mateo. Sin embargo, hace diez años que no le vemos. Podrían haber pasado muchas cosas durante su estancia en América. Mantén los ojos abiertos y no le digas nada a nuestro tío. Si yo fuera tú, también pondría esos ojos electrónicos tuyos en él.

— Theo tiene razón, — Refuerza Marco frunciendo el ceño.

— ¿No crees que estás siendo demasiado duro con él? Es nuestro tío, tiene nuestra sangre y, a pesar de haber pasado la última década en América, sigue siendo italiano.

— No pongo las manos en el fuego. — Mantuve una postura firme. Sabía que era el más severo y desconfiado de los tres.

— Haz lo que dijo Theo. Fíjate si los dos se han encontrado. Mantente alerta y avísame si notas algo. Nuestro tío se fue porque yo no lo quería como mi *consigliere*. Puede que lo haya superado o puede que no, pero en nuestra posición no podemos permitirnos no sospechar de alguien, sea quien sea.

— Tienes razón, Marco. — Asintió Mateo. — Mis hombres vigilarán a nuestro tío y al americano. Si se encuentran, lo sabremos.

— Bien. — Marco relajó un poco la postura. — Volvamos a casa. — Me dio una palmada en el hombro. — Tenemos una entrega que recibir y distribuir al norte de nuestro país.

Asentí y seguí a mi hermano mayor, junto con Rómulo y los otros dos soldados, que habían acompañado a Marco a la sala donde Mateo y sus hombres guardaban los ordenadores valorados en miles de euros. A veces me burlaba del menor por lo que costaba todo aquello, pero muchas veces había resultado muy útil, empezando por encontrar a mi cuñada fugitiva en Milán.

— Parece que tu noche ha sido mejor que la anterior. — Susurró Marco mientras caminábamos uno al lado del otro por la recepción del edificio.

— Nos estamos entendiendo. Creo que va a llevar un tiempo.

— Sí, así es, pero me alegro de que hayan llegado a un acuerdo. No quiero que seas infeliz, hermano.

— Gracias.

— El hecho de que hoy no te hayas despertado con sed de sangre ha sido un gran avance. — Marco se rió y yo acabé riéndome con él.

No quería confesarle a mi hermano que no había tenido a mi mujer la primera noche, ni que gran parte de mi enfado se debía a la frustración que sentía. Tenía un deber con la familia y no quería parecer débil ante ellos. La forma en que Tatiane me trataba era mi problema, pero con

su franqueza, podíamos encontrar un equilibrio entre mi dolor por la muerte de mi padre y el suyo por la de su hermano.

— Sigo dispuesto a matar al americano. — Bromeé, pero con una pizca de verdad.

— Baja tu pistola por ahora. No necesitamos una guerra con ellos. Por el momento, las armas de Mateo son más eficaces.

— Depende de ti. — Me encogí de hombros.

— Volvamos a casa. — Marco puso fin a la conversación cuando llegamos a los coches.

Mi intuición me decía a gritos que había algún motivo más importante para que los estadounidenses estuvieran allí que unas simples vacaciones, y esperaba que lo descubriéramos antes de que fuera demasiado tarde para cualquiera de nosotros.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

TATIANE

Capítulo veintisiete

Salí de la habitación en cuanto terminé de arreglarme. Elegí una falda que no enseñara demasiado, pero seguía llevando una blusa que lo cubría todo. Sentía mi cuerpo diferente y me preguntaba si notarían que algo había cambiado en mí. A pesar de todos los cuidados de mi hermano, no tenía ninguna instrucción sobre cómo era la vida de una mujer casada. Lo poco que sabía era alguna información que Ángela me había transmitido a lo largo de mi vida, pero la mayor parte la aprendía de memoria.

— Buenos días. — me sonrió Laís cuando la vi en el salón con el recién nacido en brazos.

— ¡Hola! — Sonreí mientras me acercaba a ella, observando al bebé que dormía tranquilamente en su regazo. — ¿Todo bien entre ustedes?

— Sí. Sólo come y duerme la mayor parte del tiempo.

— Es bonito.

— Sí. Tiene los ojos de su padre.

— Sin duda va a ser un hombre hermoso. — Alargué la mano y toqué la cabeza del bebé.

— Tatiane, te estaba buscando.

Me di la vuelta y encontré a mi suegra de pie a unos metros, mirándome.

— Hola. — Le dediqué una sonrisa forzada.

— ¿Quieres desayunar? La camarera ya ha recogido la mesa.

— Puedo comer algo en la cocina.

— Entonces ven, es tarde.

Me acerqué a Rosimeire y ella me acarició el brazo. Le sonreí mientras me conducía a la cocina.

— ¿Te encuentras bien?

— Sí. ¿Por qué no iba a estarlo? — Fruncí el ceño, aunque me di cuenta de que intentaba averiguar cómo iba mi relación con su hijo.

— ¿Está bien mi hijo? — me volvió a preguntar.

— Lo estaba cuando se fue esta mañana, pero no sé dónde está ahora.

— Tomó algunas cosas para comer y ni siquiera se sentó a la mesa.

— Me dijo que tenía algo importante que resolver. Imagino que eran asuntos de la mafia, así que no entré en detalles. Rosimeire, ¿puedo preguntarte algo? — Empalmé una información con otra antes de llegar a la puerta de la cocina, sin darle tiempo a decir nada sobre mi respuesta.

— Sí.

— ¿Cuánto tardaré en tener un bebé después de...? — Me detuve en seco. Sin embargo, fue suficiente para que ella entendiera a qué me refería.

— ¿Para que te quedes embarazada?

Moví la cabeza afirmativamente.

— Lo siento, no sé mucho al respecto.

— Es horrible pensar que nos siguen educando para casarnos, dejándonos completamente ajenos a lo que ocurre, como si aún estuviéramos en la Edad Media.

Me quedé mirándola mientras estábamos en la puerta de la cocina. Por suerte, la criada de la habitación no nos prestaba atención; mantenía la atención en la comida que estaba preparando.

— Suele tardar unos meses desde que la pareja empieza a mantener relaciones sexuales, pero todo dependerá de tu cuerpo y del de mi hijo. Si todo funciona como debería, pronto estarás embarazada de él. Solo llevan casados unos días, no hay necesidad de preocuparse por eso ahora. Tendrás un hijo cuando llegue el momento. — Me puso la mano en la barriga y me sonrió. — Por ahora, preocúpate de pasarla bien con él y de ser feliz.

Puse mi mano sobre la suya y nos quedamos así unos minutos.

— ¿Cuándo sabré que estoy esperando un bebé?

— Vamos a comer algo y a hablar en la biblioteca, ¿sí?

Moví la cabeza afirmativamente.

Rosimeire pidió a la criada que preparara un plato con algo de fruta y una rebanada de pan con queso, y me lo entregó mientras mi suegra me dirigía a su habitación favorita de la casa.

Tuvimos una conversación muy esclarecedora sobre todo lo que nunca me habían contado a lo largo de mi vida, y Rosimeire no tuvo ningún reparo en responder a mis preguntas sobre la concepción, además de sugerirme que el médico que la atendía a ella y a Laís me hiciera una visita para ver si todo iba bien conmigo.

— Muchas gracias.

— En absoluto. — Me sonrió cálidamente. — Nunca he tenido hijas, pero en cierto modo, eso es lo que ustedes dos son para mí.

— No tuve la oportunidad de vivir con mi madre. Cuando murió, yo era muy joven. No sé cómo habría sido mi vida si la hubiera tenido, sobre todo por lo que la gente decía de ella.

— Era prostituta, ¿no?

— Eso es lo que Edna solía decir, pero no estoy segura de poder creer todo lo que dice, sobre todo porque no le caía bien.

— Aquí siempre seré sincera contigo.

— Gracias.

— Espero que tú lo seas con el resto de nosotros.

Moví la cabeza afirmativamente, pero miré al suelo alfombrado, todavía un poco avergonzada.

— Sé que la muerte de tu hermano es todavía reciente, y puedo asegurarte que, incluso después de once años exactos desde que murió Lorenzo, sigo echándole de menos todos los días. No es un dolor que desaparezca, pero uno se acostumbra.

Miré fijamente a aquella mujer y se me revolvió el estómago al saber que el verdadero responsable de la muerte de Lorenzo dormía bajo el mismo techo que el resto de nosotros.

— No quería que pasara eso. — Dije, abrumada por la culpa.

— Sé que no lo hiciste. Eras sólo una niña, pero dejemos a un lado nuestras heridas y celebremos los momentos felices, porque son los que nos mantienen vivos. Yo ya no tengo a mi marido, pero sigo teniendo a mis hijos y a ustedes dos. Además, esta casa pronto estará llena de nietos.

— Sí.

— Quiero que Theo y tú sean felices, niña. — Me acarició la mejilla.

— Yo también.

— Sólo tienes que permitir que entre la felicidad. Ya se ha derramado suficiente sangre y ya no hay necesidad de venganza.

Negué con la cabeza.

— Ahora voy a ver si Laís y el pequeño Dante me necesitan.

Asentí y salió de la biblioteca, dejándome sola. Me quedé mirando los libros durante unos minutos hasta que decidí intentar llamar a Ángela y averiguar si ella y los chicos habían conseguido volver a mi ciudad natal.

Desde luego no fue la mejor idea que tuve, porque en cuanto puse un pie en el pasillo lo vi. Me quedé completamente helada de miedo. ¿Desaparecería alguna vez la inquietud que sentía a su alrededor?

— ¿Estás aquí sola?

— En realidad, iba a ver si Rosimeire y Laís necesitaban mi ayuda con Dante.

— ¿No crees que hay demasiadas mujeres para cuidar a un solo bebé? Estoy segura de que será el próximo jefe de la mafia italiana, pero por ahora no es más que un charco de caca y llanto. — Leonel se acercó a pocos centímetros de mí e intenté retroceder hacia la biblioteca, pero antes de que pudiera cerrar la puerta con él fuera, el viejo entró conmigo y me apretó contra

la superficie de madera desde dentro.

— Ayer oí tus gemidos y me pregunté qué te estaría haciendo. — Deslizó su mano arrugada por un lado de mi cara hasta agarrarme la barbilla, presionándola dolorosamente.

— ¡Eso no es asunto tuyo!

— Es una pena que no. A veces un hombre más experimentado podría darte más placer. — Me agarró la falda y empezó a subírmela. Lo primero que pensé fue en gritar, pero tenía miedo de que me hiciera daño. — Solo esperaba que se llevara su virginidad para que pudiéramos divertirnos sin levantar sospechas.

Una lágrima corrió por mi mejilla cuando me tocó el muslo y recorrió con sus dedos mi ingle, llegando a mi zona íntima.

— ¡Suéltame!

— ¿Por qué iba a hacerlo?

— Soy la esposa de Theo.

— No me importan los títulos ni la posesión.

— ¡Te matará si se entera! — Mostré los dientes mientras intentaba apartarlo.

— ¿Crees que te creerá?

— Sé lo que hiciste. — Amenacé en un intento de salvarme.

— Aún no he hecho nada, pero tengo intención de hacerlo, y te gustará.

— ¡Fuiste tú!

— ¿Adónde quiere llegar con esto, niña? — Me miró con cara de confusión, pero no se apartó, permaneciendo con sus asquerosas manos sobre mí, lo que no hizo sino aumentar mis ganas de vomitar.

— Sé que estás detrás de todo, que es culpa tuya que tu hermano esté muerto. — Lo empujé con todas mis fuerzas.

Su sorpresa ante mis palabras le hizo tambalearse hacia atrás.

— ¿De dónde has sacado eso? ¿Te has vuelto loca?

— Hiciste que mi hermano matara a Lorenzo para que no tuviera que entregarme a ti. Ahora intentas conseguir lo que mi hermano no te dio.

— No sé de dónde has sacado esa idea, pero es lo más estúpido que he oído nunca.

Independientemente de la respuesta de Leonel, no me quedé en la biblioteca para discutir con él. Aproveché para abrir la puerta y salir corriendo. Tropecé en medio del pasillo y casi me caigo, pero sólo me detuve cuando llegué a la puerta de la habitación de Theo, nuestro dormitorio, y la cerré con llave.

Mi corazón se aceleraba, temblaba de pies a cabeza. Theo había dicho que nunca me violaría, pero me di cuenta de que Leonel no tenía el mismo honor y lo habría hecho si yo no hubiera conseguido escapar.

El picaporte giró y mi miedo alcanzó niveles inimaginables. En cuanto la puerta no se abrió, se oyeron golpes cada vez más fuertes. Los ignoré todos. No iba a abrir la cerradura, porque era lo único que me protegía del monstruo que había afuera.

— ¡Tatiane!

Parpadeé varias veces hasta que la voz volvió a sonar.

— Tatiane, ¿estás ahí?

— ¿Theo? — pregunté incrédula.

— Sí. Abre la puerta.

Aún temblorosa, con las piernas temblorosas y una mezcla de pavor e inseguridad, la abrí. Mi mayor temor era que estuvieran los dos juntos. Fue un alivio inimaginable cuando vi a mi marido solo en el pasillo. Me lancé sobre él, agarrándolo por el cuello. Fue como si mis brazos fueran un ancla y él, extrañamente, mi puerto seguro.

— ¿Tati? — Me rodeó la cintura con los brazos y escondí la cara en su cuello. — ¿Está todo bien?

— Sí.

— Parece que hubieras visto un fantasma.

— No fue nada.

— ¿Por qué tiemblas? — Entró conmigo en la habitación y cerró la puerta.

— No es nada.

— ¡Dime Tatiane! — Su voz adquirió un tono más áspero, exigiéndome una respuesta.

— No me dejes sola.

— Ven aquí. — Se sentó en la cama y me acomodó en su regazo, y yo me acurruqué a su lado como una niña asustada. — Parece que te has llevado un susto. ¿No vas a contarme lo que ha pasado?

— Eso era, un susto. — Moví la cabeza afirmativamente varias veces.

¿Cómo iba a decirle a mi marido que su tío había intentado abusar de mí? Nuestra cercanía era reciente y él no me creería, como tampoco creería que Leonel era el verdadero culpable de lo que le había pasado a su padre.

— ¿Qué te parece si vamos a comer? — Me acarició el pelo y me dio un cariñoso beso en la coronilla, como hacía Tiago para calmarme cuando tenía pesadillas por la noche.

— Tengo hambre.

— Yo también.

Theo me puso en pie y entrelazó sus dedos con los míos mientras me guiaba por el pasillo. De camino al comedor, me topé con el causante de todo mi tormento y me dirigió una discreta sonrisa que Theo no notó, pero que me hizo encogerme aún más contra mi marido.

Sólo me tranquilicé cuando estuvimos en el comedor rodeados de todos, pero aún me preocupaba que dijera algo que pudiera tener repercusiones para mí. La verdad había sido reveladora y me ayudaría a adaptarme poco a poco a la familia, pero mi tranquilidad no parecía durar mucho.

— ¿Te encuentras mejor? — me preguntó Theo cuando terminamos de comer.

Moví la cabeza afirmativamente.

— ¿Ni siquiera han comenzado a tener sexo y ya la dejaron indispuesta? Tómala con calma, Theo. — Se burló Mateo, que acabó gimiendo de dolor al recibir un codazo de su madre.

— Compórtate.

— Yo no soy el gladiador aquí. — Le guiñó un ojo a su hermano, que movió la cabeza negativamente.

— ¿Vas a salir? — le pregunté a mi marido.

— Marco y yo tenemos asuntos que discutir.

— ¿Puedes acompañarme a mi habitación? — Mateo soltó otra risita y recibió otro pellizco de su madre. Sólo entonces me di cuenta del tipo de interpretación que mi discurso podría haber abierto, incluso para mi marido. Sin embargo, no me importaba, mientras me mantuviera a salvo de su tío.

— Sí, vamos. — Theo volvió a entrelazar sus dedos con los míos y apartamos las sillas para salir del comedor.

Mi miedo aumentó cuando pasamos junto a Leonel y nos miró fijamente hasta que nos perdimos de vista.

Theo subió conmigo y cerró la puerta tras nosotros. Era increíble lo segura que me sentía en su presencia después de haberle tenido tanto miedo. — ¿Segura que estás bien? — Me acarició la mejilla y apoyé la cabeza en su mano.

— Sí, segura.

Theo me sostuvo la cara antes de acercar su boca a la mía. No lo rechacé, ni lo negué. De hecho, disfruté del beso y de la sensación de paz que me produjo. Me entregué al sabor de su lengua. Mi marido me rodeó con los brazos, apretándome contra su pecho firme. El beso se hizo más intenso y una de sus manos recorrió el costado de mi cuerpo hasta llegar a mi pecho, que apretó y acarició. Cuando apartó la mano, pensé que iba a dejar de tocarme, pero Theo la deslizó por dentro de mi blusa, me levantó el sujetador y me tocó directamente el pecho. Mientras jugaba con mi pezón, su boca se deslizó hasta mi oreja y su aliento caliente me produjo un escalofrío

que me puso los pelos de punta.

— Tengo que recordar que no tienes experiencia.

— ¿Por qué? — pregunté en voz baja y entumecida. Era extraño pensar que hombres con las mismas intenciones pudieran tener efectos tan diferentes en mí.

— Porque me encantaría tenerte como mi postre, pero sólo tenemos unos minutos antes de que Marco empiece a llamar a esa puerta.

— ¿Y cuántos minutos necesitas? — pregunté con todo mi aire de inocencia.

— No me provoques. — Su voz era ronca y muy *sexy*.

— Entonces, ¿qué hago? No lo entiendo.

— ¡Ah, que se joda! Que espere Marco. — Theo se arrodilló frente a mí y me levantó la falda, dejando la tela para que la sujetara. Sin calma, me bajó las bragas con un solo movimiento, haciendo que cayeran hasta mis espinillas. Levanté los pies y los dejé en el suelo, segundos antes de que su cabeza se acercara.

Aferré con más fuerza la tela de mi falda cuando su cálido aliento se acercó a mis partes íntimas, y sentí el roce de sus labios y el peso de su lengua.

— ¡Theo!

— Relájate... — Agarró el interior de mis muslos y los separó.

Mi cuerpo cayó hacia atrás y tuve que apoyarme en sus hombros. Theo tomó una de mis piernas y la puso sobre su hombro y yo me agarré a su pelo en busca de estabilidad, pero acabé apartándole cuando una oleada de placer empezó a surgir de la zona donde me tocaba con la lengua.

No me había dado cuenta de que podía hacerse así, pero cedí a la necesidad de más, tirándole del pelo en el momento exacto en que Theo me introducía el dedo y lo movía por mi canal, mientras sus labios me chupaban ligeramente. Tuve que cerrar la boca para no gritar, aunque lo deseaba. Fue bueno, maravilloso, incluso mejor que lo que me había pasado por la mañana, no podría describirlo, y no pasó mucho tiempo antes de que la explosión en mi interior me golpeara con fuerza y me dejara completamente aturdida. Continuó unos segundos más hasta

que retiré la cabeza, ya que mi cuerpo necesitaba recuperarse de la mecha.

Theo se puso de pie y me observó retorcerme. La sonrisa que me dedicó parecía indicar que le gustaba lo que veía.

— Esta falda me estorba. — Me agarró de la cintura y la empujó hacia abajo, haciendo que se uniera a mis bragas.

Volvió a acercar su cuerpo al mío y nuestras bocas se unieron una vez más. Sus inapropiados besos y caricias me envolvieron tan completamente que olvidé que tenía miedo de Leonel.

Theo deslizó su mano aterciopelada por mi muslo y levantó mi pierna, poniéndola alrededor de su cintura antes de desabrocharse los pantalones y bajárselos, junto con los suyos. Su miembro rozó mi entrada y me estremecí ante el deseo incontrolable que me consumía. Lo quería dentro de mí y mi marido no tardó en cumplir mi silenciosa petición. Me sujetaba con una mano y se apoyaba en la puerta con la otra mientras se movía hacia delante y hacia atrás dentro de mí.

— Theo, ¡tenemos que irnos, maldita sea! — Oí un golpe firme en la puerta que me sobresaltó y me hizo empujarle, pero no se movió.

— Cálmate. — Me dio besos suaves. — No necesitamos parar.

— ¿Pero tu hermano?

— Puede esperar un poco.

— ¡Theo! — Marco gritó de nuevo.

— Nos vemos en el garaje dentro de diez minutos. — Respondió mi marido.

— ¿Quién es el puto conejo ahora? — Oí a Marco resoplar, pero pronto se hizo el silencio en el pasillo.

Theo volvió a besarme y, en cuanto sus manos se deslizaron de nuevo por mi cuerpo, volví a tener ganas y, cuando sentí su líquido bañando mis entrañas, me agarré a sus hombros, tratando de alcanzarle una vez más.

— Date una ducha y descansa. Continuaremos más tarde. — Me dio unos cuantos besos más antes de separarse de mí.

Sentí su semen correr por mis piernas mientras Theo iba al baño y volvía con la ropa puesta.

En cuanto salió de la habitación, cerré la puerta inmediatamente antes de quitarme el resto de la ropa para darme una ducha. Fue mucho más rápido que la noche anterior, pero incluso mejor, porque Theo tenía razón sobre el dolor. Aparte de una incomodidad inicial, pronto desapareció, dejando sólo placer.

Tras salir del baño y secarme el pelo, cogí el móvil y vi que había una llamada perdida de Ángela, que devolví. No contestó la primera vez, pero insistí y pronto oí su voz.

— ¿Tatiane?

— ¿Estás muy ocupada?

— No, sólo estaba lejos de mi móvil. ¿Qué tal?

— Bien.

— ¿Y tu marido?

— Él también lo está.

— ¿Qué hay de la conversación que tuvimos? ¿Siguen distanciados o la relación ha mejorado un poco?

— Sucedió.

— ¿Qué ha pasado? ¿Te quitó la virginidad?

— Así es. — Sentí que mis mejillas se sonrojaban al admitirlo, pero mi cuñada no era la primera persona con la que hablaba de ello.

— ¿Y cómo te trató? Algunos hombres tienden a ser muy rudos. Sé que puede ser muy doloroso.

— Me pareció muy paciente y sólo me dolió la primera vez.

— ¡Qué bueno! — Pude ver su cara de sorpresa al otro lado de la línea. — ¿Hubo más de una vez?

— Durante la noche y ahora mismo.

— ¡Epa! Le gustaste. ¿Cómo te sientes?

— Bueno... Extrañamente bien.

— Eso es genial, Tatiane. Muy bueno. Que él sea amable contigo y que el sexo sea placentero es casi una bendición.

— ¿Cómo era con mi hermano? — Me tomé la libertad de preguntar. Éramos dos mujeres casadas y pensé que debíamos tener libertad para hablar.

— Tiago era bueno conmigo y yo le quería.

— ¿Y si me enamoro de Theo? — Respiré hondo, temerosa de su respuesta, al recordar cómo me había acogido cuando estaba completamente desestabilizada por lo que había hecho Leonel.

— Es lo mejor que te puede pasar, ya que estás atada a este hombre para el resto de tu vida.

— ¿No crees que Tiago se enfadaría, esté donde esté? — Sentí una punzada de arrepentimiento.

— Tu hermano te quería bien y feliz.

— Gracias. — Me quedé en silencio unos minutos antes de decidirme a hablar. Mi cuñada era la persona en la que más confiaba y no había nadie más a quien pudiera contárselo. — Ángela... — Me atraganté a medio camino y casi pierdo los nervios.

— ¿Qué ocurre?

— Leonel casi... Intentó... Quería que yo...

— ¿Abusar de ti? — Terminó adivinando lo que no podía desahogarme.

— Sí.

— ¿Cuándo?

— Esta mañana. Cuando Theo no estaba en casa.

— ¿Le contaste a tu marido lo que pasó?

— No. Me temo que no me creerá. Es su tío.

— Si esto vuelve a pasar, tienes que decírselo a Theo. Él es el único que tiene el poder de protegerte. Como su esposa, no te gustará la idea de que otro hombre, sea quien sea, intente tocarte.

— Se lo dije a Leonel. Le dije que sabía que era responsable de la muerte de Lorenzo.

— ¿Por qué?

— Fue la única forma que se me ocurrió para que me dejara ir. Lo siento, Ángela, sé que dijiste que no se lo dijera a nadie, pero tenía miedo y no quería que ese hombre me tocara.

— Está bien, Tatiane. Sólo respira. Tienes que tener mucho cuidado con este hombre. No sabemos lo que podría intentar hacerte.

— Tengo miedo. — admití mientras me daba la vuelta en la cama y me encogía.

— Ya lo sé, pero tómatelo con calma. — La voz de Ángela era muy tranquila, pero después de toda la responsabilidad que había asumido, necesitaba saber cómo reaccionar en todo tipo de situaciones. — Estaba pensando en dar una fiesta aquí en Palermo para celebrar nuestra alianza y unión con los Bellucci. Aparecer todos juntos será una buena influencia para los hombres, y creerán en la estabilidad de mi poder. Invitaré a tu marido y le pediré que me ayude a convencerle para que venga. Los dos pueden pasar unos días aquí en Sicilia, mientras las dos pensamos cómo sortear la situación con Leonel.

— Leonel es poderoso.

— Ahora eres una Bellucci, Tatiane. Leonel es un fósil, y tu marido pertenece a la generación que gobierna Italia. Si sabes utilizar las armas que tienes a tu disposición, podrías ser incluso más poderosa que él.

No contesté nada, su afirmación me desconcertó y me dejó pensando. Aquella boda podía

significar muchas cosas para mí que iban más allá de mi relación a cuatro paredes con Theo.

— Soy una princesa en Italia.

— Exacto, y Leonel ya no tiene ningún poder. El puesto que era suyo en la época de Lorenzo lo ocupa ahora Theo. Pero aún puede causarnos muchos dolores de cabeza si no sabemos cómo lidiar con sus payasadas.

— Llevar a Theo a Palermo es buena idea, me hará bien pasar un tiempo donde nací.

— Le llamaré hoy.

— Gracias, Ángela.

— De nada. Cuídate y ten mucho cuidado.

Me despedí y, aún después de apagarme, permanecí en mi habitación el resto del día. No me atreví a salir, porque no quería arriesgarme a que Leonel me sorprendiera de nuevo. Sólo fui a cenar cuando llegó mi marido y bajamos juntos.

Esperé a que estuviéramos solos para hablar de viajar a Sicilia. Afortunadamente, él ya había decidido ir y mi buena disposición hizo confirmar nuestra partida.

No nos iríamos hasta el fin de semana, después de que él hubiera arreglado algunas cosas con sus hermanos. Cuando Theo se fue de casa, hice todo lo posible para no quedarme sola. Le pedí a Rosimeire que me enseñara a bordar e incluso me ofrecí a cambiar los pañales sucios del pequeño Dante. Leonel estaba siempre al acecho, pero no tuvo ocasión de hacerme nada. Puede que aún fuera una recién llegada a la casa, pero dudaba que no creyeran a los otros dos. Admito que no me sentí realmente segura hasta que subí al avión que me llevó a la isla donde había nacido.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

THEO

Capítulo veintiocho

Caía una fina lluvia cuando llegamos al aeropuerto de Palermo. Tatiane se aferró a mi abrigo mientras la brisa la erizó y yo la protegí con el brazo hasta que Rómulo abrió un paraguas sobre nosotros, guiándonos hasta uno de los coches que nos esperaban en la pista.

— Gracias. — Tatiane le sonrió mientras nos acomodábamos en la parte trasera del coche.

— De nada, señora. — Rómulo cerró la puerta y se sentó en el asiento del carruaje. — ¿Adónde vamos ahora, señor?

— Al hotel.

— ¿No vamos a ver a Ángela? — Tatiane se volvió para mirarme.

— Primero vamos a instalarnos en el hotel. Quizá salgamos a cenar y disfrutemos un poco de la ciudad, ya que no tuvimos luna de miel y la fiesta de tu cuñada no es hasta mañana.

— Me parece perfecto. — A mi mujer se le iluminaron los ojos cuando le conté mi plan.

— ¡Qué bueno! — Le tiré de la barbilla y le di un beso rápido.

Tatiane se había entregado a mí y no parecía haberlo hecho sólo en cuerpo. Después de nuestra primera vez, la relación había mejorado considerablemente. Me permitía acercarme y se acurrucaba a mi lado siempre que podía. No entendía qué la asustaba tanto cuando la dejaba en casa, porque era el lugar donde debería haberse sentido más segura, en compañía de mi madre y de la mujer de mi hermano, con decenas de guardias vigilándola día y noche. Quizá Laís le había contado lo del ataque e invasión de Donatella, pero mi mujer lo esquivaba cada vez que le preguntaba.

De todos modos, una vez que arreglamos nuestras cosas, empecé a entender por qué a Marco le gustaba tanto estar casado.

El coche se detuvo frente a nuestro hotel y Rómulo fue el primero en bajar, comprobando que el lugar era seguro antes de que Tatiane y yo entráramos en recepción. Tomé la llave de la

suite presidencial y subí con mi mujer. Esa vez, había acordado con Rómulo que estuvieran alerta en la habitación delantera, ya que quería intimidad con mi mujer. Se rió cuando se lo dije, porque conocía mis ambiciones, pero ¿quién iba a juzgarme por querer estar a solas con ella?

— Creo que esta habitación es preciosa. — Tatiane suspiró cuando abrí las puertas dobles.

— Estaba muy bien decorada.

— Imagino que aquí las habitaciones están muy concurridas. — Suspiró mientras se tiraba en uno de los sofás.

— Una parte siempre está vacante. Incluyendo esta.

— ¿Por qué?

— Para blanquear dinero. Se registran como habitaciones ocupadas, el dinero de la mafia entra para pagarlas, dejando las cuentas en orden. El gobierno recauda sus impuestos y el dinero queda limpio para que lo gastemos en lo que queramos.

— Entiendo.

— ¿De verdad?

Ella movió la cabeza afirmativamente y yo me reí.

— ¿Cuándo vamos a comer? Tengo hambre.

— ¿Quieres ir ahora a un restaurante? — Me arreglé el traje y ella cogió un pequeño bolso.

— Me gustaría salir a comer. Paso mucho tiempo en esa casa y estaría bien ver el mundo exterior, aunque solo fuera un poco.

— Sé que es una molestia, pero es para mantenerte a salvo.

— Tienes muchos enemigos, lo sé. — Ella resopló. — No es muy diferente de cuando vivía con Tiago.

— Me alegro de que lo entiendas. — Me acerqué a ella y la besé brevemente, viendo

surgir una sonrisa socarrona.

Fue mucho más fácil enfrentarme a esa expresión cuando me acerqué a ella que a la enjuiciadora que me culpaba de lo que le había ocurrido a su hermano.

— ¿Vamos? — Le tendí la mano y Tatiane enredó sus dedos en los míos.

Caminamos por el pasillo y llamé a la puerta principal. Pronto salió Rómulo con los otros hombres y nos acompañaron a un restaurante situado a dos manzanas del hotel. El lugar era hermoso, sofisticadamente decorado y siempre lleno de turistas. La gente más rica del mundo que venía a Palermo comía allí. De este modo, el lugar no llamaba la atención de los inspectores por los exorbitantes ingresos que obtenía, aunque gran parte de ellos fuera dinero procedente del narcotráfico.

— ¡Señor Bellucci! — saludó la recepcionista en cuanto entré con Tatiane y mis hombres. — Es un honor darle la bienvenida. No sabía que estuviera en la ciudad.

— Acabamos de llegar.

— Imagino que es la encantadora Sra. Bellucci. — Se acercó a Tatiane y mi mujer me agarró del brazo, conteniéndose. — Es aún más hermosa en persona de lo que dicen los comentarios.

— Gracias.

— Es un honor saber que una siciliana forma ahora parte de la familia Bellucci.

Tatiane no dejaba de sonreír. Yo no quería que esa conversación continuara, sólo nos hacía perder el tiempo.

— No tenemos todo el día, ¿cuál es mi mesa?

— Sí, señor, lo siento. — Nos hizo un gesto para que le siguiéramos a la mesa del centro de la sala.

Sentí que las miradas de los demás clientes se volvían hacia nosotros, sobre todo cuando cinco camareros se acercaron para servirnos, mostrando que estaban a mi disposición.

— Menú. — Levanté la mano y pronto me pusieron uno delante y le entregaron otro a mi

mujer.

— Gracias. — Tatiane los miró. — ¿Necesitas todo esto? — Sacudió la cabeza de un lado a otro.

— Apártense, que quede solo uno. — Ordené.

Los camareros asintieron y fueron a servir a los demás clientes, dejando sólo a una camarera para tomar nuestro pedido.

— Parecen robots. — Tatiane se rió.

— Queremos dejar claro que siempre estamos disponibles. — La camarera se aventuró a responder, cruzando los brazos delante del cuerpo inmediatamente después.

— Entendido. — Murmuró mi mujer. — Tomaré vieiras con *muselina de* coliflor de entrante.

— Sí, señora.

— Para mí, podría ser *un carpaccio de* salmón y un *Sauvignon blanc para* acompañarlo.

— Sí, señor. — La camarera esperó hasta que la despedí con un gesto.

— Es curioso el miedo que te tienen.

— Todo el mundo suele tenerme miedo. ¿Tú no lo tienes? — Me incliné sobre la mesa para acercar mi cara a la suya.

— Ya no. — Me miró con la misma firmeza y me sorprendió.

— ¿Por qué?

— Si fueras a hacer algo contra mí, ya lo habrías hecho.

— No sólo por eso. Eres mi esposa, Tatiane. Siempre será mi deber honrarte y protegerte.

— ¿Aunque sea la hermana de Tiago? — preguntó, intentando desestabilizarme, pero no lo consiguió.

— Por mucho que la situación nos siga doliendo a ambos, la sangre derramada ya ha sido pagada con creces. No hay razón para que busque ningún tipo de castigo contra ti o incluso

contra la familia de tu hermano. Ya he cumplido mi promesa a mi padre de vengarme por lo que le ocurrió, y no necesito darle más vueltas. Por fin estoy listo para dejar atrás el pasado y seguir adelante con mi vida. ¿Lo estás tú?

— Dejé de luchar contra su presencia.

— Es un buen comienzo.

Extendió la mano para tocarme la cara y no me inmuté, dejando que sus dedos recorrieran mi mejilla y palparan los pelos de mi barba sin afeitar.

La camarera se acercó con el vino y nuestros entrantes y yo refunfuñé en voz baja porque Tatiane se había alejado de mí asustada.

Era sorprendente pensar que la mujer sentada frente a mí era la misma que se había apoderado de mis pensamientos tras un simple vistazo en un club nocturno. Seguía siendo encantadoramente hermosa, pero la imagen que tenía ahora de mi esposa era muy distinta de la que había tenido en el momento en que pensé que no era más que una prostituta.

Marco quería que me casara y dejara de ir a clubes y discotecas, y ahí estaba yo.

— ¿Qué te pasa? — me llamó Tatiane y yo parpadeé un par de veces.

— Nada.

— Tenías los ojos vacíos y, sin embargo, seguías mirándome.

— ¿No puedo mirar a mi mujer? — Le sujeté la barbilla y Tatiane volvió la cara avergonzada y luego disimuló su bochorno volviendo a comer.

— Tú puedes.

Clavé el tenedor en una loncha de salmón, me la llevé a la boca y mastiqué antes de reanudar la conversación.

— ¿Qué te asusta tanto de la mansión, Tatiane?

— Nada. — Se comió una vieira sin pretensiones, como si la vaga respuesta bastara para convencerme.

Fruncí el ceño y entrecerré los ojos, sorbiendo mi vino con la esperanza de sacarle algo más que una sola palabra.

— Solo me siento más segura cuando estoy cerca de ti.

— Lo único que me sorprende es que Laís y mi madre son mucho más de fiar que yo.

— No son las únicas personas en esa casa.

— Mis hermanos no te harían daño.

— Los míos mataron a tu padre. — Se encogió de hombros, y en cierto modo no podía decir que estuviera equivocada.

— No te harían daño. — Dije.

— ¿Cómo puedes estar tan seguro?

— Siempre cumplimos nuestros compromisos, sean con quien sean. Las relaciones basadas en la confianza son la base de la mafia, sin ellas no confiamos en nadie y ellos tampoco confían en nosotros.

— ¿Me estás diciendo que siempre se puede confiar en todo el mundo? — me desafió con una mirada interrogante.

— En mi familia, sí.

— No sé si podemos confiar en todo el mundo todo el tiempo.

— Confío ciegamente en mis hermanos.

— Entiendo.

— ¿Tienes algo que decirme, Tatiane?

Movió la cabeza negativamente.

— La comida está deliciosa. — Sonrió mientras levantaba una vieira en el tenedor y yo estaba seguro de que intentaba cambiar de tema.

Tatiane no parecía sentirse cómoda contándome lo que pasaba, pero yo esperaba que ocurriera pronto. La confianza era algo que se ganaba con el tiempo y estábamos dando pasos

graduales.

Le serví un poco de vino y comimos mientras lo bebíamos. Empezó a contarme cosas que hacía en la ciudad cuando su hermano le permitía salir, y me alegré de escuchar sus historias. Fue agradable compartir esos momentos con ella. Era la primera vez que interactuábamos así desde nuestra boda.

Esa cercanía era importante para los dos. Estábamos unidos para el resto de nuestras vidas y era crucial que funcionara.

Rómulo se acercó a mí y se inclinó para decirme algo al oído.

— Todo está listo, señor.

— Terminemos aquí y pongámonos en marcha.

Asintió y volvió a alejarse.

— ¿Ha pasado algo? — preguntó temerosa Tatiane, sorprendida por el acercamiento de mi hombre en medio de nuestro momento.

— No. ¿Quieres postre?

— Me gustaría una tarta de limón.

Hice un gesto a la camarera, que no tardó en acercarse, y pedí dos.

En cuanto nos sirvieron, esperé pacientemente a que Tatiane comiera y saboreé también el postre, antes de ofrecerle la mano para que se levantara y me siguiera.

— ¿No vas a pagar la factura?

— ¿Por qué pagar si es mi restaurante?

Se rió burlonamente y me tomó de los dedos.

— Que tengan una buena estancia en Palermo. — Nos dijo la recepcionista antes de irnos.

— Gracias. — Tatiane respondió.

Caminamos cogidos de la mano calle abajo y mi mujer se sorprendió al encontrar un

coche parado en la calle esperando a que subiéramos.

— ¿No volvemos al hotel?

— Ahora no.

— ¿Es una sorpresa?

— Si es que te gustan las sorpresas...

— Sólo si son buenas.

— Esta lo es. — Le indiqué el coche y Tatiane me soltó la mano para subir.

Le puse la mano en el muslo y mi mujer apoyó la cabeza en mi hombro mientras yo miraba al exterior. No era seguro que tuviéramos una luna de miel como cualquier otra pareja normal, pero esperaba que pudiéramos disfrutar del momento.

Me bajé del coche delante de un puente de madera y Tatiane vino detrás de mí. Lo observó todo con mucha atención, mirando las distintas embarcaciones, antes de volverse hacia mí.

— ¿Me vas a decir que uno de esos yates también te pertenece?

— ¿Has montado en uno antes?

— Puede que mi hermano no dirigiera toda Italia, pero tenía toda la ciudad y dinero suficiente para tener uno de estos.

— Ah, pues volvamos al hotel. — Giré sobre mis talones y di unos pasos hacia el coche.

— ¡Detente! — Tatiane me agarró del brazo y tiró de mí, haciéndome parar. — No dije que no quisiera ir.

— Ya te has ido. — Bromeé con ella, sólo para ver qué decía, en realidad sólo quería ver su reacción.

— Con mi hermano y mi cuñada. Seguro que contigo será diferente.

— ¿Diferente? — La miré con picardía. — ¿Cómo que diferente? — La agarré por la cintura y la levanté, haciendo que mi mujer me rodeara con las piernas para no caerse.

— ¡Theo! — Sus mejillas se sonrojaron.

— ¿Eh?

— Tus hombres están mirando. — Me palmeó los hombros, tratando de convencerme de que la dejara ir.

— ¿Y qué?

— ¡Theo! — Cuanto más se lamentaba, más me hacía reír.

Tiré de ella hacia delante y la hice girar en el aire para tomarla en brazos antes de caminar hacia uno de los botes. Rómulo y otros hombres me acompañaron. Estaba tan acostumbrado a tenerlos como sombras que ya ni siquiera me molestaba su presencia.

Solo la puse en pie cuando estábamos en un pequeño salón con sofás, una mesa de cristal y un televisor. Más adelante había una cocina y una escalera que conducía a los pisos superiores.

— Pensé que ibas a dejarme caer. — Se apoyó en mis hombros y por su expresión adiviné que estaba un poco mareada.

— Nunca dejaré que te caigas.

— Suena fácil decirlo.

— Confía en mí. — Le acaricié la mejilla con la punta de los dedos. Ella suspiró, pero no dijo nada. El hecho de que no se echara atrás ya me parecía una victoria. — Bueno, vamos. — La empujé por la cintura y la hice subir las escaleras conmigo detrás.

— ¿Qué estás haciendo?

— Llevándote al dormitorio.

— Theo, tus hombres...

— Olvídate de mis hombres. — Ni siquiera la dejé terminar la frase. — ¿Por qué no empiezas a cambiarte y nos vemos en la terraza? — Abrí la puerta del dormitorio.

— No tengo bikini.

— ¡Fíjate allí! — Señalé una bolsa de la tienda que estaba justo encima del colchón.

— ¿Cómo puedes pensar en todo?

— Siempre tengo que ir un paso por delante de mis enemigos.

Ella movió la cabeza negativamente y yo la empujé un poco más hacia el interior de la habitación antes de cerrar la puerta y dejarla sola.

— Te espero arriba. — Dije antes de ir a otra habitación para cambiarme también.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

TATIANE

Capítulo veintinueve

En cuanto Theo me dejó en el dormitorio, me acerqué al paquete y agarré el bikini. La parte de arriba y las bragas eran demasiado pequeñas y me sentí avergonzada incluso antes de ponérmelas. Theo ya me había visto desnuda, pero no estábamos solos. Me armé de valor y me cambié de ropa por el diminuto bikini.

Sentí que el barco se movía y miré por la ventanilla. Nos alejábamos lentamente del muelle. Hacía muchos años que no me subía a un barco como aquel. Mi hermano tenía uno, pero no me llevaba mucho, ni siquiera a los niños. No entendía muy bien por qué, pero estaba a punto de averiguarlo.

Dejé todo en el dormitorio y salí, empleando todo mi valor para subir las escaleras. Divisé a mi marido detrás del timón, vestido solo con un polo blanco y un bañador azul marino.

— Has llegado rápido.

— ¿O fuiste tú quien tardó demasiado? — Me guiñó un ojo.

— Estaba avergonzada.

— ¿Por qué?

— El bikini es diminuto. — Miré el suelo blanco bajo mis pies.

— ¿Tú crees?

— Sí.

— Es perfecto. — Me insinuó y me acerqué a él.

Theo mantenía una mano en el volante mientras con la otra me tocaba la cara, haciéndome cerrar los ojos. Sentí cómo deslizaba sus dedos hasta mis pechos, tocaba el valle entre ellos y luego bajaba su mano por mi vientre hasta acercarla a mis bragas, provocando un incendio en mí incluso antes de tocarme.

— ¿Por qué no traes champán? — Señaló un pequeño minibar situado a menos de un

metro de donde estábamos.

Asentí y tomé dos vasos de un armario cercano.

— ¿Siempre está lleno de bebidas?

— No. Le dije al personal que veníamos y les pedí que prepararan todo.

— ¡Qué bueno!

— Siempre un paso por delante. — Volvió a parpadear.

— Me doy cuenta. — Había destapado la botella, pero el corcho no ha salido. — No puedo abrirla.

— Deja que lo haga por ti. — Redujo la velocidad del yate, me quitó la botella de las manos y descorchó rápidamente, como si fuera lo más sencillo del mundo.

— Parece fácil.

— Pero es fácil.

Fruncí el ceño y Theo se echó a reír.

Serví los vasos y le di uno antes de que empezara a volar de nuevo, alejándonos cada vez más de la costa. Pronto mi radio de visión quedó libre de todo y de nadie. Mucho tiempo después, Theo apagó el yate y tuve la sensación de que estábamos solos en medio del océano, sensación que no duró mucho, pues pronto recordé que había hombres suyos en el primer piso.

— Me gusta esa sensación. — Bebió unos sorbos más de su copa. — Las burbujas de champán estallando en el paladar.

— Está bueno. — Sonreí mientras bebía un poco más.

— Sí. — Me miró de pies a cabeza y pensé que iba a decir algo, pero no hubo palabras, sólo su mirada.

Theo me agarró la cara y la acercó a la suya. Cuando nuestros labios se encontraron, rápidamente me rodeó con sus brazos y yo respondí con la misma intensidad. Empezaba a aprender cómo funcionaba esta dinámica y cada vez me gustaba más.

Me levantó de nuevo y me llevó hasta una de las colchonetas que había junto a una bañera. Me colocó suavemente sobre la superficie y cubrió mi cuerpo con el suyo.

Pasé las manos por los costados de su cuerpo, sintiendo la textura de su bañador, hasta que llegué al interior de su camiseta. Se la quité y Theo estiró los brazos, dejando que se la quitara. Mis manos volvieron a bajar y recorrieron sus músculos, sintiendo los contornos que hacían en su piel. Se inclinó para besarme el cuello y yo me retorcí bajo él. El peso de sus labios, su lengua, la presión de su boca y el roce de sus dientes me volvían loca.

Theo me arañó la piel con los pelos de su barba sin afeitar, y yo me retorcí con un sinfín de buenas sensaciones. Su boca recorrió mi piel exterior, y depositó un beso entre mis pechos antes de llevar su mano a mi nuca y desatar la prenda, haciendo lo mismo con el lazo de mi espalda. Tenía la noble intención de quedarme al menos en aquel diminuto bikini, pero esa idea quedó a un lado cuando Theo me subió la parte de arriba.

Pensé que mi marido iba a tirarla al suelo, pero me agarró las manos y las levantó, utilizando la pieza para atar una a otra y sujetarlas a una varilla metálica que había detrás de la reposera, haciendo que mis brazos se estiraran hacia arriba.

— Theo... — protesté en voz baja.

— Confía en mí. — Acercó sus labios a los míos y me hizo mirarle fijamente a sus ojos verdes antes de volver a besarme.

Bajé mis defensas e intenté simplemente confiar, a pesar de que me había atado. El beso se hizo más voraz, igual que el fuego que había comenzado antes de tumbarme en aquella reposera.

Theo se alejó de mí y yo no lo entendía. ¿Había cambiado de opinión sobre lo de acostarnos y me iba a dejar allí atada, con sólo unas braguitas que ocultaban mi intimidad? Sin embargo, antes de que se me ocurrieran más hipótesis, volvió con un vaso lleno de cubitos de hielo y lo colocó sobre la mesita redonda que había entre las reposeras.

Estaba a punto de abrir la boca para interrogarle cuando Theo tomó uno de los cubos de hielo y me lo pasó por los labios. La baja temperatura y la superficie húmeda me produjeron escalofríos y me hicieron retorcerme por todo el cuerpo, pero con mis limitados movimientos era

imposible huir sin más.

Gemí sin poder contenerme. La vergüenza de saber que los hombres estaban abajo y podían oírnos no fue suficiente para detenerme cuando Theo deslizó el hielo por mi garganta y lo colocó entre mis pechos, dejando un rastro húmedo. Intenté liberarme cuando empezó a arder, pero estaba demasiado atada. Theo levantó el hielo y la sustituyó por su lengua. La alternancia de frío y calor era enloquecedora.

Subió el hielo hasta mi pezón, haciéndome estremecer aún más al estimular una zona tan sensible.

La piedra bajó por mi vientre y su lengua siguió hasta que Theo llegó a mis bragas, desatándolas rápidamente y dejándome completamente desnuda. Solo esperaba que nadie viniera a comprobar lo que estaba pasando.

Theo jugó con el hielo por toda mi zona íntima, deleitándose con la angustia que me causaba antes de subir con lo que quedaba del hielo y empujarla entre mis labios. La chupé mientras le veía quitarse su ropa de baño y volver a ponerse encima mío.

Una de sus manos estaba fría y la otra caliente, y recorrieron mis muslos al mismo tiempo antes de agarrarme por la cintura en el momento exacto en que me penetró. Intenté echar los brazos hacia delante y rodearle el cuello, pero pronto recordé que estaban atados.

Fue imposible reprimir el grito que salió del fondo de mi garganta cuando me penetró profundamente, con un movimiento fuerte, antes de empezar a moverse. Mi cuerpo lo deseaba, era imposible negar el ansia y la necesidad.

Rodeé su cintura con las piernas y le empujé más adentro. Theo me besó y nuestras lenguas dejaron de tocarse por los gemidos que se escapaban entre nosotros.

No había lugar para la preocupación o el pudor, todo lo que quería era seguir sintiendo. Lo sentí cuando me estremecí y su líquido fluyó dentro de mí, pero Theo no dejó de moverse hasta que llegué al clímax, corriéndome y gimiendo en su oído.

Se tumbó encima de mí y no sé cuánto tiempo pasó hasta que se levantó y me soltó las muñecas. Estaban doloridas, pero no me importó.

— El bikini es precioso, pero eres mucho más hermosa sin él.

Me sonrojé de pies a cabeza y él se rió.

— ¿Sabes nadar?

Moví la cabeza afirmativamente.

— Bueno, vamos. — Me tendió la mano y no me lo pensé mucho antes de aceptar.

Theo tiró de mí hacia un lado del yate y lo siguiente que supe es que estábamos cayendo. Nuestros cuerpos chocaron con el agua del océano, lo que hizo que nos hundiéramos.

Salí al mismo tiempo que él.

— ¿Te has vuelto loco?

— Me dijiste que sabías nadar. — Se encogió de hombros como si no fuera para tanto.

— Podríamos habernos ahogado a los dos.

— Estamos bien. — Me tiró agua y yo se la devolví. — Nunca dejaría que te ahogaras. — Se me acercó y me robó un beso que me hizo perder el equilibrio, y casi me ahogo de verdad.

Nadamos alrededor del yate durante unos minutos hasta que se dirigió a la popa y se subió a ella, desnudo, sin importarle quién le viera o no.

— Quédate aquí.

Permanecí inmóvil en el agua, agarrado a una pequeña manija metálica situada en el exterior de la embarcación. No cuestioné su orden, ya que estaba desnuda y me di cuenta de que sus hombres me observaban desde el salón.

Theo entró en el yate y regresó portando una enorme toalla blanca, abriendo un muro entre mí y la vista de los hombres.

— Vamos — me animó a salir del agua.

Me levanté y subí a la popa, con el agua salada goteando por todo mi cuerpo. Theo me envolvió en la toalla y me condujo a través de la sala donde estaban los hombres hasta el dormitorio donde me había cambiado. Cerró la puerta y fuimos directamente al baño. Dejé caer

la toalla a medio camino y apenas había abierto la ducha cuando ya me estaba besando de nuevo.

— Theo... — Le sujeté los hombros con firmeza y le obligué a mirarme.

— ¿No quieres?

— Quiero hacerlo, pero...

— Entonces no tienes que preocuparte por nada. — Volvió a tomar mis labios entre los suyos mientras el agua corría por nuestros cuerpos.

Sus manos se deslizaban por todo mi ser, y era imposible apartarlo antes de saciar de nuevo nuestro ansia.

Theo me inmovilizó contra la pared de la pequeña cabina de ducha y volvió a meterse dentro de mí, agarrándose a uno de mis muslos. En medio del vaivén, clavé las uñas en sus hombros y me conformé con la tonta esperanza de que el sonido de la ducha bastara para ahogar mis gemidos.

No tardó en eyacularme su semen de nuevo y su mano se abrió paso entre nuestros cuerpos para estimular mi clítoris hasta que me uní a él.

Jadeante y temblorosa, apoyé la frente en su hombro.

— ¿Pasaremos la noche aquí?

— Puede ser donde quieras.

— Me gusta aquí.

— Entonces nos quedamos. Volveremos a la costa mañana temprano. Tengo una reunión con tu cuñada y sus hombres. Pensé en dejarte en tu antigua casa. No traje muchos soldados conmigo y creo que estarás más segura que en el hotel.

— Será agradable pasar tiempo con mis sobrinos.

— Dejaré a Rómulo contigo.

— Pero es tu mejor hombre.

— Exacto, va a cuidar de lo más precioso para mí.

— ¡Oh! — Fue el único sonido que se escapó de mi boca, completamente sorprendida por las palabras de Theo. *¿Era yo preciosa para él?*

— Estarás a salvo hasta que vuelva.

Moví la cabeza afirmativamente.

— No tardaré mucho. — Me acarició y yo cerré los ojos como un animal astuto, deleitándome con el tacto. Recordé a mi hermano haciendo esto con mi cuñada y empecé a pensar que Theo y yo nos acercábamos a un matrimonio feliz.

— Pasé veinticinco años a salvo en esa casa. No hay por qué preocuparse.

— Pero usted no era una princesa antes, Sra. Bellucci.

— Tienes razón. — Puse mi mano sobre la suya y nos miramos fijamente durante minutos que parecieron horas, hasta que por fin salimos del baño con los dedos y los labios arrugados.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

THEO

Capítulo treinta

Dejé a Tatiane en la mansión Mancini por la mañana en compañía de Rómulo, encargado de vigilarla en todo momento. Mi hombre conocía la responsabilidad y no confiaba en nadie más para asumirla.

Bajé del coche en un viejo almacén cerca de la playa, que no parecía más que un lugar para guardar las cosas de los pescadores. Era discreto, pequeño y olía a pescado. Lo bastante sencillo como para no levantar sospechas.

Llegamos ante una puerta de metal oxidado y un hombre que estaba en la puerta nos abrió para que pasáramos.

Me abrí paso por la zona parcialmente oscurecida entre lanchas neumáticas, un viejo bote y montones de remos hasta llegar al fondo, donde Ángela estaba sentada detrás de una mesa de madera con su hijo mayor cerca. Sus hombres estaban repartidos por la habitación y memoricé dónde estaba cada uno antes de hacer nada. Sabía que siempre era necesario para protegerme en caso de que la situación se me fuera de las manos.

— Has traído al niño. — Fue lo primero que le dije.

— Luca pronto se hará cargo de todo esto, así que necesita saber todo.

— Bien hecho. Entonces, ¿es de este lugar que tu marido, y ahora tú, manejan los negocios?

— ¿No te parece bonito?

— He visto cosas peores. — Me metí las manos en los bolsillos y volví a mirar a mi alrededor.

— La policía no espera encontrar al jefe de Palermo sentado en esa vieja silla en una alcantarilla, pero aquí estoy. Es mejor que tener criminales y hombres buscados tomando café en mi casa.

— En eso tienes toda la razón.

— Recibo a los hombres aquí todos los días. Traen el dinero y se llevan las drogas que ustedes nos suministran para que las tratemos en nuestros laboratorios.

— ¿Cuántos laboratorios tienen?

— Tres, repartidos por la ciudad. — Respondió el chico para mi sorpresa.

— ¿Así que nada ha cambiado desde que Tiago lo dirigía todo aquí?

— ¿Debería cambiarse algo? — Ángela inclinó su cuerpo hacia mí y me miró con firmeza. Era fuerte, no podía negarlo.

— No, mientras no vuelvan a atacar contra nosotros.

— Te has vengado de mi marido y tienes a mi cuñada como garantía. Creo que no es necesario que derramemos más sangre.

— Estoy de acuerdo.

— Sólo quiero mantener el negocio aquí en Palermo, como todo el mundo espera. Hay muchas familias subordinadas a mí en este momento y tienen miedo de lo que pueda pasar, pero estoy seguro de que toda esta inseguridad terminará cuando los vean a Tatiane y a ti juntos en la fiesta de esta noche. Los Bellucci nunca han estado tan unidos.

— Eso es lo que todos queremos.

— Y lo mantendremos. — Ella asintió. — Tienes mi palabra.

— Estupendo.

— Sobre nuestra próxima entrega...

— Ocurrirá mañana, como estaba previsto. Las drogas ya están en Italia y de camino a las demás ciudades.

— Eso es perfecto.

— Sí. No te fallaremos, mientras tú no nos falles a nosotros.

— Entonces tenemos un buen trato.

— Siempre. — Mueve la cabeza afirmativamente.

Ángela me enseñó un viejo cuaderno que contenía una lista de todos los socios de la mafia en Palermo, sus familias y cómo funcionaba el esquema de venta y distribución de drogas. Todo estaba bien organizado, se seguía manteniendo el mismo servicio de la época de Tiago y eso era lo más importante.

— Si me disculpan, voy a recoger a mi mujer para prepararme para la fiesta que será más tarde.

— Perfecto. — Ángela señaló la puerta y yo salí con mis hombres, volviendo al coche, que estaba aparcado en el mismo sitio.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

TATIANE

Capítulo treinta y uno

La maquilladora y la peluquera salieron de la habitación después de prepararse para la fiesta que estaba a punto de celebrarse. Reconozco que antes no me esforzaba mucho por sentirme bonita, pero en los últimos días era completamente diferente. Quería que Theo me mirara y me deseara. Puede que estuviera mal, pero ¿qué había peor que enamorarse del hombre que mató a mi hermano?

Enamorarse...

La palabra resonaba en mi cabeza como una campanada. Le habría tenido más miedo si, en la conversación con mi cuñada, ella no me hubiera dicho que podía ser lo mejor que me pasara. De hecho, estaba mucho más feliz que cuando alejaba a Theo de mí a toda costa.

Mi conciencia seguía pesando sobre mí, no podía negarme. En algún momento me pregunté qué pensaría mi hermano si me viera en mis momentos más íntimos con Theo. *¿Me juzgaría*?

— Hola. — Oí la voz ronca de mi marido detrás de mí, que me hizo estremecer.

— Hola. — Giré la cabeza y sonreí al encontrarme con sus ojos verdes.

— Estás preciosa. — Me apartó el pelo del hombro y me besó la piel desnuda.

— ¡Theo! — Me encogí con un escalofrío y me aparté de sus labios.

— ¿Qué es lo que pasa? ¿Ya no puedo piropear a mi mujer?

— Sí, pero tenemos que irnos a la fiesta.

— Lo sé.

— Y cuando me besas así...

— ¿Qué pasa cuando te beso así? — Acercó su boca a mi oído y su voz se volvió aún más aterciopelada.

— Acabamos en la cama. — Respondí, completamente sonrojada.

— ¿Sólo en la cama?

— En otros lugares también, pero tenemos que irnos.

— ¿Vas a hacer que me resista a este perfecto vestido rojo? — Pasó sus manos por el costado de mi cuerpo y me agarró los pechos.

— Sí. — Le acaricié los dedos. — Porque tengo que llegar a la fiesta vestida.

— Es una pena, pero estoy de acuerdo, no quiero que nadie más vea lo que es mío.

— Entonces déjame vestida.

— Tranquila, tengo algo para ti. — Metió la mano en el bolsillo y sacó un hermoso collar. — ¿Me permites?

Asentí con la cabeza y aparté el pelo para que Theo pudiera colocármelo en el cuello. Era de rubíes en forma de pequeñas gotas, aún más bonito que el que me había comprado cuando fuimos juntos a la joyería.

— ¡Me encantó, Theo!

— Hace juego con tu vestido.

— Sí. — Pasé el dedo por las piedras antes de girarme para besarle.

— ¿No me dijiste que teníamos que ir a la fiesta? — dijo con sus labios aún sobre los míos.

— Vámonos. Te estaba besando.

— Eso me gusta. — Me rodeó con sus brazos y me abrazó contra el lavabo del baño.

— ¡Suéltame! — Le di una palmada en el hombro para que se apartara.

— Sólo un rapidito. — Me mordisqueó la oreja y todo mi cuerpo se derritió. Eso no era justo y el mafioso estaba dispuesto a saltarse las normas para conseguir lo que quería. — Te prometo que sólo te quitaré las bragas. El vestido estará bien donde está.

— Theo... — Necesitaba una fuerza enorme para negarlo, porque mi mente decía una cosa y mi cuerpo gritaba otra. — Vamos a llegar tarde a la fiesta.

— No lo haremos. — Me mordisqueó la oreja y no pude resistirme más.

— No podemos retrasarlo.

— Está bien. — Theo me liberó.

Theo tiró de mi cintura y tuve que apoyarme en el lavabo para no caerme. Su voz y sus caricias me habían dejado completamente desequilibrada.

Mi marido me subió el vestido hasta la cintura y sus dedos se deslizaron por mis bragas hasta el centro de mi zona íntima, dejándola palpitante. Por reflejo me apoyé en su mano. Un fuego se había encendido allí y sólo se apagaría cuando nos convirtiéramos en uno. Me apartó las bragas y me tocó directamente el clítoris, provocándome un fuerte gemido y haciéndome clavar las uñas en el mármol del lavabo.

Oí cómo se abría la cremallera de sus pantalones y pronto mi dedo fue sustituido por su miembro. Sin perder tiempo, Theo se deslizó en mi interior con una firme sacudida que me hizo soltar un gemido delirante. Sus manos se dirigieron a mi cintura y tiró de mí hacia atrás. Pronto me moví con él, deseando que fuera más rápido. Mis ojos se pusieron en blanco, mi respiración era agitada, incluso me olvidé de la fiesta y de la hora, dejándome a merced de los deseos de mi marido y también de los míos.

Me desplomé sobre el lavabo cuando el orgasmo me invadió y, un momento después, Theo se salió de mí y tiró un montón de toallas de papel sobre el lavabo.

— ¿Ves? — me habló con su boca en mi oreja mientras yo intentaba estabilizarme de mi orgasmo. — Dije que no tardaríamos mucho.

Me limité a suspirar mientras intentaba recuperarme del estallido sexual.

Cuando mi cuerpo empezó a responder de nuevo, fui a mi maleta y saqué unas bragas limpias, porque Theo ni siquiera se había molestado en quitarme las que llevaba puestas, y habían acabado todas mojadas.

— ¿Estás preparada? — Se enderezó la corbata frente al espejo.

Moví la cabeza afirmativamente.

Me ofreció su brazo y yo crucé el mío, dejando que me guiara fuera de la habitación hasta

donde estaban aparcados los coches esperándonos. Subí primero y él me siguió, cubriendo mi mano con la suya.

— ¿Conoces el club donde tu cuñada hará la fiesta?

Le dije que no.

— La única vez que fui a un club fue cuando me viste.

— Tu hermano te educó bien.

— En una jaula de oro. — Resoplé.

— Las mujeres de la mafia son diferentes de las demás mujeres.

— Imagino que sí.

— ¡Tati! — Me tiró de la cara y me obligó a mirarle. — No quiero que seas infeliz, pero tampoco quiero ponerte en peligro.

— Ya lo sé.

— Me alegro que entiendas. — Me pasó el pulgar por la mejilla.

— Pero quiero hacer algo, como Laís con la ONG.

— ¿Te gustaría trabajar con ella?

Moví la cabeza afirmativamente.

— Me parece bien.

— Gracias. — sonreí ampliamente.

— Laís tardará en hacerse cargo de todo, sobre todo por el recién nacido.

— ¿Entonces puedo?

— Hablaré con Marco, pero tienes que estar dispuesta a que te acompañen soldados todo el tiempo.

— Cuantos más, mejor.

— Eso es verdad. — Theo se rió.

Estaba a punto de agacharse y besarme, pero antes de que pudiera, el coche se detuvo y Theo salió.

— Estamos aquí, esposa.

— Sí. — Miré fuera y vi la lujosa entrada de un club, con varios coches aparcados fuera.

— Ven. — Sólo me di cuenta de que Theo había bajado cuando me llamó.

Dejé que él me guiara hasta la entrada y Rómulo me siguió de cerca. El local estaba bastante lleno y la mayoría de las caras me eran completamente desconocidas. Por suerte, pronto me encontré con mi cuñada. Estaba vestida maravillosa, con un vestido largo verde que llegaba hasta el suelo, y tenía puestas piedras muy brillantes.

— Tatiane. — Ella me abrazó.

— ¡Hola!

— Estás preciosa.

— Tú también.

— Hacen muy buena pareja. — Dijo un hombre que estaba cerca mientras me miraba. Tenía el pelo casi blanco, era gordo y llevaba un vaso de bebida en la mano.

— Eso intentamos. — Theo me rodeó la cintura con la mano y se me acercó.

— Espero que las alianzas entre Sicilia y el resto de Italia se extiendan más allá de su cama, señor Bellucci.

— Eso es lo que todos esperamos.

Puse una mano en el hombro de mi marido cuando las miradas de los hombres del círculo empezaron a incomodarme.

— Estamos muy contentos con esta unión. — Comenta otro. — En Sicilia no se habla de otra cosa. Mataste a Tiago y te casaste con su hermana, es cuanto menos controvertido. — Por su forma de hablar, y porque no lo había visto antes con mi cuñada, pensé que podría ser el jefe de

algún otro pueblo de la isla.

— Los Bellucci siempre toman la mejor decisión para la familia. — Theo se mostraba sereno y mantenía su postura neutral a pesar de los pinchazos que recibía. Estaba claro que sabía manejarlo todo muy bien.

— De eso no me cabe la menor duda. — El hombre de pelo blanco levantó su copa y bebió un sorbo.

— Por eso hemos venido hoy, ¿no? — Theo se volvió hacia Ángela y ella asintió. — Un siciliano se ha convertido en un Bellucci, nuestra alianza es fuerte y Ángela será una buena *capo* hasta que Luca tenga edad para ocupar su puesto.

— Si tú lo dices. — Se burló el viejo.

— ¿No debería ser así? — preguntó Theo.

— Ya sabes cómo son las mujeres. Nacieron para ser esposas, no más que eso. Este tipo de liderazgo no es para ellas.

Ángela pisó el pie del hombre con sus tacones de aguja y le agarró la corbata, apretándola, presionando tan fuerte que rápidamente se puso rojo como un tomate y tuve la impresión de que iba a morir ante mis ojos por falta de aire.

— ¿Crees que soy débil?

El hombre golpeó a mi cuñada en el brazo, se estaba ahogando y no podía hablar.

— Vas a matar al hombre, Ángela. — Theo se rió. — Creo que ha aprendido la lección.

Mi cuñada le aflojó la corbata y le empujó, haciéndole retroceder unos pasos.

— ¿Qué tienes que decir? — se burló Theo.

— Algunas son más fuertes que otras, pero eso no significa que puedan afrontar todos los retos.

— Te ha dominado bien.

Frunció el ceño ante las provocaciones de mi marido y no dijo nada más.

— Los tiempos han cambiado, amigo. — Theo le apretó el hombro.

— Supongo que sí. — Se ahogó al respirar demasiado rápido. Era como si estuviera volviendo a aprender a respirar.

— ¿Quieres tomar algo? — Ángela señaló el bar que había a unos metros de donde estábamos.

— Voy a llevar a mi mujer a elegir algo. — Theo puso su mano en el centro de mi espalda, guiándome.

— Pensé que iba a matarlo. — Me volví hacia él cuando estábamos lo suficientemente lejos.

— Me habría divertido. — Se rió. — Hay gente que sólo aprende con un susto, y es gracioso cuando viene de donde menos se lo espera. Ángela es astuta, aprenderá a hacerse respetar.

— ¿Por qué todo es siempre así?

— ¿Así cómo? — Frunció el ceño.

— Matar o morir.

— Así es como nos ganamos el respeto. — Me entregó un vaso de bebida gaseosa. — El miedo es el arma más poderosa de todas.

— Entiendo. — Tomé un sorbo de la bebida a través de la pajita. Las bolitas me hacían cosquillas en la lengua y el sabor era cítrico y dulce. — ¿Qué es esto?

— Sólo refrescos con leche condensada.

— ¿No me vas a dejar beber? — Me reí.

— No deberías y no lo haré.

— ¿Por qué no?

— No es seguro beber en una fiesta así. Aquí hay muchos que pueden ser amigos, pero también enemigos. Necesitamos todos nuestros sentidos funcionando si algo se nos va de las

manos.

— Tienes razón. — Esbocé una sonrisa tímida y me sentí tonta por no haberme dado cuenta enseguida de algo así.

— Podemos disfrutar de la fiesta y emborracharnos solos después. — Me acarició la mejilla y besé la punta de sus dedos antes de que la apartara.

Empezaba a ver mucho más de lo que había imaginado de él al principio. Theo era un asesino, pero al mismo tiempo se las arreglaba para ser un hombre cariñoso que me hacía sentir bienvenida.

— ¿No quieres bailar?

— ¿Ahora? — Ensanché los ojos.

— ¿Por qué no? — Movió los hombros al ritmo de la música lenta que resonaba por los altavoces.

— Está bien.

Sonrió ante mi respuesta y me cogió por la cintura, llevándome al centro de la pista de baile. Pasamos a través de la gente, chocando con uno u otro, pero se abrieron paso sin protestar al ver que éramos nosotros. Puede que los Bellucci no tuviéramos título nobiliario, pero entre la chusma éramos como la realeza. Nos respetaban y admiraban allá donde íbamos.

Theo deslizó su mano derecha por mi brazo hasta agarrar mi mano, la levantó y me hizo girar. Detuve el giro con la mano libre en su hombro y Theo me llevó ambas manos a la cintura, estrechándome contra él mientras nos balanceábamos al ritmo de la música.

— Me encanta tu olor. — Me olisqueó el cuello y tuve que contenerme para no encogerme y mostrar a los curiosos lo mucho que me había desequilibrado.

— ¡Theo! — Sacudí la cabeza y me apoyé en su hombro.

— ¿Qué te pasa? — Levantó una mano y me echó el pelo hacia atrás.

— Todos nos miran. — Recorro la habitación con la mirada y veo que algunos hombres hablan entre ellos y nos miran fijamente, sin molestarse en disimular.

— Que miren. — Me hizo girar de nuevo, sólo que esta vez me hizo caer hacia atrás y las puntas de mi pelo casi tocaron el suelo.

Antes de que pudiera devolver mi cuerpo en busca del equilibrio, se inclinó sobre mí y me dio un beso.

— ¡Estás loco! — me reí mientras mi cuerpo volvía a la posición vertical.

— Tal vez un poco. — Se estaba divirtiendo conmigo.

Rodeé su cuello con los brazos y apoyé la cabeza en su pecho. Así mi marido no volvería a hacerme perder el equilibrio, o eso esperaba. Seguimos moviéndonos de un lado a otro, lentamente, al ritmo de la música, hasta que ésta cambió, volviéndose más agitada, y Theo me sujetó por la cintura, frotándome contra él con más intensidad. Parecía inapropiado, pero a mi marido literalmente le daba igual.

— Dejé mi bebida en el mostrador — recordé en medio de la canción.

— Luego vamos por una nueva copa. — Me hizo girar de nuevo y esta vez me detuve de espaldas a él.

Me sujeté el pelo hacia atrás mientras mi cintura se movía descoordinadamente al ritmo de la música. Nunca había bailado así, pero no podía negar que me estaba divirtiendo mucho.

Cuando nos detuvimos, volví a apoyarme en él, jadeando, casi tan sin aliento como cuando practicábamos sexo.

— ¿Cansada?

Moví la cabeza afirmativamente.

— Paremos un rato y tomemos algo.

Asentí y dejé que me llevara a la barra. Theo trajo nuevas bebidas y yo me apoyé en él mientras sentía los ritmos de la música en mi cabeza y observaba a la gente alrededor de la sala. No disimulaban que me miraban, pues se mantenían firmes incluso cuando yo les devolvía la mirada.

— Creo que iré al baño. — Le di mi vaso a Theo.

— ¿Quieres que vaya contigo?

— Sólo es el baño. — Me encogí de hombros. — No correré ningún riesgo.

— Nunca se es demasiado cuidadoso.

— Si pasa algo, gritaré. — Puse mi mano sobre la suya y Theo la cubrió con la de él antes de separarme y acercarme.

El baño estaba vacío y la música era mucho más tranquila que afuera. Me incliné sobre el gran lavabo y me miré en el espejo. Tenía algunos mechones de pelo pegados a la cara debido al sudor del baile. Tomé unos papeles del soporte que había junto a la jabonera y me di unas palmaditas en la cara para quitarme el sudor en mi mejor intento de no desmaquillarme. Me alisé el pelo antes de entrar en una de las cabinas. En general, el lugar estaba muy limpio y estaba segura de que Ángela se había desvivido para asegurarse de que todo estuviera perfecto.

Oí el ruido de pasos mientras estaba dentro de la cabina, ajustándome el vestido, pero no le di importancia.

Giré sobre el eje de mi cintura para comprobar que el vestido estaba en su sitio antes de abrir la puerta. Estaba a punto de ir al lavabo, pero no pude dar un paso fuera de la cabina porque lo vi de pie afuera.

— Oh... Qué... ¿Qué haces aquí? — Intenté encerrarme de nuevo en la cabina, pero él sujetó la puerta, golpeándola contra la pared y forzándola a abrirse de par en par.

— Estás preciosa con ese vestido. — Me miró hacia abajo, haciéndome sentir asqueada y aterrorizada.

— ¿Sabe Theo que estás aquí?

— Estás demasiado preocupada por mi sobrino.

Miré al exterior desesperada, pero a través del espejo sólo podía verme a mí misma y a mi verdugo. Leonel Bellucci era como un fantasma que me perseguía constantemente, pero en lugar de solo atormentar mi imaginación, era capaz de causar un daño muy real.

— No le he dicho nada a nadie.

— Estoy seguro de que no. — Se rió en tono cruel. — ¿Crees que me creerían capaz de mandar matar a mi propio hermano, mi sangre? No eres más que una recién llegada a esa casa, además de ser la hermana del que realmente mató a Lorenzo. ¿Crees que tendrías algo importante que decir sólo porque gimes cuando te acuestas con mi sobrino? Hay putas que se lo han hecho mejor que tú.

Tragué saliva, completamente avergonzada.

— No soy una amenaza, así que déjame ir.

— ¿Dejarte ir? — Se rió mientras me agarraba del hombro. — No renuncio a lo que quiero, aunque hayan pasado diez años.

— The... — Empecé a gritar el nombre de mi marido, pero antes de que mi voz alcanzara notas audibles, Leonel me tapó la boca con una mano y con la otra me apuntó al cuello con un cuchillo.

— Es mejor para ti si no haces ruido. Al menos no demasiado alto. ¿Está claro? — Apretó la hoja contra mi cuello y yo me puse pálida, moviendo la cabeza afirmativamente.

Sabía que había docenas de personas fuera, pero era como si estuviera sola, atrapada con un monstruo y a merced de sus peores deseos. Mi corazón se aceleró y sentí que mis extremidades empezaban a enfriarse.

Leonel bajó la mano que me tapaba la boca, pero no apartó el cuchillo de mi cuello. Sentí que me cortaría el cuello aunque respirara.

Pasó la mano por encima de mi vestido, manoseó uno de mis pechos y bajó hasta mi cintura. Mientras me tocaba contra mi voluntad, una lágrima recorrió mi mejilla, pues parecía la única forma de desahogar todo mi pavor.

El cuchillo también salió de mi cuello y pensé que me dejaría en paz, pero en lugar de eso agarró el escote de mi vestido y utilizó la cuchilla para rasgarlo de arriba abajo, separando la parte delantera en dos. Me di cuenta de que la hoja estaba muy afilada porque rompió la tela como si fuera mantequilla.

— Tu cuerpo es aún más atractivo que cuando tenías catorce años, pero sigo pensando

que es una pena que tu hermano no te entregara a mí. Habría sido una forma mucho más fácil de saldar la deuda, y él seguiría vivo.

— Sólo era una niña. — Las lágrimas corrieron por mi rostro con más intensidad. Era desesperante darme cuenta de que mi hermano había dado su vida para protegerme y, sin embargo, no había sido suficiente.

— Me hubiera gustado empezar temprano contigo. — Deslizó el cuchillo por el elástico de mis bragas y la cortó por un lado, causándome una pequeña herida en la piel, que me provocó una sensación de quemazón y me hizo oler el irónico aroma de la sangre en el aire.

— Cuando Theo se entere...

— Si fuera tú, mantendría esto entre nosotros dos. — Pasó la hoja a lo largo de mi muslo.

Con la otra mano, Leonel bajó y tocó mi vulva. Se me revolvió el estómago y lloré aún más.

Quería gritar, pero el miedo me lo impedía. Tenía miedo de mi marido cuando empezó nuestra relación, pero el verdadero monstruo era otra persona en aquella casa.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

THEO

Capítulo treinta y dos

Ella tardó en aparecer y yo estaba preocupado. Había innumerables razones por las cuales mi mujer podría seguir en el baño. Las mujeres solían tardar mucho en hacer tareas tan sencillas como aquella, pero yo seguía inquieto. Dejé las bebidas en la barra del bar y fui tras ella. No me importaba entrar en el baño de damas, de hecho no sería el mayor crimen en mi historial.

— ¿Tati? — Me di cuenta de que el lugar estaba extrañamente vacío cuando di unos pasos hacia el interior.

Me miré en el espejo y en las cabinas vacías.

— ¿Tatiane?

Oí un gemido seguido de un rugido y aumenté la velocidad de mis pasos hasta que divisé un traje y la espalda de un hombre de pelo gris, y en el suelo del cuarto de baño estaba lo que debía de ser el precioso vestido rojo de mi mujer.

Gruñí, tirando de quienquiera que fuese por el cuello de la camisa y mi mujer gritó. Lancé al bastardo contra el lavabo del baño y se golpeó con la espalda antes de que me diera cuenta de quién era. Al principio pensé que podía ser cualquiera de los sicilianos, pero no se me pasó por la cabeza que podía ser alguien a quien conocía de toda la vida. No me fiaba de ese sujeto, pero imaginármelo violando a mi mujer iba más allá de mi imaginación.

— ¡Hijo de puta! — Me abalancé sobre él y lo agarré por las solapas de su chaqueta. — ¡Cómo te atreves!

— ¿Crees que esa prostituta vale la pena? — Se rió como si no tuviera ni idea del monstruo que podía despertar dentro de mí.

— ¡Te voy a matar!

— ¿Crees que ella no tiene la culpa?

Le hice callar de un puñetazo. Aún no estaba seguro de lo que había pasado, pero no era el mejor momento para que me provocara, sobre todo porque Tatiane y yo por fin nos

llevábamos bien, en la cama y fuera de ella.

— ¡Theo! — gritó. Un sonido sordo de dolor y pura agonía me hizo soltar a mi tío y girarme hacia ella.

Fue entonces cuando vi que ella tenía un cuchillo clavado en el muslo y que la sangre goteaba lentamente por el suelo. Tenía dos opciones: matar a mi tío antes de saber lo que había pasado o ir a ayudar a mi mujer.

— ¡No te vayas de aquí! — Tiré a mi tío al suelo con todas mis fuerzas.

— Theo... Theo... Theo... — Cuando me acerqué a Tatiane, no pude hacer otra cosa que llorar y jadear.

Temblaba y estaba completamente pálida. Con las dos manos en el cuchillo, su cara era de espanto y miedo. Su vestido estaba en el suelo, al igual que sus bragas. La única prenda que le quedaba en el cuerpo era el sujetador y se encogía como si intentara protegerse. De mí, de mi tío, o quizás de todos.

— No hagas eso. — Le agarré las manos antes de que sacara el cuchillo. — Podrías haberte dado en una arteria y la hoja es lo único que impide que mueras desangrado.

— Me duele. — Verla llorar desconsolada me destrozó. Amaba a mis hermanos y a mi madre, pero era la primera vez que alguien importante para mí me hacía experimentar ese tipo de angustia.

Me quité la corbata del cuello y la até alrededor del cuchillo, haciendo un torniquete para detener la hemorragia lo mejor que se podía.

— Cálmate, estarás bien. Pase lo que pase, no te duermas.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

— Yo... Yo no... No quería. — Se esforzaba por hablarme, pero no podía hacer otra cosa que llorar, y su desesperación me estaba contagiando a mí también. Me habían disparado muchas veces, había escapado de la muerte otras cuantas veces más, pero cuando se trataba de ella, era como si no supiera cómo reaccionar.

— Shhh, cálmate. No tienes que hablar ahora. Hablaremos más tarde y podrás explicarme

lo que pasó.

Me quité la chaqueta y se la puse alrededor y, a pesar del dolor, ella se esforzó por ponérsela, ya que parecía incómoda con su propia desnudez.

— Theo...

— ¡Cálmate!

— ¿Voy a morir?

— ¡No! Ni aunque tenga que golpear al diablo para que te quedes conmigo.

La agarré y la levanté del suelo. Giré mi cuerpo y vi que mi tío ya no estaba donde lo había dejado. Era culpable de todo o no habría huido. Sabía que tenía que ir tras él, pero tendría que darle ventaja si quería salvar a mi mujer.

Salí del baño con ella en el regazo y todo el mundo se quedó mirando asombrado.

Gruñí y todos se apartaron. Tenía que pasar y llegar hasta mis hombres, que estaban fuera, y meterla en el coche lo antes posible.

— ¿Qué ha pasado? — Ángela vino corriendo hacia mí y se detuvo a mi lado.

— Necesito llevar a Tatiane a un hospital.

— ¿Por qué?

— Fue apuñalada.

— ¿Por quién? — Corrió a mi lado, aunque llevaba tacones para seguir mis largas zancadas. — Leonel... — Parecía haber resuelto el enigma antes de que yo lo dijera.

Las pistas también se unieron en mi mente y, de repente, todos los miedos de Tatiane empezaron a tener sentido. Mi tío había sido una amenaza para ella todo este tiempo y por eso tenía tanto miedo de quedarse sola en mi casa. Me sentí estúpido por no haberme dado cuenta antes y haber permitido que el lobo se quedara tanto tiempo cerca de mi oveja.

— ¿Lo sabías? — le pregunté a Ángela y no me contestó, pero me bastó saber que sí lo sabía.

— Es tu tío.

— ¡Maldita sea! Ahora mi esposa está herida. Trae a tus hombres y a todos los que puedas y ponlos a buscarlo a él. Se escapó hace unos minutos, no puede estar lejos.

Ángela asintió cuando llegué al lado del coche y Rómulo abrió la puerta en cuanto vio mi desesperación.

— ¿Qué ha pasado, señor?

— Llévanos a un hospital lo antes posible.

— ¡Encuéntrenlo! — ordené a Ángela antes de acomodar a Tatiane en mi regazo y dar un portazo.

— Con mucho gusto. — Se apartó del vehículo, que se alejó chirriando los neumáticos.

— Tati... — Le susurré a mi esposa. — Tatiane, mantente despierta.

Se limitó a gemir de dolor, parpadeando con los ojos, que permanecían cerrados durante periodos cada vez más largos.

— Necesitas mantenerte despierta, amor.

Debería haberla mantenido a salvo. El peso de lo que le había ocurrido cayó sobre mi espalda como nunca antes. Yo era su marido, y una de mis mayores responsabilidades era velar por su bienestar. No debería haberla dejado sola ni siquiera para ir al baño.

— ¡Más rápido! — Grité, pateando el asiento delantero.

— Se va a poner bien, señor. — Me aseguró Rómulo, aunque no tenía propiedad para decirlo.

Imaginé que mi hombre intentaba tranquilizarme, ya que nunca me había visto en ese estado.

Nos pareció una eternidad hasta que nos detuvimos delante del primer hospital. Rómulo abrió la puerta y yo salí con Tatiane en brazos, entrando en la recepción como un toro.

— ¿Qué ocurrió? — Una mujer se me acercó vestida de enfermera.

— Necesito al mejor médico. Han apuñalado a mi mujer y está perdiendo mucha sangre.

Pronto llegaron con una camilla y la tumbé, acunándola con cuidado. Tantas veces como se lo había pedido, había cerrado los ojos y yo sólo podía esperar que siguiera viva.

— Ahora tienes que soltar la camilla. — Otro tipo me cogió la mano. — Nos ocuparemos de ella.

— Iré donde ella vaya. — Rugí como un león.

— No se puede.

— ¿Has oído alguna vez el apellido Bellucci? — Le dirigí una mirada firme que le hizo estremecerse.

— Puedes acompañarnos, pero, por favor, déjanos trabajar.

Asentí y les acompañé al interior del hospital hasta que entramos en una habitación. Vinieron unos médicos e intentaron apartarme, pero me quedé junto a la camilla mientras le abrían la chaqueta y la examinaban.

El peso sobre mi espalda no hacía más que aumentar. Debería haberla protegido.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

TATIANE

Capítulo treinta y tres

Todo estaba muy oscuro, no oía ningún ruido y no podía abrir los ojos. Fue entonces cuando en mi mente aparecieron flashes, como imágenes de una película de lo que me había ocurrido la noche anterior.

Me apuñalaron... ¿Estaba muerta?

— Tatiane. — Oí la voz de mi marido resonando en mi cabeza como un *bucle* e imaginé que formaba parte del abismo en el que me encontraba. — Tatiane...

El sonido se hacía cada vez más fuerte y era como una cuerda que tiraba de mí hacia la luz al final del túnel. Entonces abrí los ojos de golpe y el resplandor me hizo cerrarlos.

— ¡Tatiane!

Lo primero que vi fueron los ojos verdes de Theo y eso me hizo sonreír, aunque me dolía la cabeza.

— ¿Estoy en el cielo?

— ¿Crees que soy el tipo de persona que irá al cielo? — Se rió, haciendo que mi sonrisa se ensanchara aún más.

— Estás en el hospital. — Oí la voz de Ángela y giré ligeramente la cabeza para encontrar a mi cuñada de pie a unos metros de nosotros.

Moví la cabeza y vi que tenía un tubo conectado a la mano y que llevaba una bata de hospital. En la parte superior, sujeto a un soporte, había un líquido que goteaba, gota a gota, en mi torrente sanguíneo.

— ¿Voy a estar bien? — Volví a buscar los ojos de mi marido.

— Sí, lo estarás. — Parecía aliviado al decírmelo. — Los médicos me lo aseguraron.

— Gracias por cuidarme. — Se me llenaron los ojos de lágrimas y creí que ya no podría llorar más.

— Siempre te cuidaré. — Me acarició la mejilla.

— Los dejaré hablar a los dos solos. — Mi cuñada asintió y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

— Theo, no quería...

— Lo sé. Ángela me contó lo que pasó.

— ¿Todo? — Tragué saliva, y fue como si un gato me hubiera arañado la garganta de pura incomodidad.

— ¿Mi tío hizo elegir a Tiago entre entregarte a él o matar a mi padre?

Moví la cabeza afirmativamente.

— Deberías habérmelo dicho.

— Él es tu tío y nosotras... sólo somos la familia del hombre que mató a tu padre.

— Eres mi mujer, además, nunca he confiado en él, mi madre tampoco, y los dos solemos acertar con la gente.

— Lo siento.

— La próxima vez no me ocultes nada. Deja que yo decida en qué creer o no .

Moví la cabeza afirmativamente y me sentí un poco menos pesada cuando me cogió la mano, la que no estaba ocupada, y la sostuvo entre las suyas.

— Tatiane, necesito preguntarte algo.

— ¿Qué cosa?

— ¿Te violó?

— Leonel sólo me tocó, fue muy desagradable, pero tú llegaste antes de que hiciera algo más.

— Nunca me perdonaría si hubiera hecho eso.

— Me protegiste.

— No debí dejar que te alejaras de mí por nada.

— ¿Cómo iba a saberlo?

— En el mundo en que vivimos, tengo que estar preparada para todo. — Me acarició la cara y cerré los ojos, sólo para sentir su tacto, para que su calor me acogiera de la mejor manera posible.

— Me pondré bien. ¿No te lo aseguraron los médicos?

— Hay cosas que los médicos no saben y van mucho más allá de las marcas físicas. Cuando dijeron eso, se referían a tu lesión en la pierna.

— Tú me protegerás.

— Siempre. — Su afirmación era más que una palabra vaga. La sentí como una promesa.

Permanecimos sentados en silencio durante unos minutos hasta que me aventuré a romper esa paz. Al igual que Theo necesitaba hacer una pregunta, yo también tenía que hacerla.

— ¿Dónde está Leonel ahora?

— No lo sé. — Fue honesto conmigo.

— Eso es malo.

— Sí. — Volvió a acariciarme la mejilla. — Tenía que salvarte y mientras tanto desapareció en la fiesta. Los hombres de Ángela siguen buscando a mi tío, pero hasta ahora no tienen ninguna pista. Sé que se alió con los americanos hace mucho tiempo, y puede que le estén ayudando.

— Es una pena.

— No te preocupes. Aunque tarde otros diez años, voy a meterle una bala en la cabeza. Por mi padre y por ti.

— Y por Tiago.

— Sí, por tu hermano también.

— ¿Por qué crees que quería ver muerto a tu padre? — Intenté darme la vuelta en la cama

y crujió, al igual que mi cuerpo, que aún estaba bastante dolorido.

— Yo también quiero averiguarlo, pero no te preocupes por eso ahora. Has perdido mucha sangre y necesitas descansar.

— No me dejes sola. — Le apreté la mano.

— No lo permitiré, nunca más.

Tiré de él hacia la cama y Theo se sentó en ella para que yo pudiera apoyarme en su regazo. Siguió acariciándome el pelo hasta que cerré los ojos y volví a quedarme dormida. No podía imaginar que aquel hombre se convertiría en mi mayor paz. Fue en ese momento cuando entendí a Laís cuando dijo que Marco era quien la hacía sentir segura. Yo sentía lo mismo por Theo.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

THEO

Capítulo treinta y cuatro

— ¿Dónde está ella? — Fue lo primero que preguntó Marco cuando él y Mateo entraron en la habitación, seguidos de algunos hombres. Me sorprendió ver que Laís, el bebé y mi madre estaban con ellos.

— En el viejo dormitorio, dormida. — Me levanté del sofá para acercarme a mi hermano. — ¿Qué hacen aquí?

— Ya han entrado una vez en nuestra casa. No importa lo cuidadosos que seamos para mantenerlas a salvo, no quiero arriesgarme a dejarlas en Roma cuando estemos todos en Sicilia. Creo que puedes entenderme.

Me limité a mover la cabeza afirmativamente.

— ¿Puedo ir a ver a Tatiane? — me preguntó mi madre.

— Sí. Es la tercera puerta a la izquierda arriba. Llama antes de entrar. No quiero que la asustes.

— No pasa nada. — Mi madre le hizo un gesto a mi cuñada para que la siguiera y las dos subieron las escaleras, desapareciendo pronto de su vista.

— Me sorprende que estuviera él detrás de todo esto. — Comentó Mateo, rascándose la cabeza pensativo.

— Y aún querías confiar en el bastardo. — Resoplé.

— Es el hermano de nuestro padre. Confío en ustedes. Pensé que papá también confiaría en él.

— Pero no podía. — Me enfurecía sólo recordar que le había dejado acercarse a mi mujer durante semanas, a pesar de que no tenía ni idea de sus intenciones hacia ella. — Quiero tener el placer de desollarlo con mis propias manos.

— No eres el único que quiere justicia, hermano. — Marco intentó suavizar mi ira, pero no pareció suficiente.

— No fue a tu mujer a la que intentó violar. — Mostré los dientes como un animal feroz. — Prometo mantenerlo con vida después de una tortura muy lenta y dejar que uno de ustedes dos haga la matanza.

— ¿Merece clemencia? — Nos giramos para ver a Ángela entrar en la habitación. La viuda tenía tanta sangre en los ojos como yo. — Yo digo que lo enterremos vivo con insectos que se coman su carne mientras aún respira. Cuanto más despacio y más grite, mejor.

— No sabía que una mujer tan hermosa pudiera ser tan cruel. — Mateo se rió.

— Puedo ser mucho peor cuando se trata de los míos.

— Me gusta. — Bromeó mi hermano pequeño.

— ¿Tienen noticias tus hombres, Ángela? — Me crucé de brazos mientras la miraba fijamente. Era como si el resto de la habitación detrás de ella estuviera desenfocada.

— Por desgracia, no. — resopló-. — Están registrando cada piedra de Palermo, pero empiezo a pensar que, como hace más de veinticuatro horas que desapareció, debe de haber conseguido salir de la ciudad.

— ¿No se lo dijiste a tus contactos en el aeropuerto?

— Sí, pero además hay otras formas de salir de la ciudad. Podría haber escapado en barco, autobús, tren, coche y otros medios de transporte inimaginables a cualquier ciudad vecina y embarcar allí en un vuelo, o seguir de cualquier otra forma. Volveré a hablar con mis hombres. — Nos miró buscando nuestra aprobación antes de salir de la habitación.

— Maldita sea. — Maldije. — No puede escapar.

— Se te da bien seguir rastros, hermano. Lo encontraremos. — Me aseguró Marco mientras me ponía la mano en el hombro.

— Mateo — me dirigí al más joven. — Utiliza tus juguetes y encuéntralo, aunque tengas que buscar por todo el mundo.

— Esto puede llevar mucho tiempo.

— Intenta seguir un posible rastro hasta Roma. Vio a un americano allí. Dijo que él y

nuestro tío se conocen, y podría ser a quien acuda en busca de protección ahora que sabemos lo que pasó.

— El estadounidense ya ha regresado a su país.

— No me importa ir hasta allí a buscar la cabeza de nuestro tío. — Hablé con firmeza, con determinación.

Ya había derramado mucha sangre para llegar al verdadero culpable de la muerte de mi padre, y no iba a detenerme antes de golpearle con toda mi ira.

— Me pondré en contacto con mis hombres. — Dijo Mateo.

— Hazlo. — Recalcó Marco.

Mateo se alejó de nosotros y Marco y yo nos quedamos momentáneamente solos, mirándonos fijamente. A diferencia de nuestro hermano menor, estaba seguro de que entendía cómo me sentía al pensar que le había fallado a Tatiane y que casi le había costado la vida.

— La mayor parte del tiempo me siento el hombre más poderoso del mundo, como si hasta el mar se abriera a mis órdenes, pero siempre ocurre algo que me hace sentir como una mierda.

— No siempre podemos tenerlo todo bajo control.

— Deberíamos, somos los Bellucci.

— También somos humanos. Cometemos errores y nos enamoramos... Ella estará bien, Theo.

— No estoy seguro de mí.

— Cuando matemos a Leonel, recuperarás el control que tanto amas y nuestro padre será vengado de una vez por todas.

— ¿Crees que podría ser su plan con los americanos?

— Es posible, o podría haber pensado que sería fácil manipularme porque todavía era muy joven. En cualquier caso, le encontraremos y sacaremos la verdad.

— Sí. — Retrocedí unos pasos y dejé caer el peso de mi cuerpo sobre el sofá del salón de los Mancini.

Me invadieron una serie de sentimientos que iban desde la furia hasta la frustración más absoluta. Sólo esperaba resolver pronto la situación para poder respirar tranquilo de nuevo, sin la culpa de haberle dejado con vida.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

TATIANE

Capítulo treinta y cinco

Oí que llamaban a la puerta, lo que me hizo revolverme sobre las sábanas, que aún olían a mí y estaban exactamente como recordaba cuando aún vivía en aquella casa. Me sentía bien en aquella habitación, a pesar de ser consciente de la desagradable presencia de Edna en la mansión. Cuando Tiago dijo que aquel rincón era mío, un pequeño espacio de la casa reservado para mí, me hizo sentir más parte de la familia que nunca. Aunque él ya no vivía y mi familia ya no estaba allí, el lugar me traía grandes recuerdos. Era lo que necesitaba para combatir el pavor que se apoderaba de mi mente cada vez que recordaba lo de anoche.

Alguien volvió a llamar.

— ¿Theo? — Llamé a mi marido.

— Soy yo, cariño, Rosimeire. — Me sorprendió oír la voz de su madre.

— ¿Qué haces aquí?

— ¿Puedo abrir la puerta?

— Claro. — Me senté en la cama justo cuando ella entraba, acompañada por Laís y el adorable bebé Dante. — Se suponía que ambas estaban en Roma.

— Marco y Mateo vinieron y no quisieron dejarnos solas en la casa. No estaban seguros de a qué tipo de amenaza se enfrentaban y pensaron que era mejor mantenernos cerca. Confieso que, después de la invasión de Donatella en nuestra casa, me siento mucho más segura así. — Sonrió mientras se sentaba en la cama a mi lado.

— Parece una buena decisión. ¿Puedo? — Le tendí la mano a Laís para que me diera al bebé, y ella se dio la vuelta en la cama para colocarlo con cuidado en mi regazo. — Hola, pequeño. — Dormía tan profundamente que no se despertó ni siquiera con el brusco movimiento de salir del regazo de su madre al mío.

— Es un angelito. — Dijo Laís.

— Sí.

— Siento mucho lo que te ha pasado. — Rosimeire tocó un tema delicado, pero yo sabía que no podía escapar de él, por muy humillada que me sintiera.

— Era más fuerte que yo y tenía un cuchillo.

— No podías haber hecho nada para evitarlo.

— Si no me hubiera ido del lado de Theo...

— No te culpes. — Extendió la mano y me tocó los hombros. Imaginé que me habría abrazado si su nieto no se hubiera interpuesto entre nosotros. — Pensaste que estabas a salvo y no te diste cuenta de que Leonel había venido a la fiesta.

Asentí la cabeza.

— Siempre supe que no se podía confiar en él. Sospechaba que iba detrás de su hermano, pero Lorenzo nunca me hizo caso. Mi marido prefería creer en los lazos de sangre antes que en mis advertencias.

— Tampoco creo que puedas culparte por lo ocurrido.

— No puedo, pero aún así nos encontramos dándole vueltas en nuestro interior, pensando en todas las cosas que podríamos haber hecho de otra manera para que el resultado hubiera sido diferente. No hay manera.

— Es verdad.

Dante abrió los ojitos en mi regazo y empezó a llorar. Laís lo levantó rápidamente y empezó a abrazarlo.

— Creo que tiene hambre.

— ¿Por qué no te sientas ahí en el sillón y le das de comer? — señalé.

— Gracias. — Laís se acomodó, mostrando su pecho, que el pequeño bebé succionó rápidamente.

— Es encantador.

— Sí. Todos estamos encantados — Rosimeire estuvo de acuerdo conmigo. — Pronto tú

y Theo tendrán los suyos. Los niños son una gran bendición.

Me limité a afirmar con la cabeza mientras miraba a Laís y al pequeño Dante. Sí, quería una familia con Theo, pero estaba segura de que había que resolver problemas antes de que eso ocurriera.

Las dos se quedaron conmigo durante horas, hasta que una de las amas de llaves entró en la habitación y nos llamó para cenar. No tenía hambre, pero sabía que necesitaba comer. Los chicos y Edna estaban en la mesa, pero no vi a Ángela ni a ninguno de los hombres. No necesitaba ser una gran adivina para estar segura de que iban detrás de Leonel. Si había algo que podía unir más que nunca a los Mancini y a los Bellucci era la posibilidad de atrapar al verdadero culpable de la mayor tragedia de las dos familias.

Edna puso a las dos mujeres en habitaciones de la casa y yo volví a la mía. Me duché y me tumbé en la cama. Había pasado más de un día desde el incidente del club, pero cada vez que cerraba los ojos era como si Leonel siguiera de pie sobre mí, apuntándome al cuello con un cuchillo y amenazándome.

Cuando oí el ruido de la puerta al abrirse, me senté rápidamente en la cama sobresaltada y me refugié en el cabecero.

— Cálmate, soy yo. — Theo pulsó el interruptor para que pudiera verle.

— No creía que fueras a volver hoy. — Me puse la mano en el pecho y respiré hondo, esperando que la angustia que había desatado allí se me pasara rápido.

— Ya no está en Sicilia. Probablemente tuvo ayuda y escapó. Volvamos a casa.

— ¿Ahora?

Frunció el ceño y me analizó.

— ¿No estás bien para volver?

— ¿Podría ser en una o dos horas?

— ¿Por qué?

— Cierra la puerta. Acuéstate aquí conmigo. — Señalé el espacio vacío a mi lado en la

cama.

Theo no hizo más preguntas, se limitó a cerrar la puerta y a acomodarse a mi lado. Me tumbé sobre él y apoyé la cabeza en el lugar donde su corazón latía con más fuerza.

— Me gusta ese sonido.

— ¿Te gusta? — Me pasó los dedos por el pelo, acariciándolo.

— Me tranquiliza saber que estás aquí, que estoy a salvo y que todo va a salir bien.

— Por lo que a mí respecta, haré todo lo posible e imposible para que siempre tengas esa sensación.

— Nunca imaginé que le diría esto al hombre que mató a mi hermano.

— ¿Cómo? — Enarcó una ceja y me miró fijamente, sin duda temeroso de lo que pudiera decir.

— Te amo. — Sacudí la cabeza y acerqué mis labios a los suyos, sin esperar su respuesta, porque no lo estaba esperando.

Sin embargo, Theo me puso el dedo índice sobre los labios y me hizo parar a mitad de camino.

— Yo también te amo. — Respondió, antes de retirar el dedo y sustituirlo por sus labios.

Le agarré por los hombros y bajé las manos hasta su pelo, hundiendo mis dedos en los mechones suaves. Acerqué aún más su cabeza a la mía y el beso se hizo aún más intenso. Su lengua tomó la mía con deseo, ferocidad y urgencia de una forma que me dejó completamente sin aliento. Era como si lleváramos años sin besarnos y quisiéramos matar el ansia de una vez. Sentí un poco de dolor en la herida vendada y cosida de mi muslo, pero me esforcé por ignorarlo por completo. Deslicé las manos por su cuello y alcancé el primer botón de su camisa.

— Tatiane... — murmuró contra mis labios mientras me tomaba de las manos. — No tienes que...

— Te deseo. No me niegues esta petición, lo único que necesito es recordar que soy tu mujer. — Hice hincapié en las dos últimas palabras.

— Mi mujer. — Theo me soltó las manos y me sujetó la cara antes de volver a besarme.

Uno a uno, abrí los botones de su camisa y se la bajé por los hombros. Mi marido terminó de quitársela y la dejó en la mesilla. Le pasé las manos por el pecho y palpé sus músculos antes de desabrocharle el cinturón.

Su boca se deslizó hasta mi cuello y los besos, lametones y succiones me hicieron cerrar los ojos y echar la cabeza hacia atrás, apretando los párpados para absorber lo mejor de todas las sensaciones que sustituían a los horribles recuerdos de haber sido tocada contra mi voluntad. Me mordisqueó la base del cuello y un suave grito escapó de lo más profundo de mi garganta mientras todo mi cuerpo se convulsionaba en éxtasis.

Theo me quitó el vestido y besó la parte superior de mis pechos antes de abrirme el sujetador y deslizarlo por mis brazos, dejándolo en algún lugar del colchón. El dolor de mi pierna empeoró cuando Theo me llevó al centro de la cama, pero no hice nada para impedírselo.

Me quitó las bragas y besó el moretón de mi cintura, una muesca marrón provocada por la cicatrización de la herida dejada por el afilado cuchillo. Su lengua se deslizó en mi zona íntima y por acto reflejo abrí las piernas para recibirle, dejando que acomodara su cabeza y me proporcionara una deliciosa estimulación. Arqueé mi cuerpo mientras el placer me arrancaba gemidos. Su lengua, sus labios, me llevaron a un delicioso orgasmo que me hizo agarrarle del pelo y retenerlo allí el mayor tiempo posible.

Me besó el vientre y subió hasta mis labios, dándome unos cuantos besos mientras me recuperaba del estallido sexual. Luego se tumbó a mi lado y yo chillé.

— ¿No continuará?

— Sólo quería darte placer.

— Te deseo. — Tiré de él por los hombros para que Theo volviera a estar encima de mí.

Sonrió y volvió a besarme mientras se deshacía de su ropa interior. Giramos sobre la cama y yo puse ambas manos sobre su pecho y mantuve mis ojos fijos en los suyos mientras me sentaba sobre su miembro, convirtiéndonos en uno solo.

Empecé a moverme despacio, pero gané ritmo cuando me agarró por la cintura. Subí una

mano hasta su cara y tiré de él hacia mí, nos besamos de nuevo y, conectada a él, alcancé de nuevo el orgasmo.

Era el temido asesino de los Bellucci, el más cruel de los tres hermanos, pero también mi hogar, mi protector y mi marido.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

THEO

Capítulo treinta y seis

Por mucho que todos nuestros hombres le pisaran los talones a mi tío, no pudimos evitar que se me escapara de las manos y abandonara el país. Podría creer que estaba libre de nosotros, pero no me conocía tan bien como creía. Llegar a Roma y no ponerle las manos encima no habría bastado para dejar de intentarlo.

— Sabes que un posible viaje a Estados Unidos podría causarnos muchos problemas. — Marco dejó su vaso de whisky sobre la mesa oscura de su despacho y se acercó a mí.

Dejé de mirar la ventana abierta detrás de él y volví los ojos en su dirección.

— ¿Ellos no responden ante nosotros?

— Esa es la teoría, pero en la práctica sólo hacemos negocios con ellos. Los que fundaron la mafia en el nuevo mundo dejaron Italia hace mucho tiempo, y se han distanciado de nuestras normas y honor.

— Son anarquistas.

— Como quieras definirlo. No van a desplegar una alfombra roja y tratarnos como a la realeza. Es casi como Inglaterra y Australia, a todos los efectos están bajo la misma reina, pero la verdad es que tienen reglas muy diferentes.

— Como mafioso, eres un buen político.

— Sabes que en la mafia se negocia más de lo que se dispara.

— ¿Piensas dejar escapar al bastardo sólo para evitar problemas con los americanos?

— No. Sólo digo que debemos tener mucho cuidado con los pasos que demos a partir de ahora.

— Mateo, ¿has encontrado dónde se esconde el bastardo?

— El espionaje internacional es mucho más complicado que acceder a nuestras cámaras de seguridad internas. No tenemos hombres en todos los departamentos, como en Italia. Además,

ninguno de nosotros quiere que atraiga la atención del gobierno estadounidense sólo porque intentamos resolver un problema familiar.

— Solo accede a las cámaras de tránsito.

— Eso no es tan fácil, Theo. Requiere mucho de mis profesionales cubrir sus huellas y redirigir nuestros intentos de acceso a otros lugares del mundo y no atraer una atención innecesaria sobre nosotros. No es el trabajo de un aficionado, y aun los mejores hackers tienen ciertas dificultades. — Respondió el más joven.

— Entiendo. — resoplé mientras me cruzaba de brazos-. — Creo que será mejor que salga y rastree las cosas a mi manera, golpeando, matando e interrogando, no necesariamente en ese orden.

— Nuestro hermano sabe lo que hace. — Me aseguró Marco-. — Vamos a darle un poco más de tiempo.

— De acuerdo. Vuelve a tus ordenadores de millones de euros y regresa cuando tengas la localización.

— Theo. — Mateo me sujetó el hombro. — Todos queremos venganza, hermano.

— Para él es diferente. — Respondió Marco por mí.

— ¿Está bien Tatiane? — Odié ver la expresión de lástima en la cara de mi hermano pequeño.

— Más o menos. — Dije en tono áspero.

— Lo encontraremos, Theo. — Nos aseguró antes de salir de la oficina.

Yo estaba más acostumbrado a la forma antigua de hacer las cosas, pero tenía que confiar en Mateo y su equipo para que me ayudaran a ponerle las manos encima a nuestro *querido tío.*

Salí del despacho de mi hermano y caminé por el pasillo hasta mi dormitorio. La habitación estaba vacía y me molestó no ver allí a Tatiane, aunque estaba seguro de que estaría a salvo en cualquier otro lugar de la casa.

Después de lo que había dejado que le pasara, no podía evitar sentirme culpable. Era mi

mujer, confiaba en mí y tenía que protegerla con mi vida si era necesario. Por mucho que siempre hubiera desconfiado de mi tío, me sentía fatal por no haber reconocido el verdadero peligro que tenía delante de mis narices.

— Tiene un agujero negro lugar de ese pequeño vientre. — La oí reír y seguí su voz hasta la puerta de la habitación que mi hermano compartía con su mujer.

Me detuve junto a la puerta y vi a Tatiane sentada en la cama junto a la mujer de mi hermano, que estaba dando el pecho a su bebé.

— Tiene que crecer fuerte. — Comenté, atrayendo las miradas de ambas hacia mí.

— Theo. — Tatiane volvió los ojos hacia mí y sonrió.

— Te estaba buscando.

— Vine a ver si Laís necesitaba ayuda, y me habló de algunas cosas que quiere hacer en la ONG, y de que podríamos ayudar a mucha gente necesitada en Roma. Le propuse construir clínicas con atención médica gratuita. No sé si será posible, pero en cualquier caso será un gran proyecto.

— Así será. — Le tendí la mano, esperando a que viniera a mí.

— Hablaremos más tarde. — Le dijo a Laís, que asintió.

Tatiane se levantó de la cama y se acercó a mí, tomándome la mano que le había tendido.

En silencio, avanzamos por el pasillo hasta un pequeño balcón que daba a la piscina y a toda la parte trasera de la casa. Los hombres de seguridad se apartaron para dejarnos solos.

Me acerqué al pasamanos y Tatiane apoyó la cabeza en mi pecho.

— ¿Tienes alguna pista sobre él?

— Todo lo que sabemos es que huyó para esconderse con los americanos, como el cobarde que es.

— No sería valiente si se quedara aquí, sólo estúpido. — Enarcó una ceja con expresión pensativa.

— Deberías enfrentarse a nosotros y afrontar las consecuencias de lo que ha hecho. — Resoplé, apretando los puños. Las ganas de estrujar a mi tío con mis propias manos eran demasiado grandes.

— Lo encontrarás, Theo.

— Lo haré. Aunque sea lo último que haga.

— Theo... — Su voz tembló, alarmándome.

— ¿Qué te pasa? — Puse mi mano derecha sobre tu cara. — ¿Hay algo más que no me hayas dicho?

— No quiero que mueras en el intento. — Me abrazó con fuerza, enterrando su cabeza en mi pecho. — Ya perdí a Tiago por culpa de los planes de tu tío, no puedo perderte a ti también.

Giré de su cara.

— Estaré bien, Tati. — Elevé su mentón para que mis ojos se encontraran con los suyos e hice que me mirara.

— ¿Prometido? — Su voz era llorosa y sus ojos no ocultaban su verdadera preocupación.

En ese momento, me di cuenta como nunca del significado de cuidar y proteger.

— Te lo prometo. — Le levanté la barbilla y junté mis labios con los suyos.

Mientras viajaba por el país en mis insensatas búsquedas que me llevaron hasta su hermano, sentí la necesidad de volver a casa, pero era muy diferente de la obligación que tenía con mis hermanos y mi madre. Sólo descubrí mis verdaderos deberes y obligaciones para con mi familia cuando me casé.

— ¿Qué vas a hacer ahora? — me preguntó cuando nos separamos del beso.

— Estoy esperando a que Mateo localice a mi tío para saber dónde está exactamente. Por lo que sabemos, el bastardo tiene contactos en toda América y podría estar en cualquier parte.

— Estados Unidos es un país mucho más grande que Italia.

— Soy consciente de ello, pero le doy un voto de confianza a Mateo. Si no tiene éxito, iré

tras mi tío con mis propios métodos.

— ¿Cuáles son esos métodos? — Ella abrió los ojos y tragó saliva.

— Será mejor que no lo sepas.

— Theo.

— Tati, — bordeé su cara con las yemas de los dedos y me detuve con el pulgar sobre sus labios, pero su mirada no vaciló — tardaste mucho tiempo en dejar de verme como un monstruo y me gusta nuestra relación tal y como es ahora.

— He aprendido más en el tiempo que llevo contigo que en toda mi vida. Empiezo a entender que hay decisiones que deben tomarse en nombre de la familia.

— Eso está bien. Poco a poco te irás acostumbrando a todo, pero no tiene por qué ser de golpe.

Ella asintió y no dijo nada más.

Volví a atraerla hacia mí y acerqué mi boca a su oreja, notando cómo se erizaba el vello de su cuerpo.

— ¿Cómo está la herida?

— Mejor. — Dijo con un suspiro que pronto se convirtió en gemido. — A veces incluso consigo olvidar que me duele.

— Ah sí? — Le pasé la lengua por el cuello y le mordisqueé la garganta, haciendo que se retorciera entre mis brazos.

— Sí...

La subí a mi regazo y Tatiane me rodeó el cuello con los brazos.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

TATIANE

Capítulo treinta y siete

Theo me llevó en brazos hasta nuestro dormitorio. A pesar de todo el cariño que compartíamos, se percibía la tensión en él. Sabía que mi marido no descansaría hasta que su tío diera el último suspiro. Aunque eso me alegraba, porque Tiago y yo seríamos vengados, lo temía igualmente. La idea de cuánto podría arriesgar para conseguir finalmente lo que quería me aterrorizaba. Sabía poco de los americanos, pero lo suficiente para saber que eran mucho más brutales que nosotros.

Mi marido me tumbó en el colchón y el peso de su cuerpo sobre el mío ahuyentó los pensamientos que tanto me preocupaban.

— Theo, es de día...

— Shhh. — Me puso el dedo sobre los labios y me hizo callar.

— Eres... — Me interrumpió la frase mordiéndome y chupándome el cuello. Cualquier posibilidad de decir algo fue barrida por la excitación que sus caricias provocaban en mí.

Retrocedió un poco y se quitó la corbata que llevaba al cuello. Tiró de ella, sujetando un extremo y luego el otro, y el estruendo me sobresaltó.

— ¿Qué vas a hacer?

— Apaga la luz. — Theo me pasó la corbata en los ojos y me la ató detrás de la cabeza, vendándome.

— ¡Ey! — Protesté en voz baja, pero antes de que pudiera estirar las manos para volver a ver, Theo me agarró las muñecas y las sujetó contra el colchón. Su fuerza era mucho mayor que la mía y no podía mover las manos aunque lo intentara con todas mis fuerzas.

Sin poder ver ni moverme, estaba completamente a su merced. Esto debería haberme aterrorizado, pero mi marido ya me había atado antes y las sensaciones eran indescriptiblemente buenas.

Su boca volvió a mi oreja, mordisqueó el lóbulo y sopló un aire cálido que me produjo un

escalofrío desde la parte superior de la cabeza hasta la punta de los dedos de los pies. Con los ojos vendados, era como si cada caricia que me hacía tuviera el doble o el triple de efecto. Las palpitaciones entre mis piernas se volvieron frenéticas y froté mis muslos contra el costado del cuerpo de mi marido, intentando aliviar la agonía, pero sólo conseguí empeorarla.

Sentí que me soltaba las muñecas cuando sus manos fueron a mi cintura y me subieron la blusa. Todavía con los ojos vendados, me retorcí en la cama, ayudándole a quitarme la ropa. Cuando Theo se detuvo, lo único que sentía que me cubría eran mis finas bragas.

Oí los crujidos de la cama y me di cuenta de que se estaba moviendo, ¿quizá quitándose la ropa? Al mismo tiempo que era un placer tener los ojos vendados, sentía una gran angustia por no poder ver lo que pasaba.

— Theo... — Traté de tirar de la corbata de nuevo, pero me agarró la muñeca de nuevo.

— Todavía no. — Dijo con firmeza, en tono autoritario.

Tiró de mi mano hacia delante hasta que mis dedos sintieron algo firme, con venas de sobra y palpitante.

— ¿Esto qué es...?

— Tómalo. — Me instó. — Tócalo y averígualo.

Deslicé la mano por la longitud hasta tocar la punta, y mi cara ardió de vergüenza. Por un momento, me alegré de tener los ojos vendados y no poder ver su expresión a causa de mi timidez. Seguí explorando y sentí que era esponjoso, suave y que había un pequeño agujero en el centro, que lubricaba mis dedos.

Cuando Theo me levantó, haciéndome sentar en la cama, y me quitó la corbata que llevaba como venda, no me sorprendió darme cuenta de que su miembro estaba entre mis dedos.

— Acerca la cara. — Tiró de mi barbilla y la acercó a milímetros de su pene.

Jadeé mientras mi vergüenza se hacía aún mayor. *¿Qué quería?*

Seguí rodeándole y tocándole, aunque me temblaba la mano. Me invadió una mezcla de timidez, desconcierto, pero al mismo tiempo excitación y curiosidad por tocarle tan íntimamente.

— Abre la boca y mételo dentro. — Su voz ronca era tan sexy que apenas sentí vergüenza cuando me lo ordenó.

— ¿Será bueno? — Busqué sus ojos, tímida.

— ¿No lo es cuando lo hago contigo? — Su mirada sobre mí era firme y, frente a él, parecía imposible negar nada.

Sacudí la cabeza, asintiendo.

— Entonces ven. — Tiró de mi barbilla e hizo que mis labios se encontraran con la punta de su miembro. — Chúpalo.

Abrí la boca y dejé que se deslizara sobre mi lengua. Lo rodeé con los labios y Theo gimió, acariciándome el pelo mientras me sujetaba la cabeza para que permaneciera quieta mientras él movía las caderas adelante y atrás, enseñándome cómo hacerlo. Pronto seguí su ritmo y Theo me dejó guiar los movimientos.

El pulso de mi clítoris se volvió frenético. Era como si estuviera celoso de la atención que se prestaba a mi boca.

— ¡Ah! — Gimió.

Le rodeé con las manos y aumenté el ritmo, descubriendo una nueva forma de hacerle sentir placer.

De repente, Theo me empujó la cabeza hacia atrás y no entendí nada, hasta que tiró de mí hacia el centro de la cama, tumbándome de nuevo, y me quitó las bragas mojadas. Habían pasado poquísimos segundos desde que había salido de mi boca y me había penetrado.

Dejé escapar un grito ante el fuerte empujón y me agarré a sus hombros, clavándole las uñas en la piel mientras me sentía completamente abrumada por las sensaciones de sus embestidas dentro y fuera de mí. Theo me mordió la oreja, me besó los labios, el cuello y los pechos. Mientras nos acariciábamos, mi placer iba en aumento.

Me hizo girar sobre la cama y me obligó a ponerme encima. Por puro instinto, puse mis manos sobre su pecho, sintiendo los mechones de pelo que lo cubrían, y rodé sobre él con más intensidad. Mi marido me agarró de las caderas y me hizo botar hasta que sentí que su líquido me

llenaba, pero no dejé de moverme hasta unirme a él.

Jadeando, con mis pechos moviéndose frenéticamente, me desplomé sobre su pecho y Theo me acarició el pelo.

— Marco tenía razón.

— ¿Sobre qué?

— Cuando me dijo que el matrimonio me haría bien.

— ¿Tú crees?

— Cada día estoy más seguro. — Me besó cariñosamente.

Estuvimos tumbados en la cama unos minutos más, recuperándonos del clímax, hasta que decidimos levantarnos para ducharnos y vestirnos. Mi herida acabó sangrando durante el acto, pero no preocupé a mi marido, sólo cambié el vendaje.

Por mucho que quisiera encerrarlo en su habitación conmigo todo el día, sabía que Theo tenía cosas importantes que hacer.

Mi mente iba a toda velocidad y yo también pensaba en cómo ayudarle. Por poco que supiera, quería aprender a ser más útil.

Cuando él y sus hermanos se fueron, fui a buscar a Laís por la casa y la encontré en la biblioteca con Rosimeire. Estaban hojeando un viejo álbum de fotos.

— Hola. — Me detuve en la puerta, preguntándoles si podía entrar o no.

— Encontré un álbum polvoriento de mi boda. — Dijo Rosimeire-. — ¿Te gustaría verlo?

Moví la cabeza afirmativamente y me acerqué a ellas, tomando asiento al otro lado de mi suegra.

— ¿Cómo está Dante? — le pregunté a Laís.

— Por fin se durmió. — Respiró aliviada mientras me enseñaba la pantalla del vigilabebés.

— Theo tiene los ojos de Lorenzo. — Señalé una de las fotos del hombre del álbum.

— Sí, pero fue Marco quien heredó la postura.

— Debe ser porque heredó el puesto. Cosas de jefes. — Laís se encogió de hombros.

— Pero fue Mateo quien heredó su buen humor.

— ¿Era divertido? — preguntamos juntos Laís y yo.

— Sobre todo cuando estábamos solos. — Rosimeire rió y sus mejillas se sonrojaron.

— Me hubiera gustado conocerle. — Laís puso la mano en el hombro de su suegra.

— Lo siento mucho. — Jugueteé con el dobladillo de mi vestido, inquieta.

— No es culpa tuya, niña. — Rosimeire me tomó de la mano y me sonrió.

— Estaría vivo, y mi hermano también, si Tiago me hubiera entregado a Leonel.

— ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo pudo Leonel ser tan bajo como para hacer que Tiago tomara esa decisión? Eras sólo una niña, Tatiane. Por mucho que odie la decisión que tomó tu hermano, no puedo culparlo por tomarla. La familia lo es todo para nosotros. Tal vez podría haber actuado de otra manera, pero nunca te habría entregado a Leonel.

— Es un enfermo por desear así a Tatiane. — Laís movió la cabeza negativamente.

— Han pasado más de diez años y todavía te desea. Pensar en ello hace que ese hombre me dé aún más asco. — Rosimeire apretó los dientes, con expresión llena de furia.

— Me desea. — Me levanté del sofá de un salto.

— Tranquila, Tatiane, estás a salvo. — Mi suegra me tendió la mano para que volviera a sentarme en el sofá rojo a su lado, pero le dije que no. — Confía en mi hijo, no dejará que te vuelvan a hacer daño.

— Confío en Theo, pero no es eso.

— Entonces, ¿qué es? — Laís frunció el ceño.

— Tengo una idea.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

THEO

Capítulo treinta y ocho

Volví a casa a primera hora de la noche, después de pasar la tarde ocupándome de la distribución de la droga que habíamos recibido de los latinos, a través del puerto controlado por la familia de Laís. Esperaba que el papeleo me ayudara a lidiar con mi ansiedad por ponerle las manos encima a mi tío, pero no podía dejar de pensar en ello ni un solo minuto. Estaba afectando a mi concentración. Aparte de la rabia que sentía hacia él por lo que le había hecho a mi mujer, saber que estaba ahí fuera significaba que los diez años de búsqueda se habían quedado en nada, y yo volvía al punto de partida.

Ese cerdo era escurridizo, y con los aliados que tenía al otro lado del océano, parecía inalcanzable.

Entré en el salón con Marco y me sorprendió ver a Mateo, mi madre y nuestras mujeres reunidos.

— ¿Qué ocurre? — Me crucé de brazos y alterné la mirada entre cada uno de ellos, pasando de mi hermano, de pie junto al sofá, a las tres mujeres sentadas en el sillón, que me miraban con la misma intensidad.

— Tengo una idea. — Dijo Tatiane, atrayendo mi atención y la de Marco.

— ¿Idea? — Fruncí el ceño.

— Creo que podría funcionar. — Empezó Mateo.

— ¿Qué idea? — La pregunta vino esta vez del hermano mayor, que tenía una expresión tan confusa como la mía.

— Leonel me quiere, siempre me ha querido. ¿Y si me entregaras a él?

— ¿Cómo? — Sacudí la cabeza para asegurarme de que había oído bien. — ¿Te has vuelto loca?

— Theo, podría ser la forma más fácil de atraer a nuestro tío hacia nosotros. — Mateo dio un paso hacia mí, pero retrocedió cuando le gruñí.

— ¿Usando a mi mujer como cebo?

— Fue ella quien lo sugirió.

— Y tú eres aún más idiota por considerar siquiera aceptar algo así. Puede que tú no lo recuerdes, pero yo lo recuerdo muy bien. Tatiane pasó unos minutos en su compañía y fue suficiente para que Leonel casi la violara y la matara.

— Esta vez estaré mejor preparada.

— ¡No! — Grité. Ella retrocedió hacia el sofá y mi madre la abrazó. — No es posible que hayan estado de acuerdo en semejante locura.

— Vuelve a tus computadoras, Mateo. — Ordenó Marco. — No vamos a utilizar a Tatiane como cebo.

Los adelanté resoplando como un toro y subí al segundo piso. Mi hermano mayor vino detrás de mí, pero sólo me detuve cuando su mano en mi hombro me hizo girarme para mirarle.

— Si a Mateo se le ocurrió esta estúpida idea, juro que lo mato.

— Cálmate, hermano.

— ¡Vete a la mierda tú y tu calma! ¿Entregarías a Laís en manos de Donatella?

Marco no contestó, sólo tragó saliva y eso me bastó para estar seguro de que no lo haría.

— Puede que me lleve cincuenta años volarle la cabeza a nuestro tío, pero bajo ninguna circunstancia pondré en peligro a Tatiane.

— Entiendo.

— Mejor así. — Me pasé la mano por el pelo corto, echándolo hacia atrás. — Asunto cerrado.

Fui a mi habitación y directamente a la ducha, me metí bajo el chorro de agua con la ropa puesta. Sólo de pensar en lo complicado de aquello, mi cuerpo se retorcía de dentro a fuera. Siempre me había gustado la adrenalina, me arriesgaba todo el tiempo, pero todo había cambiado, con Tatiane era diferente.

— Theo, escucha... — Ella apareció en la puerta del baño y me miró fijamente.

— Escúchame. Si él vuelve a tocarte, no seré responsable de lo que pase. Marco no quiere una guerra con los americanos. Así que quédate muy tranquila aquí, mantente a salvo.

— Quiero hacer algo. — Se frotó los brazos y su angustia no hizo más que angustiarme aún más.

— Mantente a salvo. Es lo único de lo que tienes que preocuparte. — Me quité la ropa mojada y la tiré al suelo.

— No es sólo por tu padre, sino también por mi hermano.

— Voy a matarlo. Sólo confía en mí.

Se metió en la ducha y me abrazó, apretándome el pecho con fuerza, lo que hizo que mi corazón se ralentizara.

— Siento que tengo que ayudar.

— Mantente a salvo, amor. Así es como puedes ayudarme. Déjanos la venganza a mí y a mis hermanos. Lo resolveremos.

Asintió y la besé en la coronilla. Le sujeté el pelo mojado y la hice acomodarse en mis brazos. Permanecimos así largos minutos y me convencí de que mi mujer estaría bien.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

TATIANE

Capítulo treinta y nueve

Pasaron los días y Mateo no podía encontrar una ubicación específica de Leonel. Todos estaban ansiosos por esto, especialmente yo. Nunca volví a hablar con Theo sobre mi deseo de atraer a su tío hacia nosotros para que pudiéramos atraparlo.

Durante este periodo, no esperé exactamente a que pasara el tiempo. Pensé en otras formas de ser útil y pedí ayuda. Cuando los hombres no estaban en casa, me escapaba con mi cuñada a un viejo cobertizo del jardín y ella me enseñaba a disparar. Con la ayuda de algunos soldados, aprendí a golpear y matar si era valioso. Aunque pudiera no haber servido para nada, habría sido muy útil aprender todo eso antes de que Leonel me atacara en el baño. Nunca me habría tocado si hubiera sabido defenderme.

Las nuevas habilidades me dieron un poco más de confianza y, casi un mes después, sin una ubicación exacta del paradero de Leonel, empezaba a inquietarme de nuevo.

Estaba sentada en el salón cuando oí el ruido de la puerta al abrirse. Pensé que podría ser Theo, o incluso Marco, pero me sorprendió ver a Mateo.

— Buenas tardes. — Me saludó antes de subir al primer peldaño de la escalera.

— ¡Mateo, espera! — Corrí hacia él, que se quedó quieto, esperando a que me acercara.

— ¿Qué ocurre?

— ¿Has encontrado a Leonel?

— Algunas pistas sobre dónde podría estar, pero nada muy concreto, es como si hubiera conseguido seguir todos sus rastros.

— Envíame a Estados Unidos.

— ¿Te has vuelto loca? Mi hermano me mataría sólo de pensar en ponerte en peligro. Puede que antes apoyara tu idea, pero pensándolo bien me doy cuenta de lo estúpida que es.

— Leonel no me matará.

— Como si no lo hubiera intentado antes. — Mateo torció los labios, regañándome.

Me enfadé, porque la primera vez que le había contado mi idea, mi cuñado me había apoyado, pero ahora estaba en mi contra. Sin embargo, intenté disimularlo, porque aún necesitaba ponerlo de mi parte.

— Si Leonel realmente quisiera matarme, no me habría clavado el cuchillo en el muslo. No habría fallado en mi yugular. Sólo me hizo daño porque necesitaba que Theo me prestara atención, y eso le permitió escapar.

— Pasas demasiado tiempo con mi madre. — Resopló.

— Sé que puedes enviarme allí y atraer a Leonel para que se reúna conmigo. Puedes hacerle saber que estoy en suelo americano y me seguirá como una polilla persiguiendo la luz.

— ¿Crees que no se dará cuenta enseguida de que es una trampa? Mi hermano nunca dejaría que su esposa anduviera por ahí desprotegida.

— Podemos idear un plan. Puedes difundir el rumor de que Theo y yo tuvimos una pelea y me escapé.

— Tendrán una fea discusión si haces algo así.

— ¿Tienes una idea mejor?

— Déjame seguir buscando.

— ¿Hasta cuándo?

— No lo sé.

— Mateo, por favor. Intentémoslo, por el bien de tu padre... por mi hermano también. Además, ¿cuánto crees que tardará Theo en viajar a América para solucionar el problema a su manera?

— Esperaba que, con tu ayuda, él no lo hiciera.

— Sé que estás preocupada por tu hermano, y yo también. Podía parecer imposible cuando llegué a esta casa, pero lo amo.

— ¿Qué crees que hará cuando se entere de que te ayudé con este loco plan?

— Vendrá por mí. Y cuento con ello. Mateo, por favor...

— Las posibilidades de que salga mal son muy altas.

— No si me proteges, y estoy seguro de que puedes hacerlo. Eres un Bellucci.

— Necesitamos tener un plan.

Asentí y seguí al más joven.

Mateo llamó al jefe de su equipo informático mientras yo preparaba una rápida maleta con todo lo que creía que iba a necesitar para pasar unos días en el extranjero, incluido, por supuesto, mi pasaporte. Esperaba que mi inglés, que hacía tiempo que no practicaba, fuera suficiente para moverme por el país durante unos días.

Tuvimos que darnos mucha prisa para organizarlo todo antes de que Theo llegara con Marco. Sabía que mi marido se enfadaría mucho cuando se enterara de que yo había insistido en este plan, pero si todo iba según lo previsto, pronto estaría de nuevo en sus brazos y Leonel en el fondo de una tumba poco profunda, donde merecía estar.

Mateo me metió en un vuelo comercial a Nueva York en compañía de cuatro de sus hombres, que se mezclaron con los demás pasajeros para que no fuera tan evidente que me protegían.

Mientras me acomodaba en mi asiento del avión, respiré hondo y miré a un lado y a otro. Recordé a Laís diciéndome lo valiente que era y a Rosimeire recordándome todas las posibles complicaciones de aquel plan. Si Leonel me ponía las manos encima, podría hacer algo mucho peor que simplemente matarme, pero intenté apartar eso de mi mente.

Por Tiago, y por mí misma, ese hombre pagaría por todo lo que nos había hecho.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

THEO

Capítulo cuarenta

— ¡Tati! — Abrí la puerta del dormitorio y no pude encontrar a mi esposa.

Fui a la biblioteca y allí no había ni rastro de ella. Sentí una extraña opresión en el pecho unas horas antes de volver a casa, pero pensé que podía no ser nada. Sin embargo, esta angustia aumentó cuando no la vi durante los primeros minutos que llegué a la mansión. No debería haber vuelto a casa tan tarde, aunque el cobro a los jefes locales de la ciudad había tardado un poco más de lo que me hubiera gustado.

— Laís, ¿está mi mujer contigo? — Abrí la puerta de la habitación de mi hermano sin llamar y me encontré a mi cuñada sentada en su regazo, besándole, y por la forma en que estaba a encajada en él, supuse que, a pesar del vestido que la cubría, estaban haciendo mucho más que besarse, pero no miré para asegurarme. Me bastaba con saber que Tatiane no estaba en aquella habitación.

— ¿Qué pasa, hijo mío? — preguntó mi madre cuando me vio de un lado a otro del pasillo después de revisar la biblioteca. Mi angustia iba en aumento y sólo se calmaría cuando la abrazara.

— ¿Dónde está Tatiane?

— Hijo, necesito que te tomes un respiro.

— ¿Tú qué sabes, mamá?

— Tatiane está de camino a Estados Unidos, salió hace unas cuatro horas. — La respuesta vino de Mateo, que estaba de pie al principio del pasillo con las manos en los bolsillos.

— ¿Qué quieres decir? — Temblé de rabia y apreté los puños.

— Ella es muy insistente.

— ¿La enviaste directamente con él? — rugí con una rabia que no cabía dentro de mí. Mateo era mi hermano pequeño y, la mayor parte del tiempo, lo hacía todo por él. Nunca podría imaginarme volviéndome contra mi propia sangre, pero la situación era extrema.

— Espera, hermano, tenemos un plan.

— ¿Tienen un plan? — Empecé a reír nerviosamente, pero entonces la rabia volvió a apoderarse de mí y fui a por él. Había estado desequilibrado los últimos días y ése fue el detonante. — ¿Tienes un puto plan? — Le di a mi hermano un puñetazo en la cara tan fuerte como pude y él se tambaleó hacia atrás, masajeándose la mejilla.

— ¡Theo, cálmate! — Mi madre intentó retenerme para que no volviera a golpear al más pequeño.

— ¡Cálmate de una puta vez! Si Tatiane muere, es culpa de él.

— Yo también lo sabía. — La revelación de mi madre fue suficiente para hacerme dar un paso atrás.

— No es culpa suya lo que le pasó a mi padre. — Dije, y sacudí la cabeza confusa. La angustia que sentía era tan grande que me costaba mantener la cordura.

— Lo sé, cariño.

— Entonces, ¿por qué la dejaste ir?

— Para que le hagas pagar a Leonel de una vez por todas todo lo que ha pasado.

— Toma nuestro avión y vete a Estados Unidos. — Marco abrió la puerta y me miró directamente.

— ¿Tú también lo sabías? — Le enseñé los dientes.

— No, pero Laís acaba de decírmelo. Si los americanos cuestionan tu presencia en su territorio, sólo diremos que fuiste a buscar tu mujer fugitiva, sin ningún otro motivo relacionado con asuntos mafiosos. Espero que se lo traguen. Pero si no puedes matar a Leonel, recupera a tu esposa. Ella es la prioridad, hermano.

Moví la cabeza afirmativamente y volví a gruñir a Mateo mientras nos enfrentamos. Me iba a llevar un tiempo perdonar a mi hermano pequeño.

— Dejé todo preparado para que puedas partir. El avión está listo en la pista privada del aeropuerto. El vuelo sale en media hora. Cuando llegues a Estados Unidos, un contrabandista,

que no está vinculado a la mafia local, se reunirá contigo para suministrarte armas y municiones. He pensado en todo, hermano. Cálmate un poco. — Mateo se acercó a mí y yo volví a gruñir.

— ¿Qué quieres que te diga? ¿Gracias?

— Ve tras ella, Theo. — Mi madre me puso la mano en el hombro y me aparté.

Estaba muy enfadado con todos ellos por haber permitido que Tatiane saliera de casa sin mi permiso. Sin embargo, no tuve tiempo de desahogar mi ira, pues necesitaba poner remedio a la estúpida actitud de mi mujer antes de que fuera demasiado tarde.

Llamé a Rómulo y a algunos de mis mejores hombres y me dirigí al aeropuerto lo más rápido posible. Esperaba llegar antes de que Leonel le pusiera un dedo encima a mi mujer, porque si le pasaba algo, haría mucho más que no perdonar a mi hermano menor.



MÁFIA BELLUCCI - LIVRO II

TATIANE

Capítulo cuarenta y uno

Nunca había viajado tan lejos. Habría sido un viaje increíble visitar un país tan lejos de casa, si las circunstancias hubieran sido otras.

¿Estaba asustada? Mucho. Temblaba por dentro y evitaba pensar en las cosas malas que podían ocurrirme, lo que me aterrorizaba aún más. Mientras estaba sentada en el avión, ni siquiera podía dormir, porque cada vez que cerraba los ojos, mi mente me llevaba a imágenes de lo que había sucedido en el baño del club durante la fiesta organizada por Ángela. La idea de que Leonel pudiera volver a abusar de mí hizo que el pavor corriera por mis venas y se instalara en mi corazón.

Me había dicho mil veces que todo saldría bien. Atraería al monstruo hacia mí y, llegado el momento, Theo aparecería para matarlo. Pero ¿y si no funcionaba, y si mi marido no venía a por mí o no llegaba a tiempo? Las posibilidades de que mi plan no funcionara empezaban a crecer ante mis ojos y mi temor aumentaba en igual medida.

Cuando llegamos al aeropuerto, los hombres de Mateo, que siempre estaban cerca, me guiaron en cada paso, desde recoger el equipaje hasta presentar el pasaporte en la aduana. Había muchos más trámites burocráticos para salir de Europa de lo que yo había imaginado, pero los hombres me mantuvieron tranquila. Como esposa de un italiano influyente y rico, me dijeron que era fácil entrar en cualquier sitio.

Del aeropuerto fuimos a un hotel de Manhattan. Me dormí algo más de una hora antes del amanecer, y cuando me levanté encontré a los hombres de Mateo en el salón de la suite, trabajando en sus ordenadores.

— No puedo perder mucho tiempo. — Me acerqué a uno de ellos. — ¿Está Theo de camino?

— El Sr. Mateo nos dijo que salió de Italia unas horas después que usted. Debería estar aquí en unas tres horas.

— Así que ese es todo el tiempo que tengo para encontrar a Leonel.

El hombre asintió y se levantó, acercándose a mí.

— ¿Seguro que quieres hacerlo?

— Sí, seguro. — Meneé la cabeza afirmativamente.

— Te vigilaremos en todo momento, pero eso no significa que no sea arriesgado.

— Siento que tengo que hacerlo. — Dije con convicción, y el hombre no dijo nada más para intentar disuadirme.

Miré más allá de la ventana del salón y vi los rayos de sol que atravesaban los rascacielos antes de llegar a la habitación. Había viajado muy lejos de casa y era imposible no tener dudas sobre si llegaría sana y salva. Era más fácil dejar de sentir miedo cuando no pensaba en mí y me centraba en mi misión.

— ¿Señora? — La voz del hombre que tenía delante me hizo mirarle de nuevo.

— Sí, Cristian.

— Mastique esto. — Me dio algo parecido a un chicle.

— ¿Qué es esto? — Analicé el chicle en la palma de su mano, temeroso de cogerlo.

— Es un nanorastreador. Es para asegurarnos de que sabemos dónde está en todo momento. Emite señales de baja frecuencia y es indetectable. En resumen, no sabrán que usted lo lleva.

— ¿Pero se quedará dentro de mí? ¿En mi cuerpo? — Abrí los ojos, aún más sorprendida.

— No te preocupes. No es perjudicial para tu salud y se le pegará al diente. Luego lo sacaré con pinzas.

— De acuerdo. — Contuve la respiración, para soltarla con fuerza justo después, antes de tomar el chicle y masticarlo.

— En cualquier caso, está aquí sola. Ha huido de su marido. Así que evitaremos que nos vean juntos, pero la vigilaremos de cerca en todo momento. Hemos pirateado el sistema de cámaras del hotel y tenemos ojos en todas partes excepto en las habitaciones, pero con este rastreador siempre sabremos dónde está. También quiero que cambie sus pendientes por estos.

— Cristian me entregó una cajita con un par de pendientes que parecían simples diamantes.

— ¿Qué contienen?

— Microcámaras.

— Ustedes son buenos en esto. — Sonreí mientras cambiaba mis pendientes por los que él me había regalado.

— Los más tradicionales siguen mirándonos por encima del hombro. — Se encogió de hombros y no supe si se refería a mi marido o a otros mafiosos.

— Ahora voy abajo por café.

— Ya hemos extendido rumores por la ciudad de que usted está aquí, así que es probable que Leonel aparezca.

— O cualquier otro enemigo de Bellucci. — Me mordí el labio, temerosa, pero era demasiado tarde para dar marcha atrás.

— Esperemos que sea el único tan ingenuo como para arriesgarse a desafiar a la familia Bellucci. Usted pertenece a una familia muy poderosa, señora. Cualquiera con un mínimo de inteligencia no se atrevería a acercarse y atraer la atención de su marido.

— Vamos a contar con ello. — Le dediqué una sonrisa amarga.

Tomé mi bolso y me alisé el pelo antes de dirigirme al restaurante del hotel. Aunque no había comido nada desde que salí de la mansión Bellucci, no tenía hambre. Sin embargo, era algo más que desayunar, necesitaba mostrarme.

No podía negar que mi marido tenía razón. Era peligroso. Theo se preocupaba tanto por mí que no me dejaría poner en práctica mi plan. Sin embargo, creía que si todo salía bien, vengaría a mi hermano e incluso demostraría a mi marido que merecía un voto de confianza.

Caminé por el pasillo hasta el ascensor. Había muchas puertas y todas estaban cerradas. Era un hotel muy bonito y sofisticado, digno de una princesa italiana, pero era una pena que no pudiera disfrutarlo como un turista cualquiera.

Llegué a la planta del restaurante siguiendo las señales. Me senté en una mesa vacía,

colgué mi bolso en una silla y fui a servirme el gran festín que había a disposición de los comensales. A pesar de mi angustia, en aquel momento sentí mucha hambre, quizá por haber visto la mesa tan llena. Tomé una fruta, pan y un trozo de tarta antes de volver a la mesa.

— ¿Puedo ayudarla en algo, señora? — Un camarero se detuvo junto a la mesa, llamando mi atención.

— Por favor, quiero un vaso de leche.

— Me ocuparé de ello.

— Gracias, señor.

Se alejó y yo volví a comer sin mostrar ninguna preocupación, al menos esa fue la impresión que intenté dar.

Pronto el camarero me trajo el vaso de leche y terminé de desayunar. De vez en cuando, miraba a la gente del local y ellos a mí. Nadie parecía sospechoso, y también me di cuenta de que no me encontrarían si me quedaba allí esperando.

— Gracias por el desayuno. — Sonreí al camarero, que me saludó con la cabeza antes de salir del restaurante.

Volví a mi habitación para decirles a Cristian y a los otros hombres que iba a dar una vuelta a la manzana, a conocer la ciudad, o simplemente a deambular, tratando de llamar la atención, con la esperanza de que Leonel y sus hombres vinieran a buscarme.

¿Y si no venían? Intenté alejar ese pensamiento, aunque era una posibilidad.

Podría haber conseguido capturar al responsable de la desgracia de mi hermano o podría haber retado a mi marido a venir a otro país a cambio de nada.

Salí del hotel, observándolo todo en la calle con curiosidad, como una auténtica turista. La arquitectura era tan diferente de lo que había visto en Italia que captó mi atención con facilidad. De repente, divisé el *Central Park.* Olvidando el verdadero propósito de estar allí, me detuve en un semáforo de peatones, esperando a que se pusiera en verde para poder ir hasta allí.

Siempre me ha encantado la imagen del parque en las numerosas películas americanas que he visto. Esta era una oportunidad para verlo de cerca. Si el plan no funcionaba, cuando

Theo se reuniera conmigo, si no estaba demasiado enfadado, cosa que dudaba, podríamos ver los principales monumentos de la ciudad.

El semáforo se abrió y di un paso hacia la senda de peatones, pero antes de que pudiera cruzar la calle, sentí que una mano me agarraba el brazo. Me di la vuelta para empujar a quienquiera que fuera, pero antes de que pudiera ver la cara de la persona que me sujetaba, sentí que me apretaban un paño blanco contra la nariz y todo se oscureció.



MÁFIA BELLUCCI - LIVRO II

THEO

Capítulo cuarenta y dos

Salí de Roma con la ropa que llevaba puesta mientras corría lo más rápido que podía hacia el aeropuerto. El avión partió hacia Estados Unidos en cuanto me subí a él. No recordaba haberme sentido tan angustiado en mi vida.

Tonta... Irresponsable... Maldije mentalmente a mi mujer durante todo el viaje. ¿Tatiane tenía idea del tamaño de los riesgos que se había atraído? Tenía ganas de zarandearla, de pelearme con ella, pero al mismo tiempo deseaba rodearla con mis brazos para no soltarla jamás e impedir que volviera a dar un paso tan estúpido.

En cuanto mis hombres y yo aterrizamos en suelo americano, encontramos un coche esperándonos. No podía dejar de mirar mi reloj. Era como si cada minuto que Tatiane estuviera lejos de mí fuera el tiempo que Leonel necesitaba para matarla.

— Estará bien, señor. — Rómulo lo repitió varias veces. Lo tenía como amigo, pero no era el momento de decir frases vacías, porque no había nadie que pudiera garantizarlo.

Nos detuvimos en un viejo cobertizo de un puerto a pocos kilómetros del aeropuerto donde aterrizamos, y allí nos esperaba el hombre que Mateo nos había indicado, con armas suficientes para asaltar la Casa Blanca. En cuanto las cargamos en el coche, nos dirigimos al hotel donde mi hermano me dijo que estaría mi mujer.

Lo único que quería era llegar y encontrar a Tatiane bien dormida en su habitación, pero algo dentro de mí me advertía que no sería tan sencillo.

El vehículo en el que viajábamos bordeó el *Central Park* y dobló una esquina. Miré atentamente por la ventanilla, esperando detectar algo sospechoso. Aún era muy temprano, apenas las siete de la mañana hora local, pero las calles estaban llenas de neoyorquinos corriendo de un lado a otro, como si todo el mundo llegara tarde.

Entonces el coche se detuvo en un semáforo y gruñí porque algo tan trivial me había hecho llegar unos minutos tarde. Miré por la ventanilla y me sorprendió la imagen de una mujer cruzando la calle por el paso de peatones.

Tatiane...

Parecía tan imposible verla sola y desprotegida de esa manera que casi pensé que todo estaba en mi cabeza. Sin embargo, cuando un hombre se acercó por detrás y tiró de ella por el brazo, supe con certeza que era mi mujer.

Abrí la puerta del coche sin pensármelo dos veces y casi atropello a un motociclista, que salió refunfuñando y tocando el claxon. No le hice caso y corrí al otro lado de la calle para ver cuando Tatiane parecía perder el conocimiento y era sujetada por el sujeto.

Mis hombres vinieron detrás de mí, dejando sólo al que conducía el coche dentro.

— ¡Suelta a mi mujer! — Grité.

No hizo caso de mi pedido y se la echó al hombro como un saco de patatas.

Corrí hacia él, pero antes de que pudiera alcanzarle, aparecieron otros hombres delante de mí. Uno intentó darme un puñetazo en la cara y tuve que mover la cabeza hacia atrás para evitar que me golpeara. No pude volver a correr porque un segundo hombre me dio una patada en el estómago.

Mientras yo luchaba contra dos, mis hombres se ocupaban de otros tres y Rómulo seguía corriendo detrás de mi mujer.

Con la furia corriendo por mis venas, retrocedí dos pasos y contraataqué, dispuesto a matarlos con mis propias manos si era necesario. Un puñetazo golpeó la palma de mi mano y tiré del brazo del atacante, haciéndole perder el equilibrio y caer de cara al suelo. El otro intentó burlarme y hacerme tropezar, pero salté y le di una patada en la cara que le hizo levantar la cabeza y caer hacia atrás, completamente mareado.

El que había caído se levantó y me tocó darle un puñetazo en la cara que le hizo perder el conocimiento. El que quedaba en pie apuntó un arma en mi dirección, pero antes de que pudiera dispararle, le quité el arma y le golpeé en la cabeza, dejándole inconsciente. Quería dispararles a los dos y acabar con ellos de una vez por todas, pero la policía no tardaría en llegar y podrían encargarse de ellos por mí.

— ¡Tatiane! — Grité a mi mujer y doblé la esquina.

Miré a un lado y a otro, de la calle hasta la cerca del *Central Park*. Había mucha gente moviéndose, pero ninguno de ellos era el hombre que llevaba a mi mujer.

— ¿Señor? — Rómulo se detuvo a mi lado, tan jadeante como yo.

— ¿Adónde fue? — Me pasé la mano por el pelo, intentando contener mi abrumador descontrol.

— Seguí al hombre que la secuestró, pero se metió en un coche y desapareció más rápido de lo que yo podía seguirle.

Golpeé mis muslos mientras rugía de rabia.

Estaba a punto de preguntarle a Rómulo la dirección que había tomado el coche y el modelo, como si fuera a ser tarea fácil localizarlo en una ciudad tan grande y desconocida como aquella. Sin embargo, antes de que la pregunta saliera de mi boca, mi teléfono empezó a sonar y por impulso contesté.

— ¿Quién es?

— Cristian, del equipo de seguridad del Sr. Mateo. Estoy enviando las coordenadas de localización de su esposa a su teléfono móvil. Todo lo que tienes que hacer es abrir el enlace.

— ¿Cómo sabes dónde está mi mujer?

— Le di un rastreador. Ahora mismo está en un coche en marcha.

— Si le pasa algo, los mato a todos. — Amenacé, sin importarme si era un aliado o un enemigo, porque yo también era uno de los responsables de aquella estúpida idea.

— Vaya tras ella, señor. — Fue todo lo que dijo antes de colgar la llamada, y justo entonces mi teléfono vibró al recibir las coordenadas en tiempo real de la ubicación de mi esposa.

— ¿Qué vamos a hacer con ellos? — preguntó uno de mis hombres mientras señalaba a los desmayados.

— Deja que la policía lo resuelva.

Tiré del brazo de Rómulo y, junto con los demás hombres de mi equipo, nos dirigimos al

coche que nos esperaba en la esquina más cercana.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

TATIANE

Capítulo cuarenta y tres

Me dolía la cabeza y tenía el cuerpo débil. Abrí los ojos con dificultad mientras mis pupilas se acostumbraban al entorno. Oía el sonido de algo de fondo que parecía un goteo, pero no podía estar segura.

Cuando por fin conseguí abrir los ojos, me di cuenta de que estaba en una silla, con los puños atados con una fuerte cinta adhesiva, y de nuevo recordé aquellas películas americanas que solía ver. Delante de mí había alguien a quien quería conocer y no quería al mismo tiempo, porque mirarle tan de cerca me traía tantos malos recuerdos que intentaba evitar a toda costa.

— Sabía que vendrías a mí. — La sonrisa de satisfacción que me dio fue suficiente para darme pesadillas.

— Te he echado de menos. — Mentí con una sonrisa. Pensé que sería la mejor manera de llevar la conversación mientras ganaba tiempo.

— ¿De verdad? — se rió.

— Sí. ¿Por qué más crees que vine aquí?

— Eso es algo que estoy intentando averiguar. — Dio unos pasos hacia mí, acortando la distancia que nos separaba y me agarró la barbilla, levantándola para que pudiera mirarle.

— Theo y yo no funcionamos. — Continué con mi historia inventada. — Creo que Tiago tomó una mala decisión, y mi lugar siempre debería haber sido estar a tu lado.

— ¿Es eso lo que piensas?

Moví la cabeza afirmativamente.

— ¿Qué hace tu marido en Nueva York?

— Imagino que no me dejaría escapar tan fácilmente. Desde luego, no se me da tan bien como a ti, que desapareciste de aquella fiesta en Palermo y nunca más se te volvió a ver.

— Todo lo que necesité es un plan y los contactos adecuados.

— ¿Cómo lo hiciste? — Incliné mi cuerpo hacia él, mostrando mi total interés, pero en realidad lo único que quería era ganar tiempo.

— Fui a la playa, tomé un barco, que me llevó a la costa de África, donde mis sobrinos no podrían rastrearme. Luego sólo tuve que llamar a un antiguo contacto que estaba en Roma para que me recogiera.

— Parece que eres muy amigo de los americanos.

— A diferencia de mis sobrinos, ellos valoran mi presencia.

— Creo que me va a gustar vivir aquí. La ciudad es preciosa. — Moví la cabeza y miré la gran pared de cristal y metal.

El lugar donde nos encontrábamos sólo tenía el suelo de cemento e imaginé que se trataba de un edificio en construcción o abandonado. En cualquier caso, debía de estar destinado a los negocios de la mafia americana.

— No es tan antigua como Roma, pero también guarda muchos secretos. El centro del poder mundial no está en Europa desde hace mucho tiempo.

Leonel respondía bien a cada una de mis interacciones, y eso me complacía. Cuanto más pudiera mantenerlo entretenido, preferiblemente con las manos bien lejos de mí, mejor.

— ¿Por qué no me sueltas? — Intenté mover los brazos, pero estaban fuertemente atados. — Quiero contemplar las vistas. Hay tantos edificios altos en la ciudad...

— ¿Crees que soy idiota, niña? — Se echó a reír y yo me recosté contra el respaldo, sorprendida por su reacción. Creía tener el control de la situación, pero estaba bastante claro que no era así.

— No. Puedes ser muchas cosas, pero no un idiota. Hiciste que mataran a tu propio hermano y huiste de tus sobrinos.

— Entonces, ¿por qué crees que confiaría en ti? — Me sujetó la cara, presionando sus pulgares con fuerza contra mis mejillas, lo suficiente para que me doliera.

— ¿No deberías confiar en la mujer que quieres a tu lado? — Estaba jugando con él y esperaba ser lo bastante astuta para que no se diera cuenta.

— ¿Sabes de lo que estás hablando?

— ¿No es eso lo que quieres? Me deseas desde los catorce años, pero primero te lo impidió mi hermano, luego mi marido.

— ¿Qué te ha hecho venir aquí, niña? No creas que soy estúpido.

— Soy una princesa en Italia, pero imaginaba que, contigo y en este inmenso país, podría ser una reina, sin estar a la sombra de Laís.

— Eres mucho más ambiciosa de lo que pensaba.

— No tienes ni idea de cuánto. — La fuerza que ejercí para mantener esa sonrisa fue increíble.

Cada vez que Leonel se acercaba a mí o me tocaba, se me revolvía el estómago y el corazón me latía más deprisa. Luchaba con los recuerdos de cuando intentó abusar de mí en aquel cuarto de baño, sobre todo porque el miedo a que volviera a ocurrir iba en aumento.

— Durante un tiempo quise gobernar Italia. Matar a mi hermano y manipular a mi sobrino hasta que me cediera el poder era mi plan, pero subestimé a Marco, es más listo de lo que pensaba.

— Así que viniste aquí.

— Mi plan era crear una alianza para tomar Italia por la fuerza, pero quedarme aquí resultó mucho más interesante. ¿Por qué tener sólo Italia si podía estar al mando del país que dirige el mundo entero?

— Muy inteligente por tu parte, pero ¿por qué volviste a Europa? Tu vida estaba hecha aquí, no necesitabas acercarte de nuevo a tus sobrinos.

— Cuando supe que habían matado a tu hermano, tuve que averiguar cuánto sabían.

Estaba a punto de abrir la boca para continuar la conversación cuando el sonido de disparos me hizo saltar en la silla y abrir mucho los ojos. Había muchos disparos.

— ¿Qué es lo que pasa? — Abrí mucho los ojos, como si me sorprendiera.

— No lo sé.

Un hombre se le acercó y le susurró al oído. Las arrugas de la frente del anciano resaltaban y sus dientes se apretaban. La expresión de furia en sus ojos era evidente.

— ¿Cómo me lo has traído? — Se adelantó y me agarró del cuello, sujetándolo por debajo de la mandíbula, lo que me dejó sin aliento.

— Yo no... no sé... — Hablé con dificultad, mientras el aire se agotaba en mis pulmones.

Era mentira, por supuesto, sabía lo del rastreador que me había dado Cristian. Era el faro para que mi marido me encontrara.

— ¡Puta de mierda!

Empujé mi cuerpo hacia atrás, haciendo que la silla se volcara antes de que me hiciera perder el conocimiento. Leonel acabó soltándome para que no cayera con él. El brusco movimiento rompió la cinta que me rodeaba las muñecas, pero me mareé cuando mi cabeza golpeó el suelo.

— Sólo eres una puta como tu madre. ¿Te crees tan lista como para hacerme caer en una trampa?

No contesté, ni creí que fuera necesario. La verdad era que había caído en la trampa, tal y como yo había predicho. Su lujuria por mí era lo suficientemente grande como para hacerle cometer un error.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

THEO

Capítulo cuarenta y cuatro

La señal de Tatiane nos llevó a un edificio inacabado en el suburbio de Queens. Sabía poco de la zona, pero supuse que estaba ocupada por inmigrantes por los rasgos de la gente que veía en la calle.

— ¡Más rápido! — ordenó el hombre que conducía el coche como si fuera capaz de adelantar a todos los vehículos de la carretera.

Debido a mi ansiedad, me pareció que había pasado una eternidad, pero la pantalla de mi móvil sólo contaba unos minutos.

En cuanto el coche se detuvo unos metros antes de la dirección, abrí la puerta para salir, pero Rómulo me puso la mano en el brazo y me obligó a mirarle.

— Mantenga la cabeza fría, señor. Ambos necesitan volver a Roma con vida.

Asentí y saqué mi pistola, comprobando que tenía munición suficiente en los bolsillos para abrir un buen agujero en un vehículo blindado.

Me bajé y Rómulo vino conmigo. Nos escondimos detrás del coche para vigilar el movimiento y dar cobertura a los soldados que avanzaban hacia la entrada. Estábamos junto a los hombres de mi hermano, que vinieron en otro coche para apoyarnos. Los dos que se habían adelantado se acercaron sigilosamente a la puerta de acero para colocar explosivos.

Pronto el metal explotó ante mis ojos, dejándonos paso libre. Hice un gesto a los hombres para que continuaran y Rómulo y yo les seguimos. Cuando entramos, todavía había una neblina de polvo y escombros levantada por la explosión, que sirvió para ocultarnos parcialmente.

Oí el sonido de los primeros disparos contra nosotros. Nos escondimos detrás de los contenedores y las pilas de acero que había en la obra antes de dispararles. Divisé a uno de los francotiradores en el segundo piso del edificio y actué rápidamente, alcanzándole con disparos precisos, pero tres más vinieron hacia mí, perforando el suelo cerca de donde yo estaba con una ráfaga de balas. No me dieron por poco.

Vi cómo derribaban a uno de mis hombres y eso me enfureció aún más. Rodeé el contenedor que utilizaba como escudo y disparé a otros dos que estaban escondidos detrás de las ventanas del primer piso. A uno le di en el brazo y el otro disparo hizo un agujero en la ventana.

Rómulo preparó un cóctel molotov y lo lanzó por el agujero que yo había hecho en la ventana antes de que pudiera reprenderle con la mirada y las palabras.

— Mi mujer está dentro.

— Lo sé, señor, pero tenemos que entrar.

Observé el fuego que crecía tras el cristal y tuve que contenerme para mantener el control. Era difícil, casi imposible, mantener la calma cuando mi mente estaba preocupada por lo que encontraría dentro de aquel edificio.

El tiroteo cesó y algunos de mis hombres avanzaron. Les sorprendió un enemigo, pero le disparé en la cabeza antes de que hiriera a mis soldados. Entraron en el edificio, seguidos de cerca por Rómulo y por mí.

Volví a oír disparos y me escondí en una columna. Había al menos quince hombres en el piso de abajo, lo que indicaba que nos superaban en número. Leonel tenía mucha más fuerza en el nuevo mundo de lo que yo había imaginado, pero no éramos aficionados.

Salí de detrás de una columna durante unos segundos, el tiempo suficiente para abatir a dos hombres que disparaban como locos contra nosotros. Con cada uno que abatíamos, nos adentrábamos más en el edificio, hasta que me acerqué a una escalera.

— Voy a subir. — Le dije a Rómulo.

— Te cubriré.

Subí el primer peldaño de la escalera y sonó un disparo que impactó en la pared a centímetros de donde estaba mi cabeza. Por suerte para mí, cuando me agaché para evitar ser alcanzado, la visión del tirador se aclaró y Rómulo le disparó.

Aproveché la distracción para subir corriendo las escaleras y me encontré con un tipo parado en lo alto. Se volvió hacia mí, pero le puse la pistola que llevaba en la sien y saqué otra de mi funda. Utilizándolo como escudo, me cargué a otros dos que estaban a la vista.

— ¡Theo! — Escuché la voz de mi esposa.

— ¡Tatiane!

Miré hacia el fondo de la habitación y la vi sujetada por mi tío ensangrentado, con una pistola apuntándole a la cabeza.

— Ella es hermosa, pero es una pena que su rostro va a quedar...

Le disparé en la mano, desarmándolo. Leonel me miró con desprecio. Quizá estos diez años separados le habían hecho olvidar lo buena que era mi puntería y que yo practicaba duramente para ser cada vez mejor.

Con el impacto, Tatiane se tambaleó hacia delante con cara de confusión, y yo aproveché y corrí hacia mi tío. Agarré el cuello de su camisa y lo levanté en el aire. Su mano sangraba por el agujero de bala, pero seguía riendo con aire desenfrenado.

— ¡No tienes ni idea de lo que me dijo! Lo estábamos pasando muy bien antes de que llegaras. En el fondo, eres un debilucho, como lo era tu padre, Theo.

— ¡Cállate! — Le golpeé la mandíbula tan fuerte que sentí que los huesos cedían por el impacto.

Le lancé otro puñetazo, seguido de otro, golpeándole con toda mi furia, descargando la ira que había acumulado por lo que les había hecho a mi padre y a Tatiane. Intentaba no demostrarlo, pero en su expresión era evidente que le dolía.

— Theo... — Oí la voz de mi esposa y la vi apuntando un arma en dirección a Leonel.

Me levanté, dejando aquel cuerpo mugriento, ensangrentado y decrépito en el suelo. Entonces la miré más de cerca y vi que sus dedos temblorosos agarraban la misma pistola con la que la habían amenazado minutos antes.

— ¡Esto es por Tiago! — Ella disparó, golpeando el cuello de Leonel. — Eso es por mí. — El segundo disparo dio en la cabeza de mi maldito tío y terminó de mandarlo al infierno.

Corrí hacia Tatiane y le quité la pistola de la mano. Cayó contra mi cuerpo y la sostuve.

— Quería matarte por tu estupidez.

— Estoy bien. — Mi mujer me sostuvo la cara y me miró fijamente. Esperaba encontrar pavor, pero todo lo que vi fue determinación.

Aún abrumado por la desesperación y el miedo a perderla, grité:

— ¡Fuiste una tonta! Podría haberte matado.

— Pero funcionó.

La sujeté por la cara y la hice dar pasos hacia atrás hasta que se apoyó en la pared. Mi pecho presionó contra sus pechos y sus pupilas se dilataron, coloreando de negro el marrón de sus ojos.

— Odiaba pensar que estaba contigo. Odiaba aún más la posibilidad de que murieras, porque creo que una gran parte de mí moriría junto a ti, y no quiero volver a pasar por esa sensación.

— Eso no sucederá. — Había un tono de promesa en su voz, que me tranquilizó un poco.

Apoyé con fuerza una mano contra la pared y mantuve la otra firmemente sobre su cara mientras exigía mi derecho a sus labios. Introduje mi lengua en su boca, buscando la suya con hambre, fervor e incontrolable avidez.

Me di cuenta de que Tatiane intentaba decir algo, pero mis labios le impedían emitir cualquier sonido audible. Pasé la mano por la pared hasta sus pechos, deslizándome hasta su vientre y le bajé la cremallera de los vaqueros, deslizando los dedos dentro de sus bragas.

— ¡Theo! — protestó contra mis labios.

Levanté la boca y le mordí el lóbulo de la oreja, haciéndola estremecerse.

— Te deseo. Te deseo ahora. — Mi voz estaba entumecida por la urgencia.

Tatiane volvió a besarme mientras yo le tocaba el clítoris por dentro de las bragas, haciéndola soltar gemidos bajos. Me complací de ella, la estimulé, antes de darle la espalda y bajarle los pantalones hasta los muslos, junto con las bragas. Mi mujer se apoyó en la pared mientras yo me abría la bragueta y sacaba mi pene de los calzoncillos, encajándolo dentro de ella. No lo hice con calma, no la había preparado bien para el momento, pero dejé que Tatiane sintiera toda la desesperación a la que me estaba sometiendo mientras la penetraba con fuerza,

arrancándole gemidos cada vez más fuertes.

Sólo duró unos minutos, pero fue intenso. Rugí al sacar todo mi semen, sintiendo cómo todos los espasmos que se extendían por mi cuerpo aliviaban parte de la desesperación que me invadía.

Saqué un pañuelo del bolsillo y se lo di para que se limpiara. Tatiane se subió los pantalones, pero antes de que pudiera cerrárselos, volví a meterle la mano en las bragas y la hice llegar al orgasmo también.

— No vuelvas a dejarme así. — Apreté el índice contra sus labios mientras ella seguía poniendo los ojos en blanco.

Tatiane asintió.

En cuanto me aparté de ella, me enfrenté al cuerpo de mi tío, cuyos ojos estaban abiertos pero sin vida.

— Que Tiago te torture día y noche allá donde vayas. — Tatiane le pateó y le escupió. Dejé que mi mujer descargara su ira, mi tío merecía todo su desprecio.

Rómulo apareció en el lugar y nos miró.

— Salgamos de aquí. — Agarré a mi mujer por el hombro y la conduje fuera del edificio, junto a los cadáveres de muchos hombres. Por desgracia, yo había perdido a tres de los nuestros, pero Leonel había pagado hasta la última gota de sangre que había derramado.

Si el infierno existía de verdad, había un lugar reservado para todos nosotros, pero especialmente para él.

Nos acercábamos a los coches cuando oímos el ruido de neumáticos y dos vehículos negros nos rodearon. Empujé a Tatiane detrás de mí y toqué mis armas, desenfundándolas.

Una de las puertas se abrió y un hombre bajó por ella. Era rubio, alto y tenía un tatuaje de alas en el cuello.

— Hola, italiano. — Me miró con una sonrisa.

— Lucian Lansky. — Murmuré su nombre. Recordaba haberlo visto en persona una sola

vez, cuando los dos éramos aún sólo hijos de capos, pero imaginaba que, después de tanto tiempo, tenía en Estados Unidos el mismo poder que Marco en Italia.

— Qué lío has hecho aquí.

— Sólo vine a recoger a mi esposa. No quiero problemas contigo ni con ningún otro jefe americano.

— Te entiendo. Todos tenemos derecho a la venganza, ¿no?

— Él mató a mi padre.

— Entonces, fue justo tu accionar.

— Ahora vuelvo a Italia y será como si nunca hubiera puesto un pie aquí.

— No sé si los dos lo vemos igual, pero Leonel fue una rata que traicionó a los suyos. Supongo que tengo que agradecerte que me sacaras del apuro.

— Me alegro que estemos de acuerdo.

— ¿Qué te parece si salimos a tomar algo? Para conocernos mejor. Tu encantadora esposa puede venir con nosotros.

— Lo siento, pero tengo prisa por volver a Italia. Te pido disculpas por las molestias y aprovecho la ocasión para insistir en que deseamos mantener la mejor relación posible contigo.

— Igualmente. — Me dedicó una sonrisa que no supe si era sincera o si debía sospechar. — Buen viaje de vuelta.

— Gracias.

Rómulo abrió la puerta trasera del coche y le indicó el asiento a Tatiane para que subiera. Ella se sentó, pero siguió mirándome preocupada. La situación era tensa y mi mujer se había dado cuenta.

— Eres bienvenido a Italia cuando quieras visitarnos. — Subí al coche, pero seguí mirándole por la ventanilla.

— Gracias por invitarme. Tal vez iré algún día.

Asentí e hice un gesto a Rómulo para que arrancara el coche y nos sacara de allí.

— ¿Quién era ese tipo? — me preguntó Tatiane.

— El jefe de los americanos.

— ¿Tenemos que preocuparnos por él?

— Espero que no.

— Se acabó, Theo. Ha muerto. — Mi mujer apoyó la cabeza en mi pecho y yo le acaricié el pelo. — Por fin mi hermano y tu padre han sido vengados.

— Así es. — La besé en la parte superior de la cabeza.

Esperaba que al menos pudiéramos descansar un poco antes de que apareciera el siguiente enemigo.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

TATIANE

Capítulo cuarenta y cinco

Ni siquiera pasamos por el hotel, fuimos directamente al aeropuerto, y los hombres de Mateo nos esperaron allí. Me pasé todo el viaje abrazada a mi marido, que aún parecía muy pensativo por todo lo que había pasado. Imaginaba, aunque no me atrevía a preguntar, que seguía enfadado por la forma en que me había expuesto. Sólo esperaba que se le pasara pronto. Él y sus hermanos se enfrentaban cara a cara con la muerte todos los días. Yo formaba parte de esa familia e imaginaba que, en un momento u otro, me acabaría exponiendo yo también.

Durante el vuelo, Cristian me quitó el rastreador y, como me había asegurado, el procedimiento fue muy sencillo.

Cuando aterrizamos en Roma, fuimos directamente a la mansión. El coche se detuvo en el garaje, Rosimeire vino corriendo hacia nosotros y abrazó a su hijo nada más salir del coche.

— Se acabó, está muerto. — Dijo, sin mirarla.

— ¿Cómo estás?

— Bien. — Theo se encogió de hombros.

— ¿Estás herida, cariño? — Se volvió hacia mí cuando su hijo la esquivó.

— No. ¡Estoy bien!

— Eso es muy bueno.

Vi a Theo cruzarse con Marco y Mateo. Saludó al primero con una inclinación de cabeza, pero ignoró al más joven y se dirigió al interior de la casa.

Corrí hacia él y lo abracé por detrás, haciendo que se detuviera en medio del pasillo, cerca de los dormitorios. Pasé las manos por su pecho y me detuve con ellas sobre su corazón.

— No puedes enfadarte con ellos.

— Sí, puedo. — Respondió en tono frío.

— Entonces también tienes que enfadarte conmigo. Fue idea mía, y fui yo quien

convenció a Mateo para que me ayudara, aunque sabía que podías enfadarte mucho por ello.

Theo me bajó las manos y se dio la vuelta, mirándome.

— Sólo eres...

— ¿Qué soy yo? ¿Una mujer? ¿Una niña?

Movió la cabeza negativamente, pero no me dijo nada.

— Si soy lo suficientemente adulta para estar debajo de ti en la cama, también lo soy para tomar mis propias decisiones y afrontarlas.

— ¿No lo entiendes? — gritó, pero no me asustó su tono. — ¡Podrías estar muerta ahora mismo!

— Sí, lo entiendo. Creo que eres tú quien no puede entender. Te quiero, Theo. ¿Cómo crees que me siento cada vez que sales por esta puerta para resolver asuntos de la mafia en nombre de la familia? Cada vez que vuelves herido, se me rompe el corazón porque pienso que la próxima vez podría ser peor. Imagino lo que fue para tu madre o para Ángela. Intento no desesperarme, porque eso forma parte de tu papel, pero a mí también me cuesta.

— Yo también te amo, Tatiane. — Tomó mi rostro y me besó con el mismo afán que me había hecho experimentar tras la muerte de Leonel.

— Vamos a la ducha, los dos necesitamos un baño. — Dije, mientras recuperaba el aliento en medio de nuestro beso.

Theo no me contestó, pero me levantó y me acompañó al dormitorio.

Al principio podría haber estado en contra de ese matrimonio. No entendía a la mafia ni lo que era involucrarse con alguien hasta el punto de compartir su corazón con él. Sin embargo, finalmente me sentí preparada para pertenecer a la mafia y ser la esposa de Theo Bellucci.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO II

THEO

Epílogo

Unos meses después...

Llegué a casa después de lidiar una vez más con el problema de los gitanos. No dejaban de darme dolores de cabeza, a pesar de que eran un grupo pequeño y totalmente desorganizado. Cada vez que pensaba que por fin los teníamos bajo control, volvían a desafiarnos. Esta vez esperaba que tardaran un poco más.

Entré en el salón de la mansión limpiándome las yemas de los dedos en un pañuelo. Aunque Tatiane no era ingenua y sabía lo que hacía, prefería que no me viera cubierto de sangre.

Encontré a mi madre sentada en el salón leyendo un libro, y se volvió hacia mí cuando se dio cuenta de que estaba allí.

— ¿Todo bien, hijo?

Moví mi cabeza afirmando.

— ¿Ha ido hoy Tati con Laís a la ONG? — Pregunté.

— No. Está en su habitación.

— ¿Leyendo? — Fruncí el ceño.

— Esperándote.

— ¿Ha pasado algo? — El tono de mi madre me alarmó.

— Ve y habla con ella.

Miré fijamente a mi madre durante una fracción de segundo, pero no me molesté en sacarle la verdad. Subí corriendo las escaleras y encontré a mi mujer sentada en el borde de la cama. Giró la cabeza hacia mí y me miró fijamente cuando entré en la habitación.

— ¿Está todo bien? — Pregunté.

— He tenido algunos dolores por las mañanas.

— Llamaré a un médico...

— Tu madre ya ha llamado. — Sonrió.

— ¿Y qué dijo el médico?

— Ven aquí. — Me tendió la mano.

Me senté a su lado en la cama y Tatiane me tomó la mano y se la puso en el vientre. Le acaricié la panza y me di cuenta de lo que me quería decir.

— ¿Voy a tener un hijo?

— Vamos a tener un hijo. — Confirmó con una sonrisa.

La besé con más cariño, conteniendo mi ferocidad habitual.

— Es la mejor noticia que podías darme. — Le di unos cuantos besos más antes de besarle el vientre.

Marco tenía razón, casarme me hizo mucho bien.

Sobre la autora

Jéssica Macedo tiene 28 años y vive en Belo Horizonte con su hija, su marido y tres gatos, sus pasiones. Jéssica escribe desde los 9 años y publicó su primer libro a los 14. Empezó escribiendo fantasía, pero ahora escribe sobre diversos géneros, como novela romántica de época, contemporánea e infantil. Comenzó en el mundo de la fantasía, pero ahora escribe diversos géneros, como novela de época, contemporánea, infantil, policíaca y ciencia ficción. Con más de cincuenta libros publicados, es escritora, editora, *diseñadora* y cineasta. Sus ideas no dejan de surgir, y no le faltan nuevos proyectos.

Más información sobre otros libros del autor en las redes sociales.

https://www.autorajessicamacedo.com.br/es/

Facebook — www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram — www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon — https://www.amazon.es/jessicamacedo

¡Suscríbase a mi lista de correo!

Haga clic aquí para recibir noticias.

---

[1] En noviembre de 2007, la policía siciliana afirmó haber encontrado una lista de diez mandamientos, es decir, un código de conducta, en el escondite del jefe mafioso Salvatore Lo Piccolo.